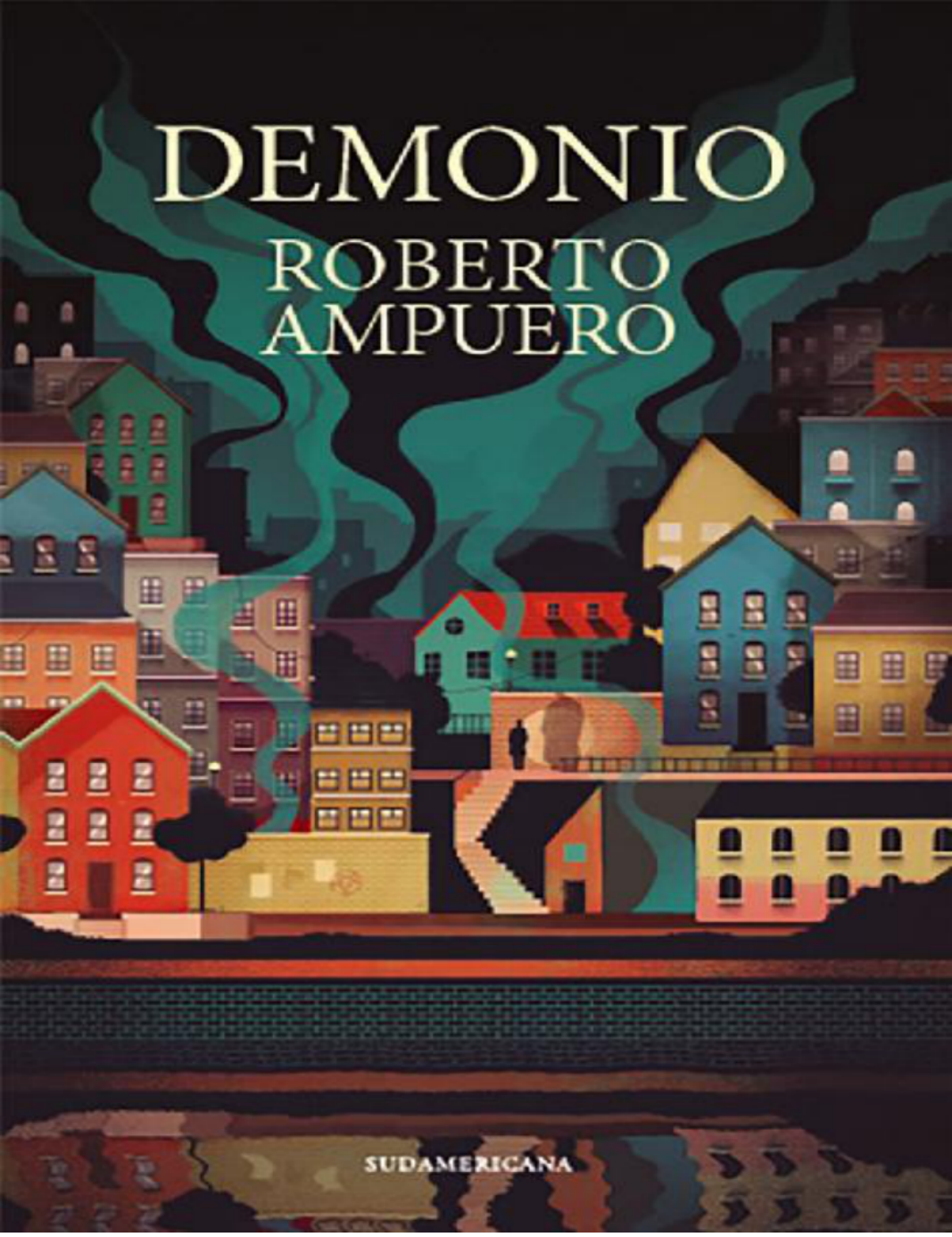
DEMONIO
ROBERTO
AMPUERO
SUDAMERICANA

Índice

Cubierta
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

138
139
140
Epílogo
Créditos

Para Emilio Gilolmo, Rosita Galdames,
Eugenia Laredo y Nicolás Ibáñez,
lectores fieles de Cayetano Brulé

La crisis se produce cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer.

Bertolt Brecht

Pues así lo quise yo. Promover el conflicto es lo que más alegría me da.

Echú, deidad yoruba

La única iglesia que ilumina es la que arde.

Piotr Kropotkin

Los que están en guerra con los demás no están en paz consigo mismos.

William Hazlitt

ACLARACIÓN:
LAS CIRCUNSTANCIAS Y PERSONAJES
NARRADOS EN ESTA HISTORIA SON FICCIÓN,
AUNQUE NO LO PAREZCAN.

1

Es de noche. Una noche tibia y estrellada en la que Valparaíso boquea entre explosiones, sirenas y hogueras.

El hombre sube jadeando por la empinada calle Rudolph del cerro Bellavista. Aunque su corazón late descontrolado y el aire enrarecido apenas llega a sus pulmones, apura el paso. Suda. Las sienes le palpitan. No debió haberse puesto el saco, piensa. A su derecha, en el plano troceado por los reflectores, la ciudad emerge irreal y siniestra.

Se detiene para ver si lo siguen, pero la Rudolph, que culebrea por la ladera del cerro, luce completamente desolada.

Las pesadas piernas del hombre reanudan la marcha. Un tirón en la pantorrilla lo hace renguear. Tose. Ironías de la vida, se dice. Agotado yo, siempre tan deportista. En fin, falta poco, concluye para alentarse y lanza una mirada al reloj. Va atrasado.

Aunque teme que el corazón se le escape por la boca, lo embarga un alivio condescendiente al divisar al Cristo Redentor.

Sobre su pedestal de seis metros de altura, destacando macizo e imponente por encima de dos figuras de papas, contempla con los brazos extendidos la ciudad que arde. Los encalados muros de la capilla, que sirve de base al monumento, están rayados con pintura negra: una A en un círculo, un pentagrama musical y la hoz y el martillo.

Descuelga la cadena abrazada a los barrotes y la puerta cede con un chirrido que acalla momentáneamente el estrépito que asciende del plano. Al palpar su arma en el bolsillo, recobra algo de serenidad y echa decidido la cadena.

Después de dejar atrás a Pío IX, ve a quienes lo aguardan e intuye que le preguntarán por el venezolano, y por eso estima que sería preferible regresar de inmediato a la calle Rudolph.

Pero ya es demasiado tarde.

2

—¿Es usted Brulé?

Alzó la cabeza desde su escritorio y quedó gratamente sorprendido al ver el rostro filudo y la cabellera negra de la mujer asomada en el dintel. Una vez más el descuidado de Suzuki no había cerrado la puerta al ir a cumplir trámites, pensó. Cualquier día los asaltarían.

—Pase, señora. Soy Brulé, Cayetano Brulé.

—Disculpe. —Ella se acercó al escritorio atiborrado de papeles. Llevaba blusa, chaqueta negra y un ajustado pantalón ocre—. Usted es el detective, ¿verdad?

—En efecto. Tome asiento. ¿Un cafecito? —preguntó apuntando a la tiznada cafetera de aluminio sobre la cocinilla que había bajo una ventana.

—Gracias —repuso ella sentándose en la silla—. No se moleste. Me llamo Amaya Bengoa. Vine a encargarle un caso porque me comentaron que usted es avispado.

—¿Avispado?

—Sí, sagaz, astuto.

Cayetano escrutó con deleite los ojos pardos de la mujer, miró por la ventana al Pacífico, que reposaba plúmbeo como si las últimas semanas no lo inquietaran, y preguntó:

—¿Qué la trae por acá, señora?

—Un amigo que fue asesinado. —Tenía cejas finas y arqueadas como las modelos de Modigliani.

—Lo siento. —El detective esperó a que ella levantara la vista—. ¿Cuándo ocurrió?

—El primero de noviembre. A los pies del Cristo Redentor. Lo balearon.

Supo a quién se refería, pese a que últimamente había ejecuciones a vista y paciencia de los transeúntes, ejecuciones que eran ajustes de cuentas entre narcos que se disputaban los barrios porteños.

—Se refiere a Galaz, ¿verdad?

—Así es. A Edmundo Galaz Expósito.

—¿Qué dice la PDI? —Se acomodó los anteojos y acarició su bigote a lo Pancho Villa.

—Que debo armarme de paciencia por escasez de personal. Demasiada gente destinada ahora a la protección de sus cuarteles y vehículos.

La mujer debía agradecer a la PDI la franqueza, pensó. Desde el 18 de octubre, cuando comenzaron las protestas contra el alza del pasaje del metro, el país —hasta hace poco ejemplo de estabilidad y progreso en el continente— ardía por los cuatro costados. Los saqueos y la violencia arrojaban un saldo espantoso: una veintena de muertos, muchos de ellos calcinados en los supermercados que desmantelaban e incendiaban, decenas de heridos, centenares de detenidos, y batallas campales entre carabineros, manifestantes y vándalos.

—Quisiera que se ocupe del caso —continuó la mujer.

—No sé qué decirle. —Cayetano meneó la cabeza—. Cuando campea la desconfianza, nadie recibe a husmeadores con preguntas incómodas. ¿A qué se dedicaba Edmundo?

—Era pintor. Pintor artístico —aclaró haciendo como si pintara en el aire.

Imaginó un taller, exposiciones, bares, tertulias, y gugleó a la víctima en el celular.

Halló unas notas extraviadas en el torrente de noticias sobre las protestas: nacido en 1984, pintor capitalino residente en Valparaíso, formado en Madrid. Lo habían baleado junto al Cristo Redentor del cerro Bellavista, tal vez drogas de por medio.

—Quiero ser sincero —dijo Brulé mientras una sirena de incendios resquebrajaba el cielo de mediodía—. El asunto pinta para largo, y lo veo peligroso para mí y caro para usted.

—Trate que lo primero sea breve y seguro, que de lo último me ocupo yo.

Le gustó ese brochazo de seguridad en sí misma. Solo una de cada diez personas que acudían a verlo al último piso, al entretecho más bien, del Turri le encargaba una investigación. Las demás

consideraban abusivos sus honorarios. ¿Querían acaso que se alimentara de aire? ¡Que encontraran un detective más barato, entonces!

—¿Puedo preguntarle por qué le interesa el asunto? —inquirió.

—Fuimos pololos en el colegio alemán y la universidad. Él estudiaba arquitectura, yo ingeniería. Él optó un día por la pintura, yo por el derecho. Él era idealista, yo pragmática. En fin, él terminó como terminó, y yo integro un estudio de abogados en el edificio Millenium, en Santiago.

Le calculó cuarenta años de buen pasar. Ni un gramo de más, ropa Amancio Ortega, gruesa argolla de matrimonio.

—¿Estaba casado o tenía pareja Edmundo?

—No estaba casado.

—¿Sabe la familia Galaz Expósito que usted me contactó?

Los ojos de Amaya se deslizaron por el diploma de detective, otorgado decenios atrás por una academia de estudios a la distancia de Miami, y que colgaba, desteñido, de la pared sur, y luego se asieron a su mirada.

—La madre de Edmundo está enterada de esta visita —aseveró—. Ver al asesino detrás de las rejas será un consuelo para ella. Aprecio a la señora. Pero hay algo más que me intriga.

—¿Qué?

—Un asunto que, por más que trato, no logro entender.

—Explíquese. —Cayetano inhaló la brisa salina entreverada con el olor a pólvora que se filtraba por las ventanas abiertas.

—Edmundo vivía en Chile —continuó ella—, pero su regreso al país no estaba registrado en inmigración. Lo averiguaron al chequear su identidad. Y eso me hace preguntarme qué lleva a una persona a vivir en forma clandestina en su propio país.

3

Tenía razón Amaya, pensó Cayetano Brulé. Raro que Galaz hubiese andado de incógnito en su patria. Extraño e inusitado, por decir lo menos. Lo otro, que la PDI no contara con suficientes efectivos para investigar, era un dato de la situación. Los ataques armados contra sus cuarteles y vehículos representaban, por cierto, una amenaza inédita.

Pensaba en eso sorbiendo un orujo en el Cinzano, a la espera de su amigo el Escorpión, un prefecto jubilado de la PDI que debía su apodo al hecho legendario de que, resistiendo a solas una emboscada de narcos en el cerro Mesilla, y cuando su muerte era inminente, había reservado la última bala para sí mismo. Solo la aparición de refuerzos institucionales en la hora postrera le había salvado la vida.

Miró por la ventanilla hacia Esmeralda, donde las tiendas destruidas y los escombros en el pavimento le desgarraron el alma. Al menos aún no saqueaban el viejo Cinzano, se consoló. Pero ¿qué destino aguardaba al centenario local en esas calles en manos de afuerinos? Cuando muriera, Valparaíso moriría un poco más con él. No podían ser porteños quienes arrasaban con la ciudad.

Con sus barricadas, Esmeralda lucía como una calle de Trípoli: tiendas, almacenes y restaurantes saqueados, muros pintarrajeados, edificios incendiados, mesas y libros calcinados. Envuelto en la humareda, Valparaíso olía a pólvora, bombas lacrimógenas, vómitos y orina.

—Como si todo esto fuera poco, ahora resulta que los incendios forestales alrededor de la ciudad son intencionales —le contó el Escorpión nada más sentarse a la mesa—. Adiós al turismo, a miles de puestos de trabajo y a la seducción que ejercía la ciudad sobre los extranjeros. Se arruinará mucha gente. ¿Qué tomas?

—Lo único que hoy permite sobrevivir: orujo. ¿Cómo estás?

—No he dormido en días. —Se quejó el Escorpión y ordenó un espresso. Sus abultadas ojeras revelaban que no mentía. Desde el

estallido de violencia, la PDI le había pedido que volviera al cuartel general como asesor—. Ando pillado de tiempo, así que no alcanzo a almorzar. Anoche hirieron a dos funcionarias nuestras recién graduadas, y me escapé solo para verte por lo de Galaz Expósito. Qué bueno que aceptaste el caso. Pegas no habrá.

Se lo agradeció porque el caso lo seducía y necesitaba plata. Confiaba en el prefecto jubilado, con quien solían verse en los bares del puerto alrededor de un pisco sour y un platillo de chorizo y aceitunas. Escorpión disfrutaba esos encuentros vespertinos porque, desde que su mujer lo había abandonado, evitaba regresar temprano a la deprimente soledad de su casa. Cayetano sentía afecto y gratitud hacia él. Cuando estaba en servicio activo jamás tuvo reparos contra su labor privada.

—¿Qué van a almorzar, señores? —preguntó el mozo posando la taza de café en la mesa—. Hay reineta y corvina, también machas y hasta unos loquitos con antifaz.

—Hoy pasamos —anunció Cayetano, aunque se le hizo agua la boca.

El mozo se alejó, puso unos compases de tango y se dio a la tarea de secar vasos detrás de la barra.

—Lo primero es que Galaz regresó a Chile a la mala —dijo el Escorpión, sintiendo que el café lo devolvía a la vida—. Su último ingreso registrado es de hace cuatro años. Según Interpol, vivía en Madrid y viajaba por Europa con pasaporte chileno.

—¿Países predilectos?

—Portugal, Alemania, Suecia.

—Intentó estudiar arquitectura en la Universidad Diego Portales, y después se metió a pintor. Como que no le fue bien. Les preguntaré a Gonzalo Ilabaca y al Loro Coirón por si lo ubican. ¿Conoces a otros pintores?

—Discúlpame, ando lejos de los artistas y estoy hasta el pescuezo con las emergencias.

—Entiendo. —Cayetano limpió con una servilleta de papel sus gafas de marco negro y se las volvió a acomodar.

Por Esmeralda avanzaba una cincuentena de manifestantes

coreando consignas. El mozo salió presuroso a bajar las cortinas metálicas y dejó el establecimiento sumido en la penumbra. Después encendió las luces. Escuchaban ahora un bandoneón y los gritos enardecidos que llegaban de la calle.

—¿Qué móviles habrá detrás del asesinato? —preguntó Cayetano—. Hace poco mataron a un turista canadiense.

—Eso fue otra cosa. Quisieron despojarlo de la mochila y, como opuso resistencia, lo apuñalaron delante de la esposa y la hija. Se desangró en los adoquines del cerro Alegre —dijo el Escorpión, acongojado—. Los delincuentes tienen hoy más derechos y abogados que cualquiera. Raro que Galaz haya ido al Cristo Redentor.

—¿Quién está a cargo del monumento?

—El arzobispado, pero parece que no se ocupan mucho de él. Al final, ¿quién se ocupa hoy de Valparaíso? Tenemos autoridades corrompidas por la impericia, la plata o la ideología.

—A lo mejor Galaz era un camello del narco —dijo Brulé—. Viajaba más que Kissinger.

El prefecto echó una mirada a su reloj, le dio el bajo al café y se puso de pie.

—Tengo que regresar. Llámame para ver cómo te va con la clienta.

Brulé formó un remolino de orujo en el vaso mientras rechinaban los goznes de la puerta. Más que solo, se sintió huérfano y se acordó de la última conversación con su padre, que yacía en el lecho de muerte. Le había dicho que confiaba en él. ¿Qué diría si lo viera tan lejos de La Habana, con despacho y casa en el extremo sur del mundo?

Pidió otro orujo.

El mozo se lo trajo sin tardanza y siguió lavando vajilla. Julio Sosa cantaba «Mala suerte». Se lo zampó de un sorbo que le quemó las entrañas, y puso un billete en la mesa.

Después salió al embaldosado de la plaza Aníbal Pinto, que ondulaba como la alfombra voladora de Aladino.

4

Llegó al Turri, y nada más abrir el despacho, el olor a pescado lo sacudió como un puñetazo de Pacquiao. Suzuki preparaba chirashi otra vez. Desde que los vándalos le habían incendiado la fritanguería Kamikaze, su asistente fileteaba pescado para el almuerzo. Como carecía de seguro y estaba endeudado hasta los tuétanos, lo habían arruinado.

—Huele a pescadería trucha —reclamó Cayetano.

—No se burle, jefazo. —Bernardo Suzuki Morales, hijo de marinero japonés y mujer de historia non sancta del puerto, tenía el aspecto y la voz de un nipón de tomo y lomo, pero era más chileno que los porotos —. La reineta me da energía para seguir de siervo en su Pyme.

—¡Qué mal agradecido, por Dios! No encontrarás otro jefe como yo aunque lo busques con vela. Te trato bien y te pago hasta por no trabajar, Suzukito. A ver si consigues una pega así en otro sitio. Ni en el sector público.

—Si yo hago como que trabajo es porque usted hace como que me paga. Estamos a mano, jefe.

—Pues te aviso que se acabó lo que se daba. La crisis que se nos viene encima me obliga a la austeridad. Se acabaron los bonos. A ver, dime, ¿cuáles son mis tiras de chirashi?

—¿Pero no iba a almorzar hoy con el Escorpión? —alegó Suzuki.

—Lo dijiste bien. Iba. Ya no. Así que multiplica el pan y el pescado, agrega arroz y comparte con tu jefe. Solidaridad es lo que hoy se espera del prójimo en el mundo.

—Antes de practicar solidaridad hay que imponer orden, jefe, o terminaremos como abajo. ¿Vio el infierno de la calle Condell? —preguntó Suzuki e hizo girar el cuchillo de chef sobre su cabeza—. Vaya mejor por chelitas y empanadas de queso a la Estación Puerto, que aún no la queman estos bárbaros.

—Para allá voy —anunció el detective—. Y tú procura que no se te

queme el pescado.

—El chirashi va crudo, jefe. Por favor.

—Por eso mismo te lo digo.

—Y para que pare el bullying —agregó Suzuki antes de que Cayetano saliera—, le conseguí un reservado para su cita de mañana en el O'Higgins con Amaya Bengoa.

—¿Cita? Almuerzo de trabajo.

—Es para la una, y piden puntualidad alemana pues cierran temprano por las protestas.

5

—¡Pero qué alegría de verlo vivito y coleando, don Cayetano! Me he acordado de usted —exclamó el lustrabotas al levantar el ojo bueno del diario. La ciudad olía a azufre—. Son de miedo esos pirómanos que pasan frente al Turri.

—Más peligroso está tu barrio —afirmó el detective mientras se encaramaba en la alta butaca con quitasol de la Coca Cola y posaba los pies en la plataforma. Quería que sus mocasines brillaran cuando se reuniera con Amaya Bengoa.

Esa mañana se la había pasado al teléfono exigiéndole al dueño de la casa que alquilaba en el paseo Gervasoni que le reparara las ventanas atascadas, pagando cuentas por transferencia y buceando en la prensa. Al rato, el Loro Coirón, que acababa de llegar de Francia, le contó por celular que no conocía a Galaz, y el pintor Ilabaca hacía otro tanto.

Mientras tomaba un detestable café en polvo en un local de Pedro Montt, había decidido pasar donde el lustrabotas con parche en un ojo para que le sacara brillo a sus viejos mocasines, que eran suaves como guantes y con los cuales quería ser sepultado.

—¡Qué va! No hay barrio más seguro que este —afirmó Moshe Dayán entregándole *Las Últimas Noticias*—. Y eso porque los inquilinos del edificio —alargó la boca con mohín despectivo hacia el Congreso — cuentan con la protección de los carabineros que tanto vilipendian. Habría que clausurar esa cueva de Alí Babá y abrir un Sheraton. El turismo, no la política, puede salvar a Valparaíso de la debacle. ¿Se imagina la panorámica que tienen los políticos desde sus oficinas? Ojalá vengan extranjeros decentes, eso sí, no millenials con tatuajes, mochilas y zapatillas, que acampan en la playa y usan la plaza de letrina para ahorrarse unos pesos.

—¿Cómo anda la pega? —Cayetano encontró en la portada el escultural cuerpo bronceado de una joven que le sonreía en tanga.

—¿Cómo va a andar en esta anarquía? —alegó Moshe, desempolvando con frenesí los mocasines—. Además, los parientes de Alí Babá no pasan por aquí, salvo en el día del lustrabotas, cuando vienen con los reporteros que se dedican a masajearlos.

—Tengo una pregunta —continuó Cayetano al rato—: ¿escuchaste del tipo que murió a los pies del Cristo Redentor?

—¿Se refiere al que balearon en el cerro Bellavista?

—Al mismo. ¿Qué se comenta?

El lustrabotas levantó la cabeza para clavarle el ojo sano, aunque Cayetano sintió que también le apuntaba con el parche, pupila ineludible de su mirada.

—¿Qué se va a comentar? —Solía iniciar sus respuestas con preguntas—. Ajuste de cuentas. ¿Quién pololea a los pies de nuestro Señor? Hay que ser muy canuto para eso. Se lo pitearon de noche, ¿verdad?

—Positivo —Cayetano engurruñó los ojos. Los rayos de sol rebotaban con saña en las baldosas trizadas.

—¿Cuántas veces lo dije? —Moshe reanudó la faena abriendo una cajita de betún. Brulé alcanzaba a ver ahora solo la parte posterior de su cabeza encasquetada en una gorra de béisbol—. La droga es el cáncer de los pueblos. Mire México, Colombia y Venezuela. Y por ahí vamos nosotros. Nos llegó al pihuelo con la invasión de inmigrantes. Como faltaba mano de obra, importaron extranjeros dispuestos a trabajar por menos. Y colados llegaron sicarios, secuestradores y narcos.

—No generalices, Moshe. De todo hay en la viña del Señor. Yo tampoco nací en esta tierra, pero la amo como si aquí me hubiesen parido.

—A usted lo perdono. Pero yo enviaría a todas las bestias apocalípticas a la isla de la cual usted viene. Allá los pondrían a trabajar, y al primer reclamo los arrojaban a los tiburones. Lo único que sé, Cayetano, es que Chile quedó listo para museo.

—Confío en que saldremos de esto —dijo Cayetano en el momento en que una bandada de palomas emprendía el vuelo.

—¿Ve a los angelitos que las espantaron? —preguntó Moshe.

Se refería al burujón de gente que avanzaba cargando mochilas y sacos por los manchones de césped que quedaban en la plaza.

—Ambulantes —dijo Brulé.

—Andan vendiendo el botín de anoche. Lo que ofrecen hoy aquí, estaba ayer en las tiendas saqueadas. Sus dueños, que pagan impuestos y dan trabajo, terminan arruinados, mientras estos parásitos, que viven de la anarquía, se llenan los bolsillos.

¿Cuándo dejamos de escucharnos?, se preguntó Cayetano, recordando una novela de Mario Vargas Llosa que había leído hacía mucho. Lo único debatible era la fecha exacta. Joderse era el destino manifiesto de los países latinoamericanos y del Caribe. ¿Tendría que emigrar de Valparaíso, tal como lo había hecho una vez de La Habana? ¿Y adónde iría a esas alturas de su vida?

—A propósito —escuchó decir al lustrabotas—. También sus mocasines están listos para museo. Pero se los rechazarán en el de historia natural, porque no son de cuero. ¿Le echamos tinte? —diciendo esto sacó una botellita del cajón que le servía de asiento—. Me acaba de llegar. Los deja nuevecitos.

—Mejor no. —Cayetano plegó el diario—. Un menjunje de esos me agrietó un par de zapatos Mingo de dos tonos.

—Se agrietan solo los de plástico —aclaró amoscado Moshe mientras cepillaba con brío—. Al final todo queda al desnudo en la vida, Cayetano. Desnudos venimos y desnudos nos vamos. Eso le pasó a Chile: quedó en pelotas ante el mundo entero. Muchas buenas cifras económicas y al final la gente se echó igual a la calle. Por eso digo: si los zapatos no son de cuero, el tinte los hace confesar a punta de grietas. El tinte es el criterio de la verdad en mi oficio, mi amigo.

Esa era la clave en toda investigación, pensó Brulé, y arrojó el diario a los pies de Moshe. Tenía que despojar a la víctima, en este caso a Galaz, de todos sus antifaces para llegar al meollo del asesinato.

—Solo asumiendo nuestra desnudez ante el mundo —Moshe engoló la voz en tono mesiánico— podremos mirarnos en el espejo para vernos tal cual somos. Lo demás es retórica.

—Amén. Estás listo para fundar una iglesia, Moshe.

—No creo, el Señor no me concedió el don de perdonar. Nunca

perdonaría a quienes destruyen Valparaíso y, lo que es peor, aniquilan su alma. Al atardecer las personas decentes corren a casa a esconderse de los vándalos. Y a mí —su ojo bueno lloraba— no me queda otra que esperar a que remita este maremoto. Supe que hasta a Suzuki le quemaron el boliche. Así no se puede, Cayetano, pero alguien tiene que poner orden aquí de nuevo. Sea de izquierda o derecha, civil o militar, pero alguien tiene que golpear sobre la mesa. Listo. Me debe solo dos lucas.

6

Orondo con sus mocasines resplandecientes, Brulé cruzó la plaza respirando el olor a chamuscado de las tiendas incendiadas, e ingresó al O'Higgins, donde lo recibió el tintineo de cubiertos y un bolero de Luis Miguel.

Amaya Bengoa lo esperaba en un reservado ante una copa de pisco sour.

—Disculpe el atraso —dijo el detective y ordenó lo mismo.

Ella había llegado antes de tiempo precisamente para conseguir un cubículo como el que Suzuki había reservado. A Amaya también le gustaban esos espacios en que apenas cabe una mesa para cuatro y de cuyas paredes cuelgan fotos exhibiendo el fenecido esplendor de la ciudad. Una cortinilla en la entrada de cada cubículo brindaba además privacidad a los clientes.

Brulé le explicó sus diligencias en relación con Galaz, la estrategia que seguiría e incluyó en la conversación los viáticos.

—Mientras me informe cada semana sobre sus gastos y logros, nos entenderemos —repuso ella.

—Todo indica que Edmundo conocía al asesino —continuó Cayetano—. ¿Motivo por el cual fue citado al Cristo Redentor? Lo ignoro. ¿Sabe? De haberse cruzado usted con él en la calle, no lo habría reconocido por la barba y los espejuelos a lo Lennon que llevaba.

—Lo suponía en España. Me cuesta creer que se involucrara acá en algo tenebroso.

—Ahora que los bajos fondos andan tan revueltos, nadie habla claro. ¿Quién podrá proporcionarme detalles sobre Edmundo?

—Su madre, que vive en Santiago, y Benito Santelices, su compinche del colegio, un ingeniero que se mudó hace años a Puerto Varas buscando una mejor calidad de vida.

A menos que fuese fruto del azar, la clave de un crimen suele anidar

en la biografía del muerto y por eso todo detective deviene un *voyeur* postrero, creía Brulé.

Apartando la cortinilla, reapareció la dependienta con otro pisco sour. Aprovecharon para pedir pescado a la plancha —Amaya, salmón; Cayetano, corvina—, arroz blanco, ensalada y una botella de sauvignon blanc. La mujer salió prometiendo premura.

—¿Dónde vivía Edmundo?

—En un edificio frente a la caleta El Membrillo.

Lo ubicaba. Cayetano se llevó la copa a los labios. Los casi treinta pisos se elevaban como un faro solitario frente al Pacífico.

—¿Todavía está arrendado el departamento?

—Su madre tiene la llave. Si quiere, se la pido.

—Y que no toquen nada, por favor. ¿Usted se toma a pecho el caso porque fueron pololos?

Amaya sorbió de la copa y bajó la vista.

—Me enteré del crimen por el diario —aseveró—. Terrible ver que mi amigo se reducía a una nota sobre la violencia en Valparaíso. Alguien como Edmundo no termina en eso. Como mujer, lo intuyo. Después del funeral, visité a Cristina, su madre, y ella no logra entender por qué Edmundo vivía en secreto en Chile. Es la gran pregunta, y la verdad es que no tiene explicación.

—Lo creía vivo a diez mil millas de distancia, pero murió asesinado a una hora de su casa.

—Por eso necesita saber qué ocurrió —Amaya apartó la copa—. La ayudo porque siempre recibí su cariño y comprensión, algo que no tuve en mi casa.

—Les dejo vino, sopaipillas y pebre, y traeré el pescado en cuanto lo pesquen —anunció la dependiente al volver—. Y no se preocupen, no molesto para nada a los tortolitos.

7

—No puedo entender que mi querido hijo viviera en Chile, yo lo hacía estudiando en España —aseveró doña Cristina Expósito Covarrubias sollozando en el living de su departamento en la avenida Las Hualtatas de Santiago. La acompañaba una enfermera—. Nunca imaginé que mi hijo fuese capaz de mentirme, si hasta me enviaba postales de Madrid. Tiene que haber atravesado una crisis muy terrible para engañarme, el pobre.

Cayetano intuyó que la entrevista le aportaría poco, dado que la mujer era también una víctima inocente de todo lo ocurrido. A sus años, ella no tenía idea de la vida secreta de Edmundo, y la angustiaba no saber por qué su hijo se ocultaba en Valparaíso de ella, familiares y amistades.

—¿Vino a visitarla, señora, mientras usted lo hacía en Madrid? —preguntó Brulé.

—Vino a verme por última vez hace seis meses. Me contó que andaba en un viaje relámpago por Santiago, pero los de la PDI me dijeron que llevaba al menos dos años en Chile. Yo lo hacía feliz en España siguiendo su vocación artística. Me rompió el corazón cuando dejó la carrera de arquitectura, pero una madre está para comprender y apoyar a sus hijos, para acompañar más que para preguntar.

—¿No le habló de amigos? ¿Tenía pareja?

—Era reservado y no entraba en detalles. Desde niño fue así. Entiendo que tuvo amigos y uno que otro amor en Madrid, pero nada serio, ninguna niña como Amaya, tan linda ella, con la que pololeó desde el colegio. Después no sé qué pasó, pero eso murió. Amaya lo hubiese llevado seguramente por otro camino. Mire lo bien que le va a ella.

—¿Podría ver las tarjetas postales que le envió en los últimos años?

La viuda asintió y la enfermera se acercó al aparador para recogerlas y entregarlas a Brulé. Era evidente que la madre las estaba

releyendo.

Eran cuatro. La Puerta de Alcalá, la Puerta de Toledo, el Palacio Real y el Parque del Retiro. La primera databa de marzo de 2018, la segunda de noviembre de ese año, y la tercera de febrero y la última de junio de 2019. Contenían líneas escuetas e imprecisas, aunque cariñosas, que aseguraban que estaba bien, que la extrañaba y pronto viajaría a Chile. Escritas con tinta verde, llevaban sellos españoles.

—Cariñosos mensajes, señora. Se nota que la adoraba y pensaba siempre en usted —dijo Cayetano devolviendo las tarjetas—. La llamaba por teléfono también, supongo.

—A veces, pero siempre andaba apurado, el pobre. Yo le preguntaba si necesitaba ropa o dinero, alguna encomienda, y él me decía que no le hacía falta nada material, que con lo que tenía le bastaba y que era feliz pintando.

Brulé dedujo que doña Cristina había tenido un buen pasar y que ahora vivía sin estrecheces gracias a la jubilación del marido. El departamento en un barrio exclusivo, pero también el amoblado, los cuadros y las figuras de porcelana lo revelaban. Su esposo, muerto de un ataque al corazón cuatro años antes, había sido abogado de empresas y miembro de la Cámara de Comercio Chileno-Americana.

—Señora, le agradezco su tiempo y la acompaño en el dolor. Ahora tengo que volver a Valparaíso —dijo Brulé poniéndose de pie—. Si me presta la llave del departamento, se la devuelvo en cuanto lo examine. Necesito conocer más de su hijo.

8

Estacionó el desvencijado Lada en la calle Héctor Calvo, del cerro Bellavista, lo encargó al anciano que hacía de cuidador y se internó por el pasaje Arquímedes buscando el Epicuro.

Lo ponían melancólico esos callejones detenidos en el tiempo. Le atraían las casas enchapadas en latón pintado de colores vivos, algunas convertidas en restaurantes, cafeterías u hotelitos boutique, que cada cierto trecho se separaban para brindar un refilón de mar iridiscente ante la ciudad que aún dormía.

La noche anterior había sido terrorífica. Manifestaciones multitudinarias en numerosas ciudades del país, saqueos e incendios de supermercados, asaltos a bancos y farmacias, destrucción de monumentos. En la capital habían estado a punto de derribar el del general Baquedano. Por un lado, la ciudadanía marchaba indignada en las calles, y por otro, vándalos, narcos y anarquistas se infiltraban entre la gente diseminando la violencia mientras el gobierno se paralizaba y la oposición moderada guardaba silencio, desconcertada.

Pero ahora se trataba de ubicar al «Tuto Santizo». El Escorpión lo había dateado sobre el «cooperante» de una banda que controlaba calles del cerro y el plano de la ciudad. Si la viuda desconocía la vida secreta de su hijo, tal vez en los bajos fondos supieran más de él.

«Tuto Santizo» era el nombre de guerra de un sujeto que residía en el cerro Bellavista, a cuadras del museo de Pablo Neruda.

Había comenzado su carrera en los noventa, administrando el expendio de tragos en un club de striptease de la plaza Victoria, hasta ascender a coordinador de chiquillas «importadas» del Caribe. Luego pasó siete años tras las rejas por una riña con resultado de muerte, y ahora, a los setenta, con más cicatrices y menos molares en el cuerpo, era dueño de La Felicidad, un almacén que expendía galletas, conservas y bebidas, y ocultaba un tragamonedas detrás de una cortina churrienta. Lo bueno: el Tuto aportaba, aunque a veces de

mala gana, información a la PDI.

—Dile que vas de mi parte —le recomendó el Escorpión—. Te dirá que perdió contacto con el hampa, que se reformó, que asiste los domingos a la iglesia y lleva gladiolos a su mujer al cementerio. No es de fiar, pero si metes presos a todos los delincuentes, te quedas sin fuentes para espiarlos.

Y ahora lo tenía al frente, detrás del mostrador de La Felicidad.

Inspiraba respeto. Casi dos metros de alto, manazas velludas, cuerpo de tonel y cejas pobladas, y bajo ellas un par de escrutadores ojos de áspid.

—Vengo de parte del Escorpión —anunció Brulé.

El Tuto apartó del mesón un cuchillo carnicero y puso las manos en jarra, sin pronunciar palabra.

Tres jóvenes de parca, gorra y zapatillas entraron al almacén, descorrieron la cortinilla que colgaba detrás del mostrador y se entregaron a los tragamonedas.

—Me ocupo del finado del Cristo Redentor —continuó Cayetano, pensando que hubiese preferido ganarse la confianza de «Tuto Santizo» a otro ritmo y en otro sitio—. Dicen que se trató de un ajuste de cuentas por droga. ¿Será verdad?

—Ya me lo preguntaron y voy a repetir lo que dije: no tengo la más puta idea. Vivo aquí y no con el Redentor.

—El finado incumplió algo —Cayetano lanzó un anzuelo.

—A mí que me registren.

—Pero ese sitio no es para reuniones sociales.

—El patiecito es de los curas. Y como ve, yo soy almacenero.

De la pieza del fondo llegó un tañer de campanas salpicado de imprecaciones, que fueron rematadas por un feroz puñetazo asestado a un tragamonedas.

—¡Rompe paga! —gritó el «Tuto Santizo», no de malas, sino de pésimas pulgas.

—Lo que son las cosas —comentó Cayetano—. Incendian almacenes en todo el país y al suyo ni siquiera le rayan la cortina metálica. ¿Por qué?

El gigantón se cruzó de brazos. Los llevaba tatuados con serpientes.

—Muy simple. Al que se acerque con un fósforo encendido, lo zurzo a balazos —respondió—. Invertí aquí mis ahorros, que son mi jubilación. Al que se aparezca por esta cuadra con malas intenciones, me lo piteo sin asco y que vayan a protestarle a Trump o al papa Francisco si quieren.

9

En cuanto Suzuki abrió el departamento de caleta El Membrillo, Cayetano Brulé percibió un leve olor a pintura y, al mirar a través del ventanal hacia el Pacífico, fue como si flotara sobre el océano infinito y las abigarradas casas de los cerros porteños.

Estaban en el piso veinticinco, ante una franja de vidrio que cruzaba de lado a lado el living comedor permitiendo que la ciudad desplegara su abanico bajo el cielo translúcido.

—No vivía mal —comentó Suzuki cuando cerró la puerta a su espalda.

Cayetano descorrió la mampara y salió al balcón. Pese a todo, Valparaíso aún lucía bello y esperanzado desde la altura. Al norte la herradura de la bahía albergaba varios barcos, por el occidente las callejuelas serpenteaban entre cerros y quebradas, y al sur se extendía la Escuela Naval Arturo Prat, acosada pero victoriosa ante el embate de las espumosas crestas de las olas.

Volvió al living comedor, donde había dos sillones y un sofá, una mesita de centro y un estante con libros, así como una mesa circular con seis sillas, comunicado a través de un vano con la cocina. Un par de óleos con vistas sobre la bahía colgaban de las paredes.

—Era ordenado —apuntó Suzuki con las manos en los bolsillos.

—Ninguno lleva su firma —dijo Cayetano observando los cuadros.

Luego examinó los libros: un diccionario de sinónimos y antónimos, novelas de Graham Greene, Somerset Maugham y Patricia Highsmith, volúmenes de historia de Chile y ensayos sobre la rivalidad entre Estados Unidos y China. En la división superior descollaban libros sobre los pintores Vermeer, Goya y Bravo, y sobre la isla de Chiloé.

Cruzando el pasillo se encontró con dos habitaciones. Una acondicionada como escritorio —mesa con silla, librero, equipo de música, atril, potes de pintura y crayones—; la otra, algo más espaciosa, tenía una cama de dos plazas y veladores a los costados.

Todo aquello era en extremo austero, reconoció, ni siquiera había obras suyas expuestas allí.

—¿Mantenía el pintor el departamento siempre tan ordenado? —preguntó hojeando las policiales que reposaban en un velador.

—A lo mejor la señora Cristina puso orden —comentó Suzuki.

—Ella no quiso pasar por aquí—. Interesante que, según el portero, al edificio también se pueda entrar por la calle trasera.

Al abrir el velador, lo asaltó la mezcla de culpa e incomodidad de siempre. Hurgar en las pertenencias de un muerto era cruel, obsceno e impertinente, cuando no una descarada violación de su intimidad. Halló bolígrafos verdes y rojos, un juego de pinceles Pelikan y una caja vacía con dos habanos Partagás resecos, que bien podían ser falsos.

Después dio la vuelta a la cama para examinar el otro velador, donde había libros de Edward Hopper, Gerhardt Richter y Antonio Gisbert.

Abrió la gaveta y encontró un mazo de naipes atado con elástico, una Mont Blanc sin tinta, un volumen de *El Principito*, y una agenda que capturó su atención. Le extrañó, en todo caso, el despliegue de lecturas dispares. Supuso que ahí vivían personas diferentes, puesto que por un lado había novelas policiales y, por el otro, textos de arte.

Llevó la agenda al comedor y comenzó a hojearla. Estaba virgen. Ni en el día de su muerte había apunte alguno. Encontró una boleta por varios libros, comprados un mes antes en la Librería Crisis, la que él visitaba a veces buscando, más que ofertas, el diálogo con su dueño, Mario Llancaqueo. Fotografió la boleta y volvió a dejar todo tal cual estaba.

Desde el puerto le llegó el rumor de grúas, y desde el baño el golpe de un cajón que cerraba Suzuki.

Abrió el clóset. Allí había chaquetas y jeans, zapatillas deportivas y botines; y en las gavetas, ropa interior y sweaters, todo oloroso a detergente y doblado con pulcritud.

Fue a la cocina y no halló nada especial en el refrigerador, el horno ni en el cubo de la basura. Los cajones contenían utensilios de cocina y cubiertos, y en las divisiones superiores había platos y tazas.

—Este departamento está más limpio que una apotheke alemana —dijo Suzuki al volver de sus incursiones.

Y tenía razón. La vivienda carecía, si descontaban los libros, de todo sello personal.

—¿En verdad nada te llama la atención? —preguntó Brulé.

—Que el departamento está más muerto que su arrendatario.

—Poco has aprendido en los decenios que llevas trabajando conmigo. Ya me convencí de que cuanto te digo te entra por una oreja y te sale por la otra.

—Digamos que solo retengo lo más valioso, jefe. De lo contrario me pasaría lo que al personaje del nicaragüense Borge, que recordaba todo, pero todo, de su vida, y que de tanto recordar no podía hacer nada más.

—Ese es el escritor argentino Jorge Luis Borges, no el comandante nicaragüense Tomás Borge —corrigió Cayetano—. Como todo lo confundes, mejor te hago ver lo siguiente: en este departamento apenas huele a pintura. ¿Qué indica eso? Que el pintor hace mucho que no pinta. Tampoco veo cuadros de su autoría. ¿No te parece raro?

—Pues no, porque usted no tiene lupa en el despacho, pero igual investiga.

Cayetano sacudió la cabeza.

—¿Y qué cuelga de esos imanes? —preguntó.

Se refería a los papeles adosados con imanes a la cara del refrigerador que daba a las hornillas. Del primer imán pendía un menú de Il Malandrino, una pizzería del cerro Alegre, y del segundo, una hoja plegada en dos, que Brulé desdobló con cuidado.

Encontró allí un pentagrama dibujado con tinta verde y, sobre él, un triángulo con un ojo en su centro, que guardó en la chaqueta para revisarlo más tarde.

10

El ascensor de El Peral llevó a Cayetano hasta el mirador del paseo Yugoslavo, donde el brillo del sol en los muros encalados del museo Pascual Barburizza lo hizo engurruñar los ojos. Ya en la penumbra de la mansión del filántropo, convertida en el Museo de Arte de Valparaíso, se sintió a gusto.

Fue en el segundo piso donde encontró a Benito Santelices, el amigo de Edmundo. Contemplaba el óleo *La niña del aro*, de Alfredo Helsby, cuadro que le hacía recordar a Brulé la asistencia que había prestado años atrás a unos escolares porteños que investigaban el origen del cofre de un bisabuelo inmigrante.

Salió con Santelices del museo y fueron al restaurante La Concepción, donde se sentaron en la primera fila del jardín, amparados por una sombrilla mientras miraban el Pacífico. Ordenaron pisco sour.

—Estamos jodidos —comentó Santelices—. El país en llamas, los políticos desacreditados y a cualquiera se le despierta el hambre de ser presidente. Una cosa es soñar con llegar a mandamás, otra es estar capacitado para serlo. Saber leer y escribir no es suficiente.

Como el ingeniero había roto el hielo, Brulé aprovechó la llegada de las copas para reorientar la conversación.

—Necesito conocer a fondo a su amigo —precisó—. Toda información es bienvenida.

—Fue un vil asalto con resultado de muerte —dijo Santelices, que lucía traje azul y corbata rosada y se peinaba con esmero—. Desde que llegó, la democracia desprestigió la función policial y desmontó el principio de autoridad. La gente decente, que trabaja y paga impuestos, vive detrás de rejas y muros, aterrada por los delincuentes, que son los dueños de la calle. Y todo eso es anterior a la asonada. Es todo un proceso largo e incierto.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Que a Edmundo lo asesinaron para robarle, y que tejer teorías conspirativas no conduce a nada. Usted parece un buen detective, pero me tinca que es mejor para buscarle las cinco patas al gato. ¿Lo hace para cobrar más? Disculpe, pero yo al pan le digo pan, y al vino, vino, algo inusual en el barroquismo criollo.

—¿Y qué opina de Edmundo? —preguntó Cayetano como si las aseveraciones no le hicieran mella.

—Buena persona, pero un tarambana sin ambiciones. Su error fue dejar arquitectura, convertirse en pintor e irse al exilio, así le dicen ahora al arte de vivir de la ayuda social europea. Y lo paradójico es que terminó viviendo clandestino en esta misma ciudad.

—¿Por qué?

—No tengo la más mínima idea, pero imagino que por cuentas turbias. ¿Por qué si no? Yo me lo encontré por casualidad hace casi un año cerca del Club Naval. Andaba con barba y anteojos oscuros, pero lo reconocí igual.

—¿Y?

—Primero trató de convencerme de que yo lo confundía, pero no le quedó otra que admitir que era él. Nos fuimos a un café, donde me hizo jurar que no le comentaría a nadie nuestro encuentro fortuito. Así lo hice. ¡Qué podía hacer si me lo pedía un amigo de la infancia! Me confesó que andaba fondeado por unas deudas que planeaba cubrir pronto, pero sus acreedores no debían saber que vivía en Chile.

—¿Volvió a verlo?

—No supe más de él hasta que Amaya me avisó de su muerte.

—¿Le habló esa vez de un pentagrama?

Santelices alzó la copa y lo miró a través de su cristal.

—Era pintor, no músico —enfatizó, sonriendo—. Andaba mal y me vaticiné que terminaría peor. En verdad, a los espíritus díscolos como él, les va mal en la vida. Son promesas que siempre abortan. La vida no acepta atajos.

—Al menos son tipos empeñosos y optimistas.

—Bacán dárselas de agente secreto aquí —dijo Santelices abriendo los brazos—, como si Valparaíso fuese Berlín en la Guerra Fría.

—¿A qué se dedicaba Edmundo?

—A pintar, según me dijo. Pero no sé cómo pensaba saldar deudas vendiendo cuadros. No le conozco ni una sola exposición.

—¿Por qué dice que actuaba como agente secreto?

—Porque andaba oculto, no tenía trabajo conocido y de algo tenía que vivir.

—Tal vez cooperaba con el narco.

—Puede ser. Ya no pongo las manos al fuego por nadie. El país está lleno de pillos y canallas, y al que no lo es, lo tratan de huevón.

—¿Quién puede haberlo financiado?

—Vaya uno a saber. Fue siempre un aventurero. Y ya ve usted —volvió los ojos a la bahía—, de un día para otro le dio por la pintura, mandó al carajo los estudios y se fue del país.

Bebieron contemplando un barco que entraba al puerto flanqueado por remolcadores. Pidieron locos de entrada, y de fondo, corvina al grill, acompañado de un sauvignon blanc que prometía. El patio se había llenado, y del plano subían el monótono tamtam de bombos y el silbido de pitos. Otro día de protestas.

—Si estuviésemos en Salzburgo, los tipos abajo llevarían violines y tocarían algo de Mozart o Bach —comentó Santelices con sorna—. Pero hay lo que hay.

—¿Y qué pensaba su amigo en términos políticos? —preguntó Brulé.

—Que Chile es un gran embudo, con la parte estrecha para los de abajo y la ancha para los de arriba, y que por eso se había jodido y debía ser refundado. Pero no era comunista No era un viudo del Muro de Berlín. Tampoco le hacía a la droga. Le gustaban mucho las mujeres. Bueno, ¿a quién no?

—¿Y con qué soñaba para su futuro?

—Con vivir en Chiloé. Anhelaba construirse una cabaña allá, navegar en los canales, pintar, restaurar palafitos, leer a Francisco Coloane. Edmundo era el típico artista que comulga con la progresía y quería irse a la isla. No me pregunte ahora con qué plata. Para tipos misteriosos, Edmundo estaba mandado a hacer.

11

—¿Qué podrá significar esto? —le preguntó al Escorpión mientras bebían cerveza en la penumbra del bar El Irlandés.

El policía, que se desplazaba a diario de su departamento en el cerro Barón al cuartel general de la PDI, en Santiago, examinó el pentagrama coronado por el ojo inscrito en el triángulo, se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano, y dijo:

—Es un símbolo de los masones, que también llaman el ojo omnisciente.

—Sé que conoces de eso —agregó Brulé—. ¿Pero qué significan las líneas paralelas?

—Lo ignoro. —El prefecto se echó otro sorbo de cerveza—. ¿A qué viene la pregunta?

—Lo encontré en el departamento del pintor, sujeto con imán en la puerta del refrigerador.

El Escorpión ladeó la cabeza como el perro de la RCA Victor. Por los parlantes llegaba «Everywhere», de Fleetwood Mac. Alguien trataba de insuflar entusiasmo en El Irlandés, pero era un esfuerzo inútil: entre sus paredes revestidas de espejos, pósters y botellas solo estaban Brulé y el policía, desanimados. Era claro que la insurrección había espantado a los turistas.

—¿Y les echaron el guante a los que devastaron la catedral? —preguntó Cayetano, amargado por la destrucción de una ciudad en la que terremotos, incendios, autoridades y hasta muchos de sus propios habitantes parecían coludirse a lo largo de la historia para echarla a pique.

—¿Detener a alguien en medio del caos? Difícil —opinó el Escorpión con fastidio y miró a la puerta, donde un escolta suyo montaba guardia—. A la catedral entró una horda de encapuchados. ¿Cómo intervienes? Una cosa son las manifestaciones pacíficas, propias de la democracia, pero harina de otro costal son las hordas de

vándalos.

—¿Y qué van a hacer? Carabineros está sobrepasado.

—¿Qué van a hacer, me preguntas? ¿No deberías preguntarme qué vamos a hacer todos nosotros, unidos como ciudad? Esto no es tarea solo de Carabineros o la PDI, Cayetano. Si Valparaíso mata el turismo, que es su escuálida gallinita de los huevos de oro, seguiremos dando tumbos. Y el mundo es cruel, no viene en tu ayuda. Cada país se rasca al final con sus propias uñas.

Cayetano sorbió de la garza y el amargor de la IPA lo apapachó. ¿Qué diablos pasaba con los porteños, que toleraban la demolición de la ciudad? Hubo años en que sentaban esperanzas en la recuperación del casco histórico y los turistas, en que incluso se sentían orgullosos por el reconocimiento de la Unesco como ciudad patrimonio de la humanidad, pero después la corrupción había dado con todo al traste. Valparaíso es la Sicilia de Chile, pensó disimulando un eructo.

Los parlantes trajeron a John Lennon. *Imagina que no hay cielo. Es fácil si lo intentas. Ningún infierno bajo nosotros. Sobre nosotros solo el cielo*. La canción lo arrojaba a un pasado distante. ¿Qué habría sido, por cierto, de su esposa chilena que, en los setenta, después del golpe de Estado de Pinochet, se había marchado al exilio en París con el charanguista de un grupo folklórico, sumiendo a Brulé en una depresión espantosa?

—Lo más complejo ahora —continuó Escorpión— es que anarkos, ultras y narcos se infiltran en las manifestaciones ciudadanas inyectándoles violencia. Los anarkos generan caos, los ultras le imprimen rumbo político a la protesta y los narcos llenan el vacío de poder en las calles, todo eso mientras el gobierno vacila y trastabilla, la oposición moderada calla ante el vandalismo y la radical lo justifica. Un cóctel letal.

—¿Las líneas paralelas no serán el símbolo de una banda narco o de un partido político nuevo? —preguntó Cayetano.

El prefecto se encogió de hombros. Las bolsas de sus ojeras lucían más abultadas en la penumbra del bar que a plena luz del día.

—Me huele a universitarios por lo sofisticado del símbolo — dijo—. Pero no lo he visto.

—¿Ni en los muros?

—Le diré a mi gente que se fije. Los narcos siempre marcan territorio.

—Como los perros —dijo Cayetano.

—Son territoriales por antonomasia —aseveró el Escorpión consultando la pantalla del celular—. Ocupan espacios para controlar el tráfico de estupefacientes y la prostitución, de modo de imponer su justicia, reclutar jóvenes y buscar contacto con policías y políticos.

—¿Y cómo les va en eso?

—Sospecho que a veces, como en todos los países, encuentran oídos receptivos. En fin, tengo que volver a Santiago —anunció el policía, malhumorado—. Veré si oigo algo sobre el ojo omnisciente. Estás avanzando, pero ten cuidado, Cayetano, porque cuando el estado de derecho cae de rodillas, la impunidad galopa.

12

—Aquí los vecinos salieron a proteger el barrio, porque los carabineros no dieron abasto para detener a los manifestantes —explicó Suzuki mientras conducía el Lada por el exclusivo barrio Jardín del Mar y, a la altura de Talasia, doblaba a la derecha.

A su lado, aspirando con fruición la fragancia marina, el brazo asomado por la ventanilla, Brulé contemplaba las casas de rejas negras y cuidados antejardines. Deben haber pasado susto, pensó.

—Cuando los manifestantes amenazaron con marchar por estas calles, los vecinos formaron piquetes para impedirlo —continuó Suzuki—. Organizaron la autodefensa y salvaron por un pelo las viviendas. Como ve, jefe, se jodió el estado de derecha.

—De derecho, se dice.

—Como usted diga, jefe.

—Para, que aquí vive Briceño —indicó Cayetano.

Suzuki estacionó frente a una casa de dos pisos. Detrás de una verja alta, el césped verdeaba tupido pese a la sequía.

Brulé descendió acusando una punzada en la rodilla izquierda. Los años no perdonan, se lamentó con un dejo estoico mientras presionaba el timbre. Al rato un tipo de barriga, anteojos oscuros y sombrero Panamá cruzó el antejardín y se detuvo junto a la reja con las manos a la espalda.

El detective se presentó y le dijo que necesitaba consultarlo brevemente sobre Galaz Expósito. Briceño, con aire desafiante, le pidió que le preguntara allí mismo.

—¿Con qué documentación firmó el contrato de arriendo? —inquirió el detective.

—Nunca firmamos nada. Confío en la gente. El departamento es mío.

—¿Cómo le pagaba el alquiler si no tenía cuenta bancaria ni tarjeta de crédito?

—Como lo hace la mayoría: iba a mi oficina y pagaba con billetes. Es legal, ¿no? Llegaba, entregaba el monto, le extendían un recibo y listo. Todo a tiempo, correcto y en forma. Era un tipo chévere. Lástima como terminó. ¿Abriga alguna sospecha?

—Recién estoy en los prolegómenos. ¿Siempre pagaba él?

—A veces enviaba a un ayudante, pero jamás se atrasó.

—¿Tiene forma de ubicarlo?

Briceño miró hacia el Lada, donde Suzuki escuchaba a Fernando Villegas.

—Era un tipo moreno de ojos cafés, y no recuerdo su nombre. ¿Algo más?

—No por ahora. —Cayetano sintió ganas de un espresso en el Della Fe, de avenida Libertad, y luego pasear por la avenida Alemania fumándose uno de los soberbios A. Fuente que cada cierto tiempo le obsequiaba Olivo Rodríguez, el excónsul dominicano en Valparaíso—. Permítame una última pregunta antes de irme.

—Por favor.

—Su acento. El suyo. ¿De dónde es?

Briceño sonrió detrás de sus gafas de sol.

—De Caracas.

—Imaginé que era venezolano. ¿Desde cuándo vive en Chile?

—Desde hace siete años.

—Y veo que prospera por estas tierras. —Brulé apuntó a la casa.

—Ahora soy chileno y no me puedo quejar —repuso Briceño alzando la cabeza—. Usted tampoco. No hay mucho cubano con casa y oficina en esta región. Si me necesita para otra consulta, ya sabe cómo ubicarme. Que tenga un buen día.

13

Cuando algún problema le amargaba el pepino, Cayetano salía a caminar por la avenida Alemania, el cinturón que une por lo alto los cuarenta y ocho cerros de Valparaíso. Nada mejor que esa vista de pájaro sobre los techos y campanarios de la ciudad, pensaba el detective mientras disfrutaba la panorámica que le regalaba la ciudad.

Desembocó en la plaza Bismarck, de la que delincuentes habían arrancado de cuajo varias veces el busto del político alemán. ¿Era esa acción depredadora fruto de iconoclastas o de vulgares ladrones que vendían su botín a los refundidores de cobre? Ahora de nuevo el pedestal estaba acéfalo, porque los alemanes que financiaban la reposición de la estatua habían arrojado la toalla, y después del vandalismo que sacudía al país iba a ser difícil que alguien donara recursos otra vez para reponer el busto.

Se acercó al mirador y se acodó en la balaustrada. Viendo la ciudad bella y relajada a sus pies, volvió a preguntarse si no había llegado el momento de marcharse. Recordó un libro de Carlos Alberto Montaner que afirmaba que los migrantes se pasan la vida soñando con volver al país que ya no existe, y se dijo que Chile tampoco seguiría siendo lo que había sido. ¿Qué permanecía en la vida?, se preguntó.

—¡Ya van a ver, ya van a ver, las balas que nos disparan van a volver! —cantaban desde la tolva de una camioneta unos jóvenes agitando banderas rojas y mapuches.

El vehículo pasó lento a pocos metros de él, de modo que pudo contemplar sus rostros juveniles y desgañitados que buscaban intimidarlo. Muchachos, vayan a estudiar o trabajar mejor, estuvo a punto de gritarles, pero se limitó a extraer el bloc y el lápiz de la chaqueta y a hacer algunos apuntes.

¿Por qué tiene Galaz un pentagrama en la cocina?, escribió. ¿Por qué no pintaba? ¿Quién mantenía su departamento en orden y su ropa limpia? ¿Vivía alguien más con él? ¿Qué empuja a una persona a vivir

de forma clandestina en su propia patria?

No, en los estantes de la vivienda frente a la caleta El Membrillo no había hallado textos de filosofía ni historia, solo novelas policiales y libros sobre pintores y viajes, y ninguno estaba subrayado ni contenía apuntes al margen, pero sí parecían haber sido leídos.

Guardó el bolígrafo y el bloc y se encaminó hacia la plazuela San Luis. Quería pasar por Il Malandrino a preguntar por Edmundo. Si el menú del local colgaba del refrigerador, era porque el muerto recurría a sus servicios. Pero la pizzería estaba cerrada.

Regresó a la avenida Alemania y continuó caminando bajo las frondosas copas de sus árboles, a lo largo de los agrietados muros de las casonas garabateados con consignas revolucionarias, pero no vio en ninguna parte pentagramas ni ojos omniscientes.

La camioneta volvió. Sus pasajeros cantaban ahora La Internacional usando megáfonos. Comunistas, concluyó Brulé, jóvenes que, aunque sonara kafkiano, celebraban a Castro, Maduro y Kim Jong-un. ¿Cómo entender que militantes de un partido que había sufrido la represión de una dictadura celebrasen a su vez con tanta pasión otras dictaduras?, se preguntó, y como no quería líos, dobló por Cirilo Armstrong para dejar que el vehículo se alejara.

Solo cuando constató que los cánticos se habían alejado en forma definitiva del barrio, retornó a la avenida Alemania y tuvo que admitir que, al repasar paso a paso el asesinato del pintor, había algo que no cuajaba del todo. Era un detalle menor, aunque relevante, que si bien no aclaraba nada, planteaba nuevas dudas.

Lo cierto era que los asesinos habían despojado a Edmundo de la billetera, pero no la habían arrojado en la calle sin el dinero, como solían hacerlo para deshacerse de cualquier prueba inculpatoria. No, no lo habían hecho. Por el contrario, habían conservado y seguían conservando los documentos del pintor.

¿Por qué ese interés por cualquier documento de un indocumentado?

14

El Lada avanzó tosiendo a lo largo del Pacífico, se unió al torrente de vehículos que sube al estadio Elías Figueroa y desembocó frente a la Universidad de Playa Ancha.

Más que universidad, aquello era una ciudadela en rebeldía, pensó Cayetano. Lo demostraban la proliferación de consignas en los muros suscritas con la A del anarquismo, el fusil del MIR, y la hoz y el martillo, y las postas de enmascarados que controlaban el tránsito.

Al doblar hacia la playa de Las Torpederas, se encontró de sopetón con una decena de jóvenes que le cerraban el paso. Tuvo que detener el Lada en seco.

—Si quieres pasar, tienes que bailar —le advirtió un enmascarado.

La masa cantaba a voz en cuello una canción sobre el Che Guevara y marcaba el ritmo con un kultrún que azotaba un calvo con bandana.

—¿Cómo? —preguntó Cayetano, irritado. En el Departamento de Castellano lo esperaba el profesor Zille y estaba sobre la hora de la cita.

—El que baila, pasa. El que baila, pasa —gritaba la turba, febril.

—Si querís pasar, tenís que bailar primero, cegatón —le advirtió un encapuchado—. Los hermanos aquí lo exigen —agregó extendiendo un brazo hacia el coro.

—El que baila, pasa. El que baila, pasa —retumbaba en la calle.

Comprendió que, si quería continuar, no le quedaba más que aceptar. Soltó un resoplido y se bajó del auto bajo una lluvia de manotazos y empujones que estuvieron a punto de derribarlo. Rojo de impotencia, intimidado por la turba enardecida, y ansioso por librarse de ella, se mordió los labios en lugar de responder a los improperios.

Los encapuchados comenzaron a cantar «La batea».

Cerró los ojos, alzó los brazos mientras las voces aumentaban de volumen y simplemente empezó a bailar.

Oyó insultos y alusiones a sus bigotes, seguidos de carcajadas y

chiflidos, pero siguió bailando al ritmo de la canción con la cabeza gacha y los párpados entornados para que nadie viera que lloraba.

15

—Lo vi todo desde mi ventana, todo, y le pido perdón en nombre de la universidad por ese acto execrable, señor Brulé —se excusó el profesor Max Zille al recibirlo en su oficina atestada de libros—. Tome asiento, por favor. Mil disculpas, de verdad. ¿Un té o café?

—Un espresso —repuso Cayetano entre las palmadas en la espalda que le propinaba el catedrático mientras lo guiaba hasta la silla junto al escritorio.

El alemán ordenó espressos por citófono y se sentó frente al detective. Tenía ojos azules inquietos, una voluminosa barba blanca y una frente amplia y lisa, que le confería un sorprendente parecido a Karl Marx.

—Lo siento —reiteró Zille, natural de Berlín, especialista en literatura del Caribe, indignado por el ultraje al que acababan de someter a Cayetano—. Perdone a estos universitarios, la verdad es que no saben lo que hacen.

—¿No saben? —replicó Brulé tratando de apaciguar el temblor de sus manos—. Son todos ya mayorcitos.

—Pero no culpables. Ellos son víctimas. Como sociedad no les inculcamos la educación cívica, y en sus hogares, si es que los tienen, porque muchos crecen en familias disfuncionales que cenan viendo televisión o atendiendo el celular, no les enseñan nada.

—A cierta edad cada uno es responsable por lo que dice, piensa y hace, profesor.

—No quiero antagonizarlo, señor, pues estoy tan consternado como usted, pero yo trato de comprender qué ocurrió para que llegáramos a estos excesos. Le diré una sola cosa —hizo una pausa para mirar a la calle, donde la horda imponía otro «el que baila, pasa»—, lo que usted sufrió me recordó el nacionalsocialismo y el comunismo.

—Lo imagino.

—Bajo Hitler hubo «actos espontáneos de repudio popular» contra

los judíos, y bajo Fidel Castro los hubo contra los disidentes. Y lo deploro y condeno. Una cosa es la legítima manifestación contra la desigualdad y los abusos, y otra violar los derechos humanos, que defendemos en esta universidad.

—A decir verdad, no se nota lo último, profesor.

—Es que vivimos tiempos recios en este país que es un trompo cucarro. Entiendo el desencanto generacional y la crítica a la inequidad, pero no justifico los abusos. Los jóvenes solo sueñan con una patria mejor y más justa.

—También yo sueño con eso —dijo Brulé mientras un empleado de guardapolvo azul ponía las tazas con café en el escritorio—, pero el fin no justifica los medios. Todos saben cómo comienzan estas crisis, pero nadie cómo terminan.

—Muy de acuerdo. Nadie quiere extremismos de ningún color. Menos yo, hijo del país que creó el nacionalsocialismo y el comunismo.

—En fin, vine a verlo por otra cosa —aclaró el detective mientras revolvía contando defraudado los grumos de café que nadaban en su taza.

—Vine a verlo por algo muy distinto. Estoy aquí por cuanto usted estudia los símbolos urbanos.

—*Ach, mein Gott*, pero le advierto que no soy experto en eso. Solo asistí hace años a un curso en la Humboldt Universität sobre grafitis y murales callejeros. Soy el modesto compilador —indicó hacia uno de los anaqueles pletóricos de textos— de un libro de ensayos sobre la pulsión entre el arte elitista y comercial, y la simbología callejera, popular y de servicio público.

—Sobre eso justamente quiero consultarlo.

—Antes debo aclararle otra cosa: adoro la literatura policial del Caribe —el profesor engoló la voz en perfecto español—, y por lo tanto me encanta la idea de ayudar a un detective. Aquí cuenta con un aliado para debatir sobre literatura y símbolos urbanos.

Le agradeció la disposición, le aclaró que no buscaba debate alguno y extrajo la hoja con el pentagrama coronado por el triángulo con el ojo inserto.

—¿Conoce esto? —preguntó desplegando el papel sobre el escritorio.

Zille se calzó unas gafas con marcos de alambre y miró el dibujo por unos instantes.

—Aquí reconozco ciertas cosas —afirmó posando los dedos sobre el dibujo—. Una, referida a las líneas. Es un pentagrama musical. No hay duda, pero sin notas, y por eso no atino a identificar qué relata, aunque remite a déficit y ausencia. ¿Verdad? Y la otra dimensión, la del triángulo con el «ojo de la Providencia», imagino que usted sabe algo al respecto.

—Pero ¿qué significa en conjunto?

Zille se repantigó en su sillón ergonómico.

—Buena pregunta —dijo acariciándose la barba—. Nunca los he visto formando una unidad significante, pero trataré de averiguar.

—Me ayudaría para una investigación que tengo entre manos, profesor.

—Lo haré con gusto, pero antes que se vaya quisiera hacerle una propuesta, señor Brulé.

—Usted dirá.

—Que me cuente sobre su profesión. Ser detective privado es muy, cómo decirlo... romántico. No sé si me entiende.

—Lo entiendo, profesor —dijo Cayetano temiendo que aquel trato condujera a una interminable plática inútil a sus propósitos.

—El concepto de detective privado no me transporta a la realidad de esta revolución en marcha, y de la cual espero mucho para Chile —aseveró Zille—, sino al reino de la ficción. Usted para mí, y se lo digo con respeto, pertenece más a ese mundo que al del Valparaíso real, que por fin despertó. ¿Me sigue?

—Pues, sepa usted, profesor, que soy de carne y hueso —alegó Brulé, sonriendo.

—Por eso tenemos mucho de qué hablar. Cuénteme, por favor: ¿usted vive de lo que hace?

—Bueno, como todo profesional, trato de vivir de lo que hago. Mejor dicho, vivo de lo que otros hacen, como usted vive de lo que otros escriben. Somos, a ver, cómo decirlo para que me entienda,

somos...

—¿Parásitos? —indagó insidioso Zille y se despojó de los espejuelos y buscó apoyo en el respaldo.

—Mejor dicho, ambos somos plantas epífitas. Es decir, obtenemos de la atmósfera nuestros nutrientes y usamos a la planta huésped como soporte.

—Genial, magistral —exclamó Zille poniendo sus ojos en blanco, extasiado—. Deberíamos seguir conversando un día, pero no aquí, en este edificio estéril y carente de historia, sino mejor en el restaurante Hamburg, ante una jarra de Weissbier. ¿Conoce el Hamburg? Espero, Dios mío, que no lo hayan incendiado.

16

—¿Cayetano? ¿Qué estás haciendo?

—Viendo el programa de Daniel Matamala.

—No lo soporto. Me exasperan los que se erigen en jueces supremos de la humanidad.

—Ya le bajé el volumen, Margarita.

—Te lo agradezco. ¿Cómo va tu despacho?

—Al menos aún está intacto. No es fácil llegar al entretecho del Turri.

—Y me imagino que sigue igual: el caos de los archivos, el piso polvoriento, la sartén con huevo pegoteado y la cafetera tiznada. ¿O me equivoco?

—Digamos que el despacho preserva sus tradiciones.

—Ya lo sé. El inútil del chino es incapaz de vaciar el canasto de papeles o de reciclar las latas de cerveza que se toma a escondidas.

—Suzuki no es chino, sino chileno de origen japonés.

—Da lo mismo. Es un inútil irrecuperable. Yo que tú lo ponía de patitas en la calle. Siempre ha vivido a costa tuya. Cualquier día, ya te lo he dicho, te planta una demanda laboral y te arruina.

—Yo confío en él, Margarita, y le tengo las imposiciones al día.

—Pues yo a estas alturas de la vida no confío ni en mi propia sombra.

—Así la vida se vuelve deprimente, Margarita.

—Mejor hazme caso y prepárate para cuando te llegue la cartita de la inspección del trabajo, ahí te vas a acordar de esta mujer. ¿Seguro le tienes las cotizaciones al día?

—Te lo dije. Todo como debe ser.

—Da igual. Esa gente siempre quiere más. La avaricia no conoce límites. ¿Y la fulana que te cocina?

—¿Te refieres a doña María?

—A ella misma. ¿Todavía la tienes?

—Claro que sí. Viene una vez por semana. Cumplidora y diligente como ella sola.

—A otra con ese hueso. Lo que pasa es que te echó el ojo. Debe creer que la casa es tuya. Acuérdate que la conozco. Copuchenta, envidiosa y traicionera.

—¿Y cómo va el corretaje de propiedades, Margarita? —prefirió cambiar de tema.

—Ni me hables. Todavía no me explico cómo se me ocurrió cerrar la agencia de nanas y meterme en esto. No se mueve nada. Solo comen los peces gordos. Desde el 18 de octubre todos quieren vender e irse. Y si continúa la anarquía, que nos pillen confesados. El gobierno no existe y los crecepelos del Congreso no paran de pelearse entre ellos y de hacerse pagar su peso en oro. No entienden que no los elegimos para pelearse, sino para resolver los problemas. Aquí estamos todos en onda adiós, pampa mía. Solo los militares pueden salvarnos.

—Muy jodido, muy jodido.

—Creo que, para esto, mejor te hubieses quedado en Cuba. Al menos allá saben adónde van.

—¿Puedo ayudarte en algo, Margarita?

—Quiero visitarte el fin de semana.

—Pero Valparaíso está reducido a escombros, Margarita.

—No importa. Santiago está peor. Santiago es Leningrado en 1943, y la plaza Baquedano se convirtió en tierra de nadie a vista y paciencia de las autoridades, que hacen como que no es con ellos. Para mí no es problema visitarte. Por el contrario.

—Lo sé, Margarita.

—Cierro oficina y departamento y enrumbo a la costa en Tur Bus. Aunque esto sea un naufragio en cámara lenta, ver el Pacífico me tranquilizaría los nervios. ¿Estás durmiendo bien? ¿O te llevo lorazepam? Tengo un talonario de recetas que me consiguió la nana de un doctor.

—Margarita, nos pueden estar escuchando.

—Ojalá interceptaran aquí llamados como en Rusia o China, porque otro gallo nos cantaría. Puedo ir por unas semanas y cocinarte algo sano, por ejemplo, pescado, pollo, verduras, y no las porquerías a las

que estás acostumbrado. El colesterol debes tenerlo por las nubes, peor que cuando te dejé.

17

Echó una repasada a las noticias antes de cerrar el despacho para irse a casa.

Bajo el cielo del crepúsculo aullaban sirenas entreveradas con el estrépito del caceroleo. Los manifestantes pasaban por calle Prat para ir a asediar el Congreso, donde encapuchados premunidos de palos y bombas mólotovs libraban feroces combates con los carabineros.

En ese instante le entró un llamado al celular.

—Revisando la prensa encontré algo interesante, jefe —le dijo Suzuki—. ¿Se acuerda del tipo que se suicidó el mes pasado en el metro?

—Me acuerdo.

—Radio Bío-Bío afirma que se trata de un extranjero que estaba ilegal en Chile.

—¿Un turista con visa expirada o un inmigrante indocumentado?

—No, un extranjero que no existe en Chile. Es decir, su ingreso al país no está registrado en inmigración, como lo que pasó con Galaz.

—Pero de esos hay cientos de miles, Suzukito. Entran a la mala por la frontera, guiados por un coyote.

—Por eso lo llamé. Es un extranjero sin huellas dactilares. No sé cómo explicarle.

—¿Cómo averiguaron que no es chileno?

—Por descarte, jefazo. El Registro Civil no tiene sus huellas. A todos los chilenos los registran al nacer.

—¿De qué país venía, entonces?

—No tienen idea. Es una persona sin identidad.

—¿Y conocen al menos su apodo?

—Pero si aún no lo identifican, jefe.

¿Cómo que al Escorpión se le fue un detalle de este calado?, se preguntó Brulé.

—Tú piensas que alguien debe haberlo conocido —comentó

acomodándose las gafas, el ceño fruncido—. Y que tiene que ubicarlo al menos algún vecino.

—Así es, jefe, y además hay otra cosa. Supongo que usted no reparó en eso porque anda pasado de rosca.

—¿A qué te refieres?

—A que este asunto huele como el caso Galaz. No puede negarlo. Se parece demasiado. La única diferencia consiste en que uno es chileno y el otro, extranjero.

—No olvides que ahora tenemos a cientos de miles de migrantes, tanto documentados como indocumentados, así que debe haber muchos casos semejantes.

—Pero hay una diferencia grande, jefe. Mire, entre los muertos chilenos no he escuchado de ninguno que anduviera en una situación irregular como el pintor, y entre los extranjeros, tampoco he sabido de nadie que quede en la morgue sin que lo reclamen. Serán migrantes, pero no marcianos. Siempre llega a Medicina Legal un pariente, un compadre o un cura o un pastor que se hace cargo de los restos para que no vayan a dar a la fosa común. Pero quedar solo, huacho como calcetín perdido, nadie, jefazo.

—Ahora capté hacia dónde apuntas —repuso Brulé, pensativo—. Déjame darle una vuelta al asunto. Saludos a Madame Eloise. Siguen juntos, ¿verdad?

18

—¿Escorpión?

—Dime, Cayetano.

—Te llamo por el tipo que se suicidó en la estación del metro Universidad de Chile.

—Algo recuerdo, déjame ver en la pantalla—. La memoria del Escorpión ya no era la de antes, pensó Cayetano. Sin embargo, aunque jubilado años atrás, en el cuartel central de la PDI aún lo necesitaban. Los funcionarios no daban abasto para investigar y proteger al mismo tiempo las instalaciones—. Aquí lo tengo. Continúa.

—Dicen que es un extranjero y que estaba ilegal en Chile.

—Veo que alguien volvió a filtrar datos.

—Esto lo comentó radio Bío-Bío, Escorpión.

—Da lo mismo, algunos quieren convertirnos en vitrina para quebrarnos después los vidrios.

—¿Es blanco, negro o asiático el suicida? —preguntó Cayetano.

—Calma. Estoy tecleando. Déjame ver... ¿Andas detrás de otro caso? ¿No te basta con el de Galaz Expósito? Deberías jubilarte, mejor.

—Lo dice justamente el padre Gatica, que predica, pero no practica.

—Aquí tengo al susodicho. Un NN. Aspecto mediterráneo, es o era alto, de contextura atlética y de mediana edad.

—¿No le encontraron nada?

—Tenía los bolsillos pelados.

—¿Tampoco celular?

—Bolsillos pelados.

—¿Alguna sospecha?

—Cayetano, en Chile hay un millón y medio de extranjeros, de los cuales cientos de miles deben ser indocumentados. Entran por la frontera con Bolivia o Perú, y se instalan donde encuentran pega. Persiguen el «Chilean Dream». Son venezolanos, haitianos, peruanos, bolivianos, colombianos, cubanos, chinos o indios, vaya uno a saber.

Los colombianos prefieren quedarse en Antofagasta.

—Por eso le dicen Antofalombia.

—Y eso grafica todo.

—¿Estos no son los que entran como turistas y no vuelven a salir?

—Esos forman a su vez otra categoría. Quedan registrados como extranjeros que excedieron el plazo de estadía. Son cientos de miles también, y se les deporta o bien se les regulariza la situación si cumplen ciertos requisitos. Hace un año hubo una amnistía para los venezolanos con una visa de responsabilidad democrática. El suicida, en cambio, pertenece a los fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Así es. No existen en Chile, pero viven en Chile.

—¿Y de qué viven?

—Son náufragos, Cayetano, se aferran a cualquier tabla. Viven hacinados en conventillos y trabajan a la negra en la construcción, la agricultura, la trastienda de restaurantes, la prostitución, en fin.

—Y algunos laburan también para los narcos —apuntó Brulé.

—Desde luego. Obtienen pegas como «loro», «mula» o «miliciano», y pueden llegar a distribuidores.

—¿Y no los contratan como sicarios?

—Esa ya es una especialidad muy lucrativa pero exclusiva. Ajustan cuentas sin dejar huellas. Los contratan en Colombia y México, principalmente. Vienen, le echan agua al que haya que echarle y vuelven a cruzar la frontera. Procedimiento quirúrgico.

—Escorpión, me interesa el asunto porque puede estar vinculado con mi caso —dijo Brulé—. Quiero examinar el video del suicidio. ¿Puedes facilitarme una copia?

19

Le incomodaba que Margarita regresara, pensó mientras bajaba por las malolientes escaleras adosadas al incendiado diario *El Mercurio*.

Habían sido pareja durante años. Lo que comenzó con el ímpetu de tormenta tropical, se fue enredando con el tiempo en los huiros de la rutina cotidiana. Al comienzo fingieron que nada había cambiado, que a él no lo consumía el despacho del Turri ni a ella la agencia de empleos en la plaza Echaurren, y confiaron en que sus tensiones fuesen los nubarrones que cruzan a veces sobre las parejas. Pero después comprendieron que el amor había devenido una bien calibrada amistad.

Recordó que cenaban en una picada de la calle Colo Colo cuando decidieron anticiparse a lo que oteaban en el horizonte, y mataron la relación para evitar que agonizara entre reproches. Después de los cincuenta estaban viejos para atravesar rupturas viscerales y quedar heridos en la cuneta como perros callejeros.

Compartieron de postre una porción de torta mil hojas, ordenaron café y copas de Araucano, brindaron por los buenos días que habían pasado juntos, y Brulé la dejó en su puerta en el cerro Monjas y continuó en el Lada de vuelta al cerro Alegre, nombre que le resonó como un sarcasmo.

Y ahora Margarita pretendía regresar a su casa como si hubiese olvidado que la etapa en que fueron felices se había ido a pique como los países que había conocido, pensó caminando por el plano de Valparaíso mientras los trozos de vidrio crepitaban bajo las suelas de sus zapatos.

Una oleada de gas lacrimógeno le aguijoneó las pupilas devolviéndolo al presente. La ciudad entraba en espasmos ante la impotencia de los porteños pacíficos que miraban asustados y y con total desconcierto, sin atinar a mucho. Así que volvía Margarita, pensó viendo vitrinas tapiadas con planchas de metal y muros rayados con

consignas que convocaban a nuevas marchas y a derrocar al gobierno.

En la calle Blanco, el bar Catedral tenía las cortinas aún echadas, pero las de la cervecera Anarquía estaban a medio levantar. Alguien barría adentro. Se agachó y gritó:

—¿Pueden servirme una garza decente?

Una garra apareció bajo la cortina haciéndole señas para que entrara.

Dentro lo recibieron la penumbra pasada a cebada y el Pirata con su indumentaria de rigor: pañuelo negro ajustado al cráneo, hawaiana floreada, y un cigarrillo colgando de una esquina de su boca. Llenó una garza para Brulé y otra para él.

—Ni cereales ni kéfir, amigo. Una cerveza es el mejor desayuno del mundo —anunció acercando la garza a Cayetano, y luego alzó la propia—. ¡Por la revolución!

Bebieron bajo la parpadeante luz de un tubo fluorescente. La claridad del día reptaba lenta bajo la cortina metálica. En cuanto declinaba el estrépito de los buses, oían el tictac del antiguo reloj de pared.

—Esto se veía venir —comentó con aire filosófico el Pirata, acodado en la barra—. Era cosa de tiempo. Culpa de los poderosos de siempre y los políticos corruptos. ¿No crees?

—La violencia está de más.

—Sin violencia, no nos hubiesen hecho caso —sorbió sin descolgar el cigarrillo de los labios—. Estaban en el mejor de los mundos posibles, ganando y abusando como nunca, pero se les pasó la mano. Ahora que se mamen esto y lo que viene.

—Si sigue la violencia, se derrumbará el turismo y aumentará el desempleo. Impresentable cómo destruyeron la ciudad. —Cayetano tomó un sorbo largo, convencido de que solo el alcohol lo ayudaba a sobrevivir en esos días.

—Más se perdió en la guerra, decía mi bisabuelo, que era asturiano de Gijón y se refugió aquí gracias a Pablo Neruda, que lo sacó en el barco *Winnipeg* de la carnicería de Franco.

—Solo una cosa sabe el boxeador, Pirata: nunca hay que destruir el ring.

—Pero si todo se venía desmoronando desde hace tiempo, cubano. Tus anteojeras ideológicas no te permitieron verlo. Sesenta años de castrismo te jodieron como analista objetivo. Ahora, en lugar de ver el vaso medio vacío en Chile, debes verlo medio lleno, y aprovechar las oportunidades que nos brindará la nueva constitución.

—A mi edad ya no creo en Santa Claus. Si no trabajo, no como. Esa es mi verdad.

—Esto es de los jóvenes. —El Pirata se encogió de hombros, indiferente—. Tú ya estás para los cuarteles de invierno.

—Gracias.

El Pirata soltó una bocanada de humo apartando la vista, y luego agregó:

—No quería ofender. Entiéndeme. Es que los viejos, los escépticos y los enemigos de la revolución tampoco captan el factor generacional. Es una nueva generación la que sube al escenario. Pero así y todo, veo una oportunidad para ti.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—En Cuba te sumaste a la causa contrarrevolucionaria, y ahora nuestra revolución te regala una nueva oportunidad para que rectifiques. Sesenta años después, tu patria adoptiva te ofrece la vía del arrepentimiento. De los arrepentidos es el reino de los cielos, Brulé.

—¿Estás hablándome en serio?

El Pirata asintió con la cabeza.

—No puedes pedirme que cambie —dijo Cayetano reprimiendo un eructo—. Soy un tipo tolerante que vive solo de su propia iniciativa.

—Cambia antes de que te quedes solo. Un día vas a despertar y verás que hasta los duros de la derecha habrán hecho la del camaleón. Los políticos profesionales tienen una sola patria y una sola lealtad: el poder. Prepárate para un carnaval de traiciones.

—No soy hoja al viento, Pirata.

—En todo caso, cuando quieran colgarte por gusano, saldré en tu defensa en la plaza del Pueblo porque me consta tu honradez y yo soy magnánimo en la victoria.

Bebieron sin decir nada.

—Gracias por perdonarme la vida —dijo Cayetano tras secarse los bigotazos con la mano—. Antes de irme, quiero que me digas si conoces este símbolo.

Desplegó el pentagrama con el ojo inserto en el triángulo, que el Pirata observó con atención.

—En mi perra vida he visto eso antes —respondió—. ¿Un nuevo artista esotérico en la plaza?

—No tengo idea. Necesito saber qué significa.

El Pirata le hizo un par de fotos con el celular.

—Si averiguo algo, te aviso —anunció—. Soy de claveles portugueses para los amigos y de gladiolos para los enemigos.

Brulé se quedó mirando las ruedas —era todo cuanto veía— de un trole que pasó por Blanco hacia el puerto haciendo vibrar la cortina metálica.

—¿Sabes quiénes son mis enemigos? —preguntó el Pirata al ver que Brulé se aprestaba a marcharse.

—¿Tus enemigos?

—Mis enemigos son los de arriba —afirmó indicando hacia el cielo.

—Entonces estoy jodido: vivo en el cerro Concepción y tengo despacho en el último piso del Turri. Más arriba no podía llegar.

—El horno no está para bollos, Cayetano, así que ponte serio —lo apuntó con el cigarrillo entre los dedos—. Mis enemigos no son los abnegados que luchan por mantenerse a flote, como tú, sino los de arriba. Me refiero a los que esquilman al pueblo como capitalistas o políticos de derecha e izquierda, en fin, todos aquellos que defienden el modelo neoliberal.

—Entiendo.

—Y eso incluye a quienes han sido presidentes, ministros o diplomáticos de gobiernos de izquierda que ahora, con oportunismo vil, rasgan vestiduras condenando lo que ayer veneraban. Son unos oportunistas, pertenecen a la elite y a la vieja política. Su patria es el poder y Mammón su bandera. No nos van a confundir descolgándose a última hora del tren.

—Veo que estás por ajustar cuentas hasta con antiguos camaradas de ruta.

—Es que no vamos a aceptar que, después de usufructuar de las mieles del poder, como dice Fidel, posen ahora de revolucionarios de toda una vida.

—No puedo seguir especulando, me espera la pincha —anunció Brulé tras vaciar la garza y poner unos billetes en la barra—. Se agradece la magnanimidad, Robespierre.

20

La mujer estacionó la moto sobre la vereda, en diagonal a la Biblioteca Santiago Severín, que exhibía como cicatrices las consignas rayadas en sus flancos, dobló la esquina apegada al Puro Café y se sentó a la mesa donde Brulé leía el diario.

—Con los saludos del Escorpión —dijo ella al posar el pendrive junto al latte del detective, quien lo guardó de inmediato en un bolsillo.

La mensajera era una joven pelirroja, tal vez recién egresada de la escuela superior de investigaciones, calculó Cayetano. Vestía chaqueta de cuero y jeans, llevaba cartera en bandolera, y no pasó inadvertida en el local, donde la voz de Billie Eilish rasgaba el alma.

Le ofreció un café.

—Gracias, tengo que volver —dijo la mujer—. Mi compañera está nerviosa —afirmó indicando con la cabeza, la melena recogida en tomate, el largo cuello al aire, hacia la moto.

—Otra vez será —dijo el investigador imitando a Leonardo Favio.

—Otra vez será —remató ella al marcharse.

Cayetano se plisó la corbata lila de guanaquitos verdes, y siguió con la vista a la amazona hasta que ella se perdió en la moto por la desolada calle Yungay.

21

Coló el café en la Bieletti y llenó dos tacitas aspirando extasiado el aroma. Después volvió al escritorio, donde introdujo en el Dell el pendrive enviado por el Escorpión. Lo activó mientras Suzuki, inquieto ante el inminente arribo de Margarita, pasaba con esmero un estropajo húmedo por el piso.

La cámara de seguridad, instalada en lo alto de la estación Universidad de Chile, mostraba una abigarrada masa de pasajeros esperando el metro.

Cayetano observó aquello saboreando el espresso, dulce y fuerte, como le gustaba.

—Espero que antes de que yo pare las chalas aprendas a hacer café como Dios manda —le dijo a su asistente—. Aprovecha que tienes cerca un maestro.

La cámara seguía mostrando la estación sin movimiento de trenes.

—Los asiáticos nos caracterizamos por ser pacientes, jefazo —respondió Suzuki—. No como, discúlpeme, pero no se lo mando a decir con nadie, no como los caribeños. Para usted cinco años son una eternidad, para nosotros apenas un suspiro entre milenios. Ya aprenderé.

—Ojalá. Porque yo soy un suspiro en la historia, y no me sirve un milagro que se produzca el año 2500.

—¿Pero usted no ha visto cómo se llama el café más caro del mundo?

—Pilón.

—Ni Pilón ni pelón, jefe. Geisha. Se llama Geisha. Ciento por ciento japonés. Tal como lo escucha. Y si lo duda, lea su enciclopedia favorita, Wikipedia. Ojo: una taza de Geisha cuesta quince dólares. Hágase esa con su Pilón.

—¿Y tú crees que ese café crece en el monte Fuji? No me vengas con pamplinas, Suzukito. Ese grano es originario de Etiopía y se

cultiva desde hace medio siglo en Centroamérica. Ahora, en confianza entre tú y yo, ese Geisha a mí no me convence. Uno no sabe si está tomando té fuerte o café aguado. No es ni fu ni fa, para que no andemos con cuentos. Yo, o tomo café o tomo té, no puedo tomar ambos y ninguno a la vez.

—No entiende la dialéctica hegeliana, jefe. El mundo no es binario.

—¿Y eso también lo aprendiste en la escuela de cuadros del Frente Amplio, cerca de la iglesia de La Matriz?

—Estoy ilustrándome, jefe. Conviene conocer la historia de las ideas políticas, no me lo va a negar.

—Pero ¿no estabas asistiendo en invierno al catecismo católico, y en septiembre no te pasaste a los mormones, y el mes pasado no andabas cantando salmos con los evangélicos? Se te va a formar un salpicón de padre y señor mío, Suzukito.

—La verdad está repartida en semillas por todas partes, jefe. Nadie la monopoliza, dice Popper.

—¿Dijiste Popper? ¿Y ahora eres liberal? Eso ya suena mejor. Eres un empresario, o eras, más bien. Lo siento. Pero deberías andar cerca del liberalismo, que da para todo y todos, y apartarte de gente que mira con malos ojos que seas propietario de un boliche.

De pronto vio las brillantes pupilas del tren emergiendo raudas del túnel del metro. El resto ocurrió en segundos: la muchedumbre que se apretuja y ondula como magma, un hombre que se arroja a la línea, y la cabeza de la serpiente metálica que lo engulle en cosa de segundos.

—¡Coño! —exclamó el detective.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Suzuki que pasaba el plumero por los archivos sujetando el palo del trapero entre las piernas.

Cayetano repitió el segmento.

—¿Pasa algo? —insistió el asistente.

—Déjame ver, déjame ver.

Volvió a verlo. Algo en la grabación, que no lograba definir y sucedía en los segundos previos al salto del suicida, algo que le pareció una pérdida momentánea de la sincronía entre el vaivén de quienes rodeaban al suicida y el de la masa agolpada en el andén atrajo su atención.

Detuvo el video para examinarlo de nuevo.

Esta vez lo hizo en cámara lenta.

—Coño de su madre —exclamó consternado.

—¿Qué está viendo, jefe?

—Ven acá, Suzukito.

El ayudante dejó plumero y trapero botados y se acercó al escritorio.

—Observa sin pestañear la secuencia y dime si ves algo raro.

Echó a correr el video una vez más.

—¿Raro? —preguntó Suzuki—. Más que raro. Espeluznante. Pobre hombre. Debe haber estado muy deprimido para llegar a esa determinación.

—Pero mira bien, porque estás mirando sin ver.

—Repítalo, entonces.

Lo volvieron a ver.

—Y ahora míralo en cámara lenta —dijo Cayetano haciendo retroceder el video.

El tren se replegó como una morena hacia la oscuridad del túnel. Luego el detective presionó *slow motion*, y observaron la escena.

—¿Qué piensas?

—Tendré que bajar a Prat por una cerveza, jefe. No soporto ver más desgracias.

Cayetano le dijo que, en lugar de ir a sacar la vuelta, se sentara a estudiar el video.

—Necesito salir al aire fresco, jefe.

—Socio, si eres incapaz de ver algo tan evidente —agregó Brulé—, te despido con pitos y cajas. Mira bien. ¿No notas que el hombre no salta, sino que es empujado por quienes lo rodean aprovechando la marejada de la muchedumbre? Lo hacen con disimulo, es cierto, pero lo empujan. No estamos ante un suicidio, Suzukito, sino ante un asesinato.

22

El Lada subió escupiendo explosiones y olor a aceite quemado por Almirante Montt, se quejó con amargura en la intersección de la calle Beethoven y se detuvo ante la empinada escalera que conduce a la Iglesia Protestante Alemana.

Tocado con el Panamá, Brulé subió resollando los peldaños de hormigón pintados con flores hasta alcanzar la explanada y entró por Pilcomayo.

A medio camino, antes de llegar a la Iglesia Anglicana, amparado bajo la marquesina del portón cerrado del antiguo Colegio Alemán, lo aguardaba el Escorpión. En la otra esquina se paseaba un joven barbudo con trazas de escolta.

—Necesito ver más videos —le dijo Brulé a modo de saludo.

—Cada cosa tuya...

—Y necesito saber en qué estación subió el suicida.

Se acomodaron unos metros más allá en la estrecha terraza del Café con Letras y ordenaron sendos cortados.

—Voy a pedirle a mi jefe que te libere esos videos. Pero te recomiendo que hables antes con Salazar para ablandarlo. No a todos en la institución les simpatizan los detectives privados, y a Salazar le caen como patada en la sanguchera. Celos del oficio, tú sabes.

Lo sabía. Al prefecto Salazar, meticuloso y sistemático como un filósofo alemán por haber integrado el secretísimo Departamento Quinto, no le convencía la amistad entre ambos. Y, en rigor, no dejaba de tener razón, porque a veces el Escorpión se adentraba en zonas grises al apoyarlo en ciertas pesquisas.

Escorpión era diferente. Se trataba de un amigo orgulloso de cuanto había logrado a lo largo de su carrera profesional, pero amargado por el fracaso de su matrimonio, algo que delataban sus abultadas ojeras.

—¿Hasta cuándo piensas seguir en la lucha? —le preguntó—. A estas alturas estás para disfrutar el retiro y los nietos, y buscar una

doña que te quiera. Es lo que yo haría en tu caso.

—Delfina me quería de verdad —admitió el Escorpión bajando la vista, melancólico—. Yo prioricé la pega en desmedro de mi matrimonio. Bueno, hasta que ella se cansó y se fue.

Así eran los detectives, se dijo Cayetano. En todos ellos la procesión iba por dentro. Al mal tiempo, buena cara. Hacer de tripas corazón. Ocuparse de iluminar las cloacas de la sociedad, y sin esperar medallas ni reconocimientos. Al final, la vida les pasaba la cuenta.

—Por eso mismo deberías retirarte de veras y dedicarte a pasear, leer y jugar al ajedrez.

En algún momento tienes que pensar en ti mismo. Te apuesto a que en una de esas te empatas con una mujer que te enciende de nuevo la pasión. ¿Cómo sabes? Mucho millaje ya no nos queda. Deberías colgar los guantes.

—El que nace chicharra, muere cantando —repuso el Escorpión con un fulgor renovado en los ojos—. Y la situación se ve mal aspectada porque nadie sabe dónde desembocará. ¿Avanzamos como país hacia algo mejor o al precipicio? También yo desconfío de los políticos de todo color, de gobierno u oposición. Tensaron demasiado la cuerda y convirtieron el Congreso en un circo que indigna y abochorna.

—Se pasaron de la raya y se acabó lo que se daba —resumió Cayetano.

Agradecieron el café y los vasos de agua fría que les trajo una joven de cabellera verde, tatuajes en los brazos y una argolla en la nariz.

—Estamos jodidos —admitió el policía—. Los políticos no tienen idea de cómo viven los jóvenes ni los miedos que no dejan dormir a los millones que salieron de la pobreza en los últimos años. Y cualquiera sabe que a nada le temen tanto como volver a caer en la miseria. Pero les importa un bledo a los congresistas mejor pagados del continente. Viven en una dimensión paralela, se acuerdan de nosotros cada cuatro años y nos creen giles.

—También son culpables los electores que eligen a frívolos e ignorantes que van al Congreso disfrazados de payaso o envueltos en sábanas.

Vieron que la dependiente conversaba con un joven de corte

mohicano, que le sonreía desde la vereda.

—¡Y qué decir de estos millennials! —continuó el Escorpión indicando hacia la muchacha—. Me cuesta entenderlos y creo que se debe a que pertenezco al siglo pasado. En fin, lo cierto es que los políticos ni se olieron el malestar que se incubaba bajo sus propias narices. ¡Para qué diablos les pagamos, me pregunto!

—Tenemos los políticos que escogimos —dijo Cayetano pensando en Moshe Dayán. Para el lustrabotas, el Congreso era una cueva de Alí Babá, un barril sin fondo, una constelación de púgiles ególatras. Jamás volvería a confiar en ellos. No era, por cierto, el único en pensar así—. Y si nosotros los escogimos, no somos víctimas sino cómplices.

—En fin —recapacitó el Escorpión—. ¿Qué videos necesitas ahora?

23

En la plaza Brasil de Santiago está el Club Social de la PDI, una casona antigua de puntal alto y pisos de madera, con un restaurante que a Cayetano Brulé le encantaba.

Ahora volvía allí como invitado, y nada menos que del prefecto Herminio Salazar, lo que era sorprendente puesto que el oficial desconfiaba de los detectives privados.

Ocuparon una salita aislada, ante dos pisco sours y un menú que volvía agua la boca.

—¿Con qué partimos? —le preguntó el prefecto.

Definieron el itinerario sin titubeos. De entrada, jardín de mariscos, seguido de un ajiaco sustancioso, y como plato de fondo, corvina al horno, arroz blanco y ensalada. Al parecer, sobre la cabeza de Salazar también pendía la espada de Damocles del colesterol.

Salazar era más joven y fornido que el Escorpión, tenía la voz grave, canas y tez pálida, y fue claro desde un inicio:

—Vamos a conversar de Galaz Expósito, pero ándese con cuidado. Me carga que mi institución termine en los matinales de televisión, así que espero de usted la mayor discreción. Primero, las pesquisas indican que no fue asesinado por el narco.

—¿Eso es seguro? —Cayetano recogió unas lenguas de macha.

—Relativamente, porque la información proviene de gente non sancta. Pero lo cierto —Salazar acumuló unos camarones en el platillo — es que no se trató de un ajuste de cuentas entre narcos.

—Eso me ayuda, prefecto.

—Es lo que suponemos. Está difícil obtener datos fidedignos del puerto.

—¿Y eso?

El oficial saboreó el vino blanco, lo que Cayetano imitó, y dijo:

—Amparado en el caos y la impunidad, el narco aprovecha para conquistar nuevos territorios, perfeccionar el transporte y extorsionar

a más comerciantes. No son dados a cooperar con datos.

—¿Era Galaz adicto a alguna sustancia?

—Lo descartan los análisis.

—Así que no se vinculaba con el narcotráfico.

—Vivía de forma austera, y como traficante se habría dado sus gustitos: autos deportivos, mujeres, caballos, propiedades.

—Pudo haber sido un lío de faldas, entonces.

—Puede ser —Salazar inclinó la cabeza y pinchó unos caracoles—. Mucho Romeo deja sudor en la cama y sangre en la vereda. A Galaz no se le conocía pareja. Además, me cuesta imaginar a un marido celoso citándolo al Cristo Redentor.

—¿Pasamos al ajiaco, prefecto? —preguntó el mozo.

—Sí, pero permita que mi amigo termine de escarbar en las patas de jaiba.

—Pueden haberle enviado sicarios —aventuró Cayetano cogiendo una pinza de jaiba por la que asomaba exuberante carne blanca.

—Mire, el sicario actúa a quemarropa. No cita, porque no le interesa conocer a la víctima. Prefiere no arriesgarse a que le tiendan una trampa.

—¿Y podrá estar vinculado con la muerte del indocumentado en el metro, ocurrida semanas antes del asesinato de Galaz?

—No podría decirle. Hay miles de ilegales en el país, y entre ellos también se registran suicidios y crímenes.

—Saco entonces tres conclusiones —dijo Brulé—. La primera: Galaz nada que ver con narcos. Segunda: al cerro Bellavista lo citó alguien de su confianza. Y la tercera: nadie sabe de qué vivía. Me sigue rondando la misma pregunta: ¿por qué regresó ilegalmente a su país para llevar una vida clandestina?

—Ahí entramos en el terreno de las especulaciones —repuso Salazar —. Es clave averiguar de qué vivía. Si indaga por ahí, podría abrir un sendero, pero manténgame siempre al tanto de los pasos en que anda. Por cierto, Escorpión me dijo que usted necesita ver unos videos. No se preocupe, los recibirá.

24

Lo sorprendió el alba revisando los videos facilitados por Salazar. En cuanto el sol acampó sobre el Aconcagua irisando la superficie del Pacífico y cubriendo de pátina las paredes del despacho, Cayetano volvió a colar café. El rumor de las grúas despertaba a la ciudad bajo el límpido cielo de noviembre. Como si la crisis política no fuera suficiente, la peor sequía en un siglo se ensañaba con el centro del país.

Vertió café en la taza sabiendo que, al ocuparse del aparente suicidio en el metro, se apartaba del caso Galaz. Debía reconocer sus propias falencias en un país que no conocía las palabras gracias ni perdón. Arrogancia de quien tiene más hacia quien tiene menos; del que cursó educación privada hacia quien pasó solo por la estatal; del revolucionario dogmático hacia el creyente religioso; del blanco hacia el indígena, y del indígena radical hacia el mestizo, a quien califica de yanacona si discrepa de sus demandas sociales.

Estaba tan confundido como el gobierno, comprensible en un país hasta hace poco considerado un oasis en una región inestable, y que ahora navegaba al garete hacia las cataratas del Iguazú.

Tres cucharaditas para endulzar la existencia, se dijo revolviendo la taza, y el aroma le trajo a la memoria calles de La Habana y Cayo Hueso. ¿Regresaría algún día a sus orígenes o ya era definitivamente chileno y le correspondía bancarse el destino que allí le tejían las moiras, no esquivarlo, como lo había intentado su familia al emigrar de la isla? Nadie puede eludir al destino como Pelé o Messi a sus adversarios, concluyó.

Tal vez lo más saludable era retirarse a un sitio apartado donde pudiese cultivar un huerto y hubiera un parrón frondoso bajo el cual sentarse a leer en el verano, en fin, debía iniciar algo tranquilo y diferente. Por lo demás sabía que el ocaso del detective privado es como el del boxeador: triste y solitario, acompañado solo por algún

diploma amarillento y unos recuerdos a menudo tan amargos como las cicatrices.

A lo mejor había heredado el talento de su abuelo carpintero para el trabajo manual. ¿Por qué no averiguarlo en la práctica? Eso lo apartaría de la investigación criminal, tan imprescindible como ingrata, que comenzaba con la pérdida de la vida de una persona y culminaba con la pérdida de la libertad de otra. Dedicarse a la carpintería, en cambio, le permitiría legar algo más que una carpeta con recortes de diarios sobre los combates librados, por ejemplo, unas sillas o una mesa, elaboradas por él mismo.

Apartó esas elucubraciones de su cabeza y se sentó al escritorio a examinar los videos del hombre en el metro. Como lo suponía, Universidad de Chile no fue su primera estación. Había iniciado el trayecto en Bellas Artes y cambiado de recorrido en Plaza de Armas, donde abordó el convoy que lo llevaría al andén en que perdió la vida.

En las nuevas imágenes halló algo adicional: al bajar los peldaños a la estación de Bellas Artes, un hombre y una mujer se aproximaron al sujeto que investigaba. Lo saludaron, lo flanquearon y siguieron caminando sin intercambiar más palabras.

Después las cámaras mostraban al trío avanzando por el andén y abordando un vagón. La mujer iba a la derecha del sujeto, el hombre a la izquierda. Ella lucía sombrero, gafas y un bolso de cuero, y él, pese al calor, chaquetón oscuro, gorra de beisbolista y anteojos de sol. Que en el metro usaran gafas y se cubrieran la cabeza indicaba a las claras que procuraban ocultar su identidad, pensó.

¿Quiénes eran?, se preguntó acariciándose la barbilla. De pronto, en otra toma, vio algo más, algo inusitado y sorprendente, que atrajo toda su atención.

Dos hombres corpulentos, uno de sombrero Panamá y el otro con gorra de beisbolero, ambos llevando anteojos de sol, se ubicaron detrás del trío y lo siguieron a corta distancia.

La maniobra lo dejó pasmado.

Y sin embargo aquello no era todo.

En el andén, los cinco se abrieron paso entre el gentío, el supuesto suicida en medio de sus acompañantes, y se colaron hasta la primera

fila de pasajeros que aguardaba el próximo transporte.

Fue entonces que por la boca del túnel asomaron raudas las pupilas fulgurantes del reptil de acero.

25

En varias estaciones de radio y televisión se debatía esa mañana sobre el acuerdo suscrito entre el gobierno y la oposición para allanar una salida a la crisis mediante un plebiscito que aprobara la redacción de una nueva constitución política.

—Bastó un cañonazo del Huáscar para que entregaran la Esmeralda —le comentó Suzuki al teléfono mientras el detective miraba noticias. En los programas hacían nata opinólogos, expertos y políticos, cada cual tratando de llevar agua a su propio molino.

Para unos, el acuerdo constituía el paso imprescindible para que el país recuperara la paz; para otros, el gobierno había claudicado de forma pusilánime a sus principios, y para un tercer sector nada detendría el proceso revolucionario que barrería con el neoliberalismo. Para Suzuki, sin embargo, era inaceptable que tras haber ejercido durante un cuarto de siglo el poder, algunos posaran de pronto como ajenos a los gobiernos que habían integrado en los últimos treinta años.

—Debieras saberlo, Suzukito, durante los naufragios queda en evidencia el alma humana —dijo Brulé sin apartar la vista de la pantalla del televisor, donde los moderadores de los programas matinales asumían ahora roles de sesudos analistas de la realidad política y la condición humana.

Lo cierto era que, abruptamente, Chile había dejado de ser un oasis y un modelo en aquella siempre álgida región del mundo, y avanzaba por un nuevo derrotero que a muchos llenaba de esperanza y a otros de incertidumbre. Ojalá, pensó el detective, que esto se apacigüe y se encauce hacia una solución beneficiosa para todos.

Sin embargo, las protestas masivas y los actos vandálicos continuaban en las calles. Lo desconcertante era que nadie parecía liderar a la muchedumbre enrabiada y ningún político —ni de gobierno ni oposición— se atrevía a aproximarse a las marchas o a

pedir la palabra para dirigirse a los manifestantes. Era evidente que el rechazo ciudadano a la clase política era transversal.

Cuando llegó a la céntrica Esmeralda por la escalera de *El Mercurio*, vio de nuevo escombros, tiendas vandalizadas y gente tratando de rescatar lo que quedaba de sus establecimientos. Valparaíso seguía envuelto en una humareda que olía a pólvora y gases lacrimógenos, y aún resonaban las alarmas de negocios vacíos.

Es el caos, el sálvese quien pueda, pensó el detective con los ojos llorosos y un intolerable picor en el paladar. La ciudad parecía haber sufrido un bombardeo infernal. Nada antes, ni el bombardeo de la escuadra española de 1866 ni los sucesivos terremotos que descuajeringaban el cuerpo y el alma porteña ni la desidia e ineptitud de ciertas autoridades locales habían causado tanto destrozo como el vandalismo a partir del 18 de octubre.

Avanzó unas cuadras por Condell esquivando a los encapuchados que aún descerrajaban cortinas metálicas o huían con televisores y computadores al hombro, y asqueado de ver tanta insolencia y destrucción, decidió volver a casa por la escalera de *El Mercurio*. Al poco rato notó que el aire —ese aire grueso y nauseabundo a la vez— le llegaba apenas a sus pulmones, y que la rodilla izquierda le dolía como si se hubiese agrietado. Se detuvo en un descanso a recuperar el aliento y dar una tregua a su atribulado corazón. No, no podía morir en medio de esa pesadilla.

—Razón tenía Margarita —masculló mientras, sentado en un peldaño, jadeaba y se aflojaba con dedos torpes el nudo de la corbata.

Los pisco sours, el orujo y el mezcal, así como los perniles del Hamburgo, las prietas de Sethmacher, los arrollados de Las Heras y las chorrillanas del J. Cruz, y también las pizzas del Otra Cozza y de la Casa de Wagner, ahora le estaban pasando la cuenta todos juntos, como una gran orquesta sinfónica. Reanudó la marcha cuando se sintió tranquilo y relajado, y siguió por los peldaños de concreto hacia el cerro Concepción con la espalda empapada.

Arriba todo estaba cerrado, un par de perros husmeaban en los tarros de basura, y unos turistas franceses vagaban por las callejuelas adoquinadas. En calle Papudo recibió un audio del Escorpión.

—Te conseguí dos videos más que pueden interesarte —anunciaba —. Cuídate, porque el Chile de antes del 18 de octubre ya no volverá.

26

¡Habían robado en casa!

Franqueó la puerta abierta mirando todo con incredulidad. ¡Habían acarreado con sus muebles mientras él trabajaba! No dejaban de laburar ni en los días de la anarquía. Los miserables...

—¿Te gusta como queda?

Giró sobre los pies y vio a Margarita, que desde la escalera sonreía con un paquete de regalo en las manos.

Entonces cayó en la cuenta: un cambalache. Ella había pasado los muebles del comedor al living, y los de este al comedor.

—Pero ¿cómo entraste? —atinó a mascullar.

—Usando las llaves viejas. Te lo dije una vez: quien se va sin que lo echen, vuelve sin que lo llamen. Y aquí estoy de regreso para firmar la pipa de la paz.

—No debiste haberte molestado —dijo Brulé recibiendo el paquete.

—Vamos, ábrelo. No te hagas el desinteresado que sé cuánto te gustan los regalos.

Deshizo el lazo de cinta dorada y apartó el papel con pequeños anteojos impresos, y encontró una caja de madera con puros dominicanos.

—Coño, un Reserva Personal y nada menos que de A. Fuente —exclamó eufórico.

Ella sabía que le deleitaban y que su amigo el antiguo embajador dominicano le enviaba algunos de vez en cuando de regalo.

—Sé que te gusta sentarte a fumar afuera por las noches, amor.

Nadie como Margarita para brindar sorpresas. Y las brindaba como una lluvia de azotes. En pocos minutos le había propinado cuatro: su repentina aparición en casa, el trasvasije de muebles, el regalo a santo de nada, su reconciliación amorosa unilateral, y su decisión de quedarse allí como albergada. En verdad, iban cinco.

—¿No te alegra mi *come back*? —preguntó ella—. Soy como Mick

Jagger, siempre vuelvo. ¿Te sirvo un roncito? Traje un Zacapa Centenario de Guatemala que te hará chuparte los bigotes.

No le dio tiempo a responder. Ya andaba en la cocina. Volvió portando una bandeja con la botella de ron, vasos y platillos con aceitunas y anchoas.

Se sentaron en el living que hasta esa mañana había sido el comedor.

—A nuestra salud —dijo Margarita acercando el vaso—. No tienes que decir nada. Te conozco como si te hubiese dado a luz, y sé que eres lenteja en reacciones. Para ti la vida es la continuación de tu oficio: tienes que examinarla primero con lupa, calma y buena letra para después entenderla. Tómate el tiempo que necesites, soy una mujer comprensiva.

Bebieron escuchando el eco de las sirenas y los bombazos que destripaban el crepúsculo.

—Modifiqué la disposición de las salas porque no me gustaba la anterior —continuó Margarita extendiendo los brazos como si la vivienda fuese suya—. ¿Te la puso así la famosa Esperanza o alguna de tus peludas amigas ocasionales?

—Era el orden que prefería, Margarita.

—Pues mira, que así se ve mucho mejor. Cuando una entra a la casa debe tener a la derecha el living, y a la izquierda el comedor, porque así queda cerca de la cocina. Es un asunto práctico. Lee un poco a Martha Stewart.

—Margarita, el orden antiguo era el que me acomodaba.

—Pues no exageres con los cambios, y de paso te pones a tono con los tiempos. Está a punto de estallar una guerra civil en este país bipolar y desmemoriado, y tú te quejas porque pasé unos mueblecitos desteñidos y maltrechos de una pieza a la otra.

—Si al menos me hubieses preguntado —alegó Brulé sin convicción, a sabiendas de que ciertas batallas no deben darse por estar perdidas de antemano.

—No vamos a convocar aquí a una asamblea constituyente para decidir dónde va cada cachivache porque esto, comparado con el desmadre nacional, es una minucia. No magnifiquemos las cosas. Pero

déjame decirte, Cayetano, que no te veo encender un puro ni probar las anchoas, que vienen de Cantabria.

En verdad, los puros dominicanos eran insuperables, las anchoas no tenían rival, ¿y qué decir del Zacapa? Una maravilla. Lástima que Cuba ya no produjera el ron de antes. Junto con la isla, el ron se había jodido, esa era la verdad. Pero la noche no estaba para resolver los problemas del caimán del Caribe ni los del sable de los Andes sino para afrontar asuntos domésticos.

La oscuridad los sorprendió contándose lo que habían hecho durante la separación. Eran, como suele ocurrir, recuerdos de dulce y agraz. Y pronto el Zacapa tocó fondo, se agotaron las aceitunas y las anchoas, y él se despachó el segundo A. Fuente mientras la ciudad ardía por todas las costuras, y Celia Cruz cantaba «La vida es un carnaval».

Fue entonces que Margarita encendió la lámpara inundando el living de una acogedora luz aterciopelada, puso un bolero interpretado por Benny Moré, y entró a la cocina para regresar con una torta mil hojas bañada en ron y coronada por un burujón de velas encendidas.

Ahí Brulé cayó en la cuenta de que era su propio cumpleaños.

El resto fue un *déjà vu* de dos cuerpos que se conocían, extrañaban y abrazaban con más cariño y sabiduría, pero menos exigencias que antes.

27

A la mañana siguiente, Cayetano dejó el lecho deslizándose con delicadeza entre las sábanas para no despertar a Margarita, lanzó una mirada al Pacífico, que resplandecía sereno, y bajó a la cocina a colar café y encender la radio.

Mauricio Treuhand comentaba en Duna que, no obstante el acuerdo por la paz del 15 de noviembre, seguían los ataques cruzados entre políticos, y que mientras la oposición interpelaba al presidente de la república a respetar la voluntad popular, este la llamaba, a su vez, a condenar sin ambages la violencia.

Brulé tenía la inquietante impresión de que la crisis se le había escapado a todos de las manos y que ya nadie daba el ancho como para afrontarla y zanjarla. En cuanto vertió el café en la tacita, pasó al living a revisar los videos.

El primero mostraba al desconocido bajando las escaleras de una estación flanqueado por el hombre y la mujer de los videos que había visto con anterioridad.

El segundo, en cambio, despertó su interés. Constaba de tomas de cámaras diferentes. Dos de ellas grababan desde edificios que daban a calle Merced, y frente a las cuales el trío pasaba presuroso; y a través de la tercera cámara se los veía yendo por Loreto antes de cruzar a Monjitas, donde se halla la estación Bellas Artes.

En sentido estricto, eran los últimos instantes de vida del sujeto. Los tres caminaban serios y en silencio. Cayetano se fijó en el bolso que colgaba del hombro de la mujer, la que avanzaba pegada a las tiendas. Dos veces la vio introducir la mano en él como para cerciorase de que aún llevaba consigo algo que le importaba.

Ese hombre no camina voluntariamente con sus acompañantes, sino bajo algún tipo de amenaza, pensó el detective, y concluyó que dentro del bolso debía haber un arma.

Y supuso que por una razón parecida el hombre con gorra de

beisbolero y anteojos oscuros vestía una chaqueta demasiado calurosa en el verano.

Cuando atravesaban a la altura del bar El Túnel, el trío salía del enfoque de la cámara y terminaban así sus imágenes en el barrio Forestal.

Fregó la taza en el lavaplatos, volvió a colar café y subió en puntillas y con un latte al segundo piso.

Margarita merecía un cariñoso despertar esa mañana.

28

—Calma, Cayetano, calma. Aún no identificamos al tipo del metro.

—¡No puede ser! ¿Ni a sus acompañantes?

—De los acompañantes no tenemos idea. Pero el registro dactilar confirma que el muerto no es chileno pues almacenamos las dactiloscópicas de todos los connacionales.

—Momento. ¿No podría ser que nació de padres chilenos emigrantes que no lo registraron en ningún consulado chileno, y que por eso no logramos identificar?

—Podría ser. Pero en todo caso, técnicamente no sería chileno.

—¿Y la Interpol puede ayudarte si no lo fuera?

—Ya les enviamos huellas, altura, piel, contextura, edad aproximada, ADN.

—¿Y?

—No encuentran nada. Y eso pese a que nos dan una mano los agregados de la PDI adscritos a las embajadas. Pero vamos a insistir. Los procedimientos son engorrosos.

—A ver, Escorpión, quiero entenderlo bien: a menos que ningún estado haya registrado sus huellas dactilares, ¿tarde o temprano tendríamos que obtener su identidad?

—Depende.

—¿Cómo que depende?

—Escucha: difícil que esa persona, por su aspecto y dientes, además de llevar lentes de contacto incorporados, haya vivido únicamente en países que no recogen las huellas dactilares de sus ciudadanos y residentes.

—Países muy pobres, imagino. Pero entonces, ¿qué?

—No entiendo lo que quieres decirme.

—Lo que quiero decirte es que, si el tipo lleva lentes de contacto y viene de un país civilizado, la Interpol debiera poder identificarlo.

—Pues no, Cayetano.

—¿Cómo no? ¿Puede entramparse todo por la indolencia policial?

—Puede ser.

—O sea que la identificación depende hoy de un experto en huellas que puede estar de vacaciones o es bueno para sacar la vuelta.

—Puede depender de eso.

—¿Y de algo más?

—De policías nacionales con las cuales no tenemos óptimas relaciones. Es como todo en la vida, Cayetano. Con algunas policías, como las de Estados Unidos, España o Alemania, nos entendemos de maravilla, pero con otras no dialogamos mucho.

—¿Y eso a qué se debe?

—Bueno, a que tenemos tradiciones diferentes, o falta la confianza política.

—¿Cuáles policías nos complican?

—Por ejemplo, las de Rusia, Irán, Cuba y Venezuela.

—¿Y los miembros de la Interpol no están obligados a colaborar aportando datos para identificar a indocumentados?

—Digamos que Interpol es un maestro en una clase con mucho alumno díscolo. Por ejemplo, sabemos que en Cuba se ocultan los asesinos del senador Guzmán, pero La Habana dice desconocer el paradero de esa gente.

—¿Y qué haces en ese caso?

—Pues nada. Esperar. La verdad de todo lo que hacía la Stasi en la Alemania comunista se supo cuando cayó el Muro de Berlín. Ahí la CIA norteamericana y el BND alemán occidental accedieron a los archivos que no se había llevado la KGB a Moscú.

—O sea que hay que llenarse de paciencia y confiar en que algún día lleguen noticias.

—Ser policía implica a veces ser budista, Cayetano, y tú lo sabes. Ooooom.

29

La gente no las valora, pensó Brulé mientras observaba el parpadeo juguetón de las piedras a lo largo de la autopista. Iba con Suzuki por la Ruta 70 a la capital, el Lada se recalentaba en las cuestas y el manubrio zapateaba en las manos del asistente como sufriendo un ataque de tercianas.

Para Brulé las piedras eran los testigos más antiguos del planeta y pocos las consideraban. Cada una tenía un aspecto propio y singular, esculpido por su historia individual, definida por rasgos irrepetibles que, al contemplarlos con atención, transmitían algo profundo y simbólico. Según los científicos, guardaban en sí mismas las claves de la historia del universo. A Brulé las piedras, con su quietud y silencio, le hacían percibir la fugacidad y modestia de su propia existencia.

—¿De cuál está fumando, jefe? —preguntó Suzuki al escuchar sus reflexiones pétreas.

Brulé abandonó el intento de sostener un diálogo socrático con su asistente. No le pidamos peras al olmo, se dijo mientras contemplaba con desazón la maciza campana de smog que pende sobre Santiago.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Suzuki refiriéndose a las tres gigantescas sillas metálicas que se recortaban contra el cielo a un costado de la autopista.

—Es un memorial en homenaje a tres comunistas que aparecieron aquí degollados en la época de la dictadura.

—Lo recuerdo, lo recuerdo —dijo Brulé sintiendo el escalofrío que le recorría el cuerpo.

—Fue a mediados de los ochenta, jefe. Los secuestraron en sus trabajos, y los mataron aquí.

Efectivamente, así había sido, pensó. Entonces aquella zona era un descampado cruzado por una acequia de riego. No pudo evitar que lo asaltaran imágenes de lo que pudieron ser los últimos momentos de esos hombres, que a esas alturas debían sospechar el destino que les

aguardaba.

—Este país es capaz de hacer cosas terribles —comentó el detective al rato—. Es bello y majestuoso como un tigre, pero cuando menos lo esperas, te asesta un zarpazo mortífero, y adiós, pampa mía.

—Es un tigre hijo de terremotos y tsunamis que llegan sin previo aviso.

—Esa es la esencia del terremoto, Suzukito. En el Caribe, en cambio, se conoce la ruta del huracán semanas antes de que llegue, y cada uno tiene nombre, trayectoria, huella digital y emisarios. Pero los terremotos emboscan en cualquier momento.

—Estoy por comprarme una pistola, jefe.

—¿Y a qué viene eso?

—¿Cómo a qué viene? Pues para defenderme. Si hubiese tenido una Glock, no me habrían quemado el Kamikaze. A uno ya nadie lo defiende de los vándalos, por eso tiene que hacerlo por sí mismo.

—No me tinca hacer justicia por mano propia, Suzukito.

—Usted está como el padre Gatica, que predica pero no practica. Me dice que no me compre una Glock, pero usted porta una Beretta.

—Es como mi carnet de la PDI; impresiona, pero no es lo que parece.

El Lada continuaba devorando kilómetros. Brulé admitió para sí que Suzuki tenía algo de razón. En la anarquía, la delincuencia roncaba y el estado de derecho gimoteaba desbordado. No tardarían en aparecer grupos de autodefensa.

Recordó unas palabras de Asdrúbal Ganimedes, el antropólogo ecuatoriano. En la mesa de los miércoles por la tarde del Antiguo Bar Inglés había dicho que la gente estaba comprando armas para defenderse.

—Lo que es yo, amigos, ya me compré una Luger —confesó el gordo Santibáñez, un dinámico y sudoroso abogado de navieras—. Si el gobierno no me protege, no me queda otra.

—Conozco a algunos aperados con armas de asalto —comentó Tito Livio, que trabajaba en el departamento de contabilidad del Ministerio de las Culturas.

—Y me imagino que usted ya los denunció a los tribunales —

picaneó Santibáñez alzando la voz y su vaso de cerveza—. Como funcionario público comete un delito si no lo hace.

—Aquí no meten preso ni a los que atacan cuarteles —repuso Livio ajustándose el nudo de la corbata.

—Pero meten presa a gente como uno —barruntó alguien más.

Eran las reflexiones a la hora del dominó, que se suspendían cuando desde la barra anunciaban el cierre por culpa de alguna marcha que venía por Cochrane.

Pero ahora Cayetano iba a Santiago a explorar la última ruta cubierta por el indocumentado antes de morir en el metro. Si había frecuentado el barrio Forestal, dejaría rastros.

Estacionaron en Ismael Valdés Vergara en un espacio de uso exclusivo para los vecinos que el parqueador les permitió utilizar por unos pesos.

—Bueno, Suzukito, ve a hacer tus diligencias —anunció Brulé—. Te aviso cuando haya terminado las mías.

30

Se sentó en la estrecha terraza del hotel Ismael, y ordenó un espresso con una palmerita.

Le gustaban las palmeritas, pero la verdad era que solía pedirlas por si el café fallaba. Su masa crujiente con sabor a mantequilla le ayudaba a tolerar hasta el café más deplorable que pudieran servirle.

Encendió un A. Fuente, se deleitó con la trenza de aromas del café y el tabaco, y contempló su lastimoso sedán, testimonio y símbolo del socialismo fenecido, que lucía nada indigno entre los otros vehículos. Más allá, en el parque, el cuidador se había sentado a la sombra de un árbol, acompañado de una lata de cerveza.

Si viviera en Santiago, pensó Brulé, lo haría en esta calle con vista al parque. Había alojado una vez en una habitación del Ismael que quedaba justo encima de las copas de los árboles, por lo que al día siguiente despertó ante un tapiz verde en apariencia distante de la ciudad contaminada.

¿Qué buscaba el trío cerca de El Biógrafo y el Museo de Bellas Artes, a cuadras de la plaza Baquedano, el punto cero de la insurrección? Lamentó no disponer de tomas que mostrasen el trayecto del trío previo a la caminata por Merced. Si conseguirlas era difícil para la PDI; para él, simplemente imposible. El Escorpión se lo había advertido al teléfono: a Salazar no lo convencía su tesis del asesinato en el metro.

—Pero no te dejaré solo —le prometió—. Te apoyaré en lo que pueda.

Brulé pagó, se calzó el sombrero y, con el puro humeando en la diestra, salió por Valdés Vergara para volver sobre las huellas del trío. Dobló en una punta de diamante a la derecha, atravesó entre mesas y quitasoles, cruzó Monjitas y bajó por Merced.

A su izquierda vio el hotel The Singular y el paseo de los anticuarios que lleva a la Plaza del Mulato Gil, y más allá pasó ante la librería El

Cid Campeador, y en Loreto giró a la derecha, donde había una amasandería, restaurantes y almacenes, y volvió a desembocar en Monjitas.

Mientras caminaba trató de imaginar lo que habría pasado por la cabeza del desconocido al recorrer ese trayecto. ¿Intuía que corrían sus últimos minutos de vida? Y en ese caso, ¿por qué no escapó?

Terminó de recorrer lentamente las calles del barrio y volvió al Ismael.

31

Volvió al hotel Ismael.

Lo atendió una recepcionista que hablaba con acento italiano, a la que le presentó primero el carnet falso que lo acreditaba como funcionario de la PDI, y después una foto del muerto en el metro. Le preguntó si lo ubicaba.

—Avisaré a mi jefe —dijo ella y se alejó dejando atrás una embriagadora nube de perfume.

Cayetano alisó su corbata de guanaquitos verdes. La cabellera color miel de la mujer le recordaba la de una periodista que había conocido decenios atrás, pero cuyo nombre había olvidado. ¿Llegaría una etapa en que ya no se acordara de las mujeres que amó y ellas tampoco de él? En ese momento estaría completamente muerto, porque la muerte definitiva se impone cuando ya nadie más lo recuerda a uno, concluyó.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó el jefe de la recepcionista.

—Sí. ¿Ha tenido como huésped a esta persona? —mostró la foto—. Lo busco porque investigo un caso en el que aparece involucrado.

—¿Yo?

—No usted, este señor.

—¿Y el nombre?

—No lo tenemos.

—Pero ¿cómo puedo entonces ayudarle, señor? —también tenía acento italiano.

—¿No ha estado en el café?

—No que yo recuerde —respondió tras ojear otra vez la foto.

Se dio cuenta de que allí no avanzaría mucho.

—Le dejo mis señas por si se le refresca la memoria —anunció dejando sus datos en un bloc, y volvió a Monjitas.

Entró a El Cid Campeador, donde lo recibió un señor afable como

quedan pocos, y supuso que su conducta se debía a su afición por los libros antiguos. Por lo general, en las ciudades la gente andaba hosca, desconfiada y de mal humor.

—¿Lo habrá visto?

El librero observó la foto unos instantes y luego fue a consultar a una mujer que atendía a un cliente. Ella miró la foto, le dirigió una mirada furtiva a Brulé y sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo al volver el librero—, mi colega tampoco lo ubica.

Salió algo desanimado a la calle y caminó hasta la vitrina de la panadería Gabilondo, donde aplastó el A. Fuente contra un poste y lo envolvió en una servilleta de papel para guardarlo en el bolsillo de la chaqueta.

En la panadería lo atendió un tipo espigado al que le pidió un molde de harina integral con semilla, pensando que Margarita se alegraría de ver otra elocuente muestra de su disciplina dietética; y mientras el panadero encajaba el pan en un sobre, le presentó la foto del NN y le preguntó si lo ubicaba.

El panadero cerró el sobre con parsimonia.

—¿Es usted policía?

—Solo necesito saber si lo conoce —repuso Brulé exhibiendo el carnet.

—Lo he visto un par de veces —le pasó el molde—. La última vez hace unas seis semanas, probablemente.

—¿Andaba acompañado?

—Siempre solo.

—¿Era del barrio?

—No tengo idea. Andaba en jeans y zapatillas. Un tipo amable, aunque parco en palabras.

—¿Chileno?

—Oiga, pero usted busca a alguien y no sabe ni de dónde es. Para serle franco, me carga la gente que persigue a los migrantes.

—Lo busco por algo delicado —dijo Brulé—, no por extranjero. Tampoco soy chileno.

—¿De dónde viene usted?

—Originalmente de La Habana, pero vivo hace un siglo en Valparaíso.

—Pues ese señor o es venezolano o compatriota suyo. Por el acento apostaría a que es caribeño.

—Bueno, le agradezco, y si el pan me gusta, seguro vuelvo —dijo Cayetano encaminándose hacia la puerta.

—Ojalá le guste, pero le agradecería que antes de irse, me lo pague.

32

Volvió a la terracita del hotel Ismael por un espresso que le reactivara las neuronas. Margarita había leído en alguna parte que el consumo frecuente de café retardaba la aparición de la senilidad.

¿Pero valía la pena recordar tanto hasta el final de la vida? ¿No sería mejor ir olvidando los episodios ingratos de la existencia?, se preguntó. Cuando recordaba los últimos días de su madre ya anciana, enferma y desmemoriada, se decía que la amnesia era en verdad una bendición para el afectado. Sabia y magnánima es la naturaleza, pensaba, pues permitía ir soltando las amarras con el muelle de la vida.

Sacó el bloc. Más le valía trabajar que malgastar el tiempo en cavilaciones. Al final, era detective, no Aristóteles. Comenzó a hacer apuntes. Al panadero le parecía que el muerto del metro era caribeño, y el hecho de que comprase el pan temprano por la mañana indicaba que él, o alguien de su confianza, vivía en el barrio. Por lo tanto, no era descabellado suponer que frecuentaba una vivienda cercana.

—Caballero.

Levantó la cabeza. El cuidador de autos.

—Disculpe que lo despierte, patrón.

—No estoy durmiendo, sino pensando.

—En eso me las paso yo también, pero nadie me cree —tenía la voz aguardentosa y llevaba una gorra con las siglas NYC—. Disculpe, como debo retirarme, vengo a cobrarle las horas que lleva en mi feudo.

—¿Cómo? ¿Apenas comienza el día y usted ya se retira?

—Exigencias de los inspectores, patrón. La ley es la ley —se encogió de hombros—. Me debe apenas dos luquitas.

Le pasó tres.

—Que Dios me lo bendiga, caballero.

Lo vio alejarse tambaleando y volvió al bloc.

Que el supuesto suicida viviera en un barrio apetecido por artistas e intelectuales sugería que mal no le iba en la vida. ¿Pero a qué se dedicaba? Echó una mirada a los edificios usando Google Earth, y luego partió a explorar de nuevo, feliz de llevar sombrero, porque el sol rajaba el pavimento.

Al bajar por Monjitas y subir por Merced confirmó lo que acababa de ver en la aplicación: había dos edificios con acceso a ambas calles. Uno se comunicaba con la arteria paralela a través de un edificio de estacionamientos, el otro por un pasadizo. En cierta forma, esas construcciones formaban el corazón de una estrella de varias puntas.

Sus inquilinos disponían, por lo tanto, de salidas que conducían a la Alameda y al Parque Forestal, al que podían llegar en un dos por tres cruzando el lobby del hotel Ismael. Notó además que ese barrio hacía de puente entre el denominado Sanhattan, centro financiero de la capital, y la plaza Baquedano desde donde se controla la Alameda Bernardo O'Higgins, la principal arteria que lleva al palacio presidencial de La Moneda.

Llamó a Suzuki por el celular para anunciarle que era hora de volver a Valparaíso.

33

Un tazón de té verde, tres galleticas Wasa recubiertas con una película de hummus, media manzana. Lo que me faltaba, la dictadura del *margaritiado*, se lamentó Cayetano al sentarse aquella mañana a la mesa.

—¿Y así tendré que desayunar a partir de ahora, Margarita? ¿Ni siquiera un pichintún de miel de abejas? —reclamó.

—Te responderé con una pregunta: ¿quieres llegar a los setenta o prefieres morir antes de un ataque al cucharón?

—Pero compadécete, por favor. Esta es una ración de hambre, ni siquiera unas cucharadas de miel de abeja, con lo sana que es.

—Puro azúcar.

—Azúcar natural, Margarita, elaborada por industriosas abejas. No puede hacer daño porque es un producto natural.

—Natural es también el sol, y fíjate el cáncer que provoca.

—Si Eva hubiese pensado como tú, aún estaríamos en el paraíso.

—No bromees con esas cosas, ateo. Con lo que te serví, basta y sobra. No puedes seguir comiendo fruta porque te sube el azúcar y causa diabetes. Y ahí sí paras las chalas y, con suerte, llegan tus cenizas a La Habana.

—Estas galletas tendrán fibra y me harán bajar de peso, pero saben a cholguán. Y hasta el hummus lo racionaste. Ni los venezolanos bajo Maduro.

—Déjate de rezongar que allá nadie tiene hummus ni galletas suecas, salvo el bigotudo ese con cara de Stalin, que para chofer de micro está caro.

Se llevó el tazón a la boca para no continuar discutiendo.

—¿Y por qué no café, mejor? —insistió al rato—. Con esta pócima verde terminaré como Suzukito. ¿Acaso estamos en Tokyo? Además, el té verde adormece cierto órgano de los hombres, a diferencia del café, que lo fortalece e incluso activa la memoria.

—Será bueno para la memoria, pero sube la presión hasta que un día, ¡paf ! —asestó un puñetazo contra la palma de la otra mano—, ¡paf ! —repitió el golpe mirándolo, seria—, y sanseacabó. Finito. Kaputt. RIP. Al hoyo. Por favor, acepta la dieta que, para beneficio tuyo, acordé con el doctor Sobarzo. Bajando de peso y comiendo sano llegarás a los cien.

—Si alcanzo los cien, ni cuenta me voy a dar, y así no vale la pena. ¿Qué saco con ser una carcasa que no sabe ni dónde está parado? ¿De verdad quieres verme reducido a un esqueleto gagá, cubierto de pellejo? Prefiero pegarme un tiro.

—¡Sacrílego! Ya sabía que alguien de esa isla comunista no podía ser más que hijo del demonio. Castro te lavó el cerebro a ti y a todos los cubanos. Quiero que lo sepas, Cayetano, tú no eres dueño de tu vida. El Señor te la da y el Señor te la quita. Todo lo malo que pasa en el país, y mira la de cosas malas que pasan aquí, se debe a que la gente ya no cree en Dios, se divorcia como si el cónyuge fuera desechable y tolera que dos hombres se casen como en Sonora y Camorra, pecado que La Biblia condena con todas sus letras.

—Me parece que te refieres a Sodoma y Gomorra.

—Eso, Gomorra.

—Y Sodoma. Sodoma y Gomorra.

—Da lo mismo. Tú entiendes lo que quiero decir.

—Pues ahora mismo me rebelo contra tu dieta —replicó Cayetano —. Y voy a comer lo que se me antoje. ¿Por qué vivir sin los deleites que me alegran la existencia? Lo que es yo, gozaré hasta el final, como Dios manda.

—¿Y qué significa eso?

—Que a partir de mañana quiero para el desayuno huevos fritos, marraqueta con palta y salame, y café dulce y cargado. Cayetano dixit.

34

Al día siguiente, después de otro desayuno frugal en su casa del paseo Gervasoni, Brulé regresó con Suzuki a Santiago con el propósito de observar el movimiento de gente en la Plaza Baquedano.

Se acercaron en el Lada. Sobre el pedestal rayado y emplazado en una superficie que hasta hace poco había sido un bien cuidado césped de intenso verde, el héroe de bronce montaba a caballo. Una soga alrededor del cuello del militar evidenciaba los intentos por derribarlo.

Los detuvo un grupo de encapuchados descamisados que agitaban palos. Temió que le exigieran otro «el que baila, pasa».

—Por aquí no pueden seguir —le dijo un encapuchado introduciendo la cabeza por la ventanilla.

—¿Por qué no? Un carabinero me indicó que siguiera por acá.

—Esto es zona liberada —repuso el tipo lanzándole un tufo a aguardiente—. Acá mandan los hermanos, no los pacos.

—¿Puedes hacerme la paleteada de dejarme pasar? —preguntó Brulé—. Vamos a la pega, amigo, tenemos que comer.

—Consultaré si autorizan. Tranquilos ahí, sin moverse.

No podían, porque otros encapuchados, provistos de linchacos, conversaban delante del Lada. No había más vehículos en la rotonda, solo tipos que ocultaban el rostro, jóvenes vestidos de negro, y reporteros, entre ellos la moderadora de un matinal de televisión que intentaba trepar al monumento. El sol entibiaba unas botellas de cerveza colocadas sobre unas mesas de plástico.

Cayetano estaba perdiendo la paciencia, pero el encapuchado, de espaldas al auto, parecía sostener un entretenido diálogo con sus colegas. En la radio Agricultura, Gonzalo de la Carrera y Tomás Bengolea afirmaban que el país podía caer en las garras extremistas. Fue entonces que el tatuaje en la espalda de uno de los encapuchados atrajo la atención de Brulé. Era el pentagrama, no le cupo ninguna

duda de ello.

—¿Qué dice sobre el pentagrama? —le preguntó a su asistente.

—Creo que Demonio, jefe. Sí, Demonio —aseveró Suzuki engurruñando los ojos—. Menos mal que soy joven y algo pesco.

—¿Estás seguro?

—Como que me llamo Bernardo, jefe. Está escrito además en rojo y letras de molde.

Cayetano extrajo su celular e hizo varias fotos con zoom hasta que el tipo que lo había detenido comenzó a caminar de vuelta hacia el Lada.

—Mira, hoy los dejaré pasar —dijo el encapuchado—, pero no los quiero ver más sapeando por aquí. La plaza de la Dignidad es zona liberada y aquí mandamos nosotros. ¿Entendido?

—Entendido —repuso Cayetano.

—Y si vuelvo a verte, te confisco la chatarra y haremos hondas con ella —y diciendo esto le propinó un puntapié al Lada.

—Agradecido, amigo —el detective conservó imperturbable la calma para evitarse un lío mayor—. Que tengas un buen día.

—¿Cómo que te vai así no más?

Brulé oyó otra patada furibunda contra las latas de su vehículo.

—¿No me dijiste que puedo seguir?

—Claro que podís, pero son diez luquitas. El pueblo, hermano, necesita fondos para continuar la lucha.

35

El O'Higgins vibraba y estaba repleto, pero por suerte Suzuki había apartado un cubículo.

—Necesito dos favores —dijo Brulé al Escorpión. Estaban ante el pisco sour de rigor y unas aceitunas de Azapa—. El primero: que detengas al tatuado de la plaza Baquedano, sí, al que fotografié. No creo que sea difícil.

—¿Y el segundo?

—Que tus muchachos averigüen dónde pernoctaba el hombre del metro en el barrio Forestal—. No estoy pidiendo nada del otro mundo.

—Santiago es una ciudad infinita —repuso lacónico el Escorpión.

Su aspecto somnoliento y las ojeras de boxeador vapuleado hablaban de que lo estaba pasando fatal.

—No tienes que espulgar a siete millones de santiaguinos — dijo Brulé y se echó una aceituna a la boca—, te basta con rastrillar las cuadras del barrio. Y como sabemos que el suicida era caribeño, será un juego de niños.

—Como si me sobrara gente.

—Pero esto es importante.

—Cuando todo es urgente, nada lo es. —El Escorpión cató su pisco sour, lo encontró pasado de azúcar.

—Le tendré que pedir el favor a Carabineros, entonces.

—Tampoco actúes como novio despechado.

—Pero si me estás tramitando. —Cayetano jugó con la copa helada pensando que, si Margarita lo veía, pondría el grito en el cielo.

—No tengo gente para peinar el barrio, y los muertos pueden esperar. Los vivos son los que joden con su impaciencia; no entienden que al final todos terminamos muertos. ¿Y qué diablos te interesa tanto del encapuchado?

—Su tatuaje, que es el pentagrama que encontré en el departamento de Galaz, y también la palabra Demonio, que ignoro a qué se refiere,

pero que puede ser el símbolo de una organización secreta.

—Tengo ocho mil encapuchados quemando el país, Cayetano, ocho mil, ¿y tú quieres que encuentre a uno que lleva el lomo pintado de cebra? Se pone camiseta, y se jode toda la búsqueda.

—Pero el tipo lleva el símbolo.

—Pero el dibujo de Galaz tenía además un triángulo con un ojo en el centro. Y este no. Este solo lleva la palabra Demonio.

—Así es.

—¿Cómo le decías al ojo?

Tras bajar un largo sorbo de pisco sour, Cayetano respondió:

—El ojo omnisciente o bien el ojo de la Providencia.

—Pues, mira que tu encapuchado —el Escorpión revisó la foto del celular— no lleva el famoso triángulo.

—Pero en lugar de eso, lleva la palabrita Demonio.

—¿Y eso qué significa?

—¿Qué sé yo? Para averiguarlo hay que apretar al encapuchado. Hazme la gauchada y yo hoy corro con la cuenta. Dicen que el costillar de cerdo está de chuparse los bigotes.

36

El Vasa fumaba bajo un sol que chamuscaba tanto su boina con estrella como los libros que quedaban fuera del amparo de la sombrilla.

—¿Tienes la primera edición de *Principios elementales y fundamentales de filosofía*, de Georges Politzer? —preguntó Cayetano a modo de saludo.

—Tú sabes que está agotado. Tengo en cambio un libro de Marta Harnecker sobre materialismo histórico, editado por Quimantú, y *Las venas abiertas de América Latina*, de Galeano, edición Casa de las Américas.

—¿No se retractó de eso Galeano poco antes de morir?

—Gusaneando como siempre, cubano —lo miró con aire socarrón—. Solo afirmó que no lo escribiría de nuevo. ¿Quién escribe dos veces el mismo libro? Yo que tú me andaba con cuidado porque el horno no está para bollos.

—Necesito ver a Marcia —dijo Cayetano en voz baja, aunque no había un alma buscando libros en la Rawson.

¿Quién busca libros en un país donde los queman? Noches atrás habían incendiado el Café Literario de Providencia, que almacenaba cerca de diez mil textos, diez mil incinerados de un plumazo. De verdad, el país era un tigre veleidoso que cuando uno menos lo esperaba, soltaba un zarpazo mortífero.

—¿Quieres pasarte al bando victorioso? —preguntó el Vasa, que debía su alias a la nave sueca de guerra que se fue a pique en 1628, en el momento mismo de ser botada al agua —. De los arrepentidos es el reino de los cielos, cubano.

Marcia simpatizaba con Cayetano porque ella amaba Cuba, que había visitado por primera vez en los noventa, cuando recibía adiestramiento militar en Punto Cero. El detective, por su parte, apreciaba a la mujer porque le permitía tomarle el pulso a la izquierda

dura y los anarquistas del puerto.

—Ando tratando de entender lo que pasa —admitió Brulé indicando hacia los restos humeantes de barricadas en la calle Victoria.

—No me vengas con la cantinela de que te sorprendió el estallido social.

—No lo esperabas ni tú —Brulé extrajo dos dominicanos de la chaqueta y le convidó uno al Vasa, que aceptó encantado arrojando al pavimento el cigarrillo que fumaba.

Los encendieron y fumaron un rato taciturnos, mientras el humo se disipaba danzando sobre las cubiertas de los libros.

—Tienen el tiraje de una chimenea —aprobó el Vasa.

—A. Fuente de primera. Reserva especial. Obsequio de Margarita.

—Notables. En fin, ¡cuántas veces te advertí, Cayetano, que el país era una caldera a punto de estallar! No me creías cuando te dije que el chancho estaba mal pelado, que hay demasiado abuso de los grandes contra los chicos, que la gente estaba harta y un día no iba a aguantar más. Fidel lo predijo: «Tarde o temprano el pueblo chileno recuperará las banderas de Allende y marchará por las grandes alamedas». Y así no más fue. Profético el comandante.

—No me digas que ahora viene el socialismo. Te lo pregunto porque si viene, yo me voy.

—La historia tiene sus leyes, y lo que ocurre hoy lo entenderías leyendo al Che o al calvo divino, y también al Galeano de antes que renegara. Ahora la cosa va en serio. Primero hay que derrotar al poder y sus símbolos, apoderarse de esa guarida de corruptos —señaló hacia el Congreso Nacional—, y de La Moneda, así como de las fábricas y los fundos, y convencer a los soldados de que se sumen a la lucha por el socialismo.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

—¿Socialismo como en Cuba y Venezuela?

—Ninguna revolución es idéntica a otra —el Vasa sacudió la cabeza tras expulsar una contundente bocanada de humo—. Además, a esos países los problemas se los causa el bloqueo imperialista. Pero si quieres marcharte, yo te ayudaré porque aquí necesitamos solo a

gente comprometida.

—Gracias por la solidaridad, comandante. ¿Puedo llamarte así ahora?

El Vasa, exiliado inicialmente en Cuba durante la dictadura de Augusto Pinochet, y luego en la Alemania capitalista, había devenido finalmente en la próspera ciudad de Bonn un revolucionario en la retórica, pero un socialdemócrata en los hechos. Ahora, sin embargo, a partir del 18 de octubre, se había radicalizado.

—Puedes contarme muchas cosas —dijo Brulé—, pero que destruir estaciones del metro nos beneficie, no me lo trago.

—Es el rechazo del pueblo al neoliberalismo, Cayetano. Las llamas liberan a la patria, y de sus cenizas emergerá, como ave fénix, un Chile nuevo, purificado y fecundo.

—Pero incendiaron simultáneamente decenas de estaciones del metro, que es el transporte de la gente humilde, y acabaron con farmacias, bancos, supermercados y almacenes de esquina, con lo que dejaron a millones sin alimento, transporte ni trabajo.

El Vasa escupió algo y afirmó con desparpajo:

—Para hacer tortillas, hay que quebrar huevos.

—¿Ah sí? De pronto pueden ser hasta los tuyos.

—La violencia es la que desbroza los caminos hacia un orden nuevo y más justo. Así fue en Francia, Rusia, México, Cuba y Nicaragua. Si cae el neoliberalismo en Chile, cae en toda la región. Lo importante no es lo que está muriendo —abrió los brazos con el puro en la diestra—, sino lo que está naciendo. «La era está pariendo un corazón», canta Silvio.

Cayetano estaba azorado. Paradójicamente, quien vivía de los libros, justificaba a quienes los quemaban.

—Veo que no te han atacado los encapuchados —alegó.

—A mí, no.

—¿A qué lo atribuyes?

—A que soy una Pyme, a que no exploto a nadie y a que vivo de mi esfuerzo, y eso lo saben los camaradas de la Primera Línea.

—Esos son como Atila, donde ponen un pie, no vuelve a crecer la hierba.

—Te equivocas. Defienden al pueblo de la represión policial.

—Así no vamos a ponernos nunca de acuerdo —concluyó Brulé—. Si esto empeora, uno de los dos va a tener que empacar sus pilchas e irse lejos. Los países que no aprenden de su historia... ya sabes. En fin —expelió el humo del puro mezclado con su desesperanza—, avísame cuando Marcia pueda recibirme. Necesito verla.

37

De traje y corbata, anteojos de sol y escoltado a la distancia, el Escorpión esperaba a Brulé en la boca del túnel del ascensor Polanco.

Ingresaron a la penumbra apenas debilitada por las ampolletas que penden del cielo abovedado, y el eco de sus pasos se entreveró con el rumor de las vertientes que fluyen por las paredes de roca viva. No hablaron, porque si bien el túnel es ideal para descolgarse de espías, amplifica cuanto uno dice.

—El único sitio en Valparaíso donde corre agua fresca —comentó el Escorpión mientras avanzaban hacia una luz que refulgía al final del túnel.

Allá, en las entrañas mismas del cerro, los aguardaba el ascensorista con la puerta abierta. El carro subió vertical entre los muros tapizados de líquenes arrancándole crujidos a su estructura y martillando las uniones de los rieles. Salieron al mirador de la torre y vieron que abajo resplandecía la platea de Valparaíso.

—Tengo buenas noticias —anunció el Escorpión acodándose en la baranda.

—Al menos algo que anime la vida —masculló Brulé.

—Estabas en lo correcto con tu suposición. El suicida vivía cerca del Parque Forestal. Encontramos su departamento.

—Esa sí es una gran noticia —comentó entusiasmado Cayetano—. Aún me funciona el GPS. ¿Cuándo vamos a visitarlo?

—Pasado mañana. Ordené un empadronamiento acucioso en varias cuadras del barrio Parque Forestal y comprobamos que arrendaba en un edificio con salida a las calles Merced y Monjitas.

—¿Cómo se llama el sujeto?

—No tenemos idea. En su puerta dice Constantino.

—¿Pagaba el arriendo en efectivo a través de un corredor de tercera?

El Escorpión lo miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo supuse —Cayetano se acarició los bigotazos—. ¿De qué país era?

—No lo sabemos, y el que pagaba por él se hizo humo. Estamos esperando la reacción de Interpol, a la que enviamos sus dactilares.

No se equivocaba el panadero de la Gabilondo, pensó Brulé, y preguntó si habían encontrado algo interesante.

—Ropa, toallas, sábanas y varios libros de Chiloé. El tipo era un loco por la isla.

Recordó que a Edmundo también le seducía la isla, y le vino a la memoria una investigación realizada allá, años atrás. Había ido a Ancud a conversar con un chileno adiestrado en las tropas especiales cubanas, un renegado del castrismo, que se ocultaba en esos parajes. El gobierno chileno lo protegía con la condición de que mantuviera un perfil bajo y no concediera entrevistas; así de fuerte era la influencia cubana en el Ministerio del Interior chileno.

—¿Nada que indique la procedencia del indocumentado? —preguntó Brulé.

—Nada. El portero dice que era un tipo hermético. Pero encontramos algo más —el Escorpión extrajo del bolsillo una hoja de papel que desplegó con cuidado—. ¿Te recuerda algo?

38

Cayetano Brulé aguardaba a Amaya junto a la escultura de Neptuno en la plaza Aníbal Pinto.

Ahí mismo estaban los testimonios de la jornada del día anterior: escombros, restos chamuscados de barricadas, muros garabateados, tiendas saqueadas, vidrios rotos, y gente que intentaba blindar sus locales con planchas de zinc.

¿Cómo se salía de ese infierno?, se preguntó mirando los peces muertos que flotaban en la fuente entre latas vacías de cerveza. Los insurrectos no tardarían en derribar al dios del mar. Ya habían decapitado estatuas en otras ciudades del país. Las protestas pacíficas son absolutamente legítimas, se dijo, pero la destrucción del patrimonio cultural es inaceptable. El alma de Valparaíso se nutría de su historia, de sus inmigraciones sucesivas, de sus canciones, su literatura y la enrevesada arquitectura bordada por los porteños.

Levantó la vista y vio al frente los muros pintarrajeados del legendario Cinzano, a su izquierda la pareja de colmillos otrora albos, ahora emporcados con consignas, del edificio Cooperativa Vitalicia, y a su derecha lo que quedaba de los quitasoles del Café del Poeta. Más que un estallido social, en la plaza Aníbal Pinto se había producido un estallido delincuencial, y los carabineros no daban abasto para reprimirlo, lamentó; allí donde se comienza incendiando edificios y libros, se termina quemando a seres humanos, pensó.

—Disculpe el atraso, pero no encontraba dónde parquear —dijo Amaya a su espalda—. Por todas partes hay escombros y basura.

Subieron por Cumming hablando de la madre de Edmundo y entraron a una cervecería donde olía a cebada, y había café y resonaba la música de Creedence Clearwater Revival.

En cuanto se sentaron a una mesa, le detalló los avances logrados en la investigación, pero no tardó en darse cuenta de que ella lo miraba con la misma suspicacia de Santelices, lo que le inquietó. Era evidente

que ellos habían conversado, y que el amigo de Edmundo había debilitado la convicción de su clienta.

—Confíe en mis diligencias —dijo Brulé temiendo que si la perdía, le sería imposible pagar el alquiler del Turri y el Gervasoni—. Acabo de descubrir un nexo entre Edmundo y un hombre que murió en el metro una semana antes que él.

—Explíqueme.

—Tuve que partir de cero porque Edmundo es una hoja en blanco en la ciudad. Nadie tiene la más mínima idea por qué lo mataron.

—¿Y entonces de qué avance me habla?

—Es que encontré un símbolo.

—¿Encontró un símbolo?

—Suena rebuscado, lo sé, pero hay algo en común entre Edmundo y el muerto del metro: un dibujo, un pentagrama coronado, en un caso, por un triángulo con un ojo inserto en su centro, y en el otro por la palabra Demonio.

Ella se ordenó la cabellera con un controlado gesto de exasperación, mientras les servían el espresso. Peter Green comenzó a cantar algo que rasguñaba el alma.

—Si al principio podíamos ahogarnos por la falta de información —prosiguió Brulé—, ahora tenemos una balsa a la cual aferrarnos. ¿Dónde? En el departamento del muerto en el metro.

—Me está hablando en chino.

—Edmundo y ese hombre exhiben perfiles parecidos, Amaya. Ambos llevaban una vida austera y anónima, pagaban todo en efectivo, no tenían deudas ni identidad, y vivían de forma clandestina. Además, los une el pentagrama.

La mujer endulzó el café y lo probó como sopesando insegura lo que acababa de escuchar.

—¿Y en cuánto tiempo tendrá resultados concretos? —preguntó—. A mi esposo no le cayó bien que le encargara el caso, piensa que corro peligro. Dice que yo sigo pensando en el Edmundo del colegio y que él debe haber cambiado mucho en la universidad, y para peor.

—Soy incapaz de darle fechas —reconoció hidalgamente Brulé, a sabiendas de que podía perder a su clienta.

39

—¿Y qué le dijo ella, jefe? —preguntó Bernardo Suzuki.

Conversaban en el despacho mientras el viento caldeaba la tarde antes de los batacazos que le propinaban cada noche los vándalos a Valparaíso.

—Me advirtió que, si no avanzamos, se acaba lo que se daba —respondió Brulé—. El marido anda asustado.

—Dígame, jefe, ¿cuántos años tiene el susodicho?

—Como setenta.

—Y ella cuarenta. Dos más dos son cuatro, jefe. Seguro ella aún no olvida a su Romeo del colegio, cuando él era tan joven y apuesto como quien aquí habla.

—Déjate de pachotadas.

—No son pachotadas. Es mi chispeza, como dice Gary Medel. Algo huele mal en Dinamarca, jefe.

—¿Estás leyendo también a Shakespeare con los muchachos del Frente Amplio?

Cualquier día te veo convocando un soviet en la Plaza del Pueblo.

—Hay que cultivarse, jefe. Acuérdese de la hegemonía cultural. No hay política sin cultura. Mire lo que pasa con la derecha, nada de política, puros números y estadísticas con eso no toca las fibras humanas.

—Continúa mejor con lo que querías decirme.

—Gracias, jefe. El asunto me suena a Otelo. Me tinca que esos temores del marido son en verdad celos. Donde fuego hubo, brasas quedan. ¿No lo ha escuchado? Apuesto a que ella seguía enamorada del pololo de la juventud, y al marido eso le cae como patada en la guata.

—Comenzar a dudar del cliente liquida toda investigación, Suzukito.

—Puede ser, pero es una posibilidad. ¿O no? Y si es así, yo veo

negro el futuro del caso.

—Y yo el de tu pega conmigo, porque es el único caso que tenemos.

—Hágame caso. A lo mejor los tórtolos nunca terminaron el romance y se veían en el edificio de la caleta El Membrillo, un sitio romántico, por cierto, espléndido para enamorados.

—Deja de pasarte películas. Eso no conduce a nada.

—Yo no me inmiscuyo en las alcobas, jefe, pero me gusta decir lo que pienso. ¿Usted de verdad le cree a la dama?

—¿Y qué me queda?

Cayetano vertió unas cucharadas de café en la Bialetti y encendió la hornilla mientras Suzuki sacaba tazas y platillos del estante.

—Para mí, jefe, la causa última de todo crimen son siempre unos kilitos de billetes, de droga o de carne. Y aquí me tinca que al vejete se lo pasaban por el aro y él, ni corto ni perezoso, pasó la cuenta. Muerta la leva, se acaba la rabia. Disculpe mi francés, pero es la santa verdad, jefe.

40

Cayetano cerró con sigilo la puerta a su espalda y se dio a la tarea de peinar el departamento del hombre muerto en el metro.

Estaba en el cuarto piso de un lóbrego edificio de calle Merced. Tenía dos dormitorios, living comedor, una cocina estrecha y un baño de azulejos trizados, por cuya ventana se divisaban las desangeladas ramplas de un parqueo.

Partió por la cocina y siguió con el baño, donde apenas cabía una ducha. Vio un cepillo de dientes, un tubo dentífrico, un bloqueador solar y una colonia Hugo Boss. Nada del otro mundo. Al examinar el estanque del agua, halló en su interior una botella de Pacto Navío y una de Chivas Regal de veintiún años. Gugleó. El finado entendía de tragos, pensó. ¿De quién los ocultaba? Le extrañó que alguien que ocupaba una vivienda modesta gastara en bebidas sofisticadas y perfumes de marca.

En el living comedor había una mesa para seis, dos sillones de tela floreada y un estante con volúmenes de Van Gogh, Bosch y Murillo, un *Eyewitness* de España y, tal como le había advertido el Escorpión, varios libros sobre Chiloé.

Iglesias de Chiloé, de Gabriel Guarda.

Iglesias Patrimoniales, de Cristián Larrere.

Arquitectura chilota, de Rodemil Oyarzún.

Las iglesias de Chiloé, de varios autores.

Comenzó a hojearlos. Las fotografías, en blanco y negro y también en colores, realzaban bajo cielos siempre despejados la austera belleza de las iglesias de madera, que años atrás la Unesco había declarado patrimonio cultural de la humanidad. Las había restaurado el Ministerio de Cultura bajo la dirección del arquitecto Edward Rojas. Las más antiguas databan del siglo dieciocho, y testimoniaban la sólida resiliencia arquitectónica de un país azotado con frecuencia por devastadores terremotos y tsunamis.

No halló notas al margen ni frases subrayadas en los textos que examinó, y tampoco parecían haber sido consultados a menudo. ¿Leía de verdad el finado?, se preguntó volviendo a colocarlos con delicadeza en el estante.

De pronto afloró en su memoria algo parecido a un rumor que crece, se expande y convierte de golpe en un estruendo ensordecedor.

Extrajo el celular y buscó con dedos temblorosos en las fotografías, y no tardó en hallar la que buscaba. Efectivamente, allí estaba la foto que recordaba, la tomada a la boleta emitida por la librería Crisis, de Valparaíso, que había hallado en el departamento de Galaz Expósito y que registraba, como parte de una compra mayor, los libros sobre Chiloé que ahora veía en esa vivienda santiaguina.

¿Cómo habían llegado hasta ahí? Corroboró que se trataba de los mismos textos pues todos llevaban el timbre de la librería grabado en la primera página.

Aquello era decisivo, tal vez crucial, pensó. Era evidente que ambos hombres se conocían y que valía la pena seguir avanzando por esa pista. No era lo único que los unía. Los dos habían vivido en la clandestinidad y habían sido asesinados con escasos días de diferencia.

Salió del edificio con rumbo al Lada, que había dejado en Valdés Vergara, pero antes pasó al bar del Hotel Singular a echarse un ron doble seguido de un espresso. No se trataba de celebrar el descubrimiento sino más bien de atemperar su ánimo, algo excitado por lo que acababa de constatar. Ya más tranquilo, volvió al vehículo y arrancó el motor.

Fue entonces que escuchó un sonido sibilante y vio cómo el parabrisas se convertía en una fracción de segundo en una gigantesca tela de araña tupida y fulgurante.

Se dejó caer de lado sobre el asiento del copiloto, desenfundó la Beretta, el índice presionando el gatillo, y se mantuvo quieto y alerta a la espera de que algún sicario viniera a rematarlo.

41

—Mañana por la tarde tendrá un parabrisas de vidrio inastillable —le aseguró José Codoceo.

Conversaba con el mecánico junto al Lada, entre los camiones estacionados en calle Juana Ross. Era temprano en la mañana, y Valparaíso olía a pólvora y orina tras una nueva noche de marchas y saqueos.

Dejó las llaves del auto a Codoceo y, acompañado de Suzuki, se fue caminando al taller del escultor Francisco Javier Torres. Quería preguntarle si conocía a Galaz Expósito y después ir a la cita que tenía en El Parlamento Chico con un exmiembro de las Fuerzas Especiales de Carabineros.

Pero por más que trataba de cambiar de tema, volvía a escuchar el zumbido de la maldita bala que transmutó el parabrisas en bruma lechosa buscando su propia cabeza. Por fortuna se había incrustado en el asiento trasero del Lada. Sin embargo, cada vez que oía ese zumbido de nuevo se le aguaban las piernas y la mente se le embotaba. De verdad habían estado a un tris de despacharlo al otro mundo. Tenía miedo, un miedo incontrolable, pero no a la muerte, sino a vivir el resto de sus días dominado por esa incertidumbre.

—El tipejo me esperó detrás de un árbol —le dijo a Suzuki—. El proyectil me rozó el bigote. ¡Miserables! Había escolares de por medio.

—Usted buscando al demonio, y arriba él lo habría recibido en persona, jefazo.

—Déjate de bromas y abre bien las pepas —rezongó el detective—. Mejor te preocupas, porque si les falla de nuevo la puntería, a ti te llegará el plomazo. Así que encomiéndate a tu señora madre, que no debe andar sudando muy orgullosa de ti junto a Mefistófeles.

Suzuki prefirió guardar silencio.

Ahora me urgen tres asuntos, pensó Cayetano mientras caminaban.

Primero: esclarecer el asesinato de Galaz; segundo: averiguar si existía un nexo entre este y el muerto del metro, y tercero: redoblar la cautela para que no se lo pitearan. Como estimaba improbable que volvieran a intentarlo pronto, había rechazado el escolta ofrecido por el Escorpión.

—Me tinca que el atentado se relaciona con el pintor o el finado del metro —dijo Suzuki como si le hubiese estado leyendo el pensamiento.

—O con ambos a la vez —dijo Cayetano.

—O con ambos a la vez.

—En este país chúcaro todo es posible, Suzukito.

—Todo es posible, jefe.

—Déjate de repetir lo que digo. No necesito un eco, sino un asistente que vea cosas que yo no y tenga iniciativa. Así que hazme un favor y déjate de repetir lo que yo digo. ¿Entendido?

—Entendido.

En cuanto entraron al taller de Francisco Javier Torres —tres pisos de altura, muros de piedra y ladrillo a la vista, esculturas clásicas por doquier— se sintieron trasladados a una época apacible, culta y lejana.

—Este es el taller de la Antigüedad clásica más austral del mundo —sentenció Cayetano—. En vez de tanto Gramsci, deberías leer mejor a Epicuro, Suzukito.

El escultor los saludó sonriente desde el último piso, entre un Homero y un Séneca de mármol en tamaño natural, y los invitó a subir a tomar un té.

—En cualquier momento estos señores se irán caminando por las calles de Valparaíso, jefe —comentó Suzuki.

—Ojalá que no —repuso Cayetano, serio—, los decapitarían antes de llegar a la esquina.

Subieron por los roñosos peldaños de madera. Lánguida caía de arriba la voz de María Callas.

42

No le fue bien con el escultor, pues no conocía a Galaz Expósito.

—Raro un pintor que no exhibe —dijo Torres, pensativo—, pero algunos pintan para ellos mismos, así como hay novelistas que escriben para la gaveta.

Se despidieron de Torres y caminaron por Juana Ross. A Cayetano le entró una llamada cuando estaban cerca del Congreso Nacional.

—Los abogados del Ministerio del Interior recomiendan que presentes cuanto antes una querella por homicidio frustrado —dijo la voz del Escorpión.

—¿Querella? —preguntó Brulé—. Los violentistas empapelan el baño con las querellas.

—Corresponde. Trataron de matarte. Es sumamente grave.

—Por lo mismo —se detuvo en Colón para dejar pasar un trole—. Porque es grave, no la presentaré. Las querellas son una forma de archivar casos en los juzgados.

—Cayetano, debes presentarla. Corresponde que lo haga toda persona seria, e incluso en eso te puede respaldar el gobierno.

—Ya no creo en querellas, Escorpión. Ahora mandan aquí los narcos, los anarquistas y los vándalos, y los tipejos que te hacen bailar a su antojo en la calle para dejarte pasar.

—Trata de calmarte.

—Me cuesta, sabes, me cuesta. No tengo sangre de horchata.

—Tranquilízate y anda a ver al abogado Bertolotto de mi parte. Es de renombre.

—Y amigo mío.

—Pues anda a verlo, te ayudará. Estás vivo de casualidad.

—Estoy vivo por la mala puntería del bellaco que me disparó.

—¿Harás lo que te digo?

—No, Escorpión, no lo haré. Será una pérdida de tiempo en colas, trámites y salas de espera. Basta ya. La gente decente se esconde en

sus casas mientras los vándalos salen de sus madrigueras a incendiar la ciudad.

—No tienes para qué enrostrármelo. Yo lo sé.

—Y si sabes que el narco y el lumpen desplazaron de la calle a quienes protestaban en forma pacífica, ¿por qué me propones querellarme? ¿Crees que eso hace temblar a los delincuentes? Por favor, Escorpión.

—Cumple con la ley, Cayetano. Si no lo haces, me lo pones difícil, y no podré seguir ayudándote. Mi institución actúa conforme a la ley, y acuérdate que Salazar te tiene entre ojo y ojo.

—No me querellaré. Y si no quieres ayudarme, entonces no me ayudes, y mejor amárrate muy bien los pantalones porque de lo contrario Chile se nos va al tacho. ¡Que los orishas te acompañen siempre, querido amigo!

43

El coronel Santos Vargas estaba sentado ante una cerveza con los ojos puestos en un punto impreciso del espacio cuando Brulé entró a El Congreso Chico.

Había renunciado a Carabineros tras convencerse de que la ley ataba de pies y manos a las fuerzas especiales ante los violentistas. Su renuncia, gatillada después de que dos carabineras fueron quemadas por mólotovs, había causado impacto en la opinión pública.

—¿Conseguiste pega? —preguntó Brulé tratando de controlar su amargura tras el altercado con el Escorpión. ¿No habría sido desmedida su reacción ante su viejo amigo?

—Nada. En todas partes están despidiendo gente —lamentó Vargas. Tenía las cejas tupidas y el pelo cortado como cepillo—. Pero no nací para pato de tiro al blanco ni puedo llegar a casa con los pies por delante. Tengo mujer y dos hijos que cuidar y mantener.

—Será difícil conseguir trabajo —gruñó Brulé.

—Y echo de menos a Carabineros, porque todo lo que sé lo aprendí ahí. Hasta hace unos meses éramos la institución más respetada del país, pero eso se vino abajo.

Lo vio bajar la vista y callar. Ignoraba qué cruzaba por su cabeza en esos instantes, pero podía imaginar que lo atormentaban las críticas a su organización, los enfrentamientos en las calles con heridos por ambas partes, los colegas quemados con ácido, los muertos en la Araucanía, los manifestantes que habían perdido la vista por los balines de acero... Si bien habían retirado esa munición, el daño ya estaba hecho y sin remedio tanto para las víctimas como para la institución.

—Los políticos nos armaron, nos adiestraron y nos metieron en esto cuando fueron incapaces de hallar una solución política, y ahora nos dejan solos —reclamó Vargas—. Ahora todos esos señores, de izquierda, centro y derecha, nos sientan en el banquillo de los

acusados y se suman al coro de acusadores. Si esto es una crisis de ellos. ¿Cómo cree que me siento yo y mi gente?

Cayetano no supo qué decir. De un parlante llegaba una canción de Alejandro Sanz. Unos jóvenes con mochila entraron al bar.

—Hay ropa tendida, mejor nos vamos —alertó Vargas.

Cruzaron Juana Ross, caminaron junto a los muros agrietados de la iglesia de los Doce Apóstoles y siguieron entre el avispero de ambulantes que exponen su mercancía en las veredas. Entraron por fin a la Casa Azul, lejos de los vendedores de helados y golosinas que corren de un bus a otro voceando la mercadería. El local estaba vacío. Pidieron cerveza.

Brulé le explicó que investigaba un caso vinculado probablemente con las manifestaciones y que necesitaba su consejo. Vargas accedió encantado.

—¿Viste alguna vez un símbolo de cinco líneas paralelas sobre fondo blanco? — preguntó.

—¿Como un pentagrama musical?

—Sí, un pentagrama pintado en algún muro o una bandera.

Vargas se pasó la mano por la barbilla impecablemente afeitada y dijo:

—Difícil verlos porque los muros están llenos de rayados, y a uno no le queda tiempo para mirar mucho en las refriegas.

—¿Tampoco has visto un triángulo con un ojo en su centro?

—Cuando sales con armadura y escudo, y te arrojan mólotovs o ácido sulfúrico, no hay tiempo para mirar muros, Cayetano.

—Entiendo.

—No imaginas lo que es quedar atrapado entre las explosiones y el gas lacrimógeno, o que te caiga una lluvia de piedras encima mientras te encandilan los rayos láser. Uno solo trata de no quedar aislado de los compañeros, porque si tropiezas y caes al suelo, te parten las costillas a palos. No hay tiempo para ver grafitis.

—¿Viste extranjeros en las marchas?

—Dirigiendo desde la retaguardia. No se meten en las refriegas porque tienen miedo de que los extraditen.

—¿Cómo sabías que eran extranjeros?

—Por las esdrújulas.

—¿Cómo?

—Por las palabras que usan para impartir órdenes —dijo Vargas—. Los caribeños recurren a las esdrújulas. No azuzan con expresiones y giros chilenos.

—¿De dónde serán?

—Tal vez de Colombia o Venezuela. Difícil saberlo, pero todos son blancos, jóvenes y fuertes. Además, el caribeño entra en acción con una postura diferente a la del chileno.

Afuera la serpiente de vehículos comenzaba a reptar de nuevo entre bocinazos. Brulé engurruñó los ojos al quitarse las gafas, las limpió con una servilleta, se las volvió a calzar y luego se atusó el bigote.

—¿Escuchaste en esas refriegas alguna vez la palabra Demonio? —preguntó.

—¿Demonio?

—Demonio.

Vargas pensó un rato y dijo:

—Creo que fue cerca de la plaza Baquedano. No lo olvido porque soy evangélico y al escucharlo me dije, señor, estoy luchando contra Satanás.

—¿Alguien gritó Demonio? ¿Estás seguro?

—Completamente. Un par de veces lo escuché. Supongo que eran veneradores de la Santa Muerte.

—¿La Santa Muerte, la virgen de los narcos mexicanos?

—Exacto. Ellos disputan noche a noche, palmo a palmo, las calles con otras bandas. Y ahora suministran gratis la droga en lo que llaman la Primera Línea.

—¿De verdad llega a tanto?

—Son organizados, Cayetano. Otros reparten alcohol, otros llevan el rancho y el agua, y hay quienes corren con vendas, parches y mudas de recambio para los que terminan su turno.

—¿Luchan por turnos?

—Pero si esto es de manual —aseveró Vargas, extrañado del desconocimiento de Brulé—. Y están los vehículos, por lo general robados y con patente adulterada, que transportan a los milicianos a

los enfrentamientos. ¿Qué crees tú, que todo esto, así como el incendio de treinta estaciones de metro, fue improvisación?

—Es como el Viet Cong —dijo Brulé—. En Saigón recorrí los túneles de los famosos guerrilleros vietnamitas.

—Pues en Santiago los túneles son las alcantarillas, las galerías comerciales y los recovecos del metro. Como los ataques los planifican guerrilleros, libramos una guerra desigual. Ellos no solo tienen gente de recambio, sino que también escogen la hora y el escenario que les conviene para luchar. A este ritmo y con la prensa que solidariza con ellos, el desenlace será, que no quepa duda, como en Vietnam.

44

Le extrañó ver la puerta entornada.

Era de noche y la casa estaba a oscuras. Ahora sí habían entrado a robar. ¿Dónde andaría Margarita?

Extrajo la Beretta de la cartuchera, empujó la reja y caminó hacia la casa dejando atrás el desolado paseo Gervasoni. Abajo, en el plano de la ciudad, ardían tiendas, y por el aire llegaban el ulular de sirenas, el estrépito de las explosiones y voces de mando transmitidas por los altoparlantes de los carros policiales.

La puerta de casa fue cediendo con un chirrido.

Encendió la luz del corredor. Cuando vio que la casa lucía en desorden, subió corriendo al segundo nivel.

Margarita no estaba en el dormitorio, y ahí el caos era completo.

45

—Nos lo hicieron por tu pinche pega —sollozó Margarita sentada con un vaso de agua en la mano en el caos del living. Acababa de llegar de Santiago, lo que la había librado de encontrarse con los delincuentes—. ¿No te dije que a la gente le carga que husmeen en sus vidas?

Ni en la cocina ni en los baños habían dejado gaveta sin revisar, pero parecía que no habían robado nada, lo que Brulé interpretó como mera señal de amedrentamiento.

—Lo importante es que no nos ocurrió nada grave, Margarita —trató de consolarla—. ¿Una leche tibia?

—Lo único que quiero es irme ahora mismo de este país de flaites —anunció ella sin poder contener las lágrimas—. Quiero irme ya, ¿oíste? Vámonos mejor para Cuba.

—¿Para Cuba? Pero te volviste loca. ¿Se te olvidó que eres anticomunista?

—Da lo mismo. Allá Fidel Castro mantiene al populacho en orden.

—Margarita, el Caballo murió hace mucho. Ahora allá ronca el hermano.

—También es gallego. Habrá miseria y dictadura, pero ese gallego mantiene a todos marchando derechito, ya ni para rumbear se desordenan. Vámonos para allá, Cayetano. Al fin y al cabo, es tu patria y nadie te puede prohibir volver a ella.

Bajó a la cocina sabiendo que no la convencería de que un cubano necesitaba visa para entrar a su propio país. Preparó una infusión de manzanilla y le añadió gotitas de agua del Carmen, subió a entregársela, apapachó a la mujer, y bajó a dar unas chupadas a un A. Fuente en el jardín mientras intentaba ordenar sus ideas.

Desde la mampara contempló el humo que pintaba fantasmas en la oscuridad. Se sentó en un peldaño para recordar a su padre muerto, la fruición con que comía anchoas cántabras, acompañadas de una copa

de vino blanco, y a su madre que preguntaba cómo podían gustarle bichos tan salados. Admitió que, en el Chile que se caía a pedazos, las imágenes de la infancia en el Trópico lo remitían a una época que idealizaba.

Lo cierto es que, pocos años después, Fidel Castro tomaba el poder en La Habana e iniciaba la dictadura perpetua. Una lección aprendió entonces: los países, como las personas, jamás tienen el futuro asegurado.

¿Le estaba jugando limpio a Amaya Bengoa?, se preguntó. Porque en rigor se apartaba de la investigación por la cual ella le pagaba para seguir una senda paralela, confiando en que esta lo condujera de vuelta a Galaz Expósito. Como fuere, aquello implicaba destinar recursos a otro caso, lo que era injusto y podía llevar a su clienta a cancelar el caso. Sin ingresos estaría técnicamente quebrado, como les gustaba decir a los economistas.

Y, hablando de decepciones, lo decepcionaba la actitud del Escorpión. ¿Pero era él en verdad el culpable? ¿No lo sería su propia intransigencia? ¿No debía mostrarse acaso benevolente con el policía y comprender que mantuviera su lealtad hacia la PDI? Tal vez debiera llamarlo y disciplinarme, pensó.

Un ruido lo arrancó de sus reflexiones. Su cuerpo se tensó por completo, alerta. Apretó el A. Fuente entre los dedos y aguardó con los ojos muy abiertos y la respiración contenida.

Entonces vio un gato negro deslizándose presuroso por el Gervasoni.

46

Después de servirse el desayuno estilo faquir bajo la férrea vigilancia de Margarita, pasó por el Turri a ver si había novedades. El sacavueltas de Suzuki aún no llegaba, así que decidió ir a la barbería de Antonio Almansa a cortarse el cabello.

Tuvo suerte. No había clientes y Antonio leía *El Mercurio de Valparaíso* arrellanado en el sillón de cuero. Le gustaba ir hasta allí porque cuando cruzaba la puerta de vidrio ingresaba a otro mundo, a uno silencioso y sosegado, detenido en el tiempo. Almansa había heredado de su padre el negocio fundado medio siglo atrás por su abuelo en el paseo Pirámide, cuando las buenas tiendas de Valparaíso se instalaban allí.

—Toma asiento. Acabo de desmontar las planchas metálicas de la vitrina —dijo el barbero enjabonándose las manos.

—¿Te han atacado? —preguntó Cayetano encaramándose en el Pullman.

—Solo piedrazos y consignas en los muros, pero ya no puedo respirar tranquilo por las lacrimógenas y los asaltantes que infestan el barrio, y por la tarde llega la procesión de anarquistas a atacar el Congreso. Menos mal que a los melenudos no les interesan las tijeras ni las máquinas de cortar pelo. ¿Un café?

—Aunque sea en polvo.

Almansa puso a hervir agua y después cubrió al detective con un delantal albo y fragante.

Brulé se acomodó en el sillón diciéndose que si los vándalos lo descubrían, no trepidarían en arrancarlo de cuajo para venderlo a los receptores de productos robados.

—¿Como siempre? —preguntó Almansa examinando el largo de la cabellera de su cliente.

—Mejor que siempre —repuso el detective guardando las gafas.

Tras servirle café, Almansa comenzó el corte y Cayetano cayó en un

sopor que le trajo a la memoria la sensual peluquera de una película francesa cuyo título ya había olvidado.

—Mi padre debe retorcerse en la tumba al ver la destrucción de su amado puerto —comentó el peluquero deteniendo el tijereteo—. Una cosa es la gente que marcha cabreada de los abusos y la injusticia, y otra muy distinta saquear y arrancar las baldosas de las aceras para romper los escaparates. Esto deben resolverlo los políticos, badulaques buenos para cobrar sueldos millonarios y pelearse entre ellos.

—Tú los elegiste —dijo Brulé sin abrir los ojos.

—Voté por uno que ahora hace lo contrario de lo que prometió, pero el caos deben pararlo los de La Moneda. No sé qué esperan. Viven en una burbuja, lejos de quienes sufrimos el terrorismo, porque esto es puro terrorismo aquí y en la quebrada del ají.

—Otra cosa es con guitarra —apuntó el detective—. Me refiero a los de La Moneda.

—Bueno, no los elegimos solo para que inauguraran puentes. Lo primero, según la constitución, es que deben proteger a las personas y sus bienes, y no lo están haciendo.

No dejaba de tener razón Almansa, pensó, pero ¿qué había dicho cuando una estudiante empapó con agua a la ministra de Educación en el Congreso años atrás? ¿Y cómo había reaccionado ante el compatriota que profanó un monumento incaico en el Perú y que había librado de la cárcel gracias al gobierno chileno? ¿Los primeros síntomas del infierno no habían sido acaso campanazos que nadie quiso oír? ¿Los compatriotas que impartían órdenes a plena voz por sus celulares... cómprame tres millones en acciones... despide a mengano, revienta a zutano... ¿no sabes con quién te estás metiendo? Se equivocaba el peluquero, se dijo con los ojos entornados, el infierno no era obra de los demás, sino de todos juntos.

—Dime, Almansa, cuando los vándalos pasan por tu calle, ¿has escuchado que griten demonio?

—¿Demonio? —detuvo las maromas con la tijera y la peineta para lanzarle una mirada por el espejo.

—Sí, como digo. —Abrió bien los ojos y aun así vio borrosa su silueta en el espejo—. Tal como lo escuchas, demonio. ¿Lo han gritado

como consigna o algo así?

—Para nada —el peluquero reanudó el corte—. Y en ese caso yo me remito a las palabras del Señor: No temas porque yo estoy contigo, no desmayes porque yo soy tu Dios que siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia. Isaías 41:10.

—Amén. ¿Tampoco has visto en los muros un pentagrama o un triángulo con un ojo en el centro?

—Eso es simbología masónica, Cayetano. ¿Pero te habrás descarriado? Me hablas primero de sectas satánicas y ahora de masones. ¡Por Dios! ¿Estás yendo a misa? Mejor te tomas otro sorbito de café antes de que te repase esos bigotes de galán rural.

Las manos de Brulé emergieron por entre los pliegues del delantal para recibir la taza y llevársela a los labios.

Al menos está caliente, pensó.

47

¿Por qué querrían matarlo? ¿Y quién? Lo preguntaba Suzuki. ¿Qué nexo existía entre la muerte de Edmundo y el pasajero sin nombre del metro? ¿Y qué habrá sido de sus asesinos, que se habían esfumado en la bruma de los impunes?

Pese a que intentaba apartar una y otra vez el atentado de su mente, los interrogantes lo seguían atormentando, como ahora que caminaba por la avenida Gran Bretaña hacia la plaza Waddington, donde lo esperaba el capitán Osorio. El sol caía a rajatabla sobre Valparaíso, y la sequía y los incendios forestales caldeaban los ánimos y auguraban un verano infernal.

Dejó atrás la Universidad de Playa Ancha con sus fachadas pintarrajeadas y los encapuchados que cobraban peaje en las esquinas.

Llegó a la conclusión de que la crisis debía amargarlo menos. Total, cuando esos jóvenes buscaran trabajo, él ya estaría tres metros bajo tierra. Ese capítulo se lo bancaría otro Chile, no él, y ese ya no sería su mundo, el suyo ya había sido. Al final, cada generación afrontaba sus propios fantasmas y elaboraba sus propias respuestas. Él tomaría palco para ver la función.

Iba diciéndose eso mientras pasaba frente a los muros encalados y el espléndido césped del regimiento Maipo, cuando lo asaltó otra pregunta. ¿Y qué si era la mano del marido de Amaya la que se ocultaba detrás de la muerte de Edmundo, como sospechaba Bernardo Suzuki? Bien miradas las cosas, el caos brindaba ahora la coyuntura perfecta para vengarse de alguien a través de sicarios. Los medios y los políticos estaban dedicados a comentar la insurrección, y eran indiferentes a los asesinatos de un pintor desconocido y de un NN cuyos restos nadie reclamaba.

En un país que era un tablero de ajedrez súbitamente inclinado, las piezas resbalaban hacia un costado temiendo como a la peste quedar fuera del juego, y por eso a diario se desgañitaban por disponer de

una cámara o un micrófono con los que dar fe de sentimientos altruistas, existencia franciscana y solidaridad con las causas justas. Pero la suerte corrida por un artista anónimo y un extranjero indocumentado no traían rédito, y por ello no era de su incumbencia.

Rumiando esas preocupaciones, llegó a la plaza Waddington.

48

Los ojos verdes del capitán Osorio lo seguían desde el café frente a la Waddington.

Lo recibió con un apretón de manos, le indicó con disimulo hacia una mesa ocupada por dos hombres y lo invitó a dejar de inmediato el local.

—Nada como la escuela peripatética —dijo Osorio bajo el cielo radiante de la avenida Gran Bretaña.

Llevaba chaqueta azul marino, pantalón gris y una camisa blanca sin corbata.

Bajaron hacia el mar entre las casonas de la desierta calle Pedro León Gallo.

—Me dijo Vargas que usted desea consultar algo —aseveró Osorio.

Brulé asintió y le preguntó cómo manejaba los asuntos en esos días, y el comandante repuso sin dudar un instante que le complicaba el principio de la proporcionalidad en el uso de la fuerza impuesto por las autoridades para defender las propias instalaciones.

—Imagínese, una turba armada con palos podría tomarse La Moneda sin disparar un tiro —apuntó el marino—, porque el principio de proporcionalidad impediría a la Guardia de Palacio emplear sus armas de fuego.

Una van de vidrios polarizados se detuvo junto a ellos.

—No se preocupe —dijo Osorio mientras la puerta trasera se abría automáticamente. Suba.

Los asientos eran de cuero y el aire acondicionado estaba al máximo. Dos hombres iban adelante. La van cerró la puerta y continuó hasta Capitán Yávar, donde dobló a la izquierda y se detuvo en una esquina. Los dos hombres se bajaron, cerraron las puertas y comenzaron a fumar cerca. El aire acondicionado seguía encendido.

—Por lo que escuché, usted anda detrás de la amenaza híbrida. ¿Qué le interesa de ella? —preguntó Osorio.

—Todo.

El comandante ladeó la cabeza con rostro sombrío.

—La estamos sufriendo y la autoridad no quiere admitirlo porque se complica.

—¿A qué se refiere?

—A que la situación es más delicada de lo que se reconoce. Al retornar la democracia, se despojó a las agencias de inteligencia de la atribución de recolectar información sobre el mundo civil. Creían que eso era propio de una dictadura, ignorando que los países democráticos hacen ese trabajo en el marco constitucional.

—Es que a ustedes, la verdad sea dicha, se les pasó la mano. Cuando dejaron el poder, hasta en el despacho de Aylwin había micrófonos instalados.

—En eso no me meto —el capitán hizo un gesto cortante—. Lo poco que sabemos hoy sobre el mundo civil es lo que arroja la inteligencia militar como materia residual. Es decir, cercano a cero. Así no hay estado de derecho que sobreviva. ¿Usted cree que Estados Unidos, Alemania o España no recolectan información de sus ciudadanos?

—Entiendo, pero ¿qué tiene que ver la amenaza híbrida con eso?

—Después de despojarnos de esas atribuciones, convirtieron a la Agencia Nacional de Inteligencia en un club de analistas de fuentes abiertas. Por eso andamos como andamos.

—Lanzando golpes al voleo.

—Una vergüenza. Los bolivianos, ecuatorianos y colombianos y, para qué decir los brasileños, reaccionaron con energía frente a la violencia extrema, instigada en gran medida desde fuera, y cuyo objetivo es desestabilizar países. ¿Ha oído hablar del Foro de Sao Paulo o el Grupo de Puebla?

Cayetano se quitó las gafas.

—Algo. Son agrupaciones de partidos izquierdistas latinoamericanos, entre los cuales hay varios chilenos —repuso limpiando los cristales con la punta de la corbata—. Dicen que de ahí emanan petrodólares venezolanos e ideología bolivariana.

—Su objetivo declarado es imponer el socialismo en el continente siguiendo el ejemplo de La Habana y Caracas. Lo afirman ellos en sus

declaraciones y discursos, yo solo repito.

—He leído columnas de Oppenheimer y Montaner al respecto.

—Lo que nos están haciendo es de manual —precisó Osorio—. A menos que uno se trague la píldora de que el incendio simultáneo de docenas de estaciones de metro, la quema de centenares de supermercados y el ataque a los cuarteles militares y policiales son fruto de una ira popular espontánea.

Afuera el sol se refocilaba arrancando resplandores a la superficie del Pacífico.

—Solo un ingenuo cree que todo eso fue espontáneo —reconoció Brulé.

—El ataque a monumentos de héroes patrios, la quema de iglesias y el bloqueo de puertos en un país que vive de las exportaciones son misiles contra su línea de flotación. La violencia la planearon fuerzas tenebrosas, no hay duda.

—¿No será que la gente acá se cabreó, comandante, y solo quiere una tajada más grande de la torta? —preguntó Brulé.

—Lo que digo no excluye lo que usted afirma. Hay dos dimensiones en este drama. Una, el tamaño de la tajada, cosa que deben dilucidar los políticos. La otra es la que apunta a la seguridad nacional, que no puede quedar únicamente en manos de los políticos, pues no están formados para ello. No soy un conspirador, aprendí de la historia y he dedicado años a un tema que no entiende gente que legisla envuelta en sábanas, habla como embajadores de Maduro, o celebra a Kim Jong-un.

—Y entonces, ¿cómo se para esto?

—Pega de los políticos —afirmó Osorio tras encogerse de hombros —. Nosotros somos no deliberantes y nos limitamos a garantizar el adecuado funcionamiento de nuestras fuerzas para defender la soberanía. No nos pidan enderezar ahora el árbol que dejaron crecer torcido. Lo hicimos una vez, y usted vio cómo nos pagaron.

—¿Puede bajar el aire? —preguntó Brulé.

Osorio inclinó el cuerpo entre los asientos, cortó el aire y encendió la radio. Cantaba Norah Jones. Se arrellanó en la butaca, y dijo:

—Aquí le traje datos sobre la amenaza híbrida —sacó un sobre de

manila de la bolsa adherida al asiento delantero— que prueban que alguna organización de afuera nos declaró la guerra aprovechando el malestar ciudadano. Ignoro si lo hizo por razones ideológicas, geopolíticas o vinculadas con la ruta internacional de la droga, o con todo eso junto, pero los ataques a nuestra memoria y a nuestra infraestructura no pueden haber sido concebidos con ese nivel de perfección por un *think tank* chileno.

Los dedos de Brulé palparon a través del sobre el pendrive que iba en su interior.

—Gracias. ¿Nos vemos cuando lo haya leído?

—Cuando guste. Pero explíqueme por qué le interesa este asunto.

—Por el asesinato de un chileno que vivía clandestino en Valparaíso.

—Algo me comentó Vargas —el capitán meneó la cabeza—. Raro. Chile se parece a un boxeador groggy que desea que suene pronto la campana.

—No hay que perder la esperanza. De pronto puede resultarle de chiripa un uppercut y noquea al contrincante.

—Sin técnica, difícil —dijo Osorio—. En fin, cuando lea el material verá que algunos aspiran a noquearnos. Por favor, no eche la información al saco roto como los que piensan que esto es invención de escritores policiacos.

49

La amenaza híbrida es la que materializa un adversario que de forma simultánea y adaptativa combina armas convencionales, tácticas irregulares, terrorismo, comportamiento delictivo (delincuencia organizada y ciberdelincuencia) e información y desinformación en la batalla por obtener sus objetivos políticos.

Cayetano leía el documento del capitán Osorio aspirando la brisa marina que agitaba las cortinas de la ventana del despacho. Decidió prepararse un espresso, y al abrir la lata de Pilón se acordó que guardaba orujo en la botella que mantenía en el estanque del baño a salvo de la sed perpetua de Suzuki.

Fue al baño, se echó unos dedos al seco, volvió a sumergir la botella en el agua, calzó la tapa, y retornó a la lectura.

Esta forma de conflicto incluye coordinadamente presión económica, difusión de falsas noticias y denegación de servicios para generar crispación social en el enemigo, aunque eludiendo el conflicto armado. Es la forma ideal en que el más débil neutraliza la asimetría de fuerzas, por cuanto lo convierte en una guerrilla no convencional y multipropósitos y le da la posibilidad de lograr un éxito que no alcanzaría en guerra convencional.

Clave en este tipo de enfrentamiento es el relato orientador que busca los momentos favorables para pervertir la opinión pública del adversario y conseguir el apoyo de la población y la comunidad internacional, todo esto en alianza con múltiples fuerzas locales. La injerencia externa se disipa y, por lo tanto, aparece como acción civil doméstica.

En esta estrategia juegan un papel fundamental los medios y las redes de comunicación de todo tipo que, coordinados, buscan crear en el adversario un estado anímico que debilita su voluntad de resistir, luchar y vencer.

Aquí huele a alcohol —exclamó Suzuki en cuanto ingresó al despacho.

Cierra bien la puerta por una vez en tu vida —rogó Cayetano—. Y guarda silencio, por favor, que estoy leyendo algo importante.

La voluntad de la población es un objetivo prioritario. Estas acciones suelen rebasar los límites de la diplomacia y el derecho internacional, y emplean todos los instrumentos del poder para atacar las vulnerabilidades del objetivo. Los actores estatales suelen caer en la ambigüedad, lo que obstaculiza la toma de decisiones puesto que los ataques se mantienen bajo el umbral que gatilla una respuesta militar y, por lo tanto, el conflicto armado o la guerra. El atacado no se atreve a

elevar el nivel de respuesta.

Vio que Suzuki daba un inusitado rodeo a sus espaldas.

—¿Adónde vas?

—Al baño, jefazo.

—¿Problemas con la próstata?

—A su edad aparecen esos síntomas, jefe. Yo estoy en la primavera de la vida.

—¿Y por qué llevas ese vaso?

Suzuki miró el vaso como si lo viese por vez primera.

—Es que voy a lavarlo.

—Mejor lo haces en el lavaplatos. El lavamanos es, como su nombre lo dice, para lavarse las manos.

—Parece que aquí entramos a la fase estalinista.

¿Cómo se contrarrestan las amenazas híbridas? A través de las siguientes medidas…

50

El taxi se detuvo a su lado con tres hombres dentro. Uno le hizo una seña, y Brulé subió al asiento trasero, junto a un tipo de chaqueta a cuadros y barba.

Era de noche, una noche silenciosa, y la atmósfera en las calles de la ciudad palpitaba tensa.

—El celular —le pidió su compañero de asiento mientras el vehículo se alejaba de la iglesia de los Padres Franceses y doblaba por Colón hacia el sur.

En cuanto Brulé se lo pasó, el otro lo introdujo en un estuche negro.

—Tu Baretta.

—Para defenderme me bastan los puños, amigo.

Los de adelante escuchaban atentos.

El Nissan entró por Francia y subió por la enrevesada Baquedano. A medida que ascendían, las luces del plano de Valparaíso afloraban como una red de guirnaldas.

El chofer empalmó por avenida Alemania, pasó frente al teatro Mauri y bajó hacia el Pacífico por Ferrari para detenerse en Héctor Calvo. Cuadras más abajo estaba el monumento al Cristo Redentor, solo e iluminado.

—Vamos —dijo alguien.

La calle se alargaba en penumbras, flanqueada por una hilera de autos estacionados. Se acercaron al ascensor del Espíritu Santo, y cuando Brulé vio de cerca la estatua del Cristo, pensó en el pintor con un escalofrío. Se hizo la misma pregunta que se había planteado con respecto al muerto del metro: ¿al llegar allí intuía el pintor que su vida corría peligro?

Entraron a un hostal donde la recepcionista no despegó la vista de la pantalla de un computador. El barbudo le indicó que subiera por una escalera mientras los otros permanecían en el lobby. En el segundo piso vio un pasillo con una seguidilla de puertas.

51

Franquearon una puerta, y allí estaba la legendaria comandante Marcia.

Lo aguardaba de pie, las manos a la espalda, delante de la mampara que abría a un balcón y la bahía. Llevaba peluca negra, anteojos y una chaqueta de gamuza. No la veía desde la reunión que habían sostenido, tiempo atrás, en una casona de Playa Ancha. Pese a los años, conservaba su atractivo: mirada decidida, pómulos altos, labios finos.

—La última vez que hablamos pensaste que yo deliraba —dijo ella estrechando su mano—, pero estaba en lo correcto. Menos mal que el Movimiento conservó parte de su estructura en la clandestinidad—. Toma asiento.

—Gracias por atenderme —dijo Brulé y se sentó—. Bueno, hoy asistimos al desplome de la democracia, que nos parecía garantizada.

Desde el plano llegaban el aullido destemplado de sirenas y el retumbar de explosiones, y por la mampara se divisaba el parpadeo febril de las balizas horadando las calles y columnas de humo negro que ascendían de algunos techos.

—Los ultras pusieron la causa en riesgo estirando la cuerda en demasía —comentó Marcia—. Olvidaron que la clase media termina rechazando tanta violencia y convocando al hombre fuerte providencial. Así fracasará la movilización y se restaurará el *ancien régime*.

—Ellos no lo ven así.

—Sé que lo saben, como saben que nunca ganarían las elecciones nacionales. Lo que pasa es que hoy ven propicia la ocasión para conquistar el poder.

—Como en los setenta.

—Interpretan la democracia como expresión de debilidad de la burguesía. Lo cierto es que las protestas masivas sorprendieron incluso

a los partidos de oposición, y que La Moneda no tardó en renunciar en estado de shock a la Constitución de 1980. Pero si los ultras siguen estirando la cuerda, el futuro se complica.

—¿Quiénes están entonces detrás de todo esto? —preguntó Brulé.

—En el inicio de la parte violenta, estudiantes, anarcos, comunistas y ultras. Después se sumó la clase media, y hoy las marchas son un salpicón de grupúsculos violentos infiltrados entre la gente cansada de los abusos y la desigualdad. ¿De eso quieres hablar?

Le pareció que aquello implicaba adentrarse en los meandros de la política y prefirió por ello ir directo a lo suyo. Le explicó lo de Galaz Expósito diciendo que necesitaba su ayuda porque suponía un móvil político detrás de todo, pero mientras hablaba temió que la dirigente de un movimiento de izquierda radical, que ahora se moderaba inspirado en la socialdemocracia europea, se negara a colaborar con él.

—Lo que dices suena factible porque la calle está revuelta — repuso ella—. Pero esa violencia extrema ya inquieta a la ultraderecha aletargada, y como decía Markus Wolf, nunca hay que despertar a los perros que duermen.

Calculó que la situación de Marcia debía ser ahora incierta y hasta peligrosa. A nadie perseguía con más saña la izquierda radical en el poder que a los socialdemócratas, que consideraba traidores. En caso de triunfar la revuelta, Marcia y su movimiento sufrirían las represalias de los antiguos camaradas.

—¿Sabe quién usa de símbolo un pentagrama y un triángulo con un ojo inserto? —le preguntó.

—Lo segundo me huele a masones, pero lo otro lo desconozco. ¿De dónde sacaste eso? —Una sonrisa distendió su rostro de mujer.

—Los vi en sitios del suceso, pero no encuentro nada en los medios al respecto. Y la palabra demonio, ¿le sugiere algo?

—Al parecer anda uno por ahí que se hace llamar de ese modo, pero el mundo está lleno de simuladores y falsos profetas. Por cierto —dijo ella tras meditar unos instantes—, hay un asunto en el cual sí podrías tenderme una mano, porque esta relación es de ayuda recíproca, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Qué necesita?

—Tienes buenos nexos con la PDI, que es lo que le queda al régimen para recolectar inteligencia desde que pasó a retiro a cuarenta generales de Carabineros y le cortó las alas a la ANI. Grave error, los generales se fueron llevándose hasta las listas de informantes y la ANI quedó sorda y ciega.

—¿Y cuál sería mi papel en esta escena?

Marcia pidió café, y el barbudo que estaba detrás de Cayetano empezó a manipular trastos en la cocinilla.

—Necesito que la PDI nos deje en paz —dijo la mujer—. No somos nosotros el problema.

—Me la pone difícil.

—Ni tanto. Hoy la PDI no tiene personal ni energías para asumir las tareas que le cayeron encima. Debe priorizar. ¿Ves qué fácil?

—Todavía no entiendo.

—¿No entiendes? —esbozó una sonrisa—. Si logras que nos saquen de sus prioridades, pasamos a la política sensata y renunciamos de facto a la vía armada. Pero nos preocupa que la asonada haya sorprendido a nuestras estructuras clandestinas transitando hacia la vida pública. Durante años nos aliamos con los ultras, pero ya no. Y por eso corremos el mismo peligro que los dirigentes de los partidos moderados.

—¿Y a qué aspira su movimiento, entonces?

—A volver a la legalidad para participar en las próximas elecciones.

—Antonio Gramsci —apuntó sarcástico Cayetano.

—Llámalo como quieras. Nosotros condenamos a la Primera Línea y el terrorismo. La violencia destruirá la causa popular y los rifleros arruinarán todo con su protagonismo pequeñoburgués. Si nos limpian los antecedentes, liberan a los camaradas presos y nos dejan tranquilos, cumpliremos nuestra palabra. Seremos un dolor de cabeza menos.

—Comandante, no sé si pueda ayudarla, pero lo intentaré.

—Necesito que la PDI nos quite la pata de encima —insistió ella.

Recibieron el café mientras el detective recordaba que en los años noventa gobiernos de izquierda habían liquidado a los ultras

sobrevivientes de la dictadura de Pinochet a través de «La Oficina», efectivo precedente de la desdentada ANI.

Entonces, izquierdistas devenidos elegantes funcionarios de traje y corbata, renovados y *aggiornados* en lo ideológico, liquidaron sin escrúpulos a sus antiguos camaradas de armas, una tarea nada difícil puesto que conocían a esa gente, a sus aliados y sus fuentes de financiación.

—Nos ayudaría que nos sacaran de su lista de preocupaciones y recontrataran a los pijes de «La Oficina» para que finiquitaran lo que quedó pendiente.

—Transmitiré su oferta —respondió Brulé, azorado—, pero dígame, comandante, ¿por qué hace todo esto?

—Por lo que todo boxeador sabe, Cayetano. Nunca hay que destruir el ring. Si los convences, iré hasta el infierno a buscar a tu demonio.

52

Margarita se había marchado. Tal vez para siempre.

Incapaz de resistir la incertidumbre en que vivía Cayetano, había empacado sus cosas y salido del infierno de Valparaíso para ir al de Santiago.

¿Pudo haber hecho algo para que permaneciera junto a él?, se preguntó Brulé. ¿Entablar una patética querella, quizás? ¿Confiar en que la policía detuviese y la justicia condenase a los criminales que habían violado su domicilio? Especular sobre eso era un ejercicio inútil, pues los políticos continuaban enfrascados en sus disputas, preocupados de figurar en la televisión y conservar sus privilegios, pensó el detective. Hasta la demanda popular de que redujeran sus sueldos, los más altos del continente, la habían congelado.

Y ahora quedaba huérfano de mujer, ciudad y, pronto probablemente, de país. Amaba a Margarita, pero solo podía ofrecerle una vida incierta en la pirópolis, como llamaba Joaquín Edwards Bello a Valparaíso, y ya no estaba seguro de que Chile ofreciera perspectivas dignas para un investigador privado, extranjero por añadidura.

Abrió la ventana del dormitorio y se acodó en el alféizar a inhalar el aire fresco y salobre de la costa, mientras el último lucero de la mañana le recordaba su propia fugacidad en el mundo.

La ciudad despertaba con el rumor de buses y una balada de Rod Stewart, que escupía una ventana abierta a la mañana.

—¿Te das cuenta en lo que te metiste? —le había reprochado Margarita la noche anterior en la puerta de casa—. Trataron de matarte y tú sigues empecinado en investigar, como si tuviésemos la vida asegurada. Después de sacrificarme tanto, no estoy para mártir, Cayetano.

—Esto va a pasar, Margarita —le dijo tratando de disuadirla—. Y viviremos tranquilos.

—Tu oficio nunca te permitirá vivir tranquilo.

—Es lo que me hace feliz. Creo que la justicia es posible.

—No sé qué bicho te habrá picado, pero te desgració.

—Todo pasará, Margarita, y volveremos a ser la ciudad que un día fuimos.

—Eres un ingenuo. Cualquier día puedes terminar, ni Dios lo quiera, en una cuneta. A eso te expones, mi amor, y el mundo seguirá girando como siempre y nadie se ocupará ni de averiguar quién te mató ni menos de hacerte justicia. Vivimos en el sálvese quien pueda; el país que conociste murió y ya no resucitará. ¿Y qué me espera a mí? Únicamente el luto que viste a las viudas inconsolables.

—¿No te das cuenta? Solo buscan asustarme para que abandone la investigación. Estoy a punto de averiguar quién mató a Edmundo.

—Ah, claro, y eso debiera tranquilizarme —alegó ella dejando escapar unas lágrimas. Enloqueciste como Chile, Cayetano. Esta es la hora de sumergirse y esperar a que pase la tormenta, no de salir a afrontarla. No puedes seguir así. Alguien, no tú, tiene que imponer orden porque a los chilenos en el fondo, bien en el fondo, les carga el caos, y mientras la paz y el orden no regresen, se las arreglarán viviendo en las catacumbas. No me sirves en un ataúd, mi amor. Si te vuelve la cordura, llámame.

Y se había marchado.

Y él la siguió con la vista hasta que entró al ascensor arrastrando el maletín de ruedas sobre los adoquines del pasaje Gervasoni.

Bajó al primer piso, se zampó doble medida de Zacapa con tres cubitos de hielo y llamó al Escorpión para transmitirle el mensaje de la comandante.

—Deberíamos tomarnos unos mezcales para zanjar nuestra última disputa —comenzó diciéndole al policía, notando que aunque le costaba pedir disculpas, era lo que correspondía. Nada peor que un investigador arrogante e insensible. Por eso había pocos detectives privados en un país donde abundaban la arrogancia y la prepotencia.

—No te preocupes, no fue la primera ni será la última disputa —repuso sosegado el Escorpión—. Los amigos no estamos solo para decirnos cosas lindas. Por lo tanto, si con la botella traes un par de puros dominicanos, el arreglo será más fácil.

—Llevaré de los que me envió Olivo.

—Suena bien. ¿Puedo ayudarte en algo hoy?

Se lo explicó sucintamente.

—Lo que puedo hacer es tratar de convencer a Salazar para que acepte la tregua que pide la señora —replicó el Escorpión alargando las palabras—, pero a cambio ella tendrá que contarnos cuanto sepa sobre los grupos que nos interesan. Pasando y pasando es siempre la cosa.

53

Tomaba un schop con Benedicto Espinoza en la fresca atmósfera de la cervecería Altamira, junto al ascensor Reina Victoria. Benedicto, abogado y ensayista, vivía rodeado de libros y música clásica en un departamento de la escala 59 de la subida Almirante Montt.

Desde su infarto y el divorcio, que sobrevivió de milagro, practicaba la vida contemplativa. Panteísta seguidor de Epicuro, Séneca y Montaigne, para él Dios estaba en la naturaleza y la naturaleza era Dios, y la felicidad se construía a través de la sabiduría y la modestia. Los ahorros apartados a lo largo de treinta años de duro bregar en el negocio marítimo le permitían disfrutar de un retiro temprano con total libertad.

—¿Sabes una cosa? —dijo Espinoza acariciando el vaso—. Los países también tienen derecho a buscar nuevos caminos para alcanzar su felicidad.

—Pero sin un mínimo de orden y sensatez, eso equivale a un boleto a ninguna parte —repuso Brulé.

—Los países tienen derecho a errar, Cayetano. ¿Y qué si se equivocan? Tendrán que pagar la cuenta. Nadie aprende por experiencia ajena. ¿Y quién dice que hay que vivir como un hámster enjaulado? ¿Y quién nos obliga a vivir para trabajar y ser modelo en un continente de perpetuo futuro promisorio y presente deplorable?

—Como sea, pero me inquieta lo que estoy viendo ahora. Este país tiene que volver a dialogar.

—Perdóname, pero eso es un lugar común.

—Es un anhelo personal, Benedicto, porque de la intolerancia y la violencia nada bueno surge —insistió Cayetano en el momento en que entraban al local unos jóvenes con mochila.

—Yo miro el mundo con más distancia y menos pasión, cosa que a tu edad te recomiendo —aseveró Espinoza—. Después de todo lo que me pasó, comencé esta *vita nova*, porque al ritmo que iba, cualquier

día paraba las chalupas y si te he visto no me acuerdo. Hice bien, de otra manera no estaría aquí, departiendo contigo.

—Todos somos cadáveres andantes, Benedicto.

—Por eso no dejes que te amarguen las circunstancias. Los cementerios están llenos de gente que quería mejorar el mundo. Sospecho que el mundo no tiene arreglo, trae un defecto de fábrica, que somos nosotros. Cuando oigo al gobierno anunciar nuevas metas para el país, me pregunto quiénes son ellos para exigirnos más sacrificio, más esfuerzo y más responsabilidad. Basta de tratarnos como imberbes, queremos una vida digna y punto. La gente protesta porque está cansada de los abusos y quiere una tajada más grande de la torta.

—Protestan porque cada mañana ven que el horizonte está tan lejos como el día anterior —afirmó Brulé.

—Es que son una y la misma cosa. Las personas claman por una vida mejor ante políticos que son sordos, caros e insensibles.

—Estás generalizando demasiado.

—¿Y qué más da? No soy el pelado de la Cadem para justificar con porcentajes todo lo que diga.

Cayetano meneó la cabeza y se acomodó las gafas.

—La gente quiere más dignidad y seguridad —continuó Benedicto —. Si los de arriba arreglaran eso, se acababa la crisis. Nadie quiere aquí una dictadura como la de Cuba o Venezuela, porque en Chile hay medio millón de personas que escaparon de allá. Ni los comunistas quieren vivir ahí. Ni los Honecker escogieron el comunismo cuando pudieron hacerlo. Serán comunistas, pero no huevones.

—¿Y entonces?

—Pues nada, Cayetano, que entiendo a la gente y que cada atardecer me instalo en la ventana a contemplar a las chicas que bajan entusiasmadas del cerro enarbolando banderas para participar en las protestas.

—Mucho anarquista y lumpen baja también con esas beldades.

—La historia no la hacen solo las personas decentes —agregó Benedicto—. Además, los jóvenes creen que pueden cambiar al país, aunque no le han trabajado un cinco a nadie. Sin embargo, los

emociona sentir que su opinión cuenta, pues a ellos no los escuchan ni sus padres ni maestros.

—Me temo que ni ellos mismos escuchan.

—Algunos piensan más de lo que crees, Cayetano. Tengo una vecina comunista caviar que, decepcionada de sus camaradas, se marchó a España. Ni imaginas los líos que tienen entre ellos.

La vecina le pareció interesante. Los mejores datos, así como la reflexión política profunda, no brotaban de los militantes disciplinados sino de los que entraban en crisis con la causa. Le preguntó si podía presentársela, a lo que él accedió.

—Lo que es yo —prosiguió Brulé—, abrigo sentimientos encontrados con estos millenials. Por un lado, quiero hacerme oír, por otro me digo que este mundo ya es de ellos, que el mío ya fue. Para bien o para mal, ya fue. Mi tren ya partió del andén.

—Te estás sintiendo demasiado viejo. Por eso te dejó tu mujer.

—Y a ti la tuya.

—Da lo mismo. Yo quería ser independiente ahora, no cuando esté arrastrando las patas y solo me quede elegir el color del ataúd. Quería vivir como un ermitaño y alcanzar lo que los griegos llaman estabilidad y Séneca la serenidad.

—¿Y lo lograste?

—¿Ves? La gente como tú anda siempre apurada. Los seres libres, en cambio, aceptamos la vida como un proceso que no siempre podemos modificar.

—José Alfredo Jiménez dice en una canción que en la vida no hay que llegar primero, sino saber llegar.

—De eso se trata —Benedicto asintió feliz—. La vida es lo que es, no otra cosa.

—En todo caso, acá no vamos por buen camino —reclamó Brulé.

—Tú, ríete de los peces de colores. Tú y yo estaremos tres metros bajo tierra cuando estos jóvenes quieran cosechar lo que están sembrando. Y con una mano puesta sobre el corazón, dime Cayetano, ¿quiénes somos nosotros para juzgarlos?

54

—¿Cayetano?

Era el Escorpión.

—Sí.

Le alegró recibir su llamada mientras caminaba por Esmeralda.

—Tengo una buena y una mala noticia —anunció el policía—. ¿Con cuál comienzo?

Se detuvo frente a una cortina metálica descerrajada y le pareció que en la vereda opuesta también se detenía alguien ante el escaparate de una tienda.

—Soy optimista —dijo Brulé. Era un flaco de sudadera con capucha, un sapo, sin lugar a dudas, con audífonos—. Por lo mismo, parte con la buena.

—¿Te acuerdas de los sujetos que acompañaron al finado del metro en su último trayecto?

—¿Cómo olvidarlos?

—Ubicamos al que estaba a su izquierda cuando el suicida salta.

—No salta. Lo empujan.

—Vayamos a lo que importa. El personaje de marras, alias Betanzos, no estudia ni trabaja, y vive en la avenida Grecia. Es un barrabrava.

—¿Cómo lo ubicaron? —El flaco hablaba a través del micrófono de los audífonos. Tal vez informaba sobre su desplazamiento. Se llevó la mano a la Beretta, que dormitaba bajo el saco.

—Por un error que cometió. Después de la muerte del pasajero, Betanzos huyó y se mudó de indumentaria en una galería comercial que tiene cámaras de seguridad. Entró a un baño de una sola salida. Fue cosa de comparar el aspecto de los que entraban con el de los que salían.

Brulé miró hacia los muros de *El Mercurio*, tiznados en la parte inferior de hollín. El diario más antiguo del mundo en lengua española e hito arquitectónico de Valparaíso había sufrido un ataque terrorista

la noche anterior. Imposible imaginar a los habitantes de Cartagena de Indias, Quito o La Habana incendiando su patrimonio cultural, pensó Brulé amargado.

—¿Qué están haciendo con Betanzos? —Sintió que el flaco lo espiaba con cierto descaro por el reflejo del escaparate.

—Aquí viene la parte negativa. Cuando fuimos a detenerlo, no lo encontramos. Montamos guardia durante cuarenta y ocho horas frente a su departamento, y nada.

—¿Entonces?

—Le perdimos la pista hasta ahora, que acabo de enterarme de su paradero. Por eso te llamo.

—Bien. Te lo agradezco. Déjame asistir al interrogatorio.

—Difícil.

—Vamos, no te vuelvas leguleyo, no va contigo. Permíteme estar presente. Si no fuera por mí, este asunto estaría archivado como un suicidio más en el metro.

—Será imposible, Cayetano, porque Betanzos apareció esta mañana, en una plaza de la comuna de San Ramón, cosido a balazos.

55

Al día siguiente, tras desayunar en la autopista un sándwich de arrollado con un detestable café en polvo, Brulé y Suzuki llegaron a la plaza Esperanza de la comuna de San Ramón.

Un funcionario municipal había descubierto el cuerpo de Betanzos junto a la cancha de fútbol, en la calle Río Amazonas. Pero como solía ocurrir, nadie había visto nada.

Avanzaron lentamente por aceras polvorientas flanqueadas por árboles raquíticos y casas de un piso parapetadas detrás de rejas coronadas con alambre de púa.

—Ni los mire —dijo Suzuki refiriéndose a los sujetos reunidos en una esquina—. Se lo dice un porteño que entiende la sicología de los choros.

Llevaban anteojos de sol, capuchas echadas a la cabeza y zapatillas, y siguieron el desplazamiento del Lada con mirada huraña.

—Son milicianos —explicó Suzuki parqueando detrás de un Lexus de vidrios polarizados—. Controlan el tráfico, cobran por brindar protección e imparten justicia.

—¿Justicia? —barruntó el detective.

Sus portazos rasgaron cruelmente la paz matinal.

—Esa gente no cree en jueces ni políticos, jefe. A los primeros los extorsionan y a los otros los compran. Y al que desobedece, se lo pitean. Una ley que rige de la cuna a la sepultura.

—Me carga cuando la gente generaliza, Suzukito. La pobreza no es sinónimo de delincuencia ni de violencia, como la riqueza tampoco lo es de decencia. En fin, espero que el Cara de Hacha no se escabulla.

A Hilario Albornoz lo había reclutado el Escorpión años atrás en un campeonato de fútbol de barrios. Tenía un taller de reparación de bicicletas y vivía en la comuna, donde oficiaba de pastor en una iglesia evangélica. Mantenía un ojo atento sobre los narcos, a quienes ubicaba desde niños, desde antes de que las mafias les torcieran el

rumbo.

Doblaron en Río Orinoco y enfilaron por la estrecha Río Guayas, donde un grupo salió a cortarles la pasada.

—A buen entendedor, pocas palabras —concluyó Suzuki y volvió a Orinoco para desembocar en Independencia. Estacionaron junto a la pizarra de la fuente de soda que anunciaba ofertas de cerveza, vino y piscolas.

Cayetano entró a la Barrabases y dejó a Suzuki afuera, vigilando.

56

Cuando notó que el Cara de Hacha tenía los dedos embadurnados con la mayonesa del hot dog, Cayetano le dijo que no se molestara en estrecharle la mano.

De un parlante llegaba el Checho Hirane anunciando que, dada la ineptitud de la autoridad para recuperar el orden público, se declaraba en adelante opositor al gobierno.

Cayetano le agradeció al Cara de Hacha su tiempo y ordenó un café. No había clientes ni siquiera en las mesas que se entibiaban afuera bajo los quitasoles.

—Barrabases pertenece a un hermano de la congregación —contó Albornoz secándose los labios con servilletas de papel antes de beber de la Escudo. Tenía nariz aguileña, ojos demasiado juntos y la cabellera canosa—. Aquí puede sentirse aquí tranquilo.

—Bueno saberlo —murmuró Brulé.

—Salvo excepciones, los vecinos son gente buena que sueña con una vida mejor. —Albornoz bebió otro sorbo y soltó un eructo—. Pero igual nos estigmatizan. Cuando la gente postula a una pega, llegan hasta la fase en que les preguntan de dónde vienen. Gracias, les dicen, déjeme sus papeles, por favor, lo llamaremos. Y pueden quedarse sentaditos esperando por el timbrazo que nunca llegará.

La dependiente le sirvió una taza de agua caliente acompañada de un sobre de café en polvo y tres terroncitos de azúcar.

—Cuando los cabros captan que el país les ofrece espejismos, se van al narco —prosiguió el Cara de Hacha—. Allí encuentran lo que cualquier otra existencia les niega. Les da lo mismo terminar muertos. Entienden que la vida hay que gozarla a concho porque es breve.

—Mejor morir a los treinta habiendo disfrutado los placeres que a los ochenta padeciendo miserias —resumió Cayetano.

—Muchos no cumplirán los veinticinco, por eso los invito a escuchar la palabra del Señor. Trato de salvarlos.

—¿Lo logra?

—Predico en el desierto —hizo un mohín—. Crecen sin padres, abusados por familiares, van a escuelas con maestros de cuarta categoría y saben que al salir no tendrán pega. Yo les machaco, el Señor es el único camino de salvación, pero no oyen.

Endulzó el café para volverlo potable, y en cuanto Albornoz terminó de engullir el hot dog, le preguntó si había conocido a Betanzos.

—Claro. Creció acá, asistió al club de la congregación y después, como a los dieciocho, le perdí la pista.

—¿Se fue del barrio?

—Lo llamaron al servicio militar. Ahí aprendió mecánica y después del servicio se mudó de barrio.

—¿Y los padres?

—Nunca conoció al padre, y su madre se fue a Altos de Mena. Tenía tres hijos de padres diferentes. Volví a ver a Betanzos en la misma cancha donde ayer apareció su cadáver, lo invité a la congregación, pero supe que era demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Andaba con los ojos vidriosos, lo acompañaba una japonesa de ropa ceñida y blusa escotada, y en Río Amazonas lo esperaba un Mazda CX con altoparlantes de discoteca.

—¿Japonesa de Japón?

—Japonesa no sé de dónde, pero linda como una muñeca de porcelana.

—¿La había visto antes por acá?

Hizo chasquear la lengua.

—¿Pero de qué hablamos? —reclamó—. Una mujer de esa gama, cutis como el de Ivanka Trump y trapos de boutique de Las Condes no se ve por estos lares. Además, tiene un par de alas tatuadas sobre los senos, que las vi por el escote. Perdóname, Señor —alzó las manos al cielo—, sé bien que Satanás usa la lascivia como señuelo.

—¿Se sirve otro completo?

—Encantado —respondió el Cara de Hacha mirándolo por primera vez, aunque solo de soslayo, a los ojos.

Cayetano pidió otro completo y dos cervezas.

—¿Y qué se rumorea sobre la muerte de Betanzos? —preguntó.

—En el billar opinan que se lo piteó Monterrey —dijo Albornoz con rostro de conspirador.

—¿Monterrey?

—No lo repita tan alto. Eran amigos desde la escuela. Fue el último con quien vieron aquí a Betanzos. Dicen que decepcionó a Monterrey. Y las traiciones se pagan caro.

De pronto advirtió que Suzuki entraba a la sala tambaleándose como un borracho, boqueaba con el rostro desencajado y la camisa ensangrentada.

Se desplomó como un muñeco de trapo junto a su mesa.

57

Frente al altar de la iglesia de La Matriz, entre cirios, estaba el ataúd negro en que yacía el cuerpo de Bernardo Suzuki. Una multitud se había congregado a despedirlo. Muchos lo conocían por la fritanguería que había quedado reducida a cenizas, las diligencias que cumplía en los bancos y sus visitas a los cafés del puerto. Lo acompañaban también prostitutas en ejercicio y otras jubiladas del antiguo salón de Madame Eloise, y lanzas a chorro en busca de giles.

Tras la liturgia, el sacerdote esparció incienso alrededor del féretro que unos hombres de traje y corbata cargaron hacia la salida, seguidos de una banda de quena, bombo y guitarra, y un organillero con su instrumento y un loro mudo.

Brulé no pudo sumarse al cortejo porque, justamente en ese instante, sus piernas le desobedecieron. La imagen del rostro marmóreo con los ojos cerrados de Suzuki le desgarró el corazón. Se dio cuenta de que lloraba cuando escuchó el eco de sus propios sollozos entre los gruesos muros de La Matriz.

—Cayetano —le susurró alguien a la vez que le tocaba el brazo—. Cayetano.

Alzó a duras penas la mirada.

Era Margarita, que le ofrecía una taza junto al sofá.

—Un tilo te calmará –dijo ella.

Se apartó las lágrimas con el puño y recogió las gafas que yacían junto a la botella vacía de orujo. Se había quedado dormido en el living de la casa.

—¿Y Suzukito? —preguntó.

—Está en el San Juan de Dios —repuso Margarita, que había vuelto sin que Brulé supiera cómo—. Dice la doctora Loredo que vayamos a agradecer a la iglesia San Luis Gonzaga, porque las heridas fueron superficiales.

Trató de ordenar la secuencia del día anterior: Suzuki entrando a

trastabillones al Barrabases, su desplome ante la mesa, la llegada del vehículo de la PDI, el vertiginoso desplazamiento hacia el hospital mientras su asistente se desangraba.

Y después vinieron a su mente los enfermeros acarreando en camilla a su asistente hacia el pabellón de cirugías. Horas más tarde reapareció Margarita anunciando que habían detenido la hemorragia.

—Ahora vayamos a prender las velas —dijo ella—, que esto no lo volvemos a contar.

Al caer la tarde, mientras Margarita conducía el Lada a Valparaíso, un sentimiento de culpa inundó a Brulé por haber dejado a Suzuki de guardia en la puerta de la fuente de soda.

Ya en casa destapó un orujo Lua enviado por su amigo Emilio Gilolmo y comieron prietas con arroz blanco y pimientos del Padrón. Y, bueno, después se había quedado profundamente dormido en el sofá.

—¿O tal vez te apetece un café con tostadas? —preguntó Margarita —. Por la tarde nos van a contar cómo evoluciona el susodicho. Pero ¿me permites decirte algo, amorcito?

No estaba para oponerse a nada. Menos en ese momento.

—Dímelo.

—Prométeme antes una cosa.

—¿Qué?

—Que renunciarás a ser detective.

—Pero, Margarita.

—Hace poco casi te mandan al otro patio. Además, bien miradas las cosas, con el país cayéndose a pedazos, difícil que alguien contrate a un detective privado. Corazón, te lo voy a plantear en tres palabras: tienes que escoger entre volver conmigo o con tu oficio.

58

Cruzó presuroso entre las tinajas de terracota del lobby sin que el conserje, que informaba al teléfono sobre una bicicleta robada de la bodega, se percatara de que iba al ascensor.

Asa abrió la puerta del 1321 antes de que timbrara, y le pidió la chaqueta y lo invitó a pasar al living.

—Hay etiqueta negra y ron añejo en el barcito, pero también puedo preparar un daiquiri.

—Voy por el ron.

—Siéntete en casa. Me encantan los hombres maduros y empeñosos —agregó ella con la chaqueta en la mano. Vestía blusa y pantalón holgado, y andaba descalza, y llevaba suelta la melena negra sobre los hombros.

—Bien aprovisionado el bar —comentó Brulé sirviéndose del Bacardí.

—Sácate los zapatos que la alfombra es de Dib, y cuando hayas depositado los morlacos en la caja nacarada, pasa a la habitación de los espejos.

Siguió las instrucciones y entró al cuarto, donde los espejos que revestían las paredes y el cielo le devolvieron su imagen multiplicada. Por la ventana vio el pistón del Hyatt y la cordillera vestida de ocre como crepúsculo del Sahara.

Asa echó pestillo a la puerta de la vivienda y apareció sonriente en el umbral con su propio vaso de ron. Era una belleza de cálida mirada oriental.

—Cómoda esta cama circular —comentó Cayetano mientras se libraba de los mocasines.

—Buena para la espalda. —Asa entornó las venecianas, sumiendo la pieza en una delicada luz opalescente, y puso a Fausto Papetti—. Para unos Ed Sheeran, para los abuelitos los clásicos.

Sonrió agradecido, aunque lo defraudó su pragmatismo. Mal que

mal, acababan de asesinar a Betanzos, uno de sus clientes predilectos, cuando no su amante, y no parecía afectada por ello. En el fondo era una profesional y entregaba el acogedor servicio escort que prometía en las tarjetas.

—Te veo muy tenso —dijo ella—. ¿Un masajito para que te relajes?

Aceptó degustando el ron.

Ella se sentó a horcajadas sobre él sin que derramaran una sola gota. Su cuerpo, ágil y vital, casi no pesaba o, mejor dicho, no le importunaba.

—¿Para cuánto tiempo me alcanza la donación? —preguntó Brulé contemplando la perfección de su terso rostro juvenil.

—Tres horas, pero puede ser con yapa porque me estás cayendo bien —apartó los vasos—. Tengo debilidad por la figura paterna. Tú no eres de Chile, ¿verdad?

—Tú tampoco.

—Soy peruana, hija de marino japonés, de ahí mi nombre. —Sus manos fragantes comenzaron a masajear los hombros del detective.

Al igual que Suzuki, Asa descendía de japoneses. Imaginó que debían lloverle los clientes. Según el Escorpión, ofrecía servicios en su vivienda y también como acompañante en viajes de placer o negocios. Era bonita, de buen cuerpo y aspecto refinado. Le calculó menos de treinta años.

—Soy cubano —explicó.

—Me gusta tu país. Pobre pero alegre como todo el Caribe. A diferencia de Chile, donde tienen de todo y viven amargados. Mira el San Quintín que crearon y el dólar se fue a las nubes, con lo que me jodí. En todo caso, tu isla debe haber sido un paraíso antes de Castro. Disculpa, sé que con los clientes es mejor no hablar de religión ni de política.

—Tampoco con el peluquero o el dentista. Pero es cierto, Cuba se fue al carajo.

La vio desabrocharse la blusa. No llevaba sujetador. Asomaron las alas de ángel tatuadas sobre sus senos que había mencionado el Cara de Hacha. Más abajo, el ombligo emergía perfecto, como un sol, en su firme vientre color marfil.

—No sigas —ordenó.

—¿Te molestó mi comentario?

—No, solo que no sigas.

—¿Cómo? —estaba perpleja.

—Me refiero a que te abotones.

—¿Entonces?

—Que te abotones la blusa.

—¿Solo te gusta mirar? Si es así, cambio la música y te bailo. Algunos se suben al piano recién después de verme bailar. ¿O eres de los que prefieren que los amarren y le zurren sus buenos latigazos? Tengo hasta un vibrador sueco.

—Conversemos, mejor. Soy policía —extrajo la chapa—. Necesito unos datos.

—¿No será que se te encogió? ¿Una chambelona? —preguntó ella desprendiéndose de la blusa, dejando al aire sus senos enhiestos—. Algunos vienen a llorar las peleas con la señora, el jefe, la hija, solo excusas para disimular que no se les para. No tienes que mentir. Reanimo hasta al más deprimido. Mírame. De algo que te sirvan esos anteojos.

Estuvo a punto de acariciarla, pero se contuvo. Nunca le había pagado a una mujer para que se acostara con él.

—Vine únicamente para hacerte unas consultas —repitió.

—El que busca, siempre encuentra. —Cogió las manos de Brulé y las posó sobre sus pechos.

Sintió la tibieza de su carne, el suave pálpito de la juventud, su propio cuerpo activado de pronto por el deseo.

—Me gustas, pero vine por otro asunto. —Le devolvió la blusa—. Cúbrete, en serio.

—¿Eres del otro lado? —Se desmontó para ponerse la blusa.

—Lo mejor es que colabores. —Se sentó junto a ella—. Si me ayudas, la donación es por completo tuya y quedamos tan amigos como hasta ahora.

—¿Qué necesitas?

—Que hablemos de un amigo tuyo de reciente y triste final.

—No me gustan los temas tristes.

—Lo imagino, pero necesito que me cuentes cuanto sepas de Betanzos. Te espero en el living.

59

—¿Qué relación tenían Betanzos y Monterrey? —le preguntó en cuanto Asa salió del cuarto de los espejos.

—Betanzos solo venía a veces, trabajábamos y se iba.

—No me hables haciéndote la de las chacras, porque ustedes eran amantes. Y hay gente interesada en silenciarte, por ello tu salvación depende de que aceptes cooperar conmigo. Si no lo haces, no podré ayudarte.

—¿Y qué gano yo al colaborar contigo?

—Sobrevivir. ¿Te parece poco?

Se sentó en el sillón, frente a él. Afuera el cielo pintaba las montañas de ámbar y por las calles culebreaban colas de automóviles.

—Yo le brindaba a Betanzos servicios por los que él pagaba. Soy ante todo una profesional y una tumba. Y acompaño en cuerpo, no en alma, a los clientes.

Sintió que ella se iba cerrando como una ostra.

—Puedes hacer fintas —le advirtió—, pero te recuerdo que es solo cuestión de tiempo para que Monterrey las emprenda contigo. Sabes demasiado de su relación con Betanzos, y él debe intuir que eso puede traerle problemas.

—Difícil. Es un tipo de recursos y conexiones.

—Los grandes mafiosos caen por delitos menores. Piensa en Al Capone.

—Yo me andaría con cuidado. Monterrey conoce a tipos influyentes en la política y los tribunales y, según lo que decía Betanzos, coordina la contratación de sicarios.

—Necesito tu cooperación para aclarar el crimen y para que podamos vivir tranquilos. Te pueden matar precisamente para evitar que mis pesquisas prosperen. ¿Cerramos un acuerdo o prefieres que me vaya?

Ella se dirigió a su cuarto y volvió trayendo los vasos. Los rellenó y

le pasó uno a Brulé, que hizo girar el ron en el cristal antes de apurar un sorbo.

—¿Por qué mató Monterrey a Betanzos? —preguntó.

Alguien tocó el timbre, Cayetano se acercó a la puerta a mirar por el ojo mágico. Afuera había dos mujeres mayores, dignas de El Greco. Vio que una revista asomaba bajo la puerta y que las mujeres se marchaban.

—¿Eres Testigo de Jehová? —preguntó entregándole *El Atalaya* a Asa.

—A veces.

—¿Cómo a veces? —Volvió a sentarse y cogió el vaso del suelo.

—Estudio a veces La Biblia con las hermanas de la Watch Tower Society. Me asusta el Armagedón. Quiero entrar a la vida eterna. Esta que llevamos no puede ser todo.

—¿Quieres vivir eternamente? Supongo que después de mil años debe resultar aburrido.

—No te rías. Si no tienes el don de la fe, no entenderás jamás.

La música de Papetti saltó a una canción de Elvis Presley, que identificaba, pero cuyo título ya no recordaba. La memoria es una bocanada de humo que se disipa con la ventolera de los años, pensó mirando a Asa, quien asumía la postura del loto con los ojos cerrados.

—No sé por qué Monterrey hizo lo que hizo —afirmó ella—, pero sabe dónde vivo.

—¿También es cliente tuyo? —Se premió con otro sorbo. Con cada nuevo sorbo la mujer le parecía más deseable.

—No, ni por todo el dinero del mundo me acostaba con él. Me tenía ganas, pero yo estaba con Betanzos. La última vez que lo vi fue cuando vino a buscar a Betanzos y él ya se había ido. Olía peligro y planeaba marcharse al extranjero. Igual se lo pitearon.

—¿Qué peligro olía?

—¡Qué sé yo!

—Sabía del vínculo de Monterrey con sicarios y tipos influyentes, pero tiene que haberle temido por algo que surgió después.

—No tengo idea.

—Haz memoria. —Se dio otro sorbo mientras ella cogía el vaso de

la mesa—. ¿Qué habrá roto la confianza que se tenían?

Asa empezó a caminar por el living. Llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo potente, y la blusa, que no se había abotonado por completo, le caía sobre el pantalón.

—Tal vez tienes razón —admitió al rato—. El quiebre entre ellos pudo deberse a un tropiezo de Betanzos.

—¿Tropiezo?

—Hace más de un mes, antes que comenzara el desastre, algo le resultó mal con un asunto y entró en pánico. Desde entonces cambió, andaba ansioso, tenía miedo, pero no sé bien a qué.

—¿Tienes forma de ubicar a Monterrey? Anda sumergido.

—¿Quieres que yo le sirva de carnada? ¿Que te presente en bandeja? Ni en sueños. Su gente me mataría, y tampoco es fácil ubicarlo.

—En ese caso te recomiendo cambiar de residencia —le advirtió Cayetano—. Eres un puente, ignoro entre qué orillas, pero a alguien puede estar mortificándole eso.

60

—Ya entendí que a Betanzos pudo haberlo asesinado Monterrey, Cayetano, pero poco puedo hacer porque los fiscales están exigentes con las pruebas —dijo el Escorpión desde la PDI, Brulé hablaba desde el Turri—. Y entiendo la preocupación por tu asistente, pero compréndeme, estoy al tope con lo que nos está cayendo encima.

—Te digo que Monterrey es clave.

—Ubícalo, al menos; mira que no creo que a Salazar lo vaya a conmover tu hipótesis.

—Agárralo y atríncalo para que te suelte la pepa que nos permita aclarar lo de Betanzos y el muerto del metro, porque esto es peor de lo que imaginamos. Acuérdate de que intentaron matarme a mí y a Suzuki. Aquí se esconde algo grande. Pero no detengas a Asa, porque me la liquidas como informante.

—¿Crees que no he buscado a Monterrey? Sabe que lo buscamos. Seguro le avisaron de tu incursión en sus feudos. Y otra cosa, tengo claro que entramos a terreno minado, porque a este nivel los traficantes son pesos pesados. No necesitas recordármelo.

—Y si te consigo que algún colaborador suyo confiese, ¿me ayudarías?

—A esos tipos no les creo ni las confesiones en la extremaunción.

—¿Me ayudarías?

—Recuerda que la criminalística no es una ciencia exacta. Aquí trabajamos con escenarios, deducciones, posibilidades, en fin, pero ¡por qué diablos tengo que explicarle esto a un zorro correteado como tú! Déjame decirte algo con toda franqueza. ¿Puedo?

—Desde luego.

—Te veo obsesionado con tu caso, Cayetano, y eso te lleva a vincular todo asunto turbio con el asesinato de Galaz. Pero te equivocas medio a medio porque en Santiago puede haber diez asesinatos en un día y ninguno estar relacionado con el otro.

—En este caso hay evidencias que te morderían si fueran perro. —Brulé se apoyó en la ventana. La bahía era una sartén de plata—. A Galaz y al muerto del metro los unen símbolos, la vida clandestina y sus asesinatos. Y sospecho que a ambos y a Betanzos, los puede haber liquidado Monterrey.

—Magnífico. Cuando tengas todas las pruebas, llámame, convencemos al burócrata del fiscal, y te propongo para el premio Edgar Allan Poe de novela policial.

—¿Quieres que yo también te diga algo para que dejes de chotearme?

—Adelante.

—No puedes apostar siempre a ganador como un politiquero, Escorpión. Uno debe también arriesgar o de lo contrario se vuelve un oportunista sin remedio.

—Si tú hubieras recibido las instrucciones de Salazar que yo recibí, serías prudente y me hablarías de otro modo. Tenemos que ser efectivos y consolidar al mismo tiempo el prestigio de la institución, o sea, la cuadratura del círculo. Ahí te quisiera ver.

—Olvídalo, entonces. Dime al menos cuándo puedes verte con Marcia.

Le había colgado.

Escorpión lo estaba sacando de quicio. A lo mejor la vejez lo iba a convertir en uno de esos pusilánimes que no se la juega por nada. En cambio a él, jodido hasta la médula en el Turri, pendiendo de apenas un solo caso, asediado por criminales que operaban anónimamente, no le quedaba más que confiar en su olfato. Y este le indicaba que sí existía un nexo entre los crímenes.

Vertió unas cucharadas de Pilón en la Bieletti, la puso en la hornilla y fue al baño, donde levantó la tapa del estanque.

—¡Badulaque! —barruntó al sacar la botella estilando del agua—. Me dejó tres gotas de orujo.

Se zampó de un sorbo lo que quedaba, echó cinco dedos de agua de la llave en la botella y volvió a colocarla donde estaba. Menuda sorpresa se llevaría Suzuki cuando, ya recuperado, quisiera darse otro cañonazo a costa suya.

Se sirvió café y lo endulzó. Dulce como el amor, negro como la noche, solía decir una sueca de Estocolmo con la que había estado a punto de casarse. De haberlo hecho, vagaría ahora por las gélidas calles de Gamla Stan angustiado no por una crisis de proporciones, sino por ubicar un sitio donde tomar un buen latte para resguardarse del frío.

Puñetera vida. La distancia, como cantaba Doménico Modugno, es como el viento, apaga el fuego pequeño, pero enciende aquellos grandes. Curioso que de golpe extrañara a esa cálida mujer de labios finos y ojos azules. Mejor no llorar sobre la leche derramada, se dijo paladeando el Pilón.

61

A la mañana siguiente Brulé salió a caminar por la avenida Alemania. Quería pensar con calma mientras miraba la bahía.

En rigor, la situación política se había vuelto insostenible y el país irreconocible.

Por un lado, el vandalismo en muchas ciudades; por otro, las manifestaciones ciudadanas que no amainaban, aunque perdían masividad. El acuerdo nacional para consultar al país sobre el futuro de la constitución política no apaciguaba los ánimos ni restablecía la estabilidad ni la convivencia deseadas. Tras la esperanza inicial, brotaba de nuevo con fuerza la incertidumbre.

La popularidad del gobierno caía en picada a pesar de que anunciaba numerosas medidas sociales, que al parecer solo pocos escuchaban. La oposición socialista, por su parte, atemorizada por la radicalidad del extremismo, mostraba ambigüedad frente a la violencia y parecía no entender que si colapsaba el régimen, ella colapsaría con él.

Aumentaba la sensación de que el gobierno no llegaría al final del mandato, algo inconcebible para un presidente elegido dos años antes con una cómoda mayoría. Mientras la imagen internacional del país se iba al tacho, la economía se paralizaba y quebraban pequeñas empresas, quedaba de manifiesto que los políticos simplemente no daban el ancho.

Una cosa está clara, los militares no intervendrán, pensó Cayetano mientras dejaba atrás la iglesia San Luis y se encaminaba por la avenida Alemania hacia la plaza Bismarck envuelto en el canto de los pájaros. Los analistas coincidían en sostener que los militares observarían la crisis esperando a que la solucionaran los políticos, y priorizarían las medidas para conservar su jerarquía intacta y operar dentro del marco constitucional. Tienen memoria de elefante, no caerán en la trampa de 1973, se dijo el detective.

Y si apartaba la preocupación política y se dedicaba de verdad a lo suyo, que era lo que le reportaba los morlacos para la existencia, ¿qué sabía a ciencia cierta sobre el caso Galaz Expósito? Tenía que admitir que ahora ya no le cabía duda de que el asesinato del pintor era una pieza dentro de un mecanismo inscrito en las circunstancias que vivía el país.

La investigación de la muerte de Galaz lo arrastraba indefectiblemente a la del desconocido del metro, y ambos asesinatos sugerían la existencia de una organización secreta, probablemente internacional, de objetivos para él aún imprecisos, que desplegaba ciertos símbolos en el «punto cero» y la «primera línea» de las manifestaciones vandálicas.

Como si eso no fuera suficiente, la ejecución de Betanzos introducía una arista que al parecer se vinculaba de alguna manera con el narco.

Y todo aquello en un país que se desmoronaba, que sabía cómo reconstruirse después de cada terremoto y tsunami, pero que resultaba inepto para maniobrar adecuadamente en medio de la tempestad política que lo azotaba.

¿Cómo se restauraba el equilibrio nacional cuando quienes habían gobernado hasta hacía poco durante un cuarto de siglo se sumaban de súbito a quienes exigían un sistema radicalmente nuevo? ¿Y cómo se salvaba un país cuando sus líderes, de izquierda, centro o derecha, cambiaban abruptamente de tono, convicciones y colores y se transmutaban en una suerte de camaleones? ¿En quién podía confiar ahora?

Se acodó en la balaustrada del mirador de la plaza Bismarck a contemplar un barco que zarpaba atestado de contenedores. Nada romántico sugerían esas plataformas de acero con rascacielos de acero, pensó sintiéndose viejo y solo. Compadeció a los marinos que navegaban sin ver el mar ni el cielo, pero no tardó en darse cuenta de que él mismo era un marino que surcaba los océanos sin ver ni mar ni cielo en una nave sin destino.

62

—¿Así que piensa que un exespía germano-oriental podría ayudarle? —preguntó el capitán Osorio—. Recuerde que la HVA sucumbió hace mucho junto con el Muro de Berlín.

—No es que me sirva cualquier espía jubilado —admitió Brulé—, pero sí uno defraudado del sistema. ¿Entiende?

Conversaban un espresso en la barra del café Hesperia. El detective suponía que espías de la extinta República Democrática Alemana podrían aportarle datos que le permitieran descifrar lo que ocurría en Chile. El marino, en cambio, no estaba convencido de que eso tuviera mucho sentido.

Los países comunistas europeos habían desaparecido en 1989, barridos por revoluciones de terciopelo, y en el Asia sobrevivían la kafkiana Corea del Norte y las economías de mercado de China y Vietnam.

Pero América Latina era harina de otro costal, estimaba Brulé, lo que demostraba la supervivencia de regímenes del siglo veinte inspirados en filosofías del diecinueve, como en Cuba, Nicaragua o Venezuela. Si la estrategia de los ultras en Chile se nutría de una fase superada por la historia, la experiencia de exagentes alemanes orientales podría resultarle orientadora. En el fondo se trataba de practicar arqueología política para entender el origen de la crisis.

Fundada en 1950, la Stasi, la policía política germano-oriental, era la institución más temida por los diecisiete millones de habitantes cautivos hasta 1989 detrás del Muro. Con sus cien mil funcionarios de planta y ciento setenta y cuatro mil agentes informales, disponía de un soplón por cada treinta ciudadanos y de una cárcel central propia en Hohenschönhausen, Berlín Este. No solo se especializaba en reprimir a opositores, sino también en destruirlos emocionalmente.

Pero lo que a Brulé le interesaba más eran los espías de la antigua HVA, la Hauptverwaltung Aufklärung, el servicio de espionaje que

condujo entre 1952 y 1986 Markus Wolf, el legendario «hombre sin rostro». La HVA tenía a su vez tres mil ochocientos funcionarios de planta y dos mil agentes en los cinco continentes. Durante la Guerra Fría, la CIA, el Mossad y la organización de Wolf eran considerados los sistemas de espionaje más eficientes del planeta.

—Habrá corrido mucha agua bajo el puente desde la caída del Muro —dijo Cayetano—, pero imagino que esa gente cuenta con una organización secreta semejante a la Odessa de los ex SS, y que por ello debe ser posible contactarlos.

—Bueno, veré si puedo facilitarle algún contacto entre los jubilados —respondió Osorio mientras revolvía el espresso—. Pero véalo como un favor personal, no institucional.

—No se preocupe, comandante, soy una tumba.

—Ojalá, porque con esto me estoy inmiscuyendo en territorios de la ANI.

—¿Conoció Berlín Este? —preguntó el capitán cuando se iban.

Le contó que en los ochenta había estado investigando allí la muerte de un chileno en una escuela de cuadros comunista.

—También estuve en Berlín en aquellos años por una convención sobre seguridad —dijo Osorio—. Aprovechamos para cruzar el Muro en el puesto fronterizo Check Point Charlie. Los guardias comunistas inspeccionaron con perros y espejos hasta debajo del bus en que viajamos.

—¿Y qué tal?

Caminaron hacia la salida.

—¿Alguien puede querer encerrar a sus compatriotas para imponerles su utopía? —preguntó el marino.

—Bueno, en el Congreso hay varios que sueñan con eso para Chile.

—Hay de todo en la viña del Señor. En fin, en cuanto le consiga un contacto, se lo haré saber —repuso Osorio—. Si no lo veo antes, que le vaya bien. Gracias por el espresso.

63

Bañado en sudor, Cayetano apartó con violencia el brazo del marido de Amaya para desviar el cañón de la Luger. Sí, Otelo quería matarlo a él, que no tenía arte ni parte en el romance entre su mujer y Galaz Expósito. Vio con horror que el empresario volvía a apuntar el arma contra su cabeza, y forcejeó con manos y piernas para impedir que disparara.

—¡Déjate de patearme, por Dios! ¿Qué te pasa? —preguntó Margarita encendiendo la lámpara del velador.

Con manos temblorosas el detective se calzó las gafas y vio la hora. Tres de la mañana. Soltó un resoplido y trató de calmarse. Apoyó la espalda contra los barrotes de bronce, que rechinaron quejumbrosos, y se secó el sudor de la frente. La brisa entraba por la ventana abierta trayendo un eco de cadenas del puerto.

—Voy por un vaso de leche tibia —anunció Margarita.

Una sospecha lo había desvelado. ¿Y si a Galaz lo habían asesinado por encargo del esposo de Amaya? Bajo esa hipótesis el caso adquiría un cariz diferente y permitía reinterpretar de otro modo el balazo en Valdés Vergara, el apuñalamiento de Suzuki y hasta el allanamiento de su casa.

—Aquí está tu leche —dijo Margarita al volver—. Tómatela en nombre de Dios.

Lo hizo a sorbos, atormentado por la sospecha.

—No quiero hablar ahora —continuó Margarita al sumergirse en la tibieza de las sábanas—, pero mañana debes decirme si después de todo esto seguirás trabajando como detective.

Cayetano puso el vaso y sus gafas en el velador, y apagó la luz.

64

—Qué bueno que solicitara esta reunión, porque yo estaba por pedirle una a usted —dijo el esposo de Amaya Bengoa sin levantar la vista de los documentos que tenía sobre el escritorio, delante de un enorme óleo de Roberto Matta.

El despacho de Iván Piedrahita Munizaga estaba en el segundo piso de una casona de Alonso de Córdoba, una construcción de estilo mediterráneo con una fuente alrededor de la cual danzaban ninfas cargando cántaros que surtían con chorros de agua cristalina.

Brulé no esperó a que le ofreciera asiento, algo que al parecer el abogado —le calculó unos setenta años— no haría. Se acomodó frente al escritorio, puso sobre él su tarjeta y comenzó a limpiar pacientemente los anteojos con su corbata de guanaquitos verdes.

—Disculpe, pero ¿cuáles son sus méritos? —preguntó Piedrahita.

—¿Méritos?

—Sí, sus logros profesionales como detective. Tiene a cargo un caso encomendado por Amaya e imagino que cuenta con alguna licencia.

Cayetano estuvo a punto de marcharse.

—Estudié en Florida —explicó después de unos instantes con voz ronca—. Soy detective privado y he resuelto numerosos casos en la ciudad.

—Le seré franco. Me disgusta que mi mujer ande en esto, porque es riesgoso.

—Su señora me contrató porque el pintor fue su compañero de colegio.

—¿Pintor? Le he visto dos óleos, malos, por cierto.

—Pero era pintor.

—Si dos óleos lo convierten en pintor, tengo entonces múltiples oficios, porque al menos dos veces he tomado un martillo, una sartén, un palo de golf, y para qué seguir. En fin, no quiero que piense que tengo prejuicios contra los artistas. Financio una fundación para

pintores jóvenes. Doy becas, y admiro a Gerhard Richter y a Abraham Lacalle. ¿Los ubica?

—No mucho —repuso Brulé, disminuido.

Piedrahita ladeó la cabeza como si lo compadeciera.

—Seré breve —continuó—. Hasta aquí llegó este caso para mi mujer y para mí.

—¿Puede decirme a qué se debe esa decisión tan repentina?

—Al cariz que han tomado las cosas. No quiero que nuestra familia corra peligro. En este país están pasando cosas turbias y ya no hay justicia. Para que esté tranquilo: usted y yo llegamos hasta aquí, y no se preocupe por su plata, porque lo compensaré con seis meses de paga adicional.

Comprendió que, si había ido a consultar a Piedrahita por Galaz Expósito, saldría trasquilado.

—Si renuncian a mis servicios, no tengo nada más que decir —afirmó, tratando de disimular el golpe y de sonar digno, único capital que por cierto le quedaba—. Pero dígame, ¿conoció a Edmundo?

—Nunca lo vi.

—¿No estableció entonces contacto con él?

Piedrahita sacudió la cabeza.

—No fui ni al funeral —agregó—. Él pertenece a un capítulo de la adolescencia de Amaya, cuando yo ni la conocía, y su asesinato aparece enredado con asuntos nada transparentes. No cultivo relaciones con los compañeros de colegio de mi mujer. ¿Por qué?, se preguntará usted. Pues porque pertenecen a otra generación. En lugar de buscar gente, yo la evito. Se depositan excesivas esperanzas en la especie humana.

—¿Conoce la obra de Edmundo? —insistió Brulé.

Piedrahita extrajo un H. Upmann de una caja, le cercenó la cabeza, se puso de pie y lo encendió. A Brulé le entraron unas ganas enormes de fumar uno.

—Ya le dije, he visto solo dos pinturas de Edmundo, de regular factura —respondió Piedrahita examinando cómo ardía el habano—. No creo que viviera de su arte. Pero como no entiendo a esa generación, nada me sorprende de ella.

—¿Cree que Galaz traficaba con drogas?

—No tengo idea ni me importa.

—¿Su señora y él se reunían de vez en cuando?

Piedrahita se detuvo detrás del escritorio y lo apuntó con el tabaco.

—Le voy a advertir una cosa, porque intuyo adónde va con esa pregunta —en sus ojos grisáceos refulgió la cólera—. No dudo de la fidelidad de Amaya y quiero que se lo grabe entre esas dos orejas por si se le pasa por la mente involucrarme en la muerte del pintor. ¿Nos entendemos?

—Creo que sí.

—Bien. Sepa que si usted sigue echándole leña al fuego entablaré una demanda en contra suya. Nadie con dos dedos de frente financiaría a un detective tirado con honda para que lo involucre en un crimen deleznable.

—No sé a qué se refiere. Lo que es yo, me doy por satisfecho con el finiquito que me propuso. Para mí es un asunto resuelto. Tan amigos como antes.

—Y lo último —agregó Piedrahita—. Si aprecia su oficio, sáqueme de su radar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces las palabras sobran —concluyó Piedrahita abriendo la puerta del despacho—. No tiene para qué estrecharme la mano, Brulé, estoy resfriado y no quiero contagiarlo.

65

El Lada roncaba parejo, sin apnea, por la autopista a Santiago. Al volante iba Bernardo Suzuki quien, pese a estar convaleciente, se negaba a guardar cama bajo la férula de Madame Eloise, y había reaparecido en el despacho alegando que era nieto de samurái. Cayetano lo aceptó porque las heridas al menos cicatrizaban bien y no se le habían infectado.

Era Brulé, más bien, quien se sentía mal. Por un lado, le irritaba la porfía del discípulo de Kurosawa al desobedecer al médico, quien le había recetado reposo; y por otro, aún le causaba escozor la humillación que le había infligido Piedrahita.

Además, lo defraudaba la forma nada elegante en que Amaya se había desembarcado del caso. Ni siquiera había tenido la delicadeza de transmitírselo en persona. Si bien era generosa la indemnización anunciada por Piedrahita, no le quitaba el sabor amargo que le había dejado en la boca. Sin clientes, enfrentaba ahora una situación delicada en medio de la crisis. Las desgracias eran como las hienas, despiadadas y, además, llegaban en jauría.

Estaba a punto de indicarle a Suzuki que parara en Curacaví para que el motor de la reliquia soviética se enfriara y ellos se tomaran un buen café, cuando entró la llamada del Vasa.

—Pues, nos va como al país, a saltos y trompicones, pero con la fe del carbonero —respondió el detective—. Sí, pasaremos por La Habana Eterna, de Barbarita Hilario, que cuela café de verdad y pone hasta un vaso de agua fría al lado.

—Barbarita es tremenda gusana —apuntó ácido el Vasa desde su trinchera de libros frente al Congreso—. Vendió la revolución para venirse al capitalismo y acá la pilló igual el socialismo. La historia no castiga a palos sino con *déjà vu*. En fin, te llamo porque la coleccionista quiere ver la primera edición de la que le hablaste la última vez.

—Pues que me diga dónde y cuándo —a Brulé lo alegró saber que la comandante Marcia aceptaba la reunión—. ¿Y cómo va el negocio? ¡Coño, Suzukito, te pasaste otra vez!

—Disculpe, jefe, pero el hospital me traumó. En sueños aún me veo entrando al pabellón, donde el cirujano es un narco. Ni sé cómo manejo. En cualquier momento se me cierran los ojos de puro sueño, así que encomiéndese a su madre.

—Mejor encomiéndate tú a la tuya, que yo en Curacaví me bajo y sigo en Tur Bus —repuso Brulé.

—Estás más inconexo que un walkie-talkie —alegó el Vasa por el celular—. ¿Vas a un cocaví en Tur Bus?

—No, Vasa, no. Te preguntaba cómo va tu negocio.

—La gente lee más que nunca —afirmó el librero—. En tiempos de zozobra se refugia en la cultura. Me piden libros sobre la Revolución rusa y la cubana, biografías de Miguel Enríquez y Allende; Trotski está agotado, y *Memorias del subdesarrollo*, de Desnoes, vale una fortuna. El pueblo se educa para continuar la lucha, mi amigo.

—Cuida el kiosco, Vasa, no quiera Dios que te pase lo que a Suzuki. Los pirómanos andan por la libre.

—La historia progresa a través de la violencia y las revoluciones, Cayetano. Lo importante es el resultado final, la emancipación humana. Veo que seguimos sin entendernos, pero un día reconocerás la importancia de Fidel y te fundirás en un abrazo fraternal con tu pueblo.

—Retorna ahí, ahí, Suzukito, pero si lo dice con todas sus letras ese letrero más grande que el Empire State: ¡Cu-ra-ca-ví! Pasemos primero por La Habana Eterna y después seguimos al cuartel general de la PDI, que quiero echarle un vistazo a las pertenencias del muerto en el metro.

66

Las pertenencias del muerto en el metro permanecían almacenadas transitoriamente en cajas de cartón en el subterráneo del cuartel general de la PDI, en la calle General Mackenna de la capital.

Gracias a una autorización conseguida por el Escorpión, un funcionario llevó a Cayetano hasta la bodega donde se apilaban varias cajas cerradas y etiquetadas.

—Esas son. Puede abrirlas, pero debe dejar todo tal como está. Avíseme por el celular cuando haya terminado, y yo lo vendré a buscar —dijo el PDI antes de alejarse por el pasillo haciendo sonar los tacos contra las baldosas.

Brulé vio una carpeta plastificada con el inventario de los objetos y el número de la caja en que se hallaban. Comenzó por la número uno, que tenía a su derecha. Eran diez en total.

El desconocido no había dejado mucha ropa ni tampoco muchos objetos del hogar porque llevaba un tren de vida extremadamente austero, admitió. Las botellas eran tres, una de ron, otra de scotch y la tercera de un jerez que no había oído nombrar. Hurgó en las mudas de ropa sin hallar nada singular. Lo interrumpió un llamado.

—Jefazo, como no encontré estacionamiento, crucé el Mapocho y ya estoy en Recoleta —dijo Suzuki—. Aprovecharé de cambiarle zapatos al sedán. Deme una señal cuando esté listo, y lo paso a buscar.

—Que no te vayan a vender neumáticos recauchados por nuevos. Y no te pierdas —advirtió Brulé antes de reanudar la búsqueda.

Después de revisar varias cajas, encontró una con libros, pero no halló los de Chiloé. Siguió buscando con afán e igual resultado. ¿Por qué faltaban los libros sobre las iglesias? Retornó a la caja de las botellas y decidió saborear a la rápida un chupito de Chivas Regal. Se le notan los veintiún años, reconoció deleitado. Se secó los labios con la manga de la chaqueta, volvió a empinar la botella, la tapó e instaló de vuelta en la caja.

—Hay que dejar todo tal cual está —remedó al funcionario.

Continuó explorando. Al parecer el scotch traía suerte, porque dio con los libros en la penúltima caja que le quedaba por abrir, cuando ya estaba decidido a irse, frustrado por la pérdida de tiempo. Se sentó en otra caja a examinarlos con calma, uno a uno, página por página. Aún olían a tinta fresca.

En el interior del texto de Rodemil Oyarzún halló una hoja de papel biblia que desdobló con la punta de los dedos. Contenía solo una frase escrita a mano y con tinta verde:

Constantinopla: ¿Y esto te lo encomendó Demonio? ¡Vademécum!

Por firma llevaba el nombre de otra ciudad: Alejandría, seguida de un punto.

Se mordió los labios, azorado. Esas líneas le confirmaban lo que suponía desde hace tiempo, pero que conservaba solo para sí mismo por cuanto temía que aún le faltaban evidencias. Pero ahora las cosas cambiaban.

Dicho en pocas palabras: al pintor y al hombre del metro los unían lazos secretos y, a juzgar por el uso de ciertos conceptos, la pertenencia a una organización clandestina que contaba con vocabulario propio. Y eso no era todo. El mismo concepto de Demonio, por ejemplo, adquiría de golpe una materialidad irrefutable porque no solo lo había visto tatuado en la espalda de un revoltoso de la plaza Baquedano, sino también ahora en un críptico mensaje olvidado en el libro que tenía entre sus manos.

67

—Dimos con el nombre de la organización, Suzukito.

—¿Seguro, jefe?

—Sí, Pentarquía, Suzukito. Significa gobierno de cinco personas y viene del griego —Cayetano leía del celular mientras el Lada regresaba a todo lo que daba a Valparaíso—. Y en el cristianismo, escucha bien para que no te entre por un oído y te salga por el otro como todo lo que te digo, la integraban los obispos de cinco sedes episcopales del Imperio romano, llamados patriarcas. Estos tenían poderes eclesiásticos superiores a los de otros obispos.

—No me diga que en Chile nos adentramos en una guerra religiosa, que es lo único que nos falta, jefe.

—No lo había pensado, pero a lo mejor tienes razón. —Brulé se atusó el bigote. La autopista apuntaba hacia las nubes que levitaban sobre el Pacífico—. Continúo: los obispos de esa autoridad colegiada eran Roma, Jerusalén, Antioquía y además, cáete de culo, Suzukito, Cons-tan-ti-no-pla y, cáete de nuevo, A-le-jan-drí-a.

—Pero entonces tendríamos a toda la jerarquía mundial aquí reunida, jefe.

—¿No te das cuenta? Dimos con el significado del pentagrama que vi en la vivienda del pintor y en el tatuaje del descamisado. La carta prueba la existencia de una organización secreta cuyo símbolo es el pentagrama y que puede llamarse pentarquía. Y tal vez Edmundo era Alejandría, y Constantinopla era el tipo que vivía en el departamento y murió en el metro. En su puerta decía Constantino. Y la clave que todo lo explica viene de Justiniano.

—¿Justiniano no es un cineasta de Santiago, jefe?

—Al que me refiero es un poquito mayor, Suzukito, y murió hace mil seiscientos años. Fue emperador romano. Pero date cuenta: este hilo lleva a la madeja. Ni el Escorpión ni la comandante saben tanto como nosotros de esa organización.

—¿Y qué papel juega ahí el mentholatum, jefe?

—¿Qué mentholatum?

—El de la carta.

—Coño, todo lo confundes. No es mentholatum, sino vademécum.

—Por eso. ¿Qué significa?

Brulé siguió consultando el celular, donde acababa de hallar el concepto de pentarquía, y dijo:

—Si asistes a las charlas frente a La Matriz, deberías saberlo. Escucha. Vademécum: «libro o manual que recopila los datos más relevantes sobre una materia». ¿Entendiste?

—Ni usted lo sabía, jefe. Todo lo que me viene diciendo lo guglea antes. Ando de chofer, no de gilipollas, como dicen en España.

—Y para que te cultives: «vade» es latín, y significa anda o ven. Y mécum significa con-mi-go. Entonces el significado completo es «anda conmigo», un manual que me acompaña.

—O sea que yo soy su vademécum.

—Y no sé por cuánto tiempo más, porque la palabrita alude a un formato portátil y a la vez necesario —miró de reojo a Suzuki—. Con respecto a lo último, francamente me asaltan ciertas dudas.

—No me chotee, jefe, porque me duele el pecho, en el que ostento, por cierto, cinco tajos como medallas al valor. Debe ser un mensaje en clave de esa mafia.

Cayetano recibió un whatsapp del capitán Osorio anunciando que le urgía una nueva reunión. Proponía un pasaje que daba a la plaza de la Victoria. Aceptó de inmediato.

—¿Pasamos a La Habana Eterna de nuevo? —preguntó Suzuki.

—Andamos en el laburo, Suzukito, no de paseo. Permíteme recordarte que tu única preocupación de ahora en adelante se llama pentarquía. Además, no sé cómo piensas llegar a Curacaví si tuviste que vender hasta la Citroneta por el incendio del Kamikaze. Espero no estés pensando en usar este sedán.

—La cubanita está pintada para mí, jefe.

—Deja de hacerte el gracioso y acuérdate de tu convalecencia y lo que enfrentamos: una organización liderada por cinco tipos que no se andan con chicas. Ahora las cosas adquieren cierto sentido, Suzukito,

y al fin sabemos por qué su gente procuraba no dejar huellas.

68

Osorio quería informarle sobre el contacto que le había conseguido en Asunción.

—Espero que pueda pegarse el viaje —dijo el marino en un café de la plaza Victoria—. Peter Stumm puede serle de utilidad pues fue espía germano-oriental. Hoy es un próspero empresario paraguayo y lo espera encantado.

Entre las últimas tareas de Stumm, que había alcanzado el grado de coronel en la HVA, el espionaje de la extinta Alemania comunista, figuraba la de asesor de movimientos y partidos revolucionarios.

—Una aclaración —agregó Osorio—. El directorio del espionaje germano-oriental no clasificaba a los comunistas como partido revolucionario sino hermano, y por eso los atendía el propio Partido Comunista de Alemania Oriental, el PSUA.

—Entiendo.

—La relación con los comunistas chilenos la llevaba el PSUA, pero bajo la vigilancia de la HVA. Stumm estuvo varias veces acá estudiando la oposición al gobierno militar. Atendía el Frente Manuel Rodríguez, el MIR y el MAPU Lautaro.

—¿Y por qué hacían los alemanes esa división?

—Por un asunto de confianza política. Recuerde que el PSUA, a diferencia del PC cubano, no apoyó la vía armada contra Pinochet. En Chile el espionaje alemán oriental reclutaba agentes y espiaba las acciones del Departamento América cubano.

—¿Y a qué se debía esa distancia entre Berlín Oriental y La Habana?

—A un asunto puramente comercial. Varias empresas alemanas orientales, como la fotográfica Carl Zeiss Jena, exportaban entonces a Chile a través de intermediarios chilenos de confianza política. Mientras La Habana apostaba por la insurrección, Berlín Este ponía las fichas en el comercio. En Argentina, sin embargo, los gobiernos comunistas bailaban al ritmo de Moscú, es decir, se dedicaban a los

negocios sin hacerle olitas a la dictadura.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, tanto la Unión Soviética como Cuba dependían comercialmente de los dictadores argentinos. Moscú importaba de Buenos Aires trigo y carne; La Habana, soja y autos Chevrolet y Ford Falcon para sus flotas estatales. Pocos saben que Fidel Castro eludió el embargo de Washington con el apoyo de la dictadura militar argentina. Difícil de digerir, ¿ah?

—¿Por eso ni Moscú ni La Habana condenaban a la dictadura de Videla?

—Por eso enfocaron sus campañas solo contra Pinochet.

—¿Y cómo conoció al coronel Stumm?

Osorio acabó su espresso, se limpió los labios y dijo:

— Fue en una cumbre entre los servicios de inteligencia que se celebró después de la Guerra Fría. Hasta Markus Wolf asistió. Y, bueno, como ocurre en los congresos, se forjaron algunas buenas amistades. Probablemente Stumm podrá contarle más sobre eso en Paraguay.

69

—¿Qué necesita ahora, comandante? —preguntó Cayetano.

—Que cambien de recinto penitenciario a un camarada nuestro —respondió Marcia en tono sosegado, como si su petición fuese algo usual—. Por cierto, la PDI aún no reacciona ante mi oferta de tregua.

—Están complicadas las cosas, pero no la han olvidado. ¿Quién es el camarada?

—Un veterano muy enfermo. Se lo quieren faenar en la cárcel.

—¿Quiénes?

—Los ultras, el lumpen, los narcos, ¡qué sé yo! Exigimos que lo trasladen a la brevedad a la Cárcel de Valparaíso, donde podemos protegerlo. Es un pedido de carácter humanitario en favor de Maromero Anguita. ¿Lo ubicas?

Se acordaba del hombre que había participado como ayudista en la espectacular fuga en helicóptero de miembros del Frente Manuel Rodríguez desde la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago, ocurrida en 1996.

La maniobra del 30 de diciembre de ese año, monitoreada por tropas especiales cubanas, llevaba la impronta de Fidel Castro. Al igual que el ataque al Cuartel Moncada del 26 de julio de 1953, época de carnavales, la fuga de los chilenos también ocurrió durante festejos masivos, los de fin de año.

Pero de Maromero se habían olvidado prácticamente todos, desde el Instituto de Derechos Humanos hasta las redes sociales radicales, que no le perdonaban al viejo revolucionario que se hubiese pasado al movimiento de Marcia, que transitaba hacia un ecologismo socialdemócrata.

—¿Y qué ofrece usted a cambio? —preguntó Brulé.

—Te lo dije. Estamos dispuestos a negociar muchas cosas, porque los ultras, sin consultar a nadie, optaron por la insurrección. Como carecen de cuadros y experiencia, creen poder derrotar a las fuerzas

armadas.

—¿Ingenuos?

—Peor, fanfarrones y voluntaristas. Saltaron de la universidad al Congreso, y de la vida de los pobres tienen noticia por los libros de Baldomero Lillo y Volodia Teitelboim. Como son leales a la patria grande bolivariana, les da lo mismo arrastrar al país a un desenlace fatal. Algo parecido lo sufrió el propio Salvador Allende.

—¿No se estará poniendo un tanto conservadora, comandante?

—Por el contrario. Soy realista. Esta asonada hizo retroceder en medio siglo la lucha popular, Cayetano. Hace poco, más de un millón de personas exigió dignidad, pacíficamente en las calles. ¿Y qué pasa hoy que los ultras infiltraron las marchas con la violencia de barras bravas, vándalos y narcos? Pues que terminaron jibarizando las manifestaciones ciudadanas y ya no sale tanta gente a la calle a protestar; pasamos de la pleamar a la bajamar.

—Una vieja disputa en la izquierda, si no me equivoco.

—La verdad es que la conducción del movimiento de masas quedó en manos de los internacionalistas, que tienen otras prioridades. ¿Qué está primero? ¿Los intereses de tu patria o los de la vanguardia revolucionaria continental? Los internacionalistas quieren salvar a la Revolución cubana y la bolivariana, aunque sea sacrificando la chilena.

—¿Quién es Demonio, comandante?

—No te pases de vivo. Ya me lo preguntaste y trabajo en ello. Cuando sepa algo, te lo diré. Los movimientos clandestinos funcionan compartimentados, y no es fácil averiguar quién los lidera.

—¿Ha escuchado usted de algún movimiento que lidere la efervescencia violenta, o de dirigentes que se hagan llamar Alejandría o Constantinopla?

—Rumores, nada sólido.

—¿No le suena el concepto Pentarquía?

70

Escorpión removió cielo y tierra en el Ministerio del Interior, el Palacio de Justicia y la Fiscalía para conseguir el traslado de Maromero. Y lo logró en milagrosos siete días. Durante las protestas, la ocupación de la plaza Baquedano por la Primera Línea, los ataques a los puestos de peaje y cuarteles policiales, nadie se interesaba en verdad por lo que ocurría con los presidiarios rematados.

Cinco días más tarde una caravana de furgones de Gendarmería trasladó a Maromero a la cárcel de máxima seguridad en la zona alta de Valparaíso. Cuando lo dejaron en su celda, agradeció que la cama estuviera limpia y hubiese un pequeño televisor y una radio a su disposición. Luego se encaramó en una silla para ver la ciudad por entre los barrotes y se regocijó al comprobar que disfrutaba de la mejor panorámica de la región, Congreso Nacional incluido.

Diez minutos más tarde, mientras compraba arrollado en la Chanchería Osorno de calle Las Heras, Brulé recibió una llamada. Armando Manzanero cantaba «Esta tarde vi llover».

—Las condiciones en que se encuentra esa primera edición dejaron contenta a la clienta —anunció la voz del Vasa—. Espera verte para hacer nuevos negocios, y no se olvida de lo que te prometió.

—Me alegra —repuso Cayetano mientras pagaba—. ¿Algún otro recado?

—Que te llamará un coleccionista de su confianza, que vive lejos.

—Perfecto. —Brulé recibió el vuelto y la bolsa con embutidos.

—Baja la app Signal para que hablen tranquilos. ¿Estás en la pega?

—Como siempre. ¿Por qué?

—Qué bueno que seas romántico, Cayetano. Grande Manzanero, grande.

71

—Hola, compatriota. Soy Ernesto Padrón, llamo desde Madrid. Tengo tu número por un librero que dice que necesitas verme.

—Así es —respondió Brulé, satisfecho de que Marcia cumpliera su palabra.

—Pues nada, cuando vengas te recojo en Barajas. Porque yo, ni modo que desembarque en el tinglado que les armaron. En fin, feliz de echarte una mano.

¿Viajar a Madrid? Representaba un gasto demasiado abultado considerando que Amaya se había hecho humo. Pero tal vez había que intentarlo, recapacitó. Según recordaba, en invierno Latam e Iberia ofrecían vuelos baratos a Madrid. Dios aprieta, pero no ahoga, se consoló.

—¿Cuándo te conviene que vuele?

—Brulé, no te compliques con eso. Tú simplemente me dices, llego tal día a tal hora a Madrid, y tú tendrás a Padrón, en el día y a la hora que tú definas, entre los que esperan a cuanto guanajo llega a Barajas. ¿Roger?

—¿Qué?

—Roger, chico, Roger. ¿Sí entendiste? ¿Entendiste?

—Entendí, Padrón. Dame unos días para confirmarte si viajo.

—No te compliques. Solo me llamas y me dices tal día y a tal hora espérame en la salida de los vuelos internacionales de Barajas. Y ahí estaré.

—¿Y cómo nos reconocemos?

—Chico, pero pareces alemán, todo lo vuelves filosofía. Yo a ti te tengo ubicado, así que no hay donde perderse. Tú simplemente me anuncias tu llegada. ¿Roger?

72

Voló a Madrid vía Paraguay. Durante el vuelo no pudo apartar de sus preocupaciones la que más lo atormentaba, la desafiante presencia del narco en las calles del país. Los políticos casi no se atrevían a nombrarlos, por el contrario, les temían, y crecía el rumor de que en algunas zonas el narco chantajeaba a jueces, periodistas, políticos y policías. Algo parecido había conocido en México durante una investigación en el DF. ¿Cómo salía un país de todo eso?

Un Uber lo llevó esa noche del aeropuerto Silvio Pettirossi, de Asunción, al hotel Cecilia, que hace esquina en Estigarribia con Estados Unidos, donde pasaría a verlo el excoronel Peter Stumm, afincado desde hacía más de dos decenios en el Paraguay.

De Asunción seguiría a España, matando dos pájaros de un tiro. Las cuentas le saldrían ajustadas, pero no le quedaba alternativa. Como en ocasiones anteriores, seguía con una investigación, aunque nadie se la pagara. Las víctimas merecían que se les hiciera justicia.

Tras dejar el equipaje en la habitación, subió a la terraza a tomarse una cerveza junto a la piscina mientras esperaba a Stumm. El calor húmedo y pegajoso parecía emanar del río Paraguay, que más abajo, en la isla del Cerrito, se vuelve Paraná.

En eso recibió un whatsapp del abogado Benedicto Espinoza.

Se comenta en el Bar Inglés que vas a España. La mujer caviar de que te hablé vive hoy en Sevilla, según una vecina. Si te interesa verla, puedo conseguirte las coordenadas.

Le respondió que se las enviara lo antes posible porque en efecto iba rumbo a Europa.

Stumm apareció a las ocho y treinta. Su aspecto —alto, fornido y de espesa cabellera rubia peinada a lo Kirk Douglas— no se ajustaba a la idea que Brulé tenía de los espías germano-orientales, menos de uno condecorado por el legendario Markus Wolf.

El excoronel había llegado a Asunción huyendo de las razias que

sufrían los exespías desde la caída del Muro de Berlín, en 1989. Turbas los insultaban y escrachaban. Algunos colegas, incapaces de soportar el asedio, se habían suicidado empleando sus antiguas armas de servicio.

—Yo no hice nada ilegal —dijo Stumm en cuanto se sentaron junto a la chimenea de La Preferida, restaurante adosado al Cecilia—. Nací en 1949, junto con la RDA, y entré en 1968 a la escuela de espionaje, disuelta en 1990. Nunca maté ni torturé a nadie, solo fui espía y, como tal, recorrí el mundo procurando la información que me exigían. No fui de la Stasi.

—Esa era la temida organización del general Erich Mielke —dijo Brulé.

—Se encargaba de la represión interna. Mielke ordenó matar a centenares, torturar a miles y encerrar a cientos de miles.

—Y murió en Alemania tranquilo y libre, como un inocente abuelito.

—Como Honecker en Chile —retrucó Stumm.

—Es que los comunistas chilenos le deben mucho a Honecker —aseveró Brulé, y se preguntó si Stumm seguía siendo comunista en el fondo de su corazón. Muchos nazis que se habían ocultado en América Latina después de la guerra habían muerto allí fieles al Führer.

—En fin —dijo el antiguo espía mientras les ponían un platillo con macadamias junto a las copas de fernet—. Pasé años sin dormir porque las turbas no diferenciaban entre los soplones de la Stasi y quienes protegíamos a la RDA de amenazas externas. Al final decidí emigrar con mi señora de la Alemania unificada.

—¿Y por qué escogió Asunción?

—En la Guerra Fría era la ciudad por la cual nos infiltrábamos en el continente sin llamar la atención. En Fráncfort del Meno abordábamos con papeles falsos el avión de la aerolínea paraguaya. Además, aquí formamos un círculo de amigos con miembros de la comunidad alemana.

—Yo creía que los alemanes del Paraguay eran principalmente anticomunistas.

Stumm saboreó con delectación el fernet, y dijo:

—Ironías de la historia: en la Asunción de los noventa se encontraron miembros de las SS que habían huido tras la capitulación de la Alemania nazi, en 1945, con agentes de la Stasi que huían tras la disolución de la Alemania, en 1989. Y nos llevamos bastante bien, qué quiere que le diga.

—La historia no se repite, pero rima —comentó Brulé después de sorber del fernet.

—El eterno retorno de Nietzsche y Eliade. Nada más parecido a un comunista que un nazi, ni a un nazi que un comunista. Ambos creen ciegamente en un partido; para uno todo se subordina a una raza, para el otro a una clase; y ambos imponen su sistema a sangre y espada. Unos visten de pardo, los otros de rojo. Ambos sienten una fascinación por los uniformes, las banderas, los himnos y las antorchas. Por eso un comunista derrotado se entiende rápido con un nazi derrotado, Cayetano.

Gracias a ciertos ahorros y al apoyo de antiguos informantes, Stumm creó una exportadora que en verdad reexportaba soja brasileña contrabandeada por la frontera, en lo que le fue estupendo y que coronó con la construcción de pequeñas galerías comerciales, donde lo hizo mejor.

—Paraguay es un país noble —afirmó Stumm—. Aquí reina el orden, hay solidez económica, energía hídrica y gente esforzada poco dada a lo dionisíaco. Un país que sobrevive entre gigantes sabe cuán peligrosa es la vida. En fin —dijo abriendo la carta del menú—, aquí le sugiero probar raviolis rellenos con surubí, un pescado amazónico delicioso que no encontrará en otros países.

73

—Lo del pentagrama y alguna organización que dirija eso me hacen sentido —dijo Stumm tras escuchar atentamente a Brulé—. Se sabe que las células clandestinas precisan símbolos para camuflarse e inspirar a la militancia.

—Pero ahí me estanqué —admitió Cayetano mientras aprobaba con entusiasmo los raviolis de surubí—, y por eso me interesa saber si usted detecta en la violencia de hoy en Chile rasgos de lo que enseñó a revolucionarios latinoamericanos en la Guerra Fría.

—Entiendo. Usted busca la reiteración de ciertos patrones en el tiempo y para avanzar con la investigación.

—Quiero hallar las raíces de la piromanía y de una violencia inédita. Necesito saber hasta dónde son capaces de llegar y a qué apuntan.

Stumm se cruzó de brazos, pensativo, luego señaló:

—Cuando usted pregunta hasta dónde son capaces de llegar, la respuesta es sencilla: hasta donde usted no se imagina. Se lo digo porque en los sesenta y setenta adiestramos a cerca de mil agentes palestinos, iraquíes y sirios, y después tuvimos que retirarnos con la cola entre las piernas.

—¿Por qué?

—Porque los terroristas son cuervos que terminan sacándole a uno los ojos. Eso le ocurrió, por cierto, al PC chileno con los jóvenes que adiestró en los setenta en las FAR cubanas. Se autonomizaron y crearon el Frente Manuel Rodríguez. Detrás estaba Fidel Castro, que no dejó escapar ese apetitoso bocadillo. Una guerrilla chilena formada en las FAR no iba a terminar obedeciendo a Luis Corvalán. ¿Me permite que le diga algo?

—Pues, claro. A eso vine.

—Los chilenos tienen talento para muchas cosas, pero no para moverse en la arena internacional, salvo algunos que revolotean

alrededor de organismos internacionales. Por lo general desconocen el entablado en que bailan, se creen más listos que nadie y mientras se pavonean ni cuenta se dan de que algunos les aserruchan el piso.

Brulé tuvo la impresión de que en la medida en que contemplaba a Chile desde lejos, mejor lo entendía y más se acercaba al caso Galaz. Probablemente aquello se debía a que la premisa para descifrar a un país consistía en observarlo desde la distancia. Además, las claves de un país de exiliados y abierto al mundo estaban dispersas por todos lo continentes.

Stumm extrajo una carpeta del maletín que llevaba consigo.

—Es para usted —dijo al ponerla sobre el mantel—. Es solo un ejemplo. Allí tiene el adiestramiento que La Habana le impartió durante el gobierno de Allende al MIR y al MAPU, partido que ya no existe. Organizaciones pequeñas pero decididas liquidaron a Allende. Las dirigía Castro, que apostó por la vía armada como alternativa ante la vía electoral del doctor, pero este fue incapaz de neutralizarlas. Eso, el desastre económico y la falta de comida arruinaron a su gobierno.

Brulé hojeó el documento. Había allí instrucciones sobre cómo marchar por las calles, desplegar banderas, portar armas, alimentar a los combatientes y atender a los heridos.

—Adiestramiento de masas en el uso de palos, cadenas y estoques. Típico de los setenta —comentó Brulé.

—La vieja escuela urbana, que perfeccionaron los tupamaros en Uruguay. Hoy estamos en una etapa que incorpora las redes sociales, los bots, la destrucción de monumentos e infraestructura, todo coordinado digitalmente.

—¿Esa es la amenaza híbrida?

—Es la versión dos punto cero de guerrillas adiestradas en Cuba, Libia y Bulgaria a partir de los sesenta. Lo tenemos documentado en los archivos de la NEW, la Normannen Ewige Wiederkunft, nuestro gremio, creado para protegernos. Créame, a estas alturas de la historia, detestamos a los terroristas de uno y otro lado.

—¿Entonces usted ve manos foráneas en el Chile actual? —preguntó Brulé.

—Desde luego. La guerrilla de la Araucanía bebe de la

narcoguerrilla colombiana de las FARC —aseveró Stumm—. Las FARC se fusionaron con el narco para crear un ejército que controla territorios y es rentable gracias a la droga, la extorsión y los secuestros, es decir, se trata de una empresa narco que dispone de una épica revolucionaria proporcionada por La Habana.

—¿De allí beben los integrantes de la CAM?

—Ellos partieron como una guerrilla étnico-política que aspiraba a conseguir la autonomía y, bueno, se radicalizaron porque no tienen depredadores, y hoy buscan la independencia. Al parecer se financian mediante el narcotráfico, el cobro por protección de propiedades y el robo de madera, y siguen recibiendo adiestramiento de las FARC y apoyo de Maduro. Es un frente híbrido: escuela guerrillera colombiana, inteligencia cubana, estado narco-petrolero venezolano y discurso bolivariano.

—Me parece un rompecabezas demasiado perfecto para ser cierto —apuntó Brulé.

—Aprendí el abc de la conspiración en Golm, cerca de Potsdam, señor Brulé, pero en la guerra híbrida actual influye todo: redes sociales, ONG, periodistas, jueces, políticos y hasta hackers de Moscú.

Para cerrar, Stumm propuso Armagnac y café. A Cayetano no le cupo duda de cuál era el tema y la profesión que apasionaban al viejo espía.

—¿No echa de menos volver a su profesión inicial? —le preguntó.

Stumm aspiró profundo el aroma de la copa y después contestó:

—Lo que echo de menos es poder volver a creer en la gente, poder mirarla a los ojos y confiar en que no simulan, que son lo que dicen ser. En fin, señor Brulé, cada momento tiene su propio afán. ¿Le apetece caminar?

74

—La violencia chilena emana de una antigua escuela insurreccional —dijo Stumm mientras pasaban frente al Palacio presidencial de López, que con sus luces parecía un barco encallado en la ribera del río Paraguay—. Me refiero a la piromanía.

—Algo inusual en América Latina —opinó Cayetano.

—Ni tanto. La practicaron el Movimiento 26 de julio, los sandinistas, el Frente Farabundo Martí y la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca.

—Entiendo.

—Pero es anterior a todo eso, acuérdese de *El arte de la guerra*, de Sun Tzu, escrito hace dos mil quinientos años. En el capítulo «Las nueve variables del terreno», hay un subcapítulo denominado «El ataque con fuego», que describe bajo qué circunstancias debe emplearse. El arma es más vieja que *La Odisea*. También Mao Tse-Tung la usó.

—¿Conoció a agentes de la Stasi especializados en esa arma?

Stumm se detuvo junto a los jardines del palacio, metió las manos en los bolsillos y miró al cielo como si buscase una constelación determinada.

—Recuerdo a uno que atendía la Organización para la Liberación de Palestina en la época de Yasser Arafat —respondió el excoronel—. Era especialista en incendios, explosivos y secuestros. Trabajaba, creo, a las órdenes del general Schütt.

—¿Y eso va todo unido?

—Desde luego. Donde hay incendios y explosivos, hay quien ofrece protección. Y si conoce la capacidad económica de la víctima, recurre a la extorsión y al secuestro. El cobro del rescate y la prima por la protección se basan en el mismo principio.

Dejaron atrás el palacio y vieron que la sosegada superficie del río les devolvía el reflejo de Asunción. Brulé pensó que, según lo que

afirmaba Stumm, a Chile aún no llegaba lo peor.

—Es evidente que la escuela pirómana dejó una huella profunda en su país —continuó Stumm—. Por cierto, no abundan casos en que la gente quema sus propios edificios históricos y templos religiosos. Pero hay algo más.

—¿Cómo?

—Teníamos también un departamento que llamábamos de los químicos, gente versátil y preparada, que enseñaba por ejemplo a envenenar el agua potable.

—Momento, ¿cree que en Chile podrían llegar a envenenar el agua potable de una ciudad? Es de una crueldad infinita.

Stumm abrió los brazos.

—¿Y qué diferencia hay entre quemar bosques, estaciones de metro, buses, edificios históricos, supermercados o arrojar mólotovs contra policías, por un lado, y envenenar las aguas de un barrio, por otro? Y no se escandalice, todo esto se estudia en las academias que forman tropas especiales, Cayetano. Tal vez logre contactarlo con un chileno que sirvió en tropas cubanas.

—Se lo agradeceré, pero todo lo que me cuenta me resulta espeluznante.

—No sé en qué mundo vive usted, pero acuérdese que hace siete años se descubrió un complot para contaminar el agua de Cádiz en protesta contra la muerte de Osama Bin Laden.

—Algo así es imposible en Chile, se lo aseguro.

—Un año después, en Australia, fueron envenenados estanques de agua con diurón —continuó Stumm como si no lo hubiese oído—. Y hace veinte años detuvieron en Roma a cuatro fanáticos que iban a envenenar el agua de la embajada de Estados Unidos. Usted debe comprender que en la guerra todo es posible.

—Usted no conoce bien Chile.

—Estuve varias veces allá, incluso una vez secretamente con Markus Wolf: fue bajo el gobierno de Allende. El general quería recorrer el desierto de Atacama. Conozco su país, Cayetano, y hoy palpita allá un resentimiento profundo que puede estallar como un volcán. Quítese, por favor, la venda de los ojos. Y además están los extranjeros.

—Hay mucha especulación sobre eso. Nada comprobado.

—Pero si basta con la deducción —Stumm sacudió la cabeza, decepcionado—. Si en la época de Allende los cubanos inundaron el país con agentes, piense en los hermanos De la Guardia, ahora están allá venezolanos del SEBIN, colombianos de las FARC y milicianos narcos. El Chile próspero de hoy es más atractivo que el atrasado país de hace medio siglo. ¿Sabe lo que me preocupa?

El detective reanudó la marcha envuelto en un amargo sentimiento de orfandad.

—Me preocupa su ingenuidad —continuó Stumm.

—¿Me cree ingenuo?

—Pero claro. Me temo que usted aún ni sepa contra qué está luchando. Escuche, Sun Tzu decía: «La mejor política es la de tomar el Estado intacto; aniquilarlo no es ventajoso». Pero sus enemigos buscan hoy aniquilar la identidad, la infraestructura y al Estado de Chile. Eso revela algo de una gravedad extrema.

—¿Qué?

—Que entre los insurrectos, no me refiero a los manifestantes pacíficos, legítimos en democracia, hay muchos que no son chilenos. Si lo fueran y confiaran en su triunfo, tratarían de «tomar el Estado intacto», por la sencilla razón de que destruirlo resulta letal para la etapa ulterior, en la que uno mismo detenta ya el poder, como enseñó hace milenios Sun Tzu. Eso me preocupa.

75

Cayetano Brulé voló de Asunción a Madrid vía Sao Paulo en la última corrida de asientos de clase turista. Al menos iba junto a la ventanilla y sin nadie al lado, un auténtico privilegio.

Cuando aterrizó en Barajas y cruzó inmigración, se encontró con dos whatsapps. Uno del capitán Osorio compartiéndole el contacto de un chileno de apellido Puig, que vivía en Andorra la Vella, y otro de Padrón, que le instruía lo esperara en un hotel de Madrid, donde había reservado para él.

El NH estaba en calle Lagasca, entre Ayala y Hermosilla, barrio de Salamanca. Brulé se registró y subió a darse una ducha. La habitación, minimalista, bien temperada y con vista a la calle, era de tarifa razonable.

Anduvo entumido de frío por Padilla, entre tascas, tiendas y almacenes, y tropezó con una librería de viejos que exponía libros en la puerta, sobre una mesa. Compró uno de Epicuro y otro de Séneca, diciéndose que, tras haber sobrevivido al atentado, tal vez le ayudarían a reflexionar sobre qué hacer. ¿Jubilarse? ¿Emigrar? ¿Reconciliarse con Margarita?

En la esquina de Díaz Porlier entró a La Mimé, donde parecía que colaban café decente, y ordenó un latte y una palmerita, que le supieron a gloria.

—¿Usted es epicúreo? —le preguntó un joven con barbita de chivo y sorprendente parecido a Lenin, que hacía apuntes en una mesa. Le hablaba sin importarle que los demás escucharan.

—Comenzando a serlo —respondió Brulé—. ¿Usted sigue a Epicuro?

—Soy como Antonio Machado, hago camino al andar, pero tengo un jefe que admira al maestro de Samos. Por cierto, si busca libros baratos, vaya a la feria de El Rastro. Con veinte euros arma una biblioteca completa. ¿De dónde es usted?

—Cubano, pero vivo en Chile —le arrancó otro mordisco a la

palmerita, con lo que una lluvia de escamas de hojaldre se abatió sobre Epicuro. —¿Y usted a qué se dedica?

—Trabajo en una embajada.

—¿Y qué tal?

—Es como cabalgar entre Luis de Góngora y Nicanor Parra.

—Interesante. Veo que usted no define un punto sino un desplazamiento.

—Influencia de Heráclito —repuso Lenin y, por su lenguaje corporal, Brulé temió que se aprestara a aterrizar con taza y libreta en su mesa—. Amo el desplazamiento, pero la flecha de Zenón es lo que mejor describe la burocracia. ¿Se acuerda de la paradoja de la flecha en el aire?

—Algo.

En verdad no se acordaba.

—Zenón dice que, como el tiempo se compone de instantes y en cada instante la flecha puede estar en un solo punto, no existe el movimiento. Es la convicción del burócrata, y por ende su gran conclusión: mejor no hacer nada porque todo permanece donde mismo, como dijo Parménides. Y si el desplazamiento es ilusorio, no hay para qué hacer nada. ¿Me sigue?

—Más o menos.

—Todo permanece inmóvil, como yo acá. Estoy aquí, aunque debiera estar en un foro en Alcalá de Henares, pero es indiferente que esté aquí o allá porque el movimiento es ficción. Y, además, yo soy ficción, usted es ficción, este café es ficción, según Berkeley. Mejor no hago nada porque quien nada hace, nada teme, y además todo es fruto de mi imaginación. ¿Qué piensa?

—Me parece atinado —tartamudeó Brulé dudando entre seguir allí o volver a Padilla.

Y en ese intertanto ocurrió lo que temía: confianzudo, Lenin desembarcó en su mesa.

—La primera tarea del burócrata es conservar la inmutabilidad —continuó el hombre—. La segunda es no enunciar opiniones propias porque pueden perjudicarlo. No yerra quien no opina. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Brulé recordando su reciente disputa con el

Escorpión.

—Y la tercera es que el superior siempre tiene la razón, pues por algo está donde está. Ergo, mostrar siempre la docilidad del trigal ante el viento.

Estaban en eso cuando vibró su celular. Era un whatsapp.

Te espero a las dos en el restaurante La Penela. No me falles. PADRÓN.

—Antes que se vaya —dijo Lenin—, quiero dejarle mi tarjeta por si necesita algo en España. Para servirlo estamos. Y recuerde, los días domingo puede conseguir en El Rastro libros por kilos.

76

Padrón bebía una copa de jerez bajo el techo de puntal alto de La Penela, cerca de las generosas ventanas que dan a Velázquez.

—Coño, qué tragedia en Chile —comentó al estrechar su mano y palmotearle la espalda como si lo hubiese conocido de toda la vida—. Los chilenos, siempre tan buenos para teorizar como los cubanos malos para pinchar. Si los países vivieran de la exportación de ilusiones, Cuba tendría el PIB de Singapur.

Abelardo Padrón Tello, alias Mehmed cuando integraba el espionaje isleño, se había descolgado de la Dirección de Inteligencia años atrás mientras operaba en la embajada en Alemania. Conoció a la comandante Marcia en La Habana al instruirla en labores de contrainteligencia.

Mehmed experimentó su conversión política en Berlín, donde operaba bajo el manto de agregado de prensa. Caído el Muro y desplomada la Unión Soviética, la década de los noventa parecía llamada a sepultar a la izquierda radical.

El espionaje cubano, albergado en un imponente edificio blanco en el barrio de El Vedado de La Habana, confiaba entonces en Mehmed como el hombre adecuado para operar en la capital de la Alemania unificada. Además de dominar el alemán y el inglés, había servido en las misiones de Madrid y Washington D.C. bajo la misma cobertura, y antes se había desempeñado en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, otra tapadera de la inteligencia cubana.

En rigor, el primer quiebre ideológico lo tuvo en 1989, cuando Castro ordenó el fusilamiento del general Ochoa y sus hombres, pero las dudas existenciales le habían aflorado mientras dirigía algunos movimientos revolucionarios vinculados con el narco. El golpe definitivo se lo asestó Berlín, donde comprobó que, pese a la ayuda billonaria de los alemanes occidentales, los del lado oriental tardarían cinco decenios en aproximarse al nivel de vida de sus compatriotas, la

prueba irrefutable del fracaso del socialismo.

Ordenaron navajas y pulpo a la gallega y de fondo lechoncito al horno, acompañado por un tinto de Ribera del Duero.

—Marcia me contó todo y yo feliz de ayudarte —dijo Padrón mientras engullía gozoso una navaja—. ¿Qué necesitas? Parte de mi responsabilidad incluyó a Chile, prioritario desde la fundación del aparato en 1961 por el comandante Manuel Piñeiro, que el Señor tenga en su gloria.

Cayetano le explicó cuán difícil era investigar en un país que se desmoronaba bajo el embate de la violencia y las protestas. Dicho esto, le habló de los dos muertos que coincidían en el interés por Chiloé, y del atentado que había sufrido en Santiago.

—Primero, sé cuidadoso porque estás en su mirilla —advirtió el ex teniente coronel egresado de la escuela de inteligencia Hermanos Tamayo—. Ojo con atracos callejeros y asaltos en casa que terminan simulando como asesinatos comunes. Y ten cuidado en Madrid, donde opera mucho agente venezolano.

—Soy precavido, Padrón.

—Entonces ahora tienes que entender el mar de fondo de cuanto acontece. Para mí, Chile vive una insurrección dos punto cero, que se inspira en la guerra híbrida. En pocas palabras, la insurrección dos punto cero es la guerrilla tradicional latinoamericana adaptada a las nuevas circunstancias tecnológicas.

—Esa es solo una parte de la historia —alegó Brulé—, la otra es que mucha gente está frustrada por los abusos que sufre y la forma en que se reparte la torta. No importa que aquello sea justo o no, lo esencial es que así lo siente mucha gente.

—No voy a discutir eso, un asunto político, sino el tema de la inteligencia. Y ahí el problema consiste en que el gobierno no cree en la conspiración ni la injerencia foránea, considera que son fantasías peliculeras, y por lo tanto no se atreve a coger el toro por las astas. Cancha despejada para los terroristas.

—Lo grave es que no logra restablecer el orden.

—Ni se atreverá, porque carece de las evidencias que le permitan reprimir, Cayetano. Lenin decía que el capitalista vende incluso la

soga con que lo vas a colgar si le ofreces un buen precio a cambio —precisó Padrón tras catar el tinto—. En la Hermanos Tamayo te enseñan que la guerrilla sola jamás derrota al ejército, y que por eso hay que infiltrar agentes en las masas. Así neutralizas a las fuerzas del orden.

—De ese modo las minorías determinan los acontecimientos.

—Es evidente. ¿O alguien cree que los comunistas eran mayoría en 1917, o en las fuerzas que derrocaron a Batista en 1959 o en la gente que escogió a Chávez? La masa sale iracunda a la calle, pero siempre una minoría con agenda propia, denominada vanguardia, la radicaliza, orienta y cosecha.

Cayetano disfrutó un trozo de pulpo hasta que lo inundó un repentino remordimiento. Acababa de ver un documental en televisión que demostraba que los pulpos eran, junto a los delfines, los animales más inteligentes del océano. Incluso se disfrazaban con desechos de plástico para sorprender a sus presas.

—La masa le otorga la fuerza material a la idea revolucionaria, según Marx —continuó Padrón—. Es la ley que rige las insurrecciones: la vanguardia le imprime ritmo, dirección y objetivos a la muchedumbre. Todo eso está en *El Estado y la revolución*, de Lenin.

—¿Cuántos años perdiste en la escuela de espías? —ironizó Brulé.

—Cinco, pero no los perdí. —Padrón se despachó sin escrúpulos otro trozo de pulpo—. Hoy subsisto gracias a lo que aprendí en esa escuela. Por eso te digo: si ustedes no expulsan a los instructores foráneos ni detienen a los chilenos que ellos adiestraron, olvídense de la paz social y la recuperación económica. Les incendiarán la pradera. Y tampoco busquen carnets del SEBIN en las barricadas. Los profesionales no dejan huellas ni heridos.

—¿A santo de qué viene todo eso?

—¿Cómo a santo de qué? —Padrón miró a su alrededor. La Penela zumbaba llena como panal de abejas—. Chile se está jugando algo crucial en la calle y ustedes creen que solo protesta gente honesta que aspira a vivir mejor. ¿No conocen el rol de los mercenarios en la historia? Coño, qué poco han leído. Detengan a quienes dirigen la asonada, apriétenlos un poco y verán.

—En una democracia necesitas pruebas para detener, Padrón.

—Pero si hasta un aprendiz en inteligencia detecta los rasgos de la insurrección que está en marcha.

—¿Y dónde están las pruebas?

—Te están incendiando el país y te crearon una guerrilla en la Araucanía, ¿y pides evidencias? Te dije que esa gente no deja huellas. Acuérdate de Kennedy y Palme, ¿o precisas pruebas para afirmar que los asesinaron por razones políticas? ¿Qué pruebas necesitas además del muerto, Brulé?

—Creo que ignoras lo que es luchar en democracia contra una insurrección.

—Fidel invirtió durante decenios en chilenos —continuó Padrón sin inmutarse—. En los sesenta formó el MIR. Su plana mayor, desde Miguel Henríquez y Luciano Cruz hasta Bautista van Schouwen, fue adiestrada por Barbarroja Piñeiro en La Habana, y si bien eso naufragó, en 1975 Fidel obligó a los comunistas a abrazar la vía armada contra Pinochet. Imagínate, sacó al PC de la línea de Moscú para ponerlo bajo sus órdenes.

—¿Puedes explicarme por qué Chile obsesionaba al hombre de la barba?

—Porque él interpretaba el mundo en clave geopolítica.

—Yo vivía en Valparaíso para el golpe y la pasé fatal —apuntó Brulé.

No podría olvidarlo. La izquierda desconfiaba de él por ser un cubano que venía de Miami, y la derecha simplemente porque era cubano. Ahí operaban las irreductibles tribus chilenas, madres de la sordera y la intolerancia. En fin, terminó de investigador privado porque nadie le daba trabajo. Mucha sonrisa y palmaditas en la espalda, pero de pega, nada, y si te he visto, no me acuerdo. Un encargo de Pablo Neruda había sido su salvavidas.

—A quien abrazaba la vía armada, Cuba le dio adiestramiento y armas —añadió Padrón sirviéndose otra copa—. Fidel ansiaba transformar a Chile en la Cuba del sur, lo que habría sido un golpe contra Washington, pero un obsequio para Moscú: el canal de Panamá a tiro de piedra de las bases soviéticas, y el estrecho de Magallanes

controlado por un Chile socialista. Incomunicadas sus costas, Estados Unidos caía de rodillas, y Fidel hablaría de tú a tú con la Casa Blanca y el Kremlin.

Cuando llegaron las porciones de lechoncito, Brulé pidió otra botella de tinto, esta vez de La Rioja, y unos minutos más tarde recibió un llamado telefónico de Osorio.

—Contésteme una cosa ahora —dijo el comandante—. ¿Estaría dispuesto a viajar unas horas para obtener buena información?

—Si no es cruzar hasta Siberia, voy.

—Me alegra. Le enviaré los datos de mi contacto, que vive en los Pirineos...

—Por cierto, no olvidemos a Maduro, que le lleva ganas a Chile —prosiguió Padrón en cuanto el detective colgó—, porque tu presidente apoyó a Juan Guaidó y le entregó medicinas y alimentos para los venezolanos en Cúcuta el 2019.

—Algunos piensan que fue un error que el presidente fuera hasta la frontera colombo-venezolana.

—¿Error?

—Una imprudencia. Acercarse a la frontera, exponerse a francotiradores y a ser acusado de injerencista.

—Nada de eso, hermano. Fue el presidente de Colombia quien lo invitó a territorio colombiano, algo plenamente legal. ¿O los chilenos son fenicios que solo creen en los morlacos?

—¿A qué te refieres?

—Al viaje a Cúcuta, hermano, a la única vez, desde Bernardo O'Higgins, que un presidente chileno tuvo huevos para jugarse por la libertad de otro pueblo latinoamericano. ¿O su religión son las estadísticas y la calculadora? En ese caso, guárdense el discurso de los derechos humanos en el bolsillo.

—Pues se dice que Cúcuta gatilló la injerencia bolivariana en Chile.

—El problema es mucho mayor y viene de antes. Dime, ¿cuántos agentes les infiltraron entre el medio millón de venezolanos que llegó a Chile huyendo de Maduro? Si los cubanos y venezolanos recorren la Araucanía y Antofagasta a sus andas, y entran como Pedro por su casa a los centros vinculados con violentistas.

—No puedes sembrar la desconfianza hacia todos los venezolanos —alegó Cayetano mientras troceaba la carne del lechoncito—. Hay que actuar con un mínimo de prudencia.

—Una cosa es ser prudente, otra ingenuo. Y hay algo más que no entiendo.

—¿Que Chile no denuncie lo que ocurre?

—Que siendo uno de los países más abiertos del mundo no disponga de un sistema de inteligencia para protegerse. ¿Qué creen los políticos chilenos que es el mundo? Bobo hay que ser para no anticipar los riesgos que acechan a tu propio país, Brulé.

—Tú reduces una crisis social a temas de injerencia foránea e inteligencia. Es la lógica castrista. Detrás de todo están el imperialismo, la CIA, los traidores...

—Es que la política internacional es lo que no se ve, lo que ocurre en silencio y en forma soterrada. Si no lo sabes, mejor no te metas y dedícate a otro negocio —aseveró Padrón—. Salud, Brulé, y después de estos manjares, nos vamos a recorrer el Barrio de las Letras.

77

Se bajó del AVE en la estación de Lleida, donde lo esperaba un Opel que lo llevaría a Andorra. Conducía una joven rubia silenciosa, atenta únicamente a la carretera y sus audífonos. A Brulé el contacto de Osorio le interesaba, pues se trataba de un chileno que había trabajado para la contrainteligencia cubana y ahora vivía, al parecer, apartado de todo, en Andorra La Vella.

Arribó al hotel Pyrénées cuando oscurecía, y los esquiadores inundaban la principal ciudad del principado. Al entrar a su habitación, ubicada en el último piso, no le gustó la vista hacia un patio interior que tenía desde un balconcito. Pidió que lo cambiaran de cuarto.

—Pero solo tenemos uno libre y está en el primer nivel –le advirtió el recepcionista.

—No importa —dijo Brulé—. Pásenme el equipaje a ese cuarto mientras doy un paseo.

Caminó un par de cuadras entumido de frío por la avenida Princep Benlloch y volvió a atrincherarse en el bar.

Durante el viaje, Suzuki le había comunicado que Margarita seguía en Santiago, las marchas disminuían y el vandalismo aumentaba. Los insurrectos controlaban puntos neurálgicos de la capital, y la oposición moderada, atemorizada por los extremistas, no alzaba la voz para condenar la violencia ni los saqueos.

Y eso no era todo. Human Rights Watch y Amnistía Internacional criticaban el despliegue policial contra los desmanes, y sostenían que violaban los derechos humanos de los manifestantes. El Partido Comunista, entretanto, exigía la renuncia del presidente, y *The New York Times* afirmaba que la imagen del país estaba por los suelos, lo que no dejaba de ser cierto.

—Si no le ponen freno a esto, nos vamos a la chuña —vaticinó Suzuki al teléfono.

—¿Qué puede pasar? —preguntó Cayetano mientras el escarpado paisaje se deslizaba tras su ventanilla.

—O los insurrectos se apoderan de La Moneda o hay golpe de Estado —advirtió el asistente—. El país que conocimos, murió. Ahora la calle es de los vándalos, y si alguien osa criticarlos, lo funan, le apedrean el auto o le queman la casa. Además, veo a mucho periodista y político haciendo causa común con los insurrectos.

Al parecer aquello era cierto, pensó. Algunos políticos habían sido funados en la vía pública o frente a su hogar, y el país había visto por televisión el miedo esculpido en sus rostros al ser increpados. Los exaltados los acusaban de cómplices del régimen.

Poco antes de que el vehículo entrara a Andorra la Vella, Brulé recibió un llamado del Escorpión.

—Acaba de aparecer otro muerto sin identificación —relató desde Santiago—. Accidente automovilístico. Sin registro de huellas digitales. Consultamos a Interpol, pero se repite el cuadro con el suicida del metro. Otro NN.

—¿Caucásico? ¿Joven y fuerte? —inquirió Cayetano.

—Caucásico, joven y fuerte.

—¿Sin tarjeta de crédito?

—No sabemos dónde vive ni porta billetera. El auto, robado, tiene la patente adulterada.

Otro infiltrado, concluyó Brulé recordando las palabras de Padrón. Si no había huellas digitales, no era chileno, eso estaba claro. ¿Quiénes y por qué razón liquidaban a personas que vivían clandestinamente en Chile?

—¿Contestaron Caracas o La Habana sobre el finado del metro? —preguntó.

—Venezuela aún no responde —dijo el Escorpión.

—Ni responderá.

—Y La Habana dice que no tiene huellas del finado.

—¿Cómo murió?

—Se desbarrancó en la cuesta Barriga. ¿Te acuerdas de la ruta? Era la que antiguamente unía Santiago con Valparaíso. Desde que construyeron el túnel, nadie la usa.

—¿Hallaron un pentagrama o un triángulo con el famoso ojo?

—Negativo.

Alguien está liquidando a militantes de la Pentarquía, pensó Brulé. ¿Se trataba de purgas entre chilenos y extranjeros? ¿Y qué rol jugaba Galaz Expósito en todo eso?

—¿Cuándo vuelves? —preguntó el Escorpión.

Le dijo que en cuanto pudiera. Cortaron. Al rato, mientras esperaba otro orujo en la barra del hotel, su celular vibró.

Era un número desconocido. De España.

78

Un coche lo esperaba en la puerta del Pyrénées. Lo conducía la misma mujer que lo había recogido en la estación de Lleida.

El Opel cruzó varias calles desiertas de la tranquila Andorra la Vella, dio una vuelta alrededor de una plaza, cruzó un puente y se detuvo en la esquina de Carrer Pompeu Fabra con Carrer Fiter i Rossell. La conductora le indicó que entrara a una casona emparedada entre edificios y subiera al segundo nivel, donde encontraría una puerta entornada que debía franquear.

Adentro había un sujeto vestido de negro. Llevaba el pelo corto y canoso peinado a lo Julio César, y una barba de días. Su mirada era incisiva, de aquellas que impiden descifrar el alma.

—Soy Josep Puig —se presentó—. Me hablaron de usted. Tome asiento, por favor. ¿Le apetece un Chivas Regal? ¿Cubitos de hielo?

Salió de la sala para regresar de inmediato con una botella y dos vasos de cristal.

Era un living austero: dos sillones, un sofá, una mesa de centro y un estante repleto de libros, y a su lado, en el piso, había un televisor y un parlante Marshall.

—Estoy a su disposición —dijo Puig escanciando el whisky. Le entregó un vaso a Cayetano. Era grueso y pesaba como piedra—. Por la vieja constitución que pasó a mejor vida, y porque la nueva resulte benéfica. Nunca nadie entregó tanto por tan poco. Bienvenido.

Brulé se dijo que era el momento indicado para ir al meollo. No se cruzaba medio mundo para andar con rodeos. Le habló de Galaz Expósito, del muerto en el metro y del NN desbarrancado en la cuesta Barriga, y de lo que especulaba sobre la probable existencia de una organización clandestina de vanguardia, que podía ser la Pentarquía.

—Algo sé de grupos que comienzan guiados por sueños nobles y terminan instaurando pesadillas—dijo Puig—. Y lo fatídico sobreviene cuando esas ideas redentoras se amalgaman con el narco.

—¿Se refiere a los manifestantes o los vándalos? Pregunto, porque no son lo mismo.

—No peque de ingenuo. Para saber eso no hace falta un doctorado en marxismo-leninismo. Una cosa es la masa, otra la vanguardia. Lo anunciaban las vallas ideológicas en los países comunistas, los niños crecían leyéndolos.

—Eso lo sé, Josep, soy cubano.

—Yo no, pero pasé años en la isla porque mis padres se exiliaron allí cuando la dictadura de Pinochet. —Buscó algo en el celular y del Marshall emanaron unas notas de piano. Glenn Gould. Variaciones Goldberg.

—Tan bueno como el whisky —dijo Brulé tras escuchar los primeros acordes—. He oído bastante en estos días sobre vanguardias políticas, pero lo que me preocupa son unos asesinatos que investigo y me huelen a política, a conspiración.

Entre sorbo y sorbo, siguiendo el tono melancólico de Bach, Cayetano le relató detalles de su pesquisa.

—No me extraña lo que me cuenta —dijo Puig tras escuchar con atención—. El problema no es que algo huele mal allá, sino que está putrefacto. Los chilenos tienden a interpretar bien las coyunturas, no así la historia, que desconocen. Todo lo que pasa lo ven como único e inédito. Carecen de la mirada larga de toltecas, mayas o incas.

—¿Puede ser más concreto?

—Desde luego: el error de Chile es que juega, o jugaba, en algunas de las grandes ligas del comercio mundial, pero sin darse cuenta de los intereses que hería y de que era un símbolo intolerable para muchos.

—No logro seguirlo bien.

—Haga memoria. En 1989 caen el Muro de Berlín y Augusto Pinochet. Salen de escena el comunismo y el general. ¿Y quién surge en Chile con el nuevo paradigma? Una izquierda que promueve la democracia y el modelo económico del dictador.

—La Concertación.

—Exacto. Ella cosecha el aplauso internacional, moderniza e integra al país al comercio mundial, algo que nunca le perdonó la izquierda dura regional. Con el tiempo esta logró convencer a los renovados de

que pecaba al legitimar el modelo de Pinochet y la obligó a arrepentirse y volver al redil de los setenta. Por eso ingresaron al Foro de Sao Paulo.

—Mi búsqueda es más modesta y acotada, señor Puig. Trato de aclarar el homicidio de un pintor de Valparaíso.

El anfitrión se arrellanó en el sillón. Glenn Gould seguía inspirado.

—Sospecho que hay un contexto más amplio —el tono de Puig resonó sereno—. Los amantes de pasar una retroexcavadora al modelo no tolerarán otra voltereta a sus viejos compañeros. Renegar del propio pasado tiene su precio.

—¿Y qué significa eso ahora? —preguntó Cayetano mientras el hombre vestido de negro volvía a llenar los vasos.

—Fíjese lo que ese Chile, legado del dictador, guisaba hasta hace poco: ser anfitrión de la APEC, la cumbre económica del Asia Pacífico, y de la COP25, la cita ambiental planetaria, creaba UNASUR y se sentaría a la mesa del selecto grupo del G20 y del exclusivo G7.

—¿Demasiada vitrina internacional?

—Demasiados galardones para un modelo surgido del fracaso de Salvador Allende y de la victoria de un general, y todo eso capitaneado por un presidente de derecha. Eso no podía tolerarlo la izquierda, Brulé, menos mientras se hunden Cuba y Venezuela, y China se vuelve capitalista. Por eso decidieron patear el tablero con todas las piezas. A menos que usted piense que todo esto es casual.

—En esa ecuación conspiranoica le falta lo más importante —apuntó Brulé—: la masa en la calle que exige igualdad y dignidad.

—No confunda la ocasión con el escenario —repuso Puig—. Estoy hablando de otra cosa, de negocios billonarios, millares de empleos, *soft power*, cargos en organismos internacionales, asientos en clubes exclusivos del planeta. ¿No lo ve? El modelo se granjeó demasiados enemigos y le llegó la hora del ajuste de cuentas. No espere ni perdón ni olvido. Ese es el verdadero contexto de su investigación, Cayetano.

79

—Por cierto —continuó Puig, y detuvo su deambular por el living mientras Glenn Gould acariciaba a Bach—, conocí a Galaz Expósito hace años en el hotel Continental de Caracas, cuando lo frecuentaban iraníes y latinoamericanos sin muchas trazas de turista, a decir verdad. Él había viajado de Madrid con unos españoles.

—Pero ¿cómo llegó a él? —Brulé se puso de pie con el vaso en la mano, y se dijo que Suzuki no había fallado al asociar a Edmundo Galaz con el muerto en el metro.

—En esa época yo trabajaba para La Habana y me interesó Galaz porque era chileno, como yo, y tenía fama de ser un estupendo falsificador de obras de arte.

—¿Falsificador? ¿Está seguro?

—Completamente. Es una actividad lucrativa. En Cuba hay un taller dedicado a eso, gran captador de las siempre esquivas divisas. Son pintores capaces de imitar a Velázquez o Caravaggio, pero que reproducen la obra de artistas de rango inferior, cuyos afectados tardan en detectar la estafa o prefieren lisa y llanamente no confesar que los timaron.

—¿A eso se dedicaba Galaz Expósito?

— Decían que se especializaba en Portocarrero, Carlos Enríquez y Rugendas, entre otros.

Aquello le permitía imaginar mejor su trayectoria tras dejar los estudios de arquitectura. ¡Conque en Madrid se había dedicado a falsificar arte! Eso explicaba que hubiese pocos cuadros con su firma y llevase la vida de bajo perfil de un agente secreto.

Tal vez su asesinato se vinculaba con algún ajuste de cuentas entre coleccionistas de arte defraudados.

—¿Qué hacía Galaz Expósito en Caracas? —preguntó.

—Asistía a una reunión de revolucionarios, pero esa mañana iba a encontrarse con un galerista polaco que no llegó al hotel. Esto fue a

mediados del año 2000. Aliado con Fidel Castro, el petróleo por las nubes, gozando de popularidad, Hugo Chávez estaba en su apogeo. A los invitados los alojaban en los mejores hoteles venezolanos. Por cierto, ¿ve esos cuadros?

Brulé se acercó a ellos. Eran tres óleos de tamaño medio con vistas de Valparaíso, que colgaban en una esquina, los típicos cuadros que compran los turistas, pero de impecable factura realista.

—Son de Galaz Expósito — afirmó Puig—. Como no apareció el galerista, se los compré a buen precio. Deben ser de los pocos que llevan su nombre.

80

Salieron a caminar en la fría noche andorrana, enmarcados por los cerros que acunan la ciudad, seguidos a cierta distancia por el Opel.

Ahora Brulé veía a Edmundo bajo una luz distinta. Había actuado correctamente al suponer que detrás del asesinato se ocultaban motivos complejos, enrevesados.

—Tal vez el pintor no se dio cuenta del rollo en que estaba metido —continuó Puig.

—¿A qué se refiere? —se levantó el cuello del impermeable que mal lo guarecía del frío de los Pirineos.

—Hay muchos intereses con respecto a Chile, algunos con hilos invisibles que los vinculan con la política, los negocios o el espionaje. Y en medio de la crisis uno de ellos queda a la vista como los arrecifes en la bajamar. Me refiero al narco.

—Desde hace tiempo Chile es el país de la región que más drogas consume —dijo el detective.

—Al narco siempre le sobra efectivo, y bajo las actuales circunstancias lo lava ofreciendo tablas de salvación a pequeñas y medianas empresas acogotadas económicamente. Ahí comienza el narco su marcha por las instituciones. Puede imaginar lo que viene mirando hacia México, Colombia o Centroamérica.

—Tiene una visión demasiado pesimista con respecto a Chile, señor Puig. Admito que las cosas marchan mal y que ni el gobierno ni la oposición atinan, pero su visión es apocalíptica.

—Soy simplemente realista. Para la historia reciente de la región hay dos modelos antitéticos: Cuba y Chile, uno fracasado del todo; el otro, aunque aplaudido hasta la fecha, ahora parece herido de muerte. ¿Se da cuenta?

—No entiendo adónde apunta.

—Lo que hoy está en juego es cómo se narra el pasado y se proyecta el futuro, Cayetano; el mito y la utopía definen el presente. Les

incendiaron en un dos por tres la pradera para destruir lo que representaba Chile, pero el castro-chavismo es el Titanic que ya impactó al iceberg. Desatando la violencia y la anarquía alteraron la ecuación actual y conquistan un futuro distinto. ¿Se da cuenta?

—¿Eso es lo que a su juicio está en juego? —Al vaciar el cristal, Brulé pensó que Puig interpretaba el mundo desde el maniqueísmo, algo por completo inútil para su labor detectivesca.

—Claro, eso está en juego —aseveró el hombre de negro—. Y estando en juego todo eso, se rindieron al primer tiro. Nada menos que los bravos hijos de Prat y Carrera Pinto se entregaron antes de la batalla —sacudió la cabeza—. ¿Sabe lo que implica eso? Que mañana no tendrán banderas ni cojones para reanudar la lucha.

—¿Y cuál era la alternativa? ¿Cavar trincheras? ¿Resistir? ¿Patria o muerte?

—Esa pregunta ya es irrelevante, Brulé.

—¿Por qué?

—El tablero se inclinó hacia la izquierda, y todas las piezas —rey y reina, alfiles y peones, torres y caballos— resbalan por la pendiente. Se inauguró el carnaval de los camaleones, mi amigo, y nada será lo que fue. El conservador se volverá liberal; el liberal, socialdemócrata; el socialdemócrata, socialista; el socialista, comunista; el comunista, anarquista; y no faltará el anarko que se volverá conservador. El que llevaba traje zurcido a la piel, arroja lejos la corbata y se arremanga la camisa; y aquel que lleva toda una vida en política, se despeina y recurre al botox para presentarse como rostro nuevo y enemigo de la vieja política.

—Usted tiende a simplificar demasiado las cosas —reclamó Cayetano, confundido.

—Y usted es demasiado barroco y por eso no ve las esencias. La insurrección puso la música para el carnaval de los camaleones. Lo lamento de veras, Brulé, pero usted, por su profesión, debiera saber que ni los países ni los asesinatos tienen reversa.

81

Mientras conversaban caminando mareados por las gélidas calles de Andorra, Brulé se dijo que algo de razón tenía Puig, pero que su visión de las cosas era incompleta. Le pareció que no conocía Chile. Nada sabía, por ejemplo, de los abundantes palomos de pechugas henchidas con su prosapia, educación y contactos, convencidos de que su origen era la merecida catapulta que los colocaba en la posición de privilegio que ostentaban.

Y nada sabía tampoco de los otros, de los que contemplaban mudos y dúctiles, pero con resentimiento, a quienes se pavoneaban presuntuosos ante ellos, seguros de que la historia estaba escrita y era un presente eterno. Nada sabía Puig, o tal vez lo había olvidado por sus años en Europa, de que Chile era un estado de ánimo en un paisaje telúrico tendido sobre un balcón asomado al océano.

Pero Suzuki, el Vasa y el Pirata sí sabían de ello, y no pertenecían al bando de los suspicaces que desconfiaban de todo lo que venía, sino al de los cándidos, que creían que todo lo que se acercaba era el mejor de los mundos posibles.

Puig se detuvo de pronto ante un escaparate, y el Opel hizo lo mismo.

Al final de la calle, que se alargaba desierta y apenas iluminada, un grupo de jóvenes de parka y capucha los observaba. Cayetano percibió la mirada alerta y el ceño adusto de Puig, y se acordó de Peter Stumm, el antiguo espía que añoraba poder confiar en el ser humano. ¿De qué huían Puig y el espía en verdad? Ahora comprendía que el mundo rebosaba de fugitivos de su propio pasado. El pintor también había sido uno de ellos, sin lugar a dudas.

—En fin, como ve, Galaz tampoco es lo que parecía —dijo Puig como si hubiera leído su pensamiento. Esperó a que el grupo se alejara y reanudó la marcha—. Y su sorpresa ante eso me remite a la ingenuidad chilena: mientras cuentan orondos cerezas y salmones,

descuidan los peligros que los acechan.

—Por eso mismo me interesan las bambalinas de los crímenes —replicó el detective—. ¿No aparece en su radar algo denominado la Pentarquía?

—Oí que ese nombre circula en la región, nada más. Es factible porque toda insurgencia necesita una vanguardia que conduzca su lucha y quiebre la moral del enemigo. Por eso la inquina contra la estatua de Baquedano y tantos monumentos y edificios patrimoniales. Es parte de una guerra híbrida en su etapa de baja intensidad.

Entraron a la atmósfera de acuario del Rana Bar, de Carrer de na Maria Pla, donde una banda cantaba algo de Peter Green, se acodaron en la barra y ordenaron scotch en las rocas. ¿Podía confiar en Puig o más bien este deliraba?, se preguntó Brulé. ¿Cómo corroborar lo que le contaba? ¿Cuándo un espía dejaba de ser espía? ¿Quién lo protegía en Andorra?

Hizo girar los cubos de hielo en el vaso, y luego preguntó:

—¿Operan agentes foráneos en Chile?

—Desde luego, la Dirección de Inteligencia cubana y su hijo, el SEBIN venezolano.

—Ya le dije que para el gobierno no existen pruebas de ello.

—Ni las habrá. Los efectivos de tropas especiales saben cómo hacerlo. Los países vecinos no tardaron en darse cuenta de lo que ocurría y adoptaron las medidas. Resultado: en ninguno de ellos, más pobres, injustos y desiguales que Chile, hubo tanta destrucción ni se salieron de madre las protestas.

—Repito: Un estado de derecho debe probar primero la injerencia extranjera.

—Nunca detectarán nada porque cuando usted envía comandos a una misión, van sin papeles, y si caen prisioneros o mueren, los desconoce. Así de simple. Y si cuenta con políticos y periodistas aliados que denigran a su enemigo, el injerencista asume el papel del ofendido.

—Entonces a lo mejor Galaz y los otros fueron ejecutados por traidores.

—Quién sabe. Las actas del Foro de Sao Paulo o del Grupo de

Puebla, o como se llamen, pintan a Chile como el enemigo subimperialista, respaldan la demanda marítima de Bolivia y arremeten contra el gobierno de Colombia. ¿Sabe por qué? Porque el narco necesita una vía despejada al Pacífico para llegar al Asia y la costa oeste de Estados Unidos. Las fuerzas armadas chilenas son su mayor escollo.

—¿Por eso el vínculo entre política y narco? —preguntó Brulé.

—La colaboración entre revolucionarios y narcos nació en los territorios ocupados por las FARC, y se expandió a la Venezuela de Chávez. Hoy el ELN, las FARC y Maduro constituyen la plataforma en la que convergen ideas radicales y recursos del narco. Ahí ronca el cartel de los Soles, algo que sabe todo el mundo. Y Chile está justo en la ruta soñada de la droga. Si no captas eso, no captas nada, Brulé.

Salieron del Rana Bar y se acercaron a un puente sobre un río que arrastraba trozos de hielo.

—Usted pinta una gigantesca conspiración contra Chile —alegó Brulé—. Eso no me convence porque excluye lo crucial, el estado de ánimo de la gente que sale a protestar.

—Lea historia para aprender sobre injerencia extranjera, Brulé. —Puig se apoyó en la baranda contemplando el agua que fluía silenciosa, como dueña de un secreto que le hubiese revelado la montaña—. Cuando Alemania y Rusia estaban en guerra, el káiser Guillermo puso a Lenin en el tren blindado que lo llevó de Zúrich a Rusia, vía Suecia, para derrocar a Kerenski. Financió con cien millones de marcos la propaganda bolchevique, atentados terroristas, protestas y huelgas hasta poner de hinojos a Rusia. Lenin llegó en abril de 1917 a la estación Finlandia de Petrogrado, pagado por los alemanes.

—Y en octubre triunfó la revolución.

—Así es, Brulé. Los marcos fluyeron a través de Alexander Parvus, un acaudalado empresario socialdemócrata bielorruso, amigo de Friedrich Ebert. Lenin, que perdía el tiempo conspirando en cafés suizos con exiliados rusos, liquidó la economía de su patria en guerra con Alemania, ordenó tomar el Palacio de Invierno que nadie defendía, y dos meses después firmó el Tratado de Brest-Litovsk aceptando las condiciones del káiser.

—Pero antes de eso ya reinaba el descontento de los obreros y campesinos de Rusia.

—No lo discuto. Pero estamos hablando de injerencia, ¿o no? ¿Y qué me dice de la injerencia de la Alemania nacionalsocialista y la Unión Soviética en la Guerra Civil española? ¿Y la de los países comunistas en Checoslovaquia en 1968? ¿Y la de Cuba en Angola en 1975? ¿Y la de Washington en Panamá? ¿Y la de guerrilleros chilenos en la caída de Somoza y la batalla por San Salvador? No sigo con datos, Brulé, pero no reaccione como monja airada al oír de injerencia foránea en el Chile de hoy.

Siguieron caminando bajo el cielo estrellado que cercaban unas nubes azabache.

¿De qué me sirve lo que Josep me cuenta?, se preguntó Cayetano tiritando de frío mientras iban de vuelta al hotel. ¿Le ayudaba a esclarecer el asesinato de Galaz Expósito?

—Y esto incluye otro plan maestro —añadió Puig ya en la puerta del hotel, donde había dos carros policiales y una ambulancia con balizas puestas.

—¿Cuál?

—Convertir a Chile en una playa de desembarque para quienes huyan de Cuba y Venezuela cuando esos regímenes se desplomen.

—Discúlpeme, pero eso suena a guion de Netflix.

—¿Ah sí? ¿Olvida que nazis se refugiaron en Chile tras la Segunda Guerra Mundial? —preguntó Puig, picado—. ¿Y que Honecker y su esposa murieron en Santiago como inocentes abuelitos, sin que nadie los juzgara por los acribillados en el Muro de Berlín?

Cuando Brulé entró al lobby, donde había ajetreo de policías, se cruzó con el recepcionista que le había cambiado de cuarto.

—Buenas noches, señor. Lo siento, pero ha pasado algo terrible —anunció el joven con rostro pálido y desencajado.

—¿Qué ocurre?

—El pasajero que ocupó la habitación que usted desechó, señor. Un hombre sereno, de buen humor y de su edad, señor.

—¿Qué pasó?

—Se suicidó, señor, se suicidó —dijo el recepcionista, compungido

—. Se lanzó desde el balcón; sí, señor, el hombre que tomó la habitación que usted descartó se suicidó.

82

Temprano a la mañana siguiente, la conductora del Opel trasladó a Cayetano de Andorra la Vella a la estación de Lleida, donde abordó el AVE de vuelta a Atocha.

Andaba con una fuerte jaqueca, presumiblemente debido a los tragos de la noche anterior con Puig y a no haber pegado pestaña por el suicidio. Aunque el pasajero no tenía nada que ver con él, más allá de que habían pasado el mismo día por la misma habitación del hotel, sintió que la muerte lo rondaba con insistencia en las últimas semanas.

Pero lo que en rigor lo había desvelado era suponer que el suicida no era tal sino víctima de un homicidio perpetrado por fuerzas tenebrosas. ¿No habrían confundido al pasajero con él mismo?, se preguntó en la cama agobiado por un sentimiento de culpabilidad. Tal vez la administración olvidó registrar el cambio de habitación, y sicarios que andaban detrás suyo habían irrumpido en el cuarto del último piso con el propósito de arrojarle por el balcón.

Se vistió y bajó al lobby. Las cuatro de la mañana. La recepción estaba vacía y a cargo de una mujer. Le consultó acerca del fallecido y ella le respondió amablemente que no tenía información al respecto, tras lo cual le preguntó si deseaba beber algo caliente o cambiar de cuarto.

—No se preocupe —contestó Cayetano y volvió a su cuarto recordando que los hoteles suelen borrar las muertes ocurridas en sus recintos.

Horas después, cuando su tren corría veloz y mullido a Madrid, se preguntó qué podía sacar en limpio de ese agitado viaje, y tuvo que admitir que, en términos generales, había obtenido bastante, aunque en avances concretos para dilucidar el caso, poco.

Lo central era lo referido a Edmundo como falsificador. Revisando Google aprendió algunas cosas sobre los falsificadores de arte, por ejemplo que integraban una elite clandestina, astuta e inescrupulosa,

diestra en acceder a círculos exclusivos.

Expertos calculaban que al menos quince por ciento de las obras expuestas en las pinacotecas del mundo eran falsificaciones, y que en el alma de todo falsificador anidaba un artista frustrado.

Al final Edmundo, con estatus irregular en su propio país, aparecía ligado a un sujeto indocumentado que había tenido una muerte escalofriante. Y él, Cayetano, continuaba investigando a pesar de que ya nadie le pagaba por eso. Mejor ni consultar la línea de crédito en el banco. En fin, no había detective rico, lo demás era literatura.

En una cafetería de Atocha, mientras se despachaba un sándwich de jamón serrano con aceite de oliva, terminó de apuntar todo eso en su libreta

¿Y qué había obtenido de Padrón en Madrid? Que Chile sufría una insurrección híbrida, lo que sabía; que extremistas y narcos se habían adueñado de las protestas ciudadanas, lo que le había revelado la comandante en Valparaíso; que los agentes no dejaban huellas, algo que imaginaba, y que Chile carecía de un aparato efectivo de inteligencia, un secreto a voces. Raya para la suma: cero logros con el animoso Padrón, contacto sugerido por Marcia. ¿No sería el famoso Padrón un informante de una dirigente que nadaba llena de dudas entre las aguas de la legalidad y la clandestinidad? Bien podía serlo, se dijo. En Chile ya todo era posible, había poca gente confiable y el oportunismo campeaba.

En cambio, la conversación con Puig en Andorra la Vella, entre los imponentes montes escarpados y nevados de los Pirineos, había resultado provechosa. Por una parte, allí había aprendido que enemigos poderosos ajustaban desde el anonimato cuentas con Chile y, por otra, que Edmundo mantenía nexos con mercaderes de arte y revolucionarios de variada estirpe.

Por lo tanto, quienquiera que manejara esos hilos, estuviese en La Habana o en Caracas, en Europa o Santiago, abrigaba planes siniestros contra Chile, lideraba comandos eficaces y tenía acceso a sólida información de inteligencia e influyentes círculos internacionales.

Volvió al andén sumergido en esas reflexiones, sintiendo entusiasmo y desazón a la vez, intimidado a ratos por la posibilidad de que Chile

entrase en una espiral de crisis consecutivas y se convirtiera en otro país de la región con futuro deslumbrante y presente siempre aciago. Abordó el AVE con destino a Sevilla, donde lo esperaba su próximo contacto, y aprovechó el viaje para hacer llamadas y ordenar ideas mientras se consolaba con una Mahou y las gentiles colinas castellanas se deslizaban veloces frente a sus ojos.

Se preguntó si no era el momento de iniciar una nueva etapa tal como, decenios atrás, lo había hecho su padre al dejar La Habana con rumbo al Bronx buscando mejores horizontes para la familia.

Pero, ¿adónde iba él, Cayetano, ahora? Él, que detestaba manadas, jaurías y rebaños. Él, un ser libre e independiente, corajudo y acerado, un cazador solitario y taciturno al que a menudo el torrente de sangre caribeña que corría por sus venas lo empujaba a enfrentar sin temores todos los retos y adversidades y lo hacía sentir que era capaz de comerse el mundo y seguir avanzando, campante y silbando. ¿Se marchaba o permanecía en Chile? Ante la misma interrogante, pero con respecto a Francia, se había hallado seguramente su bisabuelo en la natal Granville de Normandía, antes de zarpar para siempre a las Américas. De no haber dado ese paso, él, Cayetano, no existiría.

En la estación de Santa Justa lo recibió el tibio crepúsculo sevillano y al rato, tras remolcar su maletín de ruedecillas por los adoquines, llegó al centro, cruzó entre tascas y bares atiborrados de gente bulliciosa y alegre hasta alcanzar el Callejón del Nazareno, donde se alzaba una casona blanca de tres pisos con ventanas y balcones azules.

Tras identificarse ante el citófono, una chicharra soltó el pestillo de la reja metálica y Cayetano entró a la casa, donde un estrecho ascensor lo llevó gimiendo al tercer piso.

—Bienvenido —le dijo una mujer esbelta, de larga cabellera rubia y mirada melancólica.

83

Como la noche era espléndida, fue con Florencia Behar al bar Hijos de Morales, de la calle García de Vinuesa. Consiguieron una mesa junto a la ventana, entre parroquianos que comían tapas y bebían cerveza en un ambiente festivo.

Florencia había dejado Chile medio año antes, durante el invierno austral. Según Benedicto Espinoza, había militado en la izquierda radical hasta que empezó a sospechar de la legitimidad de algunas fuentes de financiamiento. Los recursos no venían solo de Odebrecht y PDVSA, sino también de orígenes más turbios. Viéndola agobiada y en aprietos, Benedicto le recomendó marcharse a Sevilla, donde un abogado amigo podría ayudarla. Ahora ella tomaba cursos de cerámica y alquilaba a buen precio el piso de carácter estudiantil en que lo recibía.

—Prefiero capear aquí el temporal —resumió sonriendo con picardía.

—¿Y cuál fue la gota que rebalsó tu vaso? —preguntó Brulé.

—Una historia que comenzó en Ecuador, en noviembre de 2009, cuando viajé desde Quito a la selva en la frontera con Colombia, donde acampaban entonces las FARC. Cada trimestre, camaradas de distintos países acudían allí vía la capital ecuatoriana a recibir instrucción militar, una oportunidad fascinante para entrar por la puerta ancha en la épica latinoamericana.

Había entrenado cuatro semanas en el calor húmedo de la selva tropical, compartiendo con los guerrilleros que dirigía Jorge Briceño Suárez, alias Mono Jojoy, acusado en su país, Colombia, de secuestro, homicidio y narcotráfico. Si bien los guerrilleros incursionaban en territorio colombiano, regresaban de inmediato a Ecuador, donde quedaban a salvo del ejército del país vecino. Allí, entre hombres que llevaban meses aislados, Florencia no tardó en comprender cuál era la verdadera razón para enviar al campamento a entusiastas jovencitas

revolucionarias, y eso la decepcionó.

Tiempo después, en una acción comando fulminante, aviones colombianos bombardearon el campamento matando al Mono Jojoy y su gente. Circulaban rumores variados sobre cómo el enemigo había detectado su ubicación en la selva, pero el más verosímil era que entre las mujeres que llegaban a hacer más llevadera la existencia de esos hombres, había una rubia —las rubias eran la debilidad de Mono Jojoy— que llevaba botas con GPS injertados en los tacos. Lo demás es historia.

—El ejército colombiano halló intacto el computador de Jojoy —aseveró Florencia—. Contenía incluso fotos de chilenos en el campamento. Yo no aparecía en ninguna de milagro, aunque me tomaron varias porque al Mono le deleitaba posar con muchachas.

Después de la devastadora operación, el gobierno de Bogotá envió al de Santiago un set de documentos clasificados sobre los chilenos que aparecían en el computador, pero en Santiago el asunto fue archivado y hasta la prensa y los políticos de derecha se olvidaron de él.

Pese a su juventud, Florencia exhibía ya un nutrido pedigrí político. Había estado en Cuba, Venezuela y en el Ecuador de Correa, y en Nicaragua había conocido al comandante Tomás Borge, ex ministro del Interior de Daniel Ortega.

—Rompí con todo eso en Caracas, en julio pasado, cuando aprobaron la insurrección en Chile —continuó la mujer antes de ir a la barra y volver con dos cañas Mahou.

Brindaron.

—O sea que el estallido de la violencia estaba acordado de antes —apuntó Cayetano, estimulado por la cerveza fría—. ¿Quiénes optaron por esa alternativa?

—Supongo que anarquistas, orkos y narcos, pero no voy a entrar en detalles.

—¿Por qué no?

—Porque no conozco los pormenores y no delataré a quienes fueron mis camaradas hasta hace poco. Hacían bien al defender a los pobres del continente, pero después extraviaron el rumbo, se salieron de

madre y ahora nada los detendrá. Tienen recursos, fierros, gente, y creen estar a un paso de alcanzar la meta.

—¿Por qué optaron por el quiebre institucional?

—Porque saben que nunca ganarían una elección y que coyunturas como la actual no se dan sino cada medio siglo. No tienen líder, discurso, referentes reales ni teóricos, ni tampoco un proyecto de país. Muchos deploran aún la caída del Muro de Berlín.

—¿Y por qué tomaron esa decisión en Caracas?

—Ahí está el Vaticano bolivariano, pues. Fue en las vísperas del XXV Foro de Sao Paulo, que se celebró allá. En Caracas se discuten y resuelven cosas como esas. Tienen la retórica revolucionaria y, lo crucial, todavía cuentan con petrodólares.

—Pero en ese momento no podían imaginar lo que pasaría en octubre.

—No, pero el objetivo era sabotear las cumbres mundiales que tendrían lugar en Chile. Si el país lograba celebrarlas, era un desastre para la izquierda pues habría gobiernos de derecha por muchos años allí.

—Me queda claro, pero ¿quién tenía el teje y maneje de todo eso?

—Se dice que Diosdado Cabello, más dos cubanos de la Dirección de Inteligencia y tres chilenos. El plan tenía un solo objetivo: arruinarlo todo mediante protestas violentas en las que también participarían extranjeros. En Caracas acordaron echar toda la carne de una vez a la parrilla.

—Y ahí fijaron el estallido de violencia para noviembre.

—Para cuando los líderes mundiales estuviesen en Santiago, pero la protesta por el alza del metro los obligó a adelantar la asonada. Eso explica la sincronizada quema de estaciones del metro, tiendas, supermercados y edificios patrimoniales, y los ataques a unidades policiales y militares. Fue un Blitzkrieg. Cuando supe que habían aprobado la operación «Huracán bolivariano», me dije soy patriota y no me sumo a esto.

84

—¿De dónde sacas toda esa información? —preguntó Brulé, azorado.

Por García de Vinuesa fluía una marea de jóvenes alegres que hablaban a gritos y esquivaban las mesas copadas en las veredas.

—Todo lo que te he contado es público —respondió Florencia—. Busca en internet las actas del Foro de Sao Paulo, escucha las declaraciones de Maduro y comunistas chilenos, e interpreta el silencio de la oposición ante una violencia nunca antes vista en Chile, ni siquiera contra Pinochet.

Pensó que la mujer era una fuente confiable y vigente porque, a diferencia de Stumm, Padrón o Puig, acababa de romper con las fuerzas insurrectas.

—Hay muertos de por medio que me llevan a preguntarme algunas cosas —dijo Cayetano después de otro sorbo de cerveza—. Un colega tuyo, Edmundo Galaz Expósito, fue asesinado en Valparaíso. ¿Lo conociste?

—Era pintor. Murió en el Cristo Redentor.

—¿Por qué lo sabes?

—¿El asesinato antes del estallido de un pintor que andaba clandestino en Chile...? —Ella se encogió de hombros—. Todos lo recuerdan.

—Probablemente el caso está vinculado con lo que hablamos. Lo llevo en forma privada. ¿Puedes ayudarme?

—No sé nada más del asunto.

Cayetano vació la caña y pidió dos más, luego preguntó:

—¿Quién estará detrás de todo esto?

En lugar de responder, Florencia lanzó un vistazo a la calle, lo que hizo suponer a Cayetano que ella habría preferido estar afuera, bebiendo y conversando con amigos de su edad.

—Imagino que debe haber una organización clandestina integrada

por chilenos y extranjeros —repuso al rato—. Son ellos los que deben promover las acciones de violencia extrema.

—¿Habrá tensiones entre chilenos y extranjeros?

—Debe haberlas, ¿no? En un país de diecisiete millones de habitantes, donde millón y medio son extranjeros...

—¿El pintor no sería miembro de esa organización?

—Ni idea, pero entre los revolucionarios siempre se dan divisiones. En la revolución rusa se enfrentaron Stalin y Trotski; en la cubana, Castro y Cienfuegos, y en la chilena Allende y Altamirano.

—En Chile fue duro —aseveró Brulé—. A la hora de los mameyes, los dirigentes abandonaron a Allende. Ninguno lo acompañó en su último combate, pero hoy los líderes de esos partidos posan orondos delante de su imagen.

—¿Pido algo para picotear? —preguntó ella.

Brulé asintió, reanimado.

Ella fue a la barra y volvió moviéndose con soltura. Brulé pensó que era una mujer interesante, con historia, con pedigrí político, como decían.

—Si la división pasa entre nacionales e internacionalistas —continuó Brulé—, ¿cuál es la diferencia entre ellos?

—Supongo que los primeros impulsan el proceso tratando de mantener el contacto con las manifestaciones ciudadanas del país, que es lo que conocen.

—¿Y los internacionalistas?

—Deben ser los experimentados y con mundo. A los nacionales los veo como universitarios con un par de lecturas de Marx y Lenin en el cuerpo y una ansiedad irrefrenable por entrar en la historia. Creo que los internacionalistas acumulan la formación política y militar.

—¿Se vinculan con el Foro de Sao Paulo o el Grupo de Puebla?

—Tal vez —ella inclinó la cabeza—. Se dice que cuentan con excelentes contactos en la región y en España, Italia, Grecia, Rusia, en fin. Se habla de tres círculos concéntricos defensivos a nivel continental. En el círculo exterior operarían los revolucionarios latinoamericanos; en su interior los que protegen al régimen bolivariano y, dentro de este círculo, estarían los “patria o muerte”,

aquellos que defenderán el núcleo originario hasta la última gota de sangre.

—¿Te refieres a Cuba?

—A La Habana.

—¿Pero no es todo lo mismo? ¿No es acaso la misma izquierda continental?

—Lo que hay son izquierdas. Lee al Che —recomendó Florencia y le arrancó otro chupito a la Mahou—. ¿Recuerdas cuando llamó a crear mil Vietnam? Lo hizo para distraer a Washington y Fidel pudiera consolidarse en el poder. Él sabía que los demás no tenían ninguna posibilidad de triunfar, pero igual los llamó al postrer sacrificio.

—¿Te refieres al resto de las guerrillas?

—Así es. Pero los que triunfan asumen la actitud numantina. ¡Y vaya que saben resistir! Mira a Castro, Ortega y Maduro. Les importa un huevo lo que diga de ellos el mundo. No negocian ni una sola gota de poder. El que crea lo contrario, es un ingenuo. Hoy manda en Chile la izquierda carnívora, la vegetariana tiene poco que decir. Te remito a Álvaro Vargas Llosa.

Al escuchar su nombre, Florencia se dirigió a la barra para regresar con una tabla ornamentada con chipirones, camarones, calamares y pimientos de Padrón. Brindaron encantados por la noche tibia, la cerveza fría y el aroma a ajo y especias que exudaba la comida.

—¿Y quién será Demonio en todo esto? —Cayetano se zambulló de una vez en la piscina—. ¿Será el líder de la agrupación de la que especulamos pero no conocemos?

—He escuchado ese nombre, pero ignoro a quién se refieren.

—¿Por qué le llamarán así?

—Según rumores, porque cojea como Mefistófeles y es devoto de la Santa Muerte. Vivió en el DF.

—¿Se identificará con los nacionales o los internacionalistas?

—No sé tanto como imaginas. —Ella se llevó a la boca un chipirón bañado en aceite de oliva, que saboreó con deleite.

Después del Hijo de Morales, pasaron al mercadito de un vietnamita por un Bacardí añejo y regresaron al Callejón del Nazareno, que seguía atestado de clientes felices y bullangueros.

—Te voy a enseñar algo —anunció Florencia una vez en la vivienda, y le indicó una empinada escalera por la que subieron de la mano y a trastabillones hasta alcanzar la azotea.

Brulé quedó atónito, sin palabras, deslumbrado por la magnífica silueta de la catedral que resplandecía dorada contra los reflectores y que, más que brotar del corazón de Sevilla, parece estar descendiendo desde el mismo cielo sobre la ciudad.

Caminó hasta la baranda sin poder apartar la vista del templo y sintió que La Giralda, madre de la Giraldilla habanera, levitaba ingrávida y sosegada en lo alto, sobre las torres y los campanarios, entre las estrellas que salpicaban el cielo despejado. Se sentaron a contemplar el espectáculo, mientras una canción de Norah Jones trepaba desde el callejón enfiestado hasta ellos.

Fue así como esa noche, Cayetano y Florencia, seducidos por el ron y La Giralda, se enlazaron en un abrazo mudo y febril e hicieron el amor con la desesperación de los amantes que se despiden para siempre.

Después se quedaron dormidos a la intemperie en la terraza sevillana.

85

Suzuki lo esperaba en el aeropuerto de Pudahuel. El vuelo desde Madrid en la butaca de economy lo había desguañangado.

Pasaron entre restos de barricadas humeantes y casetas del peaje incendiadas mientras avanzaban por la Ruta 68 a Valparaíso.

—¿Alguna novedad en las últimas horas, Suzukito? —preguntó mientras limpiaba con el pañuelo las gafas y trataba de apartar el recuerdo de la noche con Florencia en Sevilla.

—Nada nuevo, jefe, el desastre solo empeora. Nos acostumbramos a vivir en ascuas. Los vándalos se adueñaron de la calle y los políticos oteando para dónde sopla el viento y qué conviene decir para ganar la próxima elección. Mal va la carreta con estos oportunistas y descarados, jefe.

—Nosotros los escogimos, nadie nos los impuso, Suzukito. No somos víctimas, sino cómplices de este desaguisado.

Llamó al Escorpión.

—Necesito verte a la brevedad —lo urgió—. Tengo algunas ideas sobre quiénes pueden estar detrás de los asesinatos del pintor y del hombre del metro.

Prefirió omitir que, antes de dejar Sevilla, Florencia le había prometido contactarlo con alguien tan desencantado de la política como ella.

—¿Y no conseguiste nada sobre quién cometió el tercer asesinato? —preguntó la voz del Escorpión.

—¿A cuál te refieres?

—Al que se desbarrancó en la cuesta Barriga, que no tiene huellas dactilares registradas en parte alguna. Interpol aún no lo identifica. Y el tipo es de fuste.

—¿Cómo lo sabes?

—Usaba lentes de contacto.

—Cualquiera los usa hoy, Escorpión.

—Cualquiera los usa, pero no cualquiera los lleva implantados en las pepas. La operación no es barata.

—Interesante. ¿Se los extrajeron?

—Los del Instituto de Medicina Legal los detectaron a simple vista durante la autopsia. El tipo era fuerte y atlético.

—No faltaba más —dijo Brulé—. ¿Qué hacía en la cuesta? Ya nadie la usa.

—No creas. Siguen transitando por ahí parejas que quieren ahorrarse el motel. Este no iba acompañado ni se quedó dormido al volante. Medicina Legal dice que murió antes de que el auto rodara por la ladera. Un homicidio claro como el agua.

Otro muerto que no lograrían identificar en ese collar de víctimas: Edmundo, clandestino en su propia patria; el NN asesinado en el metro, y ahora uno que fallecía supuestamente en un accidente carretero. Por alguna razón, la identidad de esa gente se guarecía en una nebulosa frustrante.

—Cualquier novedad, te aviso —dijo el Escorpión y cortó.

Brulé llamó a Margarita, y como no respondió, le dejó un mensaje diciéndole que quería verla, aunque no sabía bien para qué. Después de lo ocurrido en Sevilla correspondía tal vez dejar pasar el tiempo, que no le sobraba.

Buscó en el celular el número del Dr. John Stamler, oftalmólogo de Iowa City, a quien conocía de una investigación en el Midwest estadounidense, y no lo halló. Tal vez lo tenía en un celular viejo, que guardaba en casa.

86

—¿Doctor Stamler?

—Con él, Cayetano. ¿Cómo estás?

—Gracias, doctor. ¿Tienes cinco minutos?

—Los que quieras. Acabo de salir de pabellón y ahora me encamino a tomar un buen latte en el Java House, que tú conoces.

Lo recordaba, quedaba junto a un viejo teatro, en el centro de la ciudad. Le explicó lo del muerto con lentes implantados, porque Stamler, cirujano de Harvard, le había mencionado un día que estos eran un verdadero carnet de identidad del portador.

Se lo había contado años atrás, precisamente en el Java, mientras investigaba el homicidio de un chileno en Iowa City. Ahora hablaban separados por más de diez mil kilómetros de distancia.

—Cuando conversamos allá —continuó Cayetano—, me dijiste que es posible identificar a alguien a través de los lentes implantados.

—Es posible. Cada uno lleva un número grabado. Pero necesito además una radiografía del cráneo de la persona para estar seguros. ¿Se trata de un NN?

—Así es, y me urge identificarlo. ¿Puedes ayudarme?

—Hazme llegar radiografías de su cara e información de los lentes. Deben ser AcrySof, verdaderas gotas de gelatina, que produce Alcon. Uniendo lentes y radiografías, tal vez pueda ayudarte.

—¿De qué depende?

—De que el NN tenga una lesión en los huesos de la cara, por un lado, y de la antigüedad de los lentes, por otro.

—¿Por qué depende de la antigüedad?

—Mientras más antiguos, menos sitios donde la cirugía puede haber tenido lugar. Los AcrySof los inventaron en Estados Unidos e inicialmente los implantaban en pocas clínicas.

—Perfecto. En cuanto tenga el material, te lo hago llegar por DHL.

—Encantado —respondió el Dr. Stamler con la suave entonación del

Midwest—. Pero ahora permíteme preguntarte por algo que me atormenta.

—¿De qué se trata?

—De Chile. Explícame, por favor, ¿qué está ocurriendo en ese país que era un oasis?

87

Una agente esperaba a Escorpión y Brulé en la puerta de la calle Ramón Carnicer, en Santiago.

Cruzaron un patio con espinos y entraron en una construcción de tres pisos. Subieron por una escalera hasta el segundo nivel, donde la mujer les abrió una puerta.

El departamento tenía por un lado un baño y una kitchenette con minibar, y por el otro una cama con velador y una mesa con dos sillas. Adosado a la pared, había un ropero, un anaquel con libros y un televisor. Al fondo, dos ventanas daban al patio.

La austeridad le recordó a Brulé la vivienda de Galaz y la del muerto en el metro. Habían dado con el departamento a través del vehículo siniestrado. No había sido fácil.

—La celda de un franciscano —comentó al Escorpión.

Brulé tomó en sus manos una fotografía borrosa del fallecido apoyada en el lomo de los libros. El hombre aparecía sentado frente a un micrófono, más atrás había otras personas, también sentadas, y al fondo una pared con el logo de la RT, el canal ruso de televisión internacional.

Tras fotografiar ese documento, pasó a revisar el ropero, donde encontró camisas y jeans de color negro, botas de media caña, zapatillas y mocasines. En unos cajones estaba la ropa interior, y había gorras de béisbol y pañuelos de tela negra. Aquí vivió el muerto de la cuesta Barriga, pensó. ¿A quién planeaba visitar al momento de su muerte? ¿A qué se dedicaba? Los de la técnica de la PDI contrastarían la foto con otras similares en la red.

—Ese estilo me parece conocido —dijo Cayetano indicando hacia el cuadro que colgaba encima de la cama.

—¿De quién es?

—La bahía de Valparaíso vista desde el cerro Barón —dijo Brulé mientras lo descolgaba. Era del tamaño de los que Puig tenía en

Andorra. —. Es un óleo de Galaz Expósito.

—¿Estás seguro?

—Claro, EGE, sus iniciales —le pasó el cuadro al policía—. Un callejón porteño. Por el costado se alza el campanario de la iglesia de San Francisco, que incendiaron dos veces en los últimos años.

Lo recordaba a la perfección. Estaba por ser reinaugurada tras su reconstrucción después de un incendio, pero volvieron a incendiarla. Eso debió haber ocurrido cinco años antes, cuando nadie creía que hubiese pirómanos capaces de tanta maldad. San Francisco era el símbolo de Valparaíso. Pérdida total. Nadie había resultado culpable.

De alguna forma se cierra el círculo, pensó. Que uno de los cuadros de Edmundo apareciese en la vivienda del asesinado en la cuesta Barriga probaba que existía un nexo entre los muertos y que el pintor tal vez integraba la misma organización.

Recordó lo que había aprendido en su viaje sobre los pirómanos y los servicios secretos. ¿Qué pretendían con la política de tierra arrasada en su propia patria?

Abrió el minibar. Stumm o Puig, ya no sabía quién, se lo había advertido: nadie en sus cabales destruye su propio país. Solo podía tratarse de fanáticos que no respetaban ni la arquitectura patrimonial. Siguió examinando. Coca Cola, cervezas, un tequila a medias. Ningún país sobrevive a algo así sin dolorosas secuelas. Nachos, salsa de ají.

Cerró el refrigerador y se sentó en la cama a revisar los libros apilados en el taburete.

Guía carretera de Chile. Dos volúmenes con fotografías de San Pedro de Atacama. Un mapa detallado del oasis. A él le gustaban los oasis de Atacama. Un día debería volver a San Pedro y a Pica. Cuentos de Von Schirach, un Wallander de Hening Mankell y un viejo tomo de las obras completas de Lenin, editado en Montevideo.

—¿Cómo pagaba el arriendo? —preguntó al Escorpión, que lo observaba con las manos en los bolsillos.

—Todo en efectivo según la dueña, que vive en el tercer piso. Dice que era quitado de bulla, recibía a poca gente, y pasaba poco en casa.

—¿Qué edad tiene la dueña?

—Unos ochenta, fue profesora de piano. No sé ni cómo sube las

escaleras.

Ochenta años, los pianistas suelen ser gente honesta y disciplinada, pero a estas alturas debe tener el oído de Beethoven y la memoria extraviada, se dijo Brulé.

Hojeó el libro de San Pedro de Atacama buscando no sabía bien qué. Años atrás, en ese oasis, había resuelto el asesinato de un periodista alemán, lo que le enseñó que el diablo habita en cualquier parte.

De pronto escucharon varios estampidos y el rugido de una moto que aceleraba. Se apartaron instintivamente de las ventanas y oyeron que alguien subía corriendo las escaleras y abría la puerta. Era la agente de la PDI, que llegaba jadeando y sin aire. Les indicó que la siguieran.

Bajaron los peldaños de dos en dos, cruzaron el jardín a lo que daban sus piernas, y salieron a la calle Ramón Carnicer.

Un hombre boqueaba tendido de espaldas en un charco de sangre. De hinojos a su lado, un agente de la PDI le masajeaba el pecho y le hablaba tratando de insuflarle ánimo.

Cuando se acercaron, el hombre ya tenía los ojos anclados en el cielo ámbar de Santiago.

88

No tardaron en identificar al acribillado.

Era Raimundo Rebolledo Meneses, treinta y dos años, porteño, sin oficio conocido, pero con ramos de pedagogía cursados en la desaparecida Universidad Arcis.

Los agentes de la PDI, que aguardaban al Escorpión en un coche institucional, habían presenciado atónitos la ejecución: una moto con dos ocupantes de buzo negro y escafandra, varios disparos, la víctima que se desploma aferrada a la puerta del patio que trataba de abrir, la moto que se da a la fuga.

—¿No pertenecía la Arcis al Partido Comunista? —preguntó Brulé.

—Algo por el estilo —repuso Escorpión—. Si no me falla la memoria, se financiaba con recursos del régimen venezolano y próceres afines. Quebró como la Unión Soviética, de tal palo, tal astilla. Bueno, es el partido chileno con más propiedades; Castro se las hubiese confiscado.

Conversaban en la oficina del Escorpión, en el penúltimo piso del cuartel general de la PDI, ante un café ya tibio, pero confiando en que la información les permitiera ubicar a amistades de Rebolledo.

—Era una Kawasaki —precisó el policía—. El que iba atrás usó una Parabellum.

—El clásico método sicario.

—El de los colectivos de Maduro que reprimen a la oposición. Llegan en enjambres y enmascarados. Por cierto, Carabineros encontró la Kawasaki delante de un cité de Recoleta y con la patente adulterada.

—¿A nombre de quién está la moto? —preguntó Cayetano.

—Olvídalo. Hace una semana el propietario denunció su robo —dijo el Escorpión con una mueca de fastidio.

—¿Es de confiar el propietario?

—¿En quién se puede confiar ahora, Cayetano? Pero no pierdas la

fe, porque están entrevistando a los familiares de Rebolledo. Apareció un pájaro interesante, apodado el Zarco.

A Brulé ya no le cabía duda. El asesinato frente al Cristo Redentor había sido perpetrado por siniestras fuerzas clandestinas. Las muertes del pasajero del metro, del conductor de la cuesta Barriga y la del visitante de la calle Ramón Carnicer constituían pruebas claras, aunque no suficientes, de que aquello se entreveraba con otras acciones de extrema violencia.

—¿Qué tal la reacción de la familia? —preguntó.

—Gente abandonada de la mano de Dios, sin educación, acostumbrada a las balaceras nocturnas y a que amanezcan cadáveres en las cunetas. Cayetano, no imaginas cuántas veces les dijimos a los políticos que esto no se arregla con más policías y a los periodistas que no convirtieran a los delincuentes en figuras de culto. Pero el rating manda.

Rebolledo era un nini, alguien que ni trabajaba ni estudiaba, aunque ese dato debía ser tomado con pinzas, porque seguramente trabajaba para el narco y estudiaba con esmero cómo contrabandear droga sin ser detectado por las policías ni los traficantes rivales.

Brulé pensó que debía partir por ubicar a conocidos del ejecutado y estudiar el nexo entre este y la televisora rusa.

—Por cierto —añadió el Escorpión cuando el detective salía del despacho—. Le pedimos a un laboratorio estadounidense que acelerara el trámite de tu amigo cirujano. Y él está colaborando. Bueno el John Stamler ese.

89

Siempre se obtiene algo con el raspado de la olla, se dijo Cayetano Brulé cuando decidió visitar a Federico «Zarco» Fernández, a quien la PDI ya había interrogado.

Así que, pese a esto último, partió en su búsqueda.

El amigo del acribillado en la calle Ramón Carnicer vivía en Puertas Negras, una zona populosa y apartada de Valparaíso, y trabajaba de nochero en una bodega industrial.

Llegó temprano por la mañana en el Lada hasta la modesta casa en la Luis Emilio Recabarren, allí donde la calle es simplemente una cicatriz de tierra cuarteada.

El estampido de la puerta del coche hizo gruñir a los perros detrás de las verjas. Junto a la casa había una furgoneta bajo una estructura metálica con techo de malla, y por el otro lado se alzaba una torre de madera de dos pisos, desde la cual, imaginó Brulé, podía verse el Pacífico. Por las ventanas abiertas llegaba Marc Anthony cantando «Valió la pena».

No hubiera podido vivir allí, reconoció. Tarde o temprano se lo habría devorado la desesperanza. ¿Qué decía Séneca? «El que se acomoda a la pobreza, es rico». Desvariaba el filósofo, pues ni él mismo, que estaba lejos de ser un aristócrata como el cordobés, habría resistido en ese vecindario. De sitios como ese emergían quienes hallaban en la violencia el desahogo para sus frustraciones, concluyó.

Golpeó a la reja y los perros ladraron hasta que el Zarco asomó por la puerta de la casa. A un costado colgaba una jaula con un canario saltarín.

—¿Quién?

Podía verlo por los intersticios de las tablas. Era esmirriado, andaba en jeans y camiseta sin mangas, mal afeitado, melenudo.

—Vengo de la PDI.

—No tengo nada más que decir —ladró de vuelta el Zarco y los

perros lo imitaron.

Un hueso duro de roer, pensó el detective.

—Lo que quiero transmitirle le conviene —gritó sin amilanarse.

El Zarco sacudió la cabeza, Brulé hubiese apostado a que la curiosidad lo haría picar el anzuelo.

Lo escuchó silenciar a Marc Anthony y al rato lo tuvo en la puerta de calle.

—Vamos por ahí, mejor —invitó el Zarco.

Echaron a andar por Recabarren en dirección al mar por la inhóspita quebrada de la Fábrica, cruzaron el camino La Pólvora entre colchones destripados y tazas de baño quebradas, y se acercaron al acantilado.

—Lo escucho —dijo por fin el Zarco en el borde del precipicio, donde la brisa marina despeinaba su cabellera.

Le contó que investigaba unos crímenes relacionados con el de Rebolledo. Zarco escuchaba con la vista baja.

—Y en esta secuencia de finados me temo que usted será el próximo —resumió Brulé.

El Zarco cortó una ramita de un boldo, se la plantó entre los dientes y se cruzó de brazos. Abajo reventaban las olas contra las rocas revestidas de huiros.

—¿Y qué es lo que usted quiere? —preguntó.

—Que me cuente quiénes liquidaron a su amigo.

—No éramos amigos.

—No nos leamos la suerte entre gitanos —Brulé esbozó una sonrisa perdonavidas—. A Rebolledo lo liquidaron cuando iba a la vivienda de un tipo que murió en la cuesta Barriga. Llevaba una llave del departamento. Ahora ambos están en el otro mundo. El único que puede hablar es usted. Cuénteme en qué andaban.

—En puras pendejadas.

—¿Pendejadas?

—Mujeres, alcohol, éxtasis.

—¿Y por eso terminaron tiesos? No me haga reír. Si fuera por eso, medio Chile estaría reposando en el Parque del Recuerdo y la otra mitad en el Cementerio General. Póngase serio porque le veo cara de

fiambre y no tengo pasta de sepulturero. Si no quiere ayudarse a sí mismo, es cosa suya. Al final cada uno se jode como puede.

El Zarco reanudó la marcha y Brulé lo siguió temiendo que saltara al vacío. Pensó en el pasajero del hotel de Andorra y prefirió olvidarlo. Si el Zarco estaba amenazado de muerte, algo que su confesión sugería, ¿qué más le daba morir en ese instante por voluntad propia o al día siguiente por mano ajena?

Alzó la vista hacia las gaviotas que planeaban sobre ellos, y se dio cuenta de que estaba cerca de El Cricket, decenios atrás una paradisíaca laguna rodeada de pinares, en la que abundaban pejerreyes y carpas. Ahora el agua se había evaporado dejando estrías de fango, y la tala ilegal y los incendios de bosques le habían asestado el *knock out* definitivo. La Sicilia de Chile no tenía vuelta.

El Zarco se sentó en una roca y dijo:

—Rebolledo trabajaba para el tipo del departamento, que a su vez dependía de otro gil, maceteado, pero yo no tengo nada que ver con eso.

—¿Cómo se llamaba el maceteado?

—Una vez le dijeron Monterrey. Vino dos veces. Alto y bien vestido, hablaba bonito. Yo diría que es ingeniero.

—¿En qué trabajaba Rebolledo con el finado del departamento?

—Supongo que en nada santo.

—¿Por qué?

—Manipulaban sustancias inflamables.

—¿Como cuáles?

—No tengo idea. El extranjero era el químico. Nunca me habló.

Pensó en los narcos y su incesante búsqueda de sustancias para procesar la coca. Por la costa chilena entraba gran parte de esos insumos, con Bolivia como destino final. Colombianos y mexicanos, y cada vez más chilenos, operaban el lucrativo negocio. Se rumoreaba que estos últimos ya estaban en condiciones de hacer ofertas que nadie podía rechazar y que era usual en México: dos maletines de cuero, uno con fajos de dólares, el otro con fotos de la familia y la mascota del consultado.

—¿Cómo sabes que era extranjero y químico? —Pasó a tutearlo para

ablandarlo.

—Por la forma de hablar —dijo el Zarco—. Era colombiano o cubano, de por allá, en todo caso. Y bueno, la especialidad del doctor era la química.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Rebolledo me pidió al comienzo que dejara al químico, así se refería a él, visitar la bodega, cosa que hizo acompañado de Monterrey. Después de darse vueltas por los pasillos, me ofreció plata para que yo guardara unos tambores por unas semanas.

—¿Y qué contenían?

—Dijeron que sustancias inflamables. Les dije que les iba a salir salado, aunque todo lo que hay en la bodega es inflamable. El químico me respondió que para él la plata era lo de menos, que el problema iba a ser yo si le comentaba el asunto a alguien más.

—¿Te amenazó?

—Me pasó un millón esa noche, y me dijo que me daría otro millón si nadie se enteraba de nada. Y después sacó una pistola, me apuntó a la frente y me ordenó que mirara fijamente la boca del cañón. Monterrey comenzó a reírse a su lado.

—Yo hubiese temblado de pies a cabeza —dijo Brulé tratando de que lo sintiera solidario.

—Me quedé turnio de mirar el cañón y pensar que hasta ahí no más llegaba, adiós señora e hijos, en fin, y hasta me hice en los pantalones, pero le supliqué que confiara en mí.

—¿Y?

—La noche del 12 de octubre llegaron dos tipos en un camión y cinco en un cuatro por cuatro, neutralizaron las cámaras, dejaron en la bodega diez tambores, y días después volvieron para llevárselos.

—¿No tenían especificaciones los tambores?

—Nada.

—¿Y te pasó el otro millón?

—Me estafó, pero no tengo pruebas para demandarlo —masculló el Zarco—. Y le apuesto que el bellaco es otro de esos inmigrantes ilegales.

—¿Monterrey también es extranjero?

—No, ese es chileno, medio arrogante.

—En fin, en vez de pensar en demandar a esa gente, cuéntame mejor qué recuerda de ellos y después hágase humo. Usted podrá respirar tranquilo solo cuando le hayamos echado el guante a esos gaznápiros. ¿Para dónde se llevaron los tambores?

—Creo que al norte.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque a los del último camión, un frigorífico que venía de Puerto Montt cargado con mariscos y pescado, les oí decir que seguían esa noche a Calama. Los escoltaba una Ford Expedition que llevaba dentro una baliza policial.

—¿Apuntaste las patentes?

—¿Lo pregunta en serio? No soy suicida —alegó el Zarco—. Yo quería recibir la plata para ampliar mi casita y olvidarme de todo, pero creo que mejor me hago humo por un tiempo.

—Mucho mejor, pero con la familia y los quiltros, y sin olvidar el canario, que si no se lo convierten en broiler —dijo Brulé.

90

Mientras caminaba de vuelta a casa tras comer en Il Malandrino, una suburban negra se detuvo a su lado en la calle Lautaro Rosas.

Un hombre corpulento, de traje y corbata, bajó del vehículo. Brulé se llevó la mano a la Beretta.

—Calma, calma, amigo —dijo el hombre extendiendo los brazos.

Era alto, calvo y de labios gruesos, y debía tener unos sesenta años. Usaba anteojos y de alguna manera, tal vez por su envergadura y sus movimientos pausados, se parecía al detective.

—Soy analista político en la embajada de Estados Unidos y ayudé en el asunto de los lentes del que murió en la cuesta Barriga —dijo con un marcado acento caribeño.

—¿Qué se le ofrece? —lo escrutó con desconfianza indisimulable.

—¿Le parece que conversemos en mi coche?

La Chrysler soltaba el rumor de un motor bien calibrado en el páramo de la calle a la hora del crepúsculo.

—Prefiero caminar —dijo Cayetano.

—Me llamo Mike Iglesias, experto en asuntos latinoamericanos.

Bajaron las escaleras de Templeman y luego subieron por Urriola comentando la destrucción de la ciudad, y tras doblar por Almirante Montt en la esquina del Filou de Montpellier, se sentaron en los Catorce Asientos, con la Iglesia Anglicana a un lado y lo que fue el Colegio Alemán, al otro.

—Quería conocerlo personalmente porque me han hablado de usted. *Fine job, Mister Brulé*.

—¿Cómo se enteró de lo que hago?

Mike apoyó la espalda contra el muro, sonrió y dijo:

—Investigando. También sé que colabora con la PDI y lleva un caso que me interesa mucho. Podríamos colaborar, digo yo, en ciertas diligencias y compartir gastos. La calle está recia.

—Muy generoso, Mike, pero valoro mi independencia —se acomodó

las gafas—. Soy como el jaguar, cazo solo.

—Qué lástima, porque usted, pese a su estilo, es efectivo. No se ofenda, sé que tiene un modus operandi singular, añejo, como que huele a naftalina, pero que me encanta —soltó una carcajada—. Trasnochado como el inspector Columbo, pero más lúcido que cualquiera.

—¿Qué busca con esta conversación, amigo?

—Ya se lo dije —Mike alargó la boca en un puchero—. Por cierto, me enteré de lo que arrojan los lentes del muerto en la cuesta Barriga.

—¿Cómo está al tanto de eso?

—Se conoce el milagro, pero no el santo, Mr. Brulé. Escuche: el portador de los lentes es Yoel Ruiz, venezolano, cincuenta años, nacido en Caracas. ¿Por qué lo sé? Porque hace ocho años se hizo la cirugía en una exclusiva clínica de Miami, donde fue socio de una aerolínea que hacía fletes a Cuba.

—¿Y cómo llegó de Miami a Chile?

—Supongo que porque era agente del SEBIN. Pasó por la Hermanos Tamayo, la escuela de espionaje cubano que está en La Habana, y fue adiestrado en el campo que las Avispas Negras, las tropas especiales isleñas, tienen en Venezuela.

—¿Está seguro que es el mismo hombre?

—Las placas radiográficas no mienten: Ruiz tenía fractura en el tabique nasal y dos molares de implante. Las radiografías de la clínica de Miami y las que envió la PDI a Estados Unidos coinciden. Es el mismo hombre. No hay duda. Como cinturón negro en kárate perdió un par de dientes. El SEBIN debe haberle financiado el implante de los lentes porque un comando cegatón no sirve.

Mike extrajo un sobre de su chaqueta y luego le mostró una foto de Ruiz vestido de verde olivo en una plaza donde amarilleaban los cocoteros.

—Aquí lo tiene, diez años atrás, en La Habana.

Ahora encajan algunas piezas del rompecabezas, pensó Cayetano.

—¿Cuál era la especialidad de Ruiz? —preguntó.

—La gente de tropas especiales hace de todo, Mr. Brulé —volvió a guardar la foto—. Mata sin dejar huellas, destruye puentes, vive de

insectos, incendia hasta lo incombustible, derriba helicópteros, en fin, capacitada para lo que haga falta.

—¿Quién le entrega tanto dato?

—¿Qué más da? El conocimiento es para compartirlo. Trabajamos por los mismos objetivos y valores, M. Brulé, y enfrentamos los mismos enemigos. Lo demás es accesorio.

Le bajaron ganas de fumar un A. Puente de los que lo esperaban en casa justo cuando por Almirante Montt asomaba la nariz de la Chrysler con vidrios polarizados. Viró lentamente a la derecha y avanzó hasta detenerse junto a ellos.

—¿Ha escuchado hablar de un grupo llamado Pentarquía? —preguntó el detective.

—Está en Perú y Ecuador, y al parecer también en Chile. ¿Anda detrás de eso?

—En cierta medida.

—Lo ayudaré si me entero de algo, Mr. Brulé. Tenga cuidado, eso sí. Son púgiles que usan guantes con herradura dentro, así que noquean.

—¿Ha escuchado de Demonio?

—Dicen que lidera la violencia en Chile, pero aún no tengo la película clara. ¿Y usted qué ha oído?

—Que dirige la Pentarquía.

—Puede ser. Antes de irme quiero contarle algo —prosiguió Mike—. En estos días pueden entrar al país unos tipos siniestros: cuatro supuestos desertores del ejército venezolano, que en 2019 cruzaron a Colombia por Cúcuta; y dos supuestos desmovilizados de las FARC acogidos al plan de paz firmado en La Habana entre la guerrilla y el gobierno colombiano.

—¿Vienen de Colombia?

—Desembarcaron en Lima la semana pasada. Pueden cruzar por aire o el colador de la frontera norte.

Mike le entregó un sobre que Brulé abrió. Contenía fotocopias de pasaportes con timbres de ingreso a territorio peruano y los correspondientes datos biográficos.

— Son veteranos y no me trago que sean desertores.

—¿Gente del Demonio?

—Lo ignoro, pero con experiencia de combate, buen currículum y dispuesta a todo, Mr. Brulé.

—¿Informó a las autoridades acá?

—Claro, pero no me hago ilusiones. También las alerté el año pasado cuando el mejor hacker venezolano entró a Chile. Se pasó tres meses aquí y ni siquiera lo entrevistaron al dejar el país. Quiero creer que alguna buena razón tuvieron para no hacerlo. En fin, tengo que irme. En el sobre hallará mi celular.

—Gracias, Mike.

—Y no les pierda el rastro como ocurrió con el hackeador que formó el comandante Ramiro Valdés y que coordinó el *buzzing* de octubre vía Moscú y Caracas.

—No lo echaré al saco roto.

—Antes de irme, dígame, Mr. Brulé, ¿por qué en Chile queman todo sin asco?

91

Una vez en casa, se sirvió un espresso y un orujo, repasó mentalmente el abordaje callejero de Mike Iglesias, y gugleó el nombre de Yoel Ruiz Bárcenas.

Estaba de suerte. Encontró dos fotos suyas en una actividad de la RT rusa, las únicas, por lo demás, que había en la red sobre su persona. Llevaba bigote, anteojos y una suerte de chasquilla. Se trataba de un foro sobre la economía de América Latina, celebrado en Caracas en enero de 2010, un mes después de fundada la señal televisiva rusa en español.

En la primera foto, Ruiz hablaba ante un micrófono, y en la otra participaba en un brindis acompañado de funcionarios venezolanos y un diplomático ruso.

Lo usual, pensó Brulé degustando sorbos intercalados de café y orujo, recordando que a menudo los agentes operan bajo la cobertura periodística para disimular su labor conspirativa.

Pero en la red halló algo adicional: unas imágenes de Ruiz en un breve video que informaba sobre la conmemoración.

Un escritor y diplomático ecuatoriano, sentado junto a Yoel, hacía uso de la palabra. Y en esa toma le llamó la atención que el sujeto hurgaba en los bolsillos de su pantalón y luego en los de su guayabera, y que una joven sentada detrás de él sacaba de su cartera un pañuelo y se lo entregaba con gesto familiar, lo que Yoel agradeció con una leve inclinación de cabeza, volteándose apenas hacia la mujer.

Momento, esos forman pareja, concluyó Brulé de inmediato. Hay demasiada confianza entre ellos para permitirse esos gestos. ¿Cuántos años tendría ella? Detuvo el video. Blanca, ojos azules, pelo castaño, atractiva. Unos veinte o veinticinco años.

Fotografió la pantalla del notebook, apartó las fotos y el link del video, y envió todo al Escorpión pidiéndole que le identificara a la mujer. Después de pensarlo un rato, transmitió lo mismo a Mike

Iglesias.

92

—¿Cayetano?

—¿Cómo estás, Margarita?

—Medio fondeada, pero bien. Y por más que intento alejarme de ti, me persigues.

—¿A qué te refieres?

—Esta tarde llamó a la oficina una tal Ruth que necesita hablar contigo. Dice que te ubica a través de una mujer que vive en Sevilla y que está en peligro como el pintor, el pintor, así dijo, y por eso no te llama directo.

—¿Qué le respondiste? —Brulé pensó en Florencia, en que le había puesto en perspectiva un contacto interesante. Debía ser ese.

—Le pedí su número. Dijo que prefiere llamar de nuevo para decirme dónde y cuándo te puede esperar.

—¿Te pareció seria?

—Lo que me parece serio es que sea una mujer y luego que pueda estar tendiéndote una trampa. No olvido lo que hemos pasado. Voy al trabajo solo porque hay que sobrevivir. Ni tú ni yo vivimos de bonos, sino que del sudor de nuestra frente.

—No descarto que sea una trampa, Margarita, pero si quisieran darme el bajo, ya lo habrían hecho. Ando sin escolta y soy un blanco fácil. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué me esconda en el caparazón como una tortuga? Que Ruth te diga cuándo y dónde puede verme, y yo me aparezco en el sitio. Que sea público, eso sí.

—Se lo diré si vuelve a llamar. Pero dime, Cayetano, ¿cuándo vas a dejar ese desvarío?

93

A la mañana siguiente, después de otra interminable noche de enfrentamientos callejeros, saqueos e incendios en varios puntos del país, Cayetano halló un sobre a su nombre bajo la puerta del despacho.

Pareja de Yoel Ruiz Bárcenas:
Inge Lang. Chileno-alemana. Annaberg (Alemania Oriental), 1980.
Padre chileno (exiliado 1977 en Cottbus, RDA); madre alemana.
Estudió sociología en Technische Universität Dresden (2001-2005).
Militancia en partido Die Linke (2003-...).
Activismo en organizaciones sociales en Sajonia (2005-2010).
Cursos de cultura y literatura en universidades San Carlos de Guatemala, Simón Bolívar de Caracas, Arcis de Santiago, La Habana y Buenos Aires (2008 y 2016).
Financiamiento: becas de fundaciones alemanas y españolas.
Administradora de Empresa de Alimentos Temuko (EAT), Talca, Chile (2017-...).
Saludos
MI

94

Al llegar a la dirección de la empresa EAT, en la ciudad de Talca, Brulé constató que allí no estaba la empresa sino una construcción de varios pisos que albergaba un sushi y un restaurant chino, el Yu Fa.

—Déjame aquí no más, Suzukito. Le preguntaré al viejito que está barriendo la escalera.

—Y cuando termine, vamos por una sopa miso y un Chirashi —propuso el asistente—. A ver cómo cocinan mis compatriotas en Talca.

El anciano, de aspecto asiático, tenía la cabellera y el bigote blancos en canas.

—Disculpe, ¿no está por aquí la empresa EAT? —preguntó Cayetano.

El hombre le indicó por gestos que no escuchaba bien.

—Déjeme a mí, jefazo, que yo me entiendo con mi gente —anunció Suzuki, que acababa de hallar estacionamiento para el Lada.

—Con lo rápido que hablas, no te entenderá el abuelito —aseguró Brulé.

—Abuelo, ¿tú entender? ¿Dónde estar EAT? No estar aquí —Suzuki empezó a gesticular—. ¿Dónde estar? —y siguió así, hablando fuerte y lento, y gesticulando de modo cada vez más aparatoso.

El anciano se llevó una mano a la oreja, activó el audífono y dijo:

—Perdón, señor, ¿qué se le ofrece?

—¿Dónde estar empresa EAT? continuó Suzuki.

—Usted debe referirse a la antigua Empresa Agrícola que tuvimos aquí —repuso el hombre en un español impecable—. Se trasladó hace años. Ahora la encontrará en la Ruta 5, cerca del cruce con la Circunvalación.

—¿Dónde aprender usted *so wonderful* español, abuelo?

—Soy chileno, huevón —repuso el anciano sin perder el sosiego—. Chileno de ascendencia china y nacido en Arica. ¿Conoce el Morro, la catedral de San Marco o el Valle de Azapa? Y ahora apártese, por

favor, que estoy barriendo.

Brulé y su asistente volvieron achunchados al Lada.

—Ojalá manejes mejor de lo que hablas chino —comentó Cayetano con sorna mientras asomaba un codo por la ventanilla—. Vamos a la Ruta 5, Einstein.

95

La oficina de la Empresa EAT ocupaba uno de los primeros galpones de un terreno cercado por panderetas prefabricadas. Empleados cargaban cajas de cartón de una bodega a unos camiones.

Suzuki estacionó frente a la oficina.

—Ojo al charqui y que no te vuelvan a rajar la tela —le advirtió Cayetano al bajar del vehículo.

Inge Lang no tardó en recibirlo en su despacho. La secretaria le había anunciado la visita de la PDI.

El carnet falso sigue operando milagros, se dijo Brulé, regocijado. En verdad, lo había comprado años atrás en el mercado Pepito de la Ciudad de México. Allí por diez dólares se conseguía cualquier título universitario, incluso de Harvard, o las máximas condecoraciones del país que uno deseara. También estaban disponibles carnets del Mossad y la CIA.

—Gracias por decírmelo, pero si un día te pillan con esto —le había advertido el Escorpión mientras compartían orujo y anchoas en el Antiguo Bar Inglés de Valparaíso—, yo nunca supe nada.

Y cuando Brulé vio a Inge Lang, no le cupo duda de que era la misma mujer del video de Caracas, solo que bastante mayor. Sus ojos azules lo escrutaron de arriba abajo con severidad y distancia.

Mientras se guardaba el carnet, el detective reparó en una nueva mancha de café en la corbata. Tendría que llevarla a Sandrico porque estaba bien ponerse viejo, pero no andar churriento.

—Vengo por Yoel —anunció.

—¿Disculpe? —repuso ella extrañada, indicándole que tomara asiento frente al escritorio.

—Necesito hacerle unas consultas sobre el ciudadano venezolano Yoel Ruiz Bárcenas, que falleció en un accidente automovilístico en la cuesta Barriga. ¿Usted lo conocía?

—Lo conocí hace mucho.

—¿Sabía de su muerte?

—No —dijo ella untándose los ojos con un pañuelo y luego se excusó para ir al baño.

Cayetano examinó desde la silla el mobiliario de la modesta oficina: estantes, un par de archivos metálicos, una pizarra con gráficos hechos a mano, un mapamundi antiguo. Nada de toques de carácter personal en el sitio. Al menos a través de las persianas podía ver señales de vida: los hombres que cargaban cajas en la explanada.

Si la mujer mantenía una relación romántica con Yoel, al menos debía estar informada de que había desaparecido, pensó. No pudo decidir si su contenida reacción ante la noticia fue simulada o genuina. Maldita profesión, dijo, ¿cuándo volvería a creer de nuevo en las personas?

La mujer regresó al rato sonándose la nariz y con signos de haber llorado. Volvió a sentarse al escritorio y sus manos, largas y pálidas, se pusieron a jugar con un lápiz.

—Lamento que deba consultarla en estas circunstancias —aseveró Brulé—. ¿Puedo preguntarle desde cuándo no lo veía?

—Desde hace un año, en una fiesta en Santiago, no recuerdo dónde. Pero lo conocí hace mucho en Ciudad de Guatemala, donde tomé cursos de historia en la Universidad de San Carlos. Él viajaba representando a una empresa agrícola. Y después lo vi acá. Creo que andaba en lo mismo.

Le mentía, pues el informe de Mike, de ser cierto, sostenía que ella y Yoel eran pareja, por lo que debía saber que este pertenecía al SEBIN, ya que los agentes suelen comprometer a la pareja por su propia seguridad.

Escuchó pasos y voces en la antesala.

—¿Cómo fue el accidente? —preguntó Inge.

Le contó lo que sabía, aunque sin mencionar que se había tratado de un asesinato. Ella escuchó con estupor y la vista fija en el lápiz que sostenían sus dedos.

—Lo siento, de verdad —concluyó Cayetano. ¿Usted sabe si habrá dejado parientes o amigos?

—Creo que no tenía parientes en Chile, pero supongo que sí amigos

en la comunidad venezolana, porque era un hombre extrovertido. ¿Qué necesita saber, señor?

No podía decírselo. ¿Entonces la relación romántica había terminado en Chile? Mike, en quien comenzaba a confiar, no podía estar desorientándolo.

Pero si siguieron siendo amantes, ¿por qué no se habían casado? De ese modo Yoel habría obtenido la residencia en Chile. El SEBIN le habría suministrado los certificados que precisara para el trámite. Si había desechado esa opción, la respuesta podía ser solo una: su misión le impedía aparecer en los archivos de la migración chilena. ¿Por qué necesitaba ocultar su identidad? Precisamente esa interrogante unía su caso a los del pintor porteño y el fallecido en la estación del metro.

—Necesito saber por qué su amigo vivía clandestinamente en Chile —respondió Cayetano sabiendo que iba sin ambages al hueso del asunto.

—No tenía idea de su estatus legal, señor. Mal puedo conocer sus razones para eso. En Chile vive medio millón de refugiados venezolanos, y quizás la mitad sin papeles vigentes.

—Voy a revelarle algo —se acomodó las gafas—. A Yoel se le hizo la autopsia y a su vehículo una inspección técnica. Murió de un golpe letal antes del accidente, y el coche se desbarrancó con la varilla de cambio puesta en neutro. Yoel no perdió el control del auto, señora. A él lo asesinaron y luego lo desbarrancaron para simular el accidente.

Con la barbilla trémula, la mujer dirigió la vista por la ventana hacia el exterior como en busca de consuelo. Cayetano no supo de qué modo continuar. En la antesala amainaban los pasos, pero la gente continuaba allí enviándole probablemente el mensaje de que si algo le ocurría a Inge, él no saldría bien parado de EAT. Se atrevió a preguntarle en tono bajo, casi íntimo:

—¿Quién y por qué lo habrá asesinado?

Ella sacudió la cabeza y se cubrió la boca con el pañuelo.

—Todo esto me huele a ajuste de cuentas entre narcos —agregó Brulé—. Cuando en ese gremio alguien traiciona, recibe un castigo brutal. Yoel no consumía droga, pero su asesinato fue perpetrado por sicarios. ¿Trabajaba con narcos?

—De verdad, no lo sé —repuso Inge sosteniéndole la mirada.

—Le advierto que usted está en peligro porque el narco las emprende también con los cercanos del que consideran delator. Probablemente tendré que seguir molestándola —se dispuso a irse—. Permítame una última pregunta, señora: ¿a qué se dedica la EAT?

—Comerciamos con alimentos no perecibles.

—¿Exportan?

—Casi todo.

—Vaya. Incluso al Asia —añadió Brulé mirando el mapamundi con banderillas clavadas en varios países—. ¿Quiénes son los propietarios?

—Es una sociedad anónima que comenzó hace cinco años con un capital modesto y que hoy emplea a setenta personas. Almacenamos y empacamos aquí, y exportamos.

—¿Chilenos todos?

—Gente de países latinoamericanos.

Le pidió su teléfono, le dejó su tarjeta con el número del celular, y se despidió.

—¿Alguna novedad? —preguntó al subir al Lada.

—Observe el camión a mi izquierda —dijo Suzuki mientras buscaba salir del sitio eriazo hacia la Ruta 5—. ¿Lo ve?

—Veo a unos tipos cargando cajas en un camión. ¿Qué tiene de raro eso, Suzukito?

—¿Cómo me pregunta eso? Mire bien: según averigüé, cada caja lleva alimentos y, por un costado, el rostro sonriente de Nicolás Maduro. Esas cajas van para Venezuela, jefazo.

96

Dos días después, cuando la violencia seguía arreciando en el país, Margarita le avisó que al día siguiente, a las siete de la tarde, Ruth lo esperaría en la terraza de una cervecería del paradero 43 y medio de Granizo.

—No vaya solo, jefe, mejor lo llevo yo —se ofreció Suzuki.

Le incomodaba llegar acompañado. La mujer necesitaba decirle algo en confianza, aunque no podía descartar que se tratase de una encerrona. Además, una terraza que da a una calle siempre representa un riesgo, así que terminó aceptando la oferta del asistente.

—Menos mal que llevas a ese vago como carne de cañón. Alguna vez que se la juegue por ti, que le has dado todo en su vida —comentó Margarita al teléfono.

Suzuki detuvo el Lada pasado la cervecería para que Cayetano se devolviera por la calle bordeada de parcelas. En el patio del 43 y Medio se sentó en la última mesa, mirando a la calle, bajo un ciruelo, y pidió una IPA y una empanada frita de queso con camarones. No había nadie más en el establecimiento.

En el sosiego del atardecer campestre, aspirando el aroma a boldo y escuchando el canto de pájaros, le costó convencerse de que, en ese mismo momento, muchas ciudades sufrían el apremio de vándalos e insurrectos.

Ruth llegó caminando. Llevaba una holgada túnica de lino color ocre, un collar de piedras y un sombrero Panamá negro que cubría su cabellera.

—Necesitaba verlo porque usted investiga el asesinato de Edmundo y yo lo conocí —dijo ella mientras se acomodaba en la silla. Pidió una stout y miró por encima de la pirca hacia la calle—. Debe conocerlos, por si me pasa algo. No soy de dramas, pero sé que corro peligro.

—¿No prefiere explicarme todo allá dentro? —Cayetano indicó hacia el interior del local.

—Si nos disparan, nos parapetamos detrás de este murito — afirmó ella intentando sonar divertida—. Me llamo Ruth Caffiero, y durante dos años trabajé para Edmundo.

Aquello lo sorprendió. Pocos admitían conocer al pintor, y menos se mostraban dispuestos a hablar sobre él.

—¿Y qué funciones cumplía para él?

—Durante un tiempo me pagó como modelo. Entiéndalo bien. Yo fui modelo para la academia de artes plásticas de Valparaíso hasta que él me contrató como asistente.

—¿Asistente para qué?

—Para actividades políticas.

—Él era de izquierda, ¿no? ¿Alguna relación entre la política y su muerte?

—Usted debería saberlo si trabaja para Amaya Bengoa.

—Ya no. ¿De dónde sabe que trabajé para Amaya?

Ruth esperó a que la dependiente terminara de acomodar la cerveza y las aceitunas en la mesa, y respondió que en Valparaíso todo se sabía, y que quienes conocían a Edmundo estaban al tanto de quién investigaba su asesinato.

—No me gusta andar con rodeos. Yo apoyaba a Edmundo en la estructura, señor Brulé.

—¿Estructura? ¿Qué estructura?

—Una que llaman la Pentarquía, en la que su nombre de guerra era Alejandría. El nombre de guerra del que murió en el metro era Constantinopla.

Guardó silencio, pensando reconcentrado. Aquello confirmaba que Alejandría era el nombre de guerra de Galaz y que los datos de Ruth eran de confiar. Sintió que el mundo se burlaba de él y de sus escasos recursos. Se había financiado viajes a Paraguay, España y Andorra con el propósito de conseguir información sobre Edmundo, sin embargo alguien que vivía cerca, en Valparaíso, podía proporcionarle más detalles de los que imaginaba.

—¿Por qué llevan esos nombres? —preguntó.

—Porque tienen cinco cabezas que la conducen. Buscaron inspiración en la historia.

—¿Por eso el símbolo de las cinco líneas paralelas?

—Claro —repuso ella mirándolo con fijeza.

—¿Quiénes son entonces los dirigentes?

—Lo ignoro, señor Brulé. Es una organización secreta y, como tal, compartimentada.

—¿Y cuál es la razón por la cual usted corre tanto peligro?

—Ya se lo dije: porque trabajé para Edmundo. La Pentarquía lo condenó a muerte a él y a sus colaboradores.

—¿Por qué lo asesinaron?

—La muerte de Edmundo se vincula con el hombre del metro, señor.

—¿Está segura?

—El del metro murió en octubre, días antes de que se iniciaran las protestas en el país. Poco después asesinaron a Edmundo. Ahora vendrán por mí —enfatizó, trémula.

Brulé bebió un sorbo de cerveza diciéndose que Ruth no podía estar fantaseando. Por el contrario, se notaba que manejaba buena información. Conque Alejandría era Edmundo y Constantinopla el muerto del metro... Ahora sí calzaban varias piezas en su rompecabezas.

—Los videos del metro muestran a las claras que se trató de un asesinato —comentó Brulé acariciándose el bigote—. ¿Quiénes pueden haberlo liquidado?

—Edmundo.

—¿Qué dice?

—Edmundo. Fue Edmundo quien mandó a matarlo, señor.

97

—¿Habla en serio?

—En serio y aterrada —dijo Ruth—. Ya tengo a mi hija fuera de Chile y estoy por seguirla, pero antes quería verlo a usted porque tal vez es el que puede parar esta locura.

Brulé se permitió otro pedazo de empanada. Un porfiado hilo de queso derretido se estiró como un elástico entre sus dientes y la empanada. Lo derrotó arrancándole un nuevo mordisco a la masa.

—¿Por qué Galaz Expósito mató al hombre del metro?

—Porque se enteró de que su misión era incendiar las iglesias de Chiloé.

Aquello le pareció en un inicio completamente inverosímil y luego recordó las conversaciones con Stumm, Padrón y Puig. Las palabras de Ruth le dieron vueltas en la cabeza hasta que creyó entender por qué la nota de Alejandría a Constantinopla se hallaba en el libro sobre las iglesias chilotas.

—¿Lo dice en serio? —se acomodó los anteojos—. ¿Estamos hablando de quemar iglesias patrimonio cultural de la humanidad, construidas íntegramente en madera? Quedarían solo cenizas porque ni clavos usa la arquitectura chilota. ¿Cómo se llega a esa barbarie?

—Es largo de explicar, señor Brulé, pero escuche: el muerto del metro se llamaba Diego Anzoátegui, con nombre de guerra Constantinopla, un venezolano adiestrado cerca de Caracas.

—¿Venezolano? ¿Y pretendía incendiar iglesias chilotas?

—Tenía a su cargo esa misión. Edmundo lo supo y se opuso en el comité superior de la Pentarquía, pero como no pudo cancelar el plan, ordenó la ejecución de Anzoátegui antes de que lo materializara. Cada patriarca cuenta con gente propia para cumplir sus misiones.

Aquello era demasiado. Necesitaba tiempo para digerirlo.

—¿Por eso cayó ese hombre a las líneas del metro?

—Por eso.

—¿Y Edmundo tenía a su vez una misión?

—Algo simple y simbólico. Apoderarse de documentos esenciales de la historia de Chile: el Reglamento Constitucional de 1812, la abolición de los títulos nobiliarios, algunos originales del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y de un museo en Colchagua. Le encargaron una misión acorde con su sensibilidad cultural.

—Pero ¿qué se proponían con todo eso?

—Apoderarse de las fuentes históricas de la identidad nacional y, en el caso de Chiloé, destruir un legado que consideran colonialista y foráneo.

—¿Se refiere a las iglesias de Chiloé?

—La Pentarquía las ve como resabio colonial.

—Suena truculento —apuntó Brulé, pero se acordó de Pol Pot, el líder comunista camboyano que aborrecía a los intelectuales y se había propuesto refundar su patria. El saldo: millones de muertos.

—Le sonará truculento, pero no puede negar que era un golpe mediático para atizar el fuego, golpear al gobierno e ir tras el poder.

—¿Cree de verdad que aspiran a quedarse con el poder?

—Pero claro. Saben que son una minoría que jamás lo obtendrá mediante elecciones. Hay una alianza diabólica detrás de todo esto —aseveró Ruth, tensa, sin aliento—. Se han unido fuerzas políticas y del narco, que van por todo, como en Colombia y México. Pretenden demoler el sistema partiendo por lo cultural e identitario. Por eso los documentos históricos les resultan tan valiosos.

Pensó en las iglesias y los edificios del patrimonio cultural incendiados en las últimas semanas, se acordó de la iglesia San Francisco de Valparaíso, quemada dos veces en menos de tres años, y de la espada de Bernardo O'Higgins, el padre de la patria, sustraída de un museo decenios atrás.

—¿Y a eso estaba dispuesto Edmundo? —preguntó azorado.

—Controlar los documentos históricos lo veía como una acción épica para poner de rodillas al sistema, pero alguien le sopló lo que haría Anzoátegui, y eso le tocó la vena patriótica. Ahí descubrió que él mismo era una ruedecilla en una maquinaria infernal. Por eso neutralizó al venezolano.

—Arrojándolo a las líneas del metro.

—No lo hizo él. Para eso hay especialistas —dijo Ruth. Un taxi pasó lento hacia Olmué—. Edmundo era capaz de mucho, pero no de tolerar la destrucción de la cultura nacional.

Brulé contempló la terraza, descorazonado. Nada en la bucólica paz de Granizo, a los pies del monte La Campana, permitía imaginar la existencia de una conspiración de tal magnitud.

—¿Conoció usted a Anzoátegui?

—No, pero Edmundo me confidenció que no le hacía asco a nada, que era un pirómano capaz de incendiar Santiago entero, que tenía acólitos incluso en el sur. Si no hubiese impartido esa orden, habrían ardido las iglesias en Chiloé como las casas, la maquinaria agrícola y las cosechas en la Araucanía. ¿Puede imaginarlo?

No podía. O mejor dicho, sí podía. Porque en esos meses medio Chile ardía, y porque Stumm, Padrón y Puig, y hasta Florencia, le habían hablado de cómo se llegaba a eso. Hasta en el mal hay gradaciones, pensó, y Edmundo se había opuesto tan solo a esa destrucción.

Había algo adicional que ahora lo inquietaba. ¿Quedaba paralizada la Pentarquía si sus líderes eran ejecutados? ¿O seguían activos sus lugartenientes? ¿Descabezada la organización, muerta la organización? Era improbable.

Se sirvió otro sorbo, eructó con disimulo y preguntó:

—¿Anzoátegui tenía a alguien de confianza?

—Que yo sepa, a un tal Patricio Lukat, un pez chico que a veces le servía de chofer.

—Imagino que el día del accidente no le manejaba. ¿Dónde puedo ubicarlo?

—Era asiduo a los recitales en la Casa Solidaria Martí-Bolívar.

—Hay algo que no entiendo —dijo Brulé tras una pausa—. ¿Por qué Edmundo confió en usted?

—Porque en un inicio yo también creí en la necesidad de una revuelta para que los poderosos escucharan por fin a los de abajo. Aquí hay demasiado abuso, desigualdad e injusticia. Y creo que Edmundo, al hacerme cómplice, se aseguró de que no lo traicionara.

Además, él sospechaba que Constantinopla pretendía asesinarlo. Uno de los dos moriría, de eso estaba seguro.

—Muerto el perro, se acaba la rabia —comentó Cayetano viendo que en la cima de La Campana reverberaba la última llamarada del día—. Muertos Alejandría y Constantinopla, quedan tres patriarcas vivos. ¿Yoel Ruiz, el que murió en la cuesta Barriga, no sería uno de ellos?

—No lo conozco. Estamos hablando de una organización hermética y compartimentada. A veces una podía enterarse de refilón de la identidad de alguien, pero era muy fortuito y excepcional.

—Lo que no entiendo es cómo camaradas que comparten una ideología llegan a un ajuste de cuentas sin fin, que pone en riesgo, menos mal, sus propios planes.

—Las purgas entre revolucionarios son las peores. Recuerde la de Fidel Castro contra Huber Matos; o la del Ejército Revolucionario del Pueblo contra el poeta Roque Dalton.

—La revolución siempre termina devorando a sus propios hijos.

—Lo único seguro es que detrás de un asesinato profesional como ese, están la Pentarquía o el narco, pero hoy ya no existen deslindes entre ellos —precisó Ruth—. Por eso derrotarlos será una batalla dura y larga.

—¿Y esas venganzas no acaban nunca?

—La ley del Talión no tiene fin. O es el fin del que hablaba Gandhi: de tanto ojo por ojo, terminaremos todos ciegos.

Esa maldita ley le proporcionaba algo de tiempo, no mucho, pero algo, al fin y al cabo, pensó Brulé, y luego dijo:

—Y a usted quieren eliminarla porque sabe demasiado.

—Por eso me voy lejos. Si el muerto de la cuesta es un patriarca del SEBIN, vendrán por el resto de la brigada de Edmundo. La ley del Talión se aplica a toda la tribu enemiga. Aquí no tengo escapatoria ni remedio.

—¿Conoce a Inge Lang, que trabaja para una empresa del sur?

—Fue pareja de alguien de la organización y es socia de EAT, una tapadera de la dictadura venezolana con nexos hasta en el Líbano. Lucran con el hambre en su país. Compran alimentos en Chile y los

envían en cajas a Venezuela, donde los revenden. Y si se topa con Inge, tenga mucho cuidado. Recuerde que siempre solo se ve un tercio del iceberg, el resto se oculta bajo el nivel del mar.

98

—Cayetano, ¿eres tú?

—¿Qué pasa tan temprano, Escorpión?

—Uf, hombre, menos mal.

—Pero ¿qué pasa? Déjate de hablar por cuentagotas.

—¿No te has levantado aún?

—Estoy hablando desde mi cama porque anoche no pude pegar pestaña. Esta anarquía que nos lleva al despeñadero me desvela. ¿Qué pasa?

—Echa un vistazo a las defunciones de hoy en *El Mercurio de Valparaíso*.

—Déjame ponerme los anteojos primero.

—Te acabo de enviar foto de la página por whatsapp. Es el anuncio de abajo, a la derecha.

—Me llegó.

—Abajo, a la derecha.

—Acá está: Con profundo pesar comunicamos el trágico fallecimiento de nuestro traductor, don Cayetano Brulé. Su funeral se efectuará hoy, a las 12 horas, en el Cinerario del Cementerio Número 2 de Valparaíso. Familia León Mercader. ¡Para el coño de su madre, Escorpión!

—Es una amenaza, Cayetano.

—Señal de que avanzamos, Sancho.

—Déjate de soberbia. Es una amenaza. Aprobamos un PP, protección personal, para ti. Esto hay que tomárselo en serio. Acuérdate lo del balazo en el parque Forestal, luego lo de Suzuki, y ahora esto, sin contar los fiambres de por medio. No te quitan el ojo de encima. Tu investigación los tiene frenéticos.

—No necesito que me protejas, Escorpión. Te agradezco de veras, pero si me quieren mandar al otro mundo y me plantas a un hombre para que me defienda, ellos enviarán tres, y si me pones tres, enviarán

nueve. No es el número lo que me protege, sino...

—¿Sino qué?

—Que encontremos la madriguera. Ahora estoy mirando por la ventana al paseo Gervasoni y no veo nada raro. No se han instalado ni los puestos de artesanos.

—En estos momentos va alguien a tu casa para quedar allá de punto fijo, y otro que te acompañará donde vayas.

—No embromes, Escorpión. No quiero *baby-sitters*.

—Es lo que corresponde. ¿Por qué te dirán traductor y no detective?

—¿No te acuerdas del dicho «traduttore, traditore», traductores, traidores?

—Entonces me hace sentido el nombre de León. Se refiere a León Trotski, asesinado por orden de José Stalin, que lo acusó de traidor.

—Eso ocurrió en Coyoacán, México, donde Ramón Mercader, el agente estalinista, le partió el cráneo con un piolet. Mercader murió en la Cuba de Fidel Castro. Visité la casa de Trotski cuando investigaba el asesinato de un académico estadounidense. Decía que ellos llegaron a Europa antes que Colón a América. Lo mataron por eso. Cada cosa que ocurre...

—En fin, por lo menos ya sabemos de qué esquina viene esto en términos políticos.

—Las aguas están demasiado revueltas para sacar conclusiones apresuradas, Escorpión, pero los estalinistas no son hinchas del debate. Además, la amenaza viene de gente con alguna pretensión intelectual.

—En fin, cuando llames a Margarita —dijo el policía—, aclárale que lo haces desde Valparaíso y no del infierno.

—Lo haré en tu nombre. Ayúdame mientras a ubicar a la mujer de EAT, que necesito verla con urgencia y no me contesta el celular.

99

Cayetano subió por Ecuador y llegó sudando a la puerta del cementerio del cerro Panteón. Lo animaba la curiosidad, lo tranquilizaba en alguna medida la Beretta disimulada bajo el saco y lo protegía un escolta de la PDI con melena y parka sucia, que lo seguía a la distancia. A Suzuki lo dejó al cuidado del despacho para no volver a exponerlo.

Tras comprobar que en el cerro Panteón no había crematorio ni espacio alguno donde celebrar ceremonias de despedida, deambuló por los estrechos callejones formados por tumbas y mausoleos pensando que en ese cementerio sepultarían también a Valparaíso, que moría cada noche envuelto en incendios, saqueos y combates callejeros.

En rigor, acudía allí para presenciar algo absurdo, su propio sepelio anunciado en *El Mercurio*. Sí, dedicado a eso andaba en momentos en que debía ocuparse más bien de asuntos reales: de Yoel, probable patriarca de la Pentarquía; la mujer de la EAT que trabajaba para el régimen venezolano; y Anzoátegui, de chapa Constantinopla, que habría reducido a cenizas las iglesias de Chiloé de no haberlo arrollado el metro. Y no podía olvidar a Galaz Expósito, que tuvo la misión de robar documentos de inmenso valor histórico para el país.

Ruth le había revelado valiosos detalles sobre la estructura clandestina del movimiento insurreccional y tal vez Inge haría otro tanto. Por su vínculo sentimental con Yoel, debía saber más de lo que había admitido durante la conversación sostenida en la oficina de EAT.

Al rato abandonó el absurdo propósito de asistir a su propio entierro. Salvo su escolta y dos sosegados guardias del cementerio, hombres mayores, ya más próximos a los inquilinos del panteón que a los transeúntes porteños, no había nadie más en todo el camposanto.

100

Estaba a punto de salir del despacho antes de que los manifestantes coparan Cochrane, cuando recibió una llamada.

—Envié a unos amigos a entrevistar a la administradora de la EAT —anunciaba el Escorpión desde su oficina en el cuartel central.

—De verdad lo agradezco. Te debo una pasta y un par de chelas en la Otra Cozza —dijo Brulé. Al otro lado de la bahía el sol arrancaba los últimos destellos a los edificios de Reñaca—. ¿Les dio un número para que yo la llame?

—Lamentablemente no.

—Pero ¿cómo? ¿Y a qué fueron?

—Fueron a eso, pero no consiguieron nada.

Le mortificaba extraerle a su amigo los datos con tirabuzón.

—¿Y qué pasó? ¿Le avisaron que su teléfono no funciona? —reclamó.

—No le pudieron decir nada —dijo el Escorpión— porque Inge ya no trabaja ahí.

—¿Estás bromeando?

—Por el contrario, no estoy de ánimo para chacotear. Esta tarde volvieron a incendiar camiones y maquinaria agrícola en la Araucanía. Operó una escuadra de enmascarados con armas largas. Y anoche quemaron la casa de un agricultor. Mientras los terroristas actúan armados hasta los dientes, los carabineros portan armas de fogueo, y si hieren a alguien, se les acaba la carrera.

Lo sabía. Lo sabían él y todos en Chile. Los jueces no se atrevían a condenar a los violentistas porque simpatizaban con ellos, porque la ley era ambigua o porque temían a las represalias, vaya uno a saber. Y lo cierto era que la autoridad ataba de manos a las policías y se limitaba a condenar la quema de casas, vehículos y cosechas, mientras los delincuentes lucraban con el narcotráfico y el robo de madera.

—¿Y saben al menos dónde vive Inge Lang? —preguntó

decepcionado.

—Se marchó.

—¿La echaron?

—No sé si se fue o la fueron, pero abandonó el país.

Eso sí era un golpe duro.

—¿Están seguros de que se fue definitivamente?

—Salió ayer en Avianca con destino a Bogotá.

Si tenía vínculos con el SEBIN, cruzaría en un dos por tres de Colombia a Venezuela. Por lo tanto, la versión de Ruth sobre esa mujer cobraba plena consistencia. Debía ubicarla cuanto antes.

—¿Pueden aprovechar para allanar su vivienda? —preguntó.

—¿Con qué motivo? ¿Por viajar? Difícil. Gente como ella cuenta con buenos abogados y conexiones políticas. Nos podemos meter en un lío que haga peligrar mi apoyo a tu gestión. No quiero ni imaginar si el director general se entera de que te ayudo más allá de lo permisible. Y recuerda que alguien importante no te mira con buenos ojos.

Sabía que Salazar podría prohibir en cualquier momento al Escorpión que siguiera cooperando con él.

—Entiendo, entiendo —resopló Brulé—. Ruth tampoco responde. ¿Estarán coordinadas?

—Vaya uno a saber. Pero sí te daré una buena nueva: hay imágenes, algo borrosas, por cierto, del sujeto que ordenó el anuncio de tu sepelio. Lo hizo en un Servipag de Viña del Mar, donde pagó en efectivo. Se acreditó con un carnet robado.

—¿Tienen posibilidad de ubicarlo?

—Tardará, pero lo ubicaremos, Cayetano. Ármate de paciencia.

101

Cuando ya estaba en casa, lejos del desorden y las sirenas del plano, Brulé recibió un email en el celular. Venía de un remitente desconocido. Lo abrió.

He desconectado mi celular por razones obvias.
Ya no tengo tiempo para verlo, pero le hago llegar un esquema que puede ser útil. No sé nada más al respecto. Lo hallé recién entre apuntes de E de poco antes de lo del Cristo Redentor.

Alejandría: Heródoto
Constantinopla: Ilha do Fogo Jerusalén: Huacachina
Antioquía: Porqueriza
Roma: Flecha

Con excepción de los dos primeros, ignoro lo que significa lo demás. Dependo de que esta pesadilla termine cuanto antes. Si descubro algo más, le cuento.
Cuídese, que en este safari van por todos.

R

102

En alguna medida ayudaba el esquema enviado por Ruth, pensó dándose vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Galaz Expósito era el patriarca encargado de los documentos históricos, y el venezolano Anzoátegui, el de destruir las iglesias. Por suerte, la mujer había encontrado los apuntes sobre las misiones de la Pentarquía.

Estaba claro que los patriarcas habían revisado meticulosamente los videos de la muerte de Anzoátegui y concluido que se trataba de un ajusticiamiento. Probablemente les bastaría con identificar a los acompañantes del venezolano en el trayecto al metro para decidir la suerte de Edmundo.

Se levantó. Cuatro de la mañana. Miró a través de las persianas el Gervasoni y vio afuera al punto fijo de la PDI contemplando la bahía. Bajó a la cocina, preparó un sándwich de arrollado y una taza de café y salió al paseo. El agente le agradeció el tentempié. Después coló otro café y vertió una medida de Zacapa en un vaso y se fue al living.

La misión de Edmundo, denominado Alejandría en el esquema, contemplaba sustraer los documentos cruciales de la historia chilena; y la de Anzoátegui, nombre de guerra Constantinopla, convertir Chiloé en una «Ilha do Fogo». Las cosas calzaban a la perfección con los datos recolectados durante su periplo por Paraguay, España y Andorra.

La misión de Jerusalén no le arrojaba, sin embargo, luces. En primer lugar, ¿se trataba en efecto de Yoel Ruiz? ¿Y qué significaba Huacachina? Según Wikipedia, Huacachina era un oasis en el desierto del Perú, un antiguo balneario de la aristocracia limeña que devino un imán turístico para extranjeros.

Sorbió el ron oyendo el tictac del reloj de pie del living, comprado años atrás, en Casa Lagazio, con los honorarios obtenidos por esclarecer la muerte de un bolerista que cantaba en La Habana.

No pudo sino preguntarse si existía aún ese anticuario. ¿Habría alcanzado a bajar las cortinas metálicas antes de que llegaran los

vándalos, o lo habrían despojado de los cuadros, las esculturas, los relojes y los muebles que exhibía en su magnífica tienda?

¿Y qué sería de El Abuelo y los demás anticuarios del barrio? ¿Habrían logrado ocultar sus tesoros, muchos de los cuales ofrecían en consignación?

Pasó lista a los legendarios establecimientos de Valparaíso que habían cerrado para siempre en los últimos años: los cafés Riquet y Vienés, las fuentes de soda El Danubio Azul y O Sole Mío, el Jardín Suizo Pümpin, Librería Orellana, Emporio Echaurren, La Joven Italia, El Tigre, Ravioles La Ítalo-Argentina. En fin, todos ellos eran ahora fantasmas que contemplaban horrorizados cómo las hordas destrozaban la ciudad. Se zampó otro sorbo para apartar esos recuerdos lacerantes.

Huacachina quedaba en Perú, pero la Pentarquía operaba solo a través de capítulos nacionales. Raro. Era raro que el capítulo chileno incluyera un sitio ubicado en un país vecino.

¿Y a qué se refería Edmundo con Porqueriza? Difícil saberlo toda vez que los apuntes habían sido hechos de modo tal que, si caían en manos de la policía, resultasen indescifrables. ¿Qué relación podía existir entre un patriarca llamado Antioquía y el concepto de «Porqueriza»? E igual de desconcertante resultaba el binomio Roma y «flecha». ¿Quién era la capital italiana y qué significaba «Flecha»?

Tal vez Jerusalén era el seudónimo de Yoel Ruiz, el agente del SEBIN, y se preguntó si este nombre no equivalía, en cierto sentido, a un oasis. Pero Huacachina estaba lejos de San Pedro de Atacama. Se paseó por el living con el vaso en la mano, esperanzado y atormentado.

Y en ese momento se acordó de la conversación que había tenido en Puertas Negras con el nochero de la bodega industrial. Este le había contado que los tambores que había almacenado a cambio de una jugosa paga tenían como destino Calama, paso obligado para quien viaja a San Pedro de Atacama.

Salió a la puerta de calle creyendo que había dado con una pista, y al sentarse en los peldaños de la entrada de la casa vio al hombre de la PDI que lo observaba inmóvil desde las sombras del Gervasoni.

103

Esperó en una mesa de la fuente de soda Patria, donde le habían dicho que el Pato Lukat solía hacer un aro antes de escuchar los recitales poéticos de la Casa Solidaria Bolívar-Martí.

Era la hora del crepúsculo. Las calles del barrio lucían abandonadas y decrépitas, y las tiendas, varias con huellas de saqueo, comenzaban a cerrar. En la penumbra apenas podía leer el mural de enfrente: *No somos de izquierda ni derecha, somos los de abajo que vamos por los de arriba*.

La frase amenazaba con algo vago y nefasto que lo dejó pensativo, algo que surgía de un odio soterrado, que anegaba el diálogo y todo lo desbordaba. Tal vez lo que más lo angustiaba era haber sido incapaz de anticipar la energía desenfrenada que había empujado a tantos a despojarse de la máscara que llevaban. ¿Cuál era en verdad el país profundo? ¿El dócil que conocía, el insospechado que acababa de detonar, o el críptico que estaba despuntando? Stumm tenía razón, lo más importante en la vida era poder confiar en los demás.

Pero ahora abrigaba al menos cierto optimismo con respecto a la investigación, puesto que el día anterior el nochero de la bodega había confirmado a la gente del Escorpión que Lukat conducía la todoterreno que escoltaba al camión con los tambores que iban a Calama.

—Cien por ciento seguro —aseguró el nochero—. Estaba con sus jefes, el químico y Monterrey. No se me despintan los que me meten el dedo en la boca. No saben con quién se meten.

Lamentable que el nochero no tuviera noción del peligro que él mismo corría, pensó Brulé.

Al rato vio entrar al Pato Lukat. Era esmirriado y de bigote azabache.

Como le pareció que permanecería en la barra haciendo apuntes en una libreta, se le acercó. A través de la puerta divisó a un PDI que

fumaba en la calle, y más allá a Suzuki, que dormitaba en el Lada.

—¿Patricio?

El flaco lo interrogó con sus ojos de aceituna, y Brulé, exhibiendo su licencia falsa, le dijo:

—Quería hacerle una consulta. Como sé que le gustan los recitales, lo dejaré ir en un dos por tres.

—¿De qué se trata? —El flaco intentó mostrar aplomo.

—Usted condujo hace poco una camioneta de Viña del Mar a Calama, ¿verdad?

—Sí, claro, soy chofer en mis ratos libres.

—¿Conoce a un químico llamado Yoel Ruiz?

El flaco miró al mozo, que colocaba en la barra un schop coronado de espuma, y dijo:

—No recuerdo a nadie con ese nombre.

—Usted acompañó a un camión que llevaba mariscos al norte, ¿cierto?

—Hoy los camiones piden escolta. Usted sabe, en el norte la ruta es tan peligrosa como en la Araucanía. Mucho asalto a camiones, aunque se hable menos de ello.

—¿Y el servicio que usted ofrece es armado? —preguntó desviando el tema hacia los permisos para portar armas.

Lukat acarició el vaso intentando ganar tiempo.

—La verdad es que pocos amagan a un camión que lleva escolta. Calculan que va gente armada detrás.

—¿Qué armamento porta en esos casos?

—Pistolas a fogueo y una escopeta de caza, inscrita, claro.

—¿Suyas? —Le clavó la mirada desde el fondo de sus dioptrías.

—De un amigo.

—¿Y la camioneta a quién pertenece?

—A mi amigo.

—El vehículo es de su amigo, las armas son de su amigo, y usted solo maneja.

—En el fondo es así.

—¿Y Yoel Ruiz no lo esperaba en el norte?

—No.

—Mire, para que no perdamos tiempo —agregó Brulé intuyendo que el próximo paso sería decisivo—. Afuera hay un vehículo que nos llevará al cuartel.

—Tengo un compromiso ahora, detective. Presento a un poeta amigo en el centro cultural.

—Bueno, eso depende de usted. Dígame, ¿adónde llevaron el camión? Pero el lugar preciso, de lo contrario tendrán que refrescarle la memoria en el cuartel.

Lukat se mordió los labios como pensando qué responder, y de pronto roció el rostro de Brulé con cerveza, le propinó un feroz empellón y salió corriendo en demanda de la puerta.

Cayetano se secó la cara con una servilleta, dejó unos billetes sobre la barra y salió sin prisa a San Diego. A Patricio Lukat lo estaban subiendo a un patrullero.

104

No costó mucho que cantara.

Sentado ante una pareja de interrogadores, a Lukat le ofrecieron dos alternativas: la primera, confesar todo con respecto a los tambores; la segunda, que un Beechcraft del FBI lo trasladara esa noche a Fort Lauderdale, Florida, donde lo acusarían de preparar un atentado terrorista contra intereses estadounidenses en el norte de Chile.

Dicho esto, los muchachos del cuartel hicieron pasar al Cara de Quideñe, un funcionario pálido y rubio, parecido al John Wayne de su época dorada, un doble que no abría la boca pero que, según el caso, presentaban como miembro del FBI o la DEA mientras él se limitaba a observar todo con aspecto de tiburón hambriento.

Lukat no tardó en suplicar que trajeran una grabadora para describir cuanto sabía con tal de que no lo subieran al avión porque el calor húmedo de Florida le causaba zarpullidos.

Hasta allí las cosas avanzaban miel sobre hojuelas, pero se complicaron cuando Lukat se empecinó en sostener que, si bien había visto los tambores, ignoraba qué contenían, puesto que lo suyo era simplemente conducir.

—No supe adónde íbamos hasta que llegué a la bodega —afirmó, en un ataque de pánico.

—¿Quién lo acompañó? —preguntó a través de un parlante el Escorpión, que seguía el interrogatorio desde una sala contigua a través de un monitor. Cayetano estaba a su lado.

—Un colega llamado Pedro. Nos turnamos en la conducción. Un tipo tranquilo, reservado.

—¿Quién lo contrató a usted? —preguntó Brulé por el altoparlante.

Lukat debía saber bastante si manejaba para Yoel Ruiz. Por lo demás, su estilo algo refinado no calzaba con el de un chofer de camiones.

—Me ofreció la pega el químico que iba en la cabina del camión.

—¿Lo conocía? —insistió Brulé.

—Me contactó en la Casa Solidaria, pero solo le manejé un par de veces. Creo que era venezolano o colombiano.

—¿Y la cuatro por cuatro que usted conducía era de él?

—Ya le dije. De un amigo.

—¿Y adónde se dirigieron?

—Primero a Antofagasta, donde dejamos el pescado en el mercado central, y después a Calama, donde desayunamos antes de partir a San Pedro de Atacama.

—¿Y dónde estacionaron en el oasis?

—No me acuerdo.

Cayetano salió como un bólido de la sala y entró rápido a la de interrogatorio:

—No me vengas con cuentos —le advirtió golpeando a Lukat —. Si me cooperas, tus compinches irán a la cárcel, y tú para la casa por delación compensada. De lo contrario, se sabrá que vendiste a tus jefes y te enviaremos a la calle, donde durarás lo que un caramelo en la puerta de una escuela. Y la otra alternativa es la clásica, que el míster te lleve a Florida.

—Bueno, si usted se pone así, le diré que no entramos al oasis. Dos kilómetros antes de San Pedro nos internamos por el desierto.

—¿Qué buscaban allí?

—Una empresa llamada Capra.

Cayetano gugleó en el celular. Cooperativa de Agua Potable Rural de Atacama. Ahora entendía por qué un químico estaba a cargo de los tambores. Recordó la versatilidad de tropas especiales. Si habían tratado de quemar las iglesias de Chiloé, ¿por qué no iban a atacar el alma del oasis? Era evidente: Yoel Ruiz era Jerusalén, el tercer patriarca.

—¿Y luego qué pasó? —continuó.

—Transbordaron los tambores a dos camionetas.

—¿Patentes?

—No las vi, jefe.

Pensó que si aún no llegaban noticias alarmantes de los oasis se debía a que todavía no vaciaban los tambores.

—Nos queda todo claro, ¿verdad? —le preguntó al Escorpión.

—Como que dos más dos son cuatro —repuso el policía, azorado por la maldad humana—. Aún hay tiempo para sostener a toda esa gente, pero a este pájaro hay que dejarlo enjaulado.

105

En un marco de completa discreción, la PDI empezó a buscar afanosamente los tambores enviados a San Pedro de Atacama por el químico Yoel Ruiz, y Carabineros elevó el nivel de alerta alrededor de pozos y plantas de agua en el desierto. Al mismo tiempo, se dispuso discreta vigilancia adicional para las iglesias en Chiloé.

Brulé estaba convencido de que el objetivo de la misión Huacachina consistía en envenenar el agua potable de los oasis para asestar un golpe letal a uno de los principales polos turísticos del país. De lograrlo, la Pentarquía causaría enorme daño en el ámbito económico y político.

Por lo mismo, ni la investigación ni la vigilancia en el terreno debían despertar sospechas. La mera propagación de rumores sobre un ataque semejante haría colapsar el turismo. Si las medidas se filtraban a la prensa o a los políticos, pondrían sobre aviso a los terroristas.

En el fondo, aquello dejaba en evidencia la vulnerabilidad del país y la crueldad de sus enemigos. Los oasis de Atacama y los sobrecogedores paisajes andinos con sus lagunas, alpacas y salares conformaban un talón de Aquiles imposible de proteger eficazmente.

—Me preocupan los venezolanos y colombianos que planean entrar a Chile —le había dicho Brulé al Escorpión refiriéndose a los militares mencionados por Mike Iglesias.

Tomaban espresso en La Unión Chica, pleno centro de Santiago, antes de que comenzaran los desórdenes cotidianos.

— Hasta el momento ninguno ha atravesado la frontera — explicó el policía—. Dimos instrucciones para que, si llegan, los dejen entrar y los sigan discretamente.

—¿No hay forma de limitar entradas como esas? —preguntó Cayetano.

—Olvídalo. Somos un país abierto. Los venezolanos entran gracias a la visa de responsabilidad democrática; y los colombianos, por

acuerdos de la Alianza del Pacífico. Además, un par de manzanas envenenadas no puede perjudicar a todos los venezolanos, que son respetados aquí por su nivel educativo y espíritu de sacrificio.

Curiosa el alma nacional, pensó el detective mientras volvía a Valparaíso en el Lada, que conducía Suzuki. A los chilenos les fascinaba presentarse como gente integrada al mundo, pero a la hora de plantearse eventuales amenazas para el país, descartaban que afuera pudiera tramarse algo en su contra. El espíritu provinciano los llevaba a ver el desierto de Atacama, el Pacífico, los Andes y la Patagonia como muros inexpugnables.

¿Pero dónde estaban los demás patriarcas?, se preguntó. ¿Quién era Antioquía y quién Roma? Intuía que Roma, *primus inter pares* en la Pentarquía del emperador Justiniano, debía ser Demonio, pero ¿quién era ese Demonio, que rengueaba como Mefistófeles? ¿Y qué misiones se ocultaban detrás de los conceptos de «Porqueriza» y «Flecha»? ¿Y dónde estaba Ruth, que ni siquiera asomaba el periscopio?

Más preguntas lo atormentaban. Muertos los patriarcas Galaz, Anzoátegui y Ruiz, ¿quiénes los sustituían en el cargo? De algún modo la estructura debía seguir operativa. Mientras bajaban hacia Valparaíso por Santos Ossa, agradeció que los patriarcas aún estuviesen ajustando cuentas entre ellos porque eso retrasaba la reanudación de sus acciones. Antes de lanzar la ofensiva final tendrían que fumar la pipa de la paz, algo que consumiría tiempo.

Cuando llegó a casa, subió al dormitorio y se arrimó a la ventana para relajarse contemplando la bahía. El sosiego de la noche estrellada le insufló renovadas esperanzas, pero el aullido de las sirenas provenientes del plano no tardó en desanimarlo. Ojalá las iglesias de Chiloé estén bien resguardadas, pensó.

Bajó al living a prepararse un Zacapa y sintió un repentino agotamiento en el alma y los huesos, y un incontenible deseo de retirarse del oficio. Nadie podía ser detective toda la vida. A lo mejor le había llegado la hora de irse a vivir con Margarita a una parcela donde creciera un añoso parrón.

¿No decía Epicuro que para ser feliz bastaban una quinta, pan, queso, aceitunas, vino y un par de amigos? No muchos, aclaraba, y no

dejaba de tener razón. Debía retirarse. Al final, poca tinta quedaba ya en su tintero. Uno era joven cuando tenía más proyectos que recuerdos, y viejo cuando abrigaba más recuerdos que proyectos, y esto último era lo que le ocurría. Tomó el libro de Séneca comprado en Madrid y buscó la frase que le gustaba: «Cuán extemporáneo es comenzar a vivir cabalmente cuando ha de dejarse de vivir».

En cuanto se acordó de la bella mujer, llamó a Suzuki y le dijo que al día siguiente debían ir a verla.

106

Asa, la escort peruana y antigua pareja de Betanzos, vivía bajo el programa de protección para testigos en una casa del pasaje Cortez, cerca de Playa Amarilla.

Al verla en la puerta con cabello corto y gafas oscuras, tardó unos instantes en reconocerla. Había perdido peso y el aire marino le había sentado, de modo que ahora se veía más estupenda. Se acordó de la tarde en que había estado a horcajadas sobre él con la blusa desabotonada.

—Necesito ubicar a Monterrey —le dijo en cuanto entró al living de la casa.

—De ese no tengo ni idea —repuso ella—. Me ordenaron vivir aislada.

¿Habría abandonado el oficio?, se preguntó escrutando su rostro de pómulos altos y color marfil. El aporte estatal debía ser escaso, por lo que Asa se mantenía en gran medida gracias a sus propios ahorros.

—Si le echamos el guante a Monterrey, se lo pasará el resto de su vida purgando en la cárcel, y tú tendrás la tranquilidad que añoras —dijo el detective apoltronándose en un sillón—. No puedes fallarme.

—Desde que llegaste a mi departamento me metiste en líos —repuso Asa y se despojó de las gafas—. Entonces no temía por mi vida. Ahora, cada vez que tocan a la puerta, tiemblo pensando que pueda ser esa gente. ¿Y viniste hoy a involucrarme aún más en tus líos?

—Pero, Asa, entonces te alerté del peligro que corrías, y cuando te aconsejé que te acogieras a la protección, lo hice por tu bien. Lo que ahora te propongo puede ser tu absolución.

—¿Absolución? ¿Te crees el papa Francisco? Escúchame: no hay nada limpio en lo que propones. ¿Sabes por qué? Porque tu vida no tiene escapatoria. La mía, en cambio, con lo que la desprecias, tenía puerta de escape, una que tú tapiaste.

—Cálmate. Vine precisamente a ofrecerte una salida.

—Permíteme que lo dude. Tú andas solo en lo tuyo y que el resto del mundo se venga abajo.

—Pronto podrás librarte de los tipos con los que te codeabas e iniciar una nueva vida.

—Iniciar una nueva vida —remedó agitando los brazos—. ¿Ahora te las das de consejero sentimental? —Sus ojos relampaguearon.

—Si me revelas el paradero de Monterrey, tendrás paz por el resto de tus días.

—Ya sabía que nada constructivo puede venir de alguien que se acuesta con una escort, pero no para tirar, sino para conversar pavadas.

—Si lo dices tú...

—Me ofreces una protección que no puedes garantizar porque ya no hay gobierno. La mafia, la delincuencia y gente como Monterrey se adueñaron de la calle. Yo llevaba una vida tranquila, ajena a la política y sin perjudicar a nadie, hasta que apareciste tú.

—Ya traté de explicarte.

—¿Explicar qué?

—Que es tu oportunidad para librarte de Monterrey, el tipo que ordenó el asesinato de tu pareja.

—¿Qué pareja ni que ocho cuartos? Yo vivía de lo mío y me alcanzaba para pagar el alquiler, ahorrar y hasta enviar una remesa a mi hijo en Lima. ¿Entiendes? Aunque te cueste creerlo porque eres un puritano, todo lo hacía a mucha honra y basada en mi derecho a disponer de mi propio cuerpo.

—Te pido que seas razonable —intentó un tono apaciguador—. Solo saldrás de esto cooperando conmigo. Eres la única persona que puede conducirme hasta donde Monterrey.

—¡Mejor vete y no vuelvas más, porque lo único que lograste fue salarme la existencia! Te exijo que salgas ahora mismo de mi casa, Cayetano Brulé.

107

—Buenas noches. Te tengo buenas noticias.

Era el Escorpión.

—Si son buenas, dámelas —respondió Cayetano con el IPhone pegado a la oreja para eludir el barullo que agitaba a La Otra Cossa, de Olmué—. ¿Encontraron los tambores?

Le estaba dando el bajo a una Alcachofosa, una pizza asperjada con aceite de oliva y trufa, y frente a él Suzuki saboreaba unos endiablados spaghettis a la marinara. Por las ventanas abiertas entraba la brisa veraniega perfumada a boldo, y los parlantes derramaban la voz de Domenico Modugno.

—Positivo lo de los tambores —anunció el viejo policía desde Santiago—. Los tenemos, pero los transportistas se hicieron humo. Además, un protegido mío detectó algo en el norte.

—¿Dónde?

—En el paso fronterizo de Chacalluta. Se trata de un asunto diferente.

—Recita de una vez el poema completo, por favor.

Vio que Suzuki aprovechaba el intertanto para robarle un triángulo de la pizza.

—Otra impudicia más y saco el machete —le advirtió al asistente.

—¿Qué te pasa, Cayetano? ¿Me escuchas? —preguntó el Escorpión.

—Escuchándote estoy, amigo.

—Atiéndeme, que esto es grave: en un registro de carga hecho hace menos de dos horas en Chacalluta, encontramos el esqueleto de un Strela.

—¿Esqueleto de un Strela? ¿Qué es eso, un reptil prehistórico o un televisor rumano?

—Tibio, tibio. ¿Te doy otra oportunidad?

—Córtala, Escorpión, que estoy en una cena de trabajo y ansioso por saber de qué hablas. —Aprovechó para endilgarse un generoso

sorbo de cerveza.

—Strela es una palabra rusa —siguió el policía—, y es el nombre de un misil. ¿Captas?

—Capto. ¿Y qué tiene que ver un misil con todo esto?

—¿Cuántas cervezas te zampaste? Hablo de un misil hombre-aire. ¿Entiendes?

—Entiendo. —Se pasó la servilleta por los bigotes y se mordió los labios—. Pero dijiste que es un esqueleto, y eso me suena a fósil.

—Lo importante es lo siguiente: se trata de un misil portátil para derribar aviones.

—Eso sí es delicado —exclamó Brulé, serio.

—Lo interesante es lo que sigue... ¿Quieres que te lo cuente o no? Porque solo me llegan música y jolgorio...

—Déjate de telenovelas y desempaca de una vez, por favor. —Se sirvió otro sorbo.

—¿Sabes qué significa Strela?

—No, Escorpión, y cuando hablo con Putin no lo hago en ruso.

—Muy simple. Strela significa «Flecha». ¿Te suena?

—«Flecha»...

—¿No es esa la misión de un jefe de la Pentarquía, según tu esquema?

—Esa es según el esquema de Ruth. A ver, entonces, tú tienes la lanzadera, que no sirve sin misil.

—Exactamente. Sin la flecha el esqueleto es inútil, pero el drama comienza cuando alguien los junta. ¿Te das cuenta del problemita en el que estamos?

—Ahora me queda meridianamente claro, carajo. Y dime algo crucial: ¿a los transportistas no les han perdido aún el rastro?

—Los estamos monitoreando, Cayetano. Mientras usted bebe y come opíparamente en Olmué, mi amigo, nosotros trabajamos para usted.

108

Ni al dueño de la camioneta ni a su hijo que lo acompañaba habían logrado sonsacarles nada concreto sobre quiénes les habían encomendado el envío.

La lanzadera iba en la palangana, debajo de somieres, tubos de aluminio y un bello ventanal de madera, todo correctamente estibado. Al astuto agente de la PDI le había inquietado aquello y por eso desvió ante el chofer el tema hacia el ventanal, exigiéndole un permiso de sanidad para ingresarlo, y alertó de inmediato al Escorpión, que años atrás había sido su instructor.

Los habían contratado en Tacna para despachar todo a una tienda de antigüedades de la calle San Marcos, de Arica. Como carecían del permiso, les retuvieron el ventanal hasta que presentaran una autorización sanitaria y les permitieron continuar el viaje, pero siguiéndolos.

—Y fíjense que, en lugar del anticuario, hallamos un local cerrado con cadena y candado desde hace meses —explicó al poco rato por audioconferencia el oficial al Escorpión y a Brulé—. Pero ni el viejo ni su hijo tienen antecedentes policiales. Afirman que les pagaron el acarreo por adelantado y que aceptaron porque la carga estaba a la vista.

—¿Están entonces en territorio chileno? —preguntó Brulé en medio de una canción de Nicola di Bari.

—Y con seguimiento, pero le retuve el pasaporte al viejo para observarlo.

Tras cortar la comunicación con el oficial de Arica, el Escorpión le recomendó a Brulé que buscara un rincón tranquilo, porque quería que hablaran con una oficial experta en misiles.

—No me toques la pizza —le advirtió a su asistente antes de salir a Arturo Prat, y se encaminó presuroso a la plaza de Olmué, donde dormitaban unos perros sobre el césped y unos pasajeros aguardaban

el bus.

La incautación del Strela complicaba todo de forma extrema, concluyó paseándose entre los árboles, bajo el cielo de estrellas nítidas. No, ya no estaban hablando de los ajustes de cuentas entre narcos, de la violencia callejera que asolaba a diario, sino de un arma letal y espeluznante.

La noticia le había secado la boca. Pero no era solamente la noticia, sino todo lo angustiante y ponzoñoso que acaecía a su alrededor. Anhelaba que retornaran la paz y la sensatez desbrozando un sendero de diálogo y reencuentro. Pero unos preferían seguir azuzando los odios mientras a otros les seducía un pasado idealizado. La grotesca descalificación mutua de los políticos ante las cámaras presagiaba una tormenta que dificultaba arribar a buen puerto. ¿No decía Séneca que cuando no sabes hacia dónde navegas, ningún viento te sirve?

Unas imágenes lo asaltaron de pronto en la plaza. Las de una congresista vestida de hada madrina que danzaba patéticamente en la sala plenaria, las de un diputado que hacía uso de la palabra envuelto en una sábana blanca y llevando grandes antenas de insecto en la cabeza, las de otro político disfrazado de Lenin. No, él ya no estaba en edad de entender aquel espectáculo en medio de la peor crisis nacional de los últimos cien años. Todo eso en el Congreso de la República mientras afuera continuaba la quema de buses, camiones y maquinaria agrícola, el saqueo de iglesias, supermercados y edificios patrimoniales, los ataques a cuarteles policiales y el apedreamiento de ambulancias y carros de bomberos cuando acudían a atender emergencias.

¿Cuándo dejamos de hablarnos y escucharnos?, se preguntó Brulé. Y el cuadro seguía empeorando, se lamentó. Desconocidos habían sustraído dinamita de bodegas de empresas mineras, se rumoreaba que el temible explosivo Semtex había llegado al país, y como si todo eso no fuera suficiente, ahora internaban misiles hombre-aire por la porosa frontera norte.

El Escorpión volvió a llamarlo. Lo acompañaba la inspectora Uriarte y, tras presentársela, le preguntó:

—Con la mejor tecnología disponible, inspectora, ¿cuánto tardaría

usted en ubicar a un tipo que esté por accionar un Strela?

—No sé qué decirle —expresó soltando lentamente las palabras—, pero en menos de cinco minutos se puede cargar un misil, señor.

—¿Qué son los Strelas en términos prácticos? —indagó Brulé.

—La lanzadera que descubrimos pertenece a la versión Strela-2, un misil antiaéreo soviético con guía infrarroja —explicó la oficial—. Se dispara desde el hombro. Los abandonaron los rusos en Afganistán cuando retiraron sus tropas en 1989. De mano en mano llegaron a poder de terroristas. Su alcance es de tres kilómetros y medio, alcanzan una velocidad de mil quinientos kilómetros por hora y se orientan siguiendo la radiación infrarroja que emiten las naves.

—O sea que pueden utilizarse contra naves que vuelen a baja altura —resumió Cayetano.

—Positivo, señor, tal como el Stinger.

—¿Stinger?

—La versión estadounidense, señor. Hay uno que alcanza más de cinco kilómetros de distancia y llega a casi cuatro mil metros de altura. Es más veloz y efectivo. Y también deben haber quedado algunos de ellos huérfanos por ahí.

—¿Cuánto vale uno de esos?

—Unos cuarenta mil dólares, y en el mercado negro... depende. El Strela se cotiza a menos, porque es una tecnología más rudimentaria, pero si el disparador está en el ángulo y la distancia adecuados, a menos de tres kilómetros, es difícil que falle.

Un escalofrío le bajó a Brulé por la espalda. ¿Habían llegado varios Strelas a Chile? ¿Estaban en manos de la Pentarquía? ¿Estaban ellos dispuestos a usarlos? ¿Planeaban jugarse el todo por el todo en una gran maniobra provocadora? Si el viejo transportaba la lanzadera en su camioneta, ¿en manos de quién se hallaba el cohete propiamente tal?

—¿A cuánto se transan hoy los Strelas en el mercado negro? —preguntó Brulé atusándose los bigotes, yendo y volviendo por la plaza.

—En verdad depende del mercado y la época, señor. A veces aparecen gangas. El narco los ha usado en el continente para derribar helicópteros militares y avionetas.

—¿Están disponibles en la región, entonces?

—Según reportes de inteligencia, en los años ochenta llegaron varios a Centroamérica y de ahí pasaron a Venezuela y Colombia. Las guerrillas de las FARC y el ELN dispusieron en algún momento de Strelas y tal vez aún disponen de ellos. Cambian rápido de manos: de los muyahidines a la guerrilla política, y de ahí a la narcoguerrilla, y así. En el vecindario se han empleado Strelas en Ecuador, Nicaragua y El Salvador.

—¿Cuál es su grado de efectividad?

—No son del todo fiables —aclaró la inspectora—. A veces se desorientan por otras fuentes de calor, pero un avión comercial que va despegando presenta un blanco inmejorable. El piloto tiene cero posibilidad de zafar, señor.

—Cayetano, veámonos mañana a primera hora —sugirió el Escorpión.

Cuando cortó, se dio cuenta de que estaba solo en la plaza. Hasta los perros se habían marchado.

109

—Hay dos alternativas, Cayetano. O pasamos el aviso de los Strela para arriba o nos quedamos callados. Si optamos por lo primero, necesito pruebas contundentes, porque la reacción será cancelar todos los vuelos nacionales. ¿Te das cuenta?

Caminaban esa mañana de cielo límpido por la avenida Altamirano, al sur de la caleta El Membrillo. Los seguían el auto fiscal del policía y el Lada de Brulé. Era temprano, la mar estaba en calma y los pelícanos se zambullían pescando en la distancia.

—¿Y en el segundo? —preguntó Cayetano.

—¿El segundo qué?

—En el segundo caso.

—En el segundo, bueno, no decimos nada, y si eso llega a trascender, me cortan la cabeza a mí y a ti te echan a patadas por el aeropuerto.

—Eso es por lo bajo. ¿Avisaste a los del mausoleo de mármol?

—¿Te volviste loco, Cayetano? Los gringos ordenarían paralizar todo y pondrían al país quizás hasta en el eje del mal.

—¿Y tú crees que Mike Iglesias trabaja para Santa Claus?

—No le comentes nada, entonces. En todo caso, trabajamos contra el tiempo —el Escorpión se acodó en la balaustrada, frente a la marea que se arremolinaba alrededor de los roquedales—. Por cierto, ya tengo drones revoloteando en los cabezales de la pista del aeropuerto internacional.

—Si no damos la alarma y tumban la nave, además de la tragedia a perpetuidad, vamos presos.

—Lo sé. Pero si voy a La Moneda con esta noticia me exigirán mil evidencias y preguntarán por las medidas que recomiendo.

—Entonces quedan solo esas dos opciones, Escorpión: damos la alarma ahora o, y sé que lo que diré es delicado, o nos concedemos un plazo, digamos de setenta y dos horas, para hallar nosotros mismos las

flechas. Si fallamos, damos la alarma. Y que sea lo que los orishas quieran.

Quedaron en eso.

—Y otra cosa —añadió Brulé al rato—. Yo recomendaría estacionar la camioneta con el resto de la carga frente al negocio y plantar observadores en las inmediaciones. Nada es tan fuerte como la curiosidad.

El Escorpión se marchó en su automóvil, y Cayetano le dijo a Suzuki que enrumbara hacia la capital, a la calle Los Maitenes, cerca del aeropuerto de Pudahuel. Lo angustiaba una interrogante: ¿por qué suponer que un atentado con Strelas solo podría tener lugar en el aeropuerto de la capital?

Iban por la Ruta 68, cuando le entró una llamada.

—Jefe, no lo dejan tranquilo ni por respeto a su edad —choteó Suzuki, aferrado al volante.

—Así es la fama.

Vio que lo llamaba la peruana.

—Me conformaría con llegar a su edad con ese arrastre, jefe.

—¿Estás bien, Asa? ¿Novedades? —preguntó el detective.

—Ubiqué a Monterrey —dijo ella—. Nos vemos en el Sheraton de Caleta Abarca.

—¿Seguro? —sintió que renacían sus esperanzas—. ¿Cuándo?

110

No le quedó más que coordinarse con el Escorpión, alquilar a la rápida un Tucson de Hyundai, y estacionarse al día siguiente cerca del Sheraton de Viña del Mar. Un hombre y una mujer de la PDI esperaban por su parte frente a la recepción tomando tragos.

Afuera había agentes en un vehículo, y en el garaje dos en una camioneta por si Monterrey estacionaba allí. Otros vigilaban la autopista en el cruce a Curauma y cerca del túnel Lo Prado, y la Brigada Antinarcóticos y Crimen Organizado coordinaba todo desde Valparaíso. El objetivo: seguir a Monterrey hasta su madriguera.

Cayetano vio llegar a Asa al Sheraton poco antes de la una. Arribó en taxi vistiendo pantalón y blusa negros, y pasó al restaurante seguida al rato por la pareja de la PDI.

¿Habrían tenido éxito los agentes que buscaban los tambores en el desierto?, se preguntó Brulé, y sintió que, en sentido estricto, corría peligro al mantener varios frentes abiertos. Por un lado, estaban las muertes de Anzoátegui, Galaz y Ruiz; por otro, la búsqueda de los tambores, y ahora el seguimiento de Monterrey confiando en que los condujera a los misiles rusos. Si no fuera por la lealtad del Escorpión, nada de eso habría sido posible.

—¿Y si Monterrey no viene, jefe, usted almorzará con la princesa? —preguntó Suzuki, que andaba con gorra de beisbolero, anteojos de sol y cara de conspirador.

—Si no viene, estamos fregados. Así de simple. Es la única oportunidad para ubicarlo —dijo Brulé dirigiendo una mirada escrutadora al asistente—. ¿Y dónde te regalaron esos lentes tan grandes, Suzukito? Pareces mosca, chico. Además, están grasientos y rayados.

—Ray Ban originales, jefe.

—Por la dignidad de tu cargo no deberías usar falsificaciones tan baratas.

—Cada cual se pone lo que sea su necesidad, jefe, como dijo Karl Marx.

—Todo lo conviertes en charquicán, Suzukito. Marx dijo otra cosa. Dijo: «De cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad».

—Sí, así mismo. Lo primero aplica en el capitalismo, lo segundo en el socialismo.

—¿Y desde cuándo estás estudiando marxismo?

—Pero si ya le conté, jefe, en las charlas vespertinas que imparten los cabros del Frente Amplio, frente a la iglesia de La Matriz. Ya tuve una sobre Gramsci. ¿Ha oído hablar del italiano? La teoría de la hegemonía cultural, la persuasión y otras cosas de alto vuelo. El amigo no era tan apuesto como yo, pero llevaba amantes hasta en los bolsillos.

—Alguna gracia escondía, lo que no parece ser tu caso. Mientras no me formes un sóviet en el despacho...

Su celular vibró. Miró hacia el Sheraton y vio que por la puerta trasera de un BMW 500 bajaba un corpulento hombre de cabellera plateada, traje oscuro y camisa blanca desabrochada en los primeros botones. Un tipo con facha de escolta lo siguió al restaurante.

—Tengo gente allí —le recordó el Escorpión por whatsapp—. El auto es de la flota de taxis de un hotel de Las Condes.

—Van a almorzar ahora —informó Cayetano a Suzuki—. La una y cuarto, según mi Poljot. ¿No quieres aprovechar el tiempo para aliviar tu vejiga?

—Yo preferiría aprovecharlo comiéndome un suspiro limeño, jefe.

111

Una hora más tarde vieron a Monterrey salir del Sheraton. Brulé se cercioró de que Asa estaba bien, y siguieron al BMW, que emprendió veloz carrera por la costa para empalmar después por la Ruta 68 a Santiago.

—Es la hora de la verdad, Suzukito —apuntó Cayetano—. Ojalá te despabiles, que te alquilé este Tucson nuevecito para que no se te escape el susodicho.

Siguieron al BMW coordinados con los vehículos del Escorpión, conscientes de que una Pathfinder escoltaba a Monterrey. Si el sedán no se escabullía, detectarían su paradero y, ¿por qué no?, fantaseó Brulé, hasta el de Demonio.

Mientras el Hyundai corría entre las suaves colinas revestidas con los viñedos de Casablanca, volvió a pensar en la posibilidad de retirarse. Sentía que la calma del paisaje rural lo llamaba. ¿Cuántos casos había investigado desde Valparaíso? ¿Y qué le habían reportado, más allá de un dinerito y la satisfacción de contribuir a imponer algo de justicia en un mundo incorregible? ¿Había valido la pena tanto esfuerzo y sacrificio apostados desde el edificioTurri?

Su memoria ya no era tan buena y aguda como antes, le dolían las articulaciones cuando bebía dos o tres garzas de cerveza, y tampoco oía ya como antes. Pablo Milanés tenía razón: el tiempo pasa y nos vamos poniendo viejos, el amor no lo reflejo como ayer... ¿Y no era Séneca el que decía que en la vejez había que alejarse de la ciudad para no brindar a los adversarios el espectáculo del propio deterioro físico y mental?

—¿Trajiste tu pistola de agua? —El whatsapp del Escorpión lo arrancó de las cavilaciones.

—Mal no me ha ido con ella —tecleó de vuelta.

—Te puedo pasar un hierro de veras. Los narcos usan artillería.

—Más vale vieja Beretta conocida que muy buena Magnum por

conocer.

—Tan pensativo, jefe —opinó Suzuki—. Dígame algo al menos para que no me quede dormido.

—Por la forma en que venías conduciendo, pensé que ya dormías.

—Desde octubre casi no pego pestaña, jefe, y cuando duermo sueño con que vuelvo a abrir el Kamikaze. Pero sé que me engaño, porque no tengo medios para reconstruir lo que me incendiaron. Los vándalos me condenaron a ser eternamente asalariado suyo, jefe. Esa es la triste verdad.

—Disculpa, Suzukito. Está llamando el Escorpión.

—Que tu asistente se ubique a tiro de piedra del móvil —instruyó el policía—. Supongo que, después del peaje Lo Prado, irá al barrio alto por la autopista nororiente.

—Allá el carruaje no llama la atención —replicó Brulé—. Si no se nos escabulle, tendríamos cumplida parte de la misión. Solo nos quedaría ubicar los tambores, las flechas, y al Demonio. Casi nada, Escorpión.

112

Siguieron al BMW por Américo Vespucio en dirección sur, teniendo cuidado de que ni los del auto ni de la Pathfinder se percataran de que andaban con cola. Pero a la altura de Espoz, para sorpresa de todos, la camioneta dobló hacia el oriente.

—¿Qué hacemos? —tecleó Brulé.

—Otro auto nuestro lo seguirá. Sigamos al BMW —respondió el policía.

Y así lo hicieron. Continuaron detrás sin perderlo de vista, algo complejo por los atascos de esa hora.

—Si el BMW acelera, jefe, se nos escapará sin remedio —anunció Suzuki.

La lentitud del tránsito jugaba a su favor. El BMW iba dos autos delante, el del Escorpión lo seguía a cuatro, pero por la pista de la mano derecha. Esa disposición les permitiría seguirlo si giraba en una u otra dirección.

Frente a la estación Escuela Militar el BMW se detuvo un instante, lo que aprovechó Monterrey para descender por la puerta izquierda y cruzar corriendo el bandejón central de Américo Vespucio. Al otro lado, en la vía que corre en sentido contrario, lo aguardaba un motorista en una Kawasaki.

A los perseguidores no les quedó más que presenciar impotentes cómo Monterrey montaba en la moto, y esta huía zigzagueando entre los vehículos detenidos. En segundos se esfumó de la escena.

113

La comandante llegó pasadas las diez de la noche en un taxi a la balaustrada de la playa Las Torpederas.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó Cayetano.

Descendieron hacia la arena por los peldaños de concreto y continuaron, seguidos por un escolta. De lejos les llegaba el rumor de Valparaíso, desgarrado por el lamento de sirenas, arrullado por el vaivén de las olas.

—Todo lo empeoran la violencia jacobina, el oportunismo de la oposición moderada y la impotencia del gobierno. Navegamos al garete —aseveró la mujer frente al océano—. No habría ya gobierno si hubiesen decidido tomar La Moneda por asalto.

—¿Y por qué no lo hicieron?

—Probablemente por desavenencias en la conducción de la Pentarquía.

—¿Ya comprobó que existe?

—Existe. Es una estructura hermética con siniestros vínculos nacionales y extranjeros, que actúa por su cuenta, lejos de los partidos moderados y los ultras del Congreso. Desconfía incluso de los anarcos, pero los utiliza. Sospecho que agudizarán la crisis antes de lanzar la ofensiva final. Saben dosificar entre ofensivas y treguas, y son dueños de la iniciativa.

—Existe, entonces —insistió Brulé.

—Son invisibles como fuerzas divinas, y como tales hacen sentir sus latigazos. Mientras el gobierno no capte la gravedad de la situación, seguirá dando palos de ciego y entregando el salame rodaja tras rodaja.

Cayetano prefirió conservar para sí la nueva información de que disponía, pues estimaba que Marcia ocultaba a su vez algunas de sus cartas. Por lo menos él conocía ya los objetivos de los patriarcas en Atacama y Chiloé, pero seguía sin saber qué pretendían con los Strelas

y la quinta misión.

—Demonio es capaz de todo —afirmó mientras la comandante consultaba su celular—. Aspira a poner al gobierno de rodillas antes de ir por todo el poder.

Cruzaron en silencio la explanada para subir a un mirador. El escolta los seguía a distancia. En el otro extremo de la playa, el vehículo que había traído a Marcia aguardaba agazapado en la oscuridad.

—Hay algo que me informan en este minuto —dijo ella mirando hacia la mole de la Piedra Feliz—. Monterrey apareció muerto. Tres tiros en la cabeza. Sospecho que era el tipo de mayor confianza de la dirección superior de la Pentarquía.

—¿Cuál era su fuerte? —preguntó Brulé, consternado.

—Comentan que coordinaba el trabajo más sucio, la contrata de sicarios.

Cayetano le echó una mirada a su propio celular y vio una llamada perdida del Escorpión. Más abajo había un mensaje: *Monterrey RIP*.

Con su muerte se desplomaba el puente que podría conducirlo al jefe supremo de la organización y, por ende, a «la Flecha» y «la Porqueriza», concluyó fastidiado Brulé.

—¿Por qué lo habrán asesinado? —preguntó.

—Ya le dije, purgas internas, como siempre —aseveró Marcia—. Unos estarán por asestar el *knock out* ahora y por su cuenta; otros por aliarse con la izquierda Termidor para imponerse en las próximas elecciones. Los moderados deben creer que, de agravarse la crisis, los militares apuntalarán al régimen y al final triunfará un candidato identificado con el orden y la seguridad. Sea como sea, el poder ya no está en La Moneda. Lo entregaron cuando aceptaron convocar a la asamblea constitucional.

—Se ahogan en su propio caldo. —Brulé posó las manos en la baranda, Marcia se acodó a su lado. En el otro extremo de la bahía parpadeaban las luces de Viña del Mar—. Comandante: en el viaje vi varias cosas con mayor nitidez, cosas que me desbordan. Y si las revelo, temo que me tachen de charlatán.

—Sería una lástima porque estamos inundados de fantoches y

figurones que opinan sobre todo buscando rating —repuso Marcia—. Al final, los países tienen lo que se merecen. ¿Querían circo? Pues ya está la carpa instalada. Dime, ¿qué necesitas en verdad?

—Saber quién es él y dónde se oculta.

—Créeme que lo ignoro porque no da la cara. Comanda a los suyos desde las penumbras.

—Si están por lanzar la ofensiva final, tiene que devolverme la mano, comandante.

—No olvido lo que hiciste por el camarada Maromero, Cayetano, pero lo que me preocupa ahora es que cuando el gobierno y la oposición moderada negociaron el acuerdo por la paz, no sentaron a la mesa a quienes controlan a los insurrectos.

—Fueron ellos quienes rechazaron sentarse a la mesa.

—Da lo mismo. Eran imprescindibles porque son impredecibles.

Subieron a la avenida Altamirano dejando atrás el estruendo de las olas que rompían contra la Piedra Feliz.

—Pero Demonio debe sentirse inseguro con las purgas —dijo Brulé.

—Si bien en un comienzo la eliminación fratricida de camaradas intimida a todos dentro de una organización, erosiona después la autoridad del líder. Supongo que ahora Demonio necesita apaciguar a su gente. Y la única forma de evitar una rebelión interna es convenciendo a los suyos de que fue el gobierno el que ejecutó a su colaborador. Para eso, debe presentarse como víctima. Pero le queda poco tiempo para actuar.

—¿Qué hará?

—Apostaría a que anunciará luto público por Monterrey —vaticinó ella echando a caminar hacia su vehículo—. Solo sugiriendo que el gobierno lo mató, podrá lavarse las manos como Pilatos, porque cara se paga la traición entre narcos y grupos clandestinos. Pero para ello tendría que jugárselas.

—¿Cómo?

—Ya te dije. Enviando un potente mensaje al funeral popular que suelen organizar los narcos. Financiar exequias fastuosas, verter lágrimas de cocodrilo y anunciar a voz en cuello venganza por el asesinato del fiel camarada es lo único que puede redimirlo.

114

Llegó al velorio con Suzuki.

A través de un colaborador, el Escorpión le había conseguido dos salvoconductos para asistir a la ceremonia en que gente agradecida de sus favores celebra y canta al muerto comiendo y bebiendo sin límites. Es la hora en que la masa, luciendo sus ropas y alhajas más finas, rememora con fervor sus hazañas, virtudes y obsequios del muerto.

La casona quedaba en la calle Independencia, comuna de Conchalí. Había que atravesar un patio sombrío donde guardias armados controlaban a los asistentes entre rumas de materiales de demolición. Rodeado de candelabros y coronas de flores, descansando sobre patas hidráulicas, brillaba un ataúd dorado. La verdad es que enceguecía. Alguien pronunciaba un discurso, que terminó entre aplausos, vítores y brindis y un jolgorio que solo se apaciguó cuando por un parlante llegó José Alfredo Jiménez cantando «Camino a Guanajuato», que todos comenzaron a entonar a coro.

—No se ve muy refinado el ambiente —se quejó Suzukito.

—Marqués, déjate de chacota —ripostó Brulé—. Acaba de despedirlo un mandamás de los burreros o milicianos.

—¿Divisa por algún lado al amigo que buscamos? —preguntó Suzuki alzando de pronto una lata de Kunstmann en la mano.

—Ninguno que pudiera parecerlo.

—¿Cómo se lo imagina?

—No sé cómo explicarlo, pero yo lo notaría. ¿De dónde sacaste esa chela, Suzukito?

—Me extraña que se le hayan pasado las ninfas de minifalda que las repartían a la entrada. ¿Le traigo una, reforzada con choripanes calientitos?

Mientras Suzuki iba a por el mandado, Brulé se abrió paso entre la muchedumbre que seguía cantando. Algo de la filosofía narco había aprendido en las pesquisas: la vida era un parpadeo y la muerte un

tsunami democratizador, y por eso había que celebrar a concho los días gozados en vida.

A Monterrey lo habían liquidado de un tiro en la frente en un desierto pasaje de la calle San Diego. Llevaba sombrero, anteojos de sol y bigote falso. En el sombrero había quedado marcado el orificio. Para la prensa se trataba de otro ajuste de cuentas entre narcos; para Cayetano, de una muerte con graves consecuencias para todo el país.

Cuando Suzuki regresó con cerveza y choripán, Cayetano había perdido ya toda esperanza de ver a Demonio, pero se reanimó al escuchar el estrépito de fuegos artificiales, armas automáticas y vuvuzelas que llegaba de afuera.

—Mejor que ponga los pies en polvorosa, jefe, porque de pronto le descerrajan un tiro y nadie habrá sido. Retírese con dignidad y yo le cuento después qué pasó.

—Mejor nos vamos juntos, que esto se pone color de hormiga, y no estoy en condiciones de indemnizar a tu mujer si te pasa algo.

Al rato salieron ambos a la calle y una vez en el Lada, buscaron la vía más rápida para alejarse del barrio. Fue entonces que Cayetano llamó al Vasa.

—Ya sé que es tarde, pero es urgente —le dijo—. Consulta a tus camaradas adónde irían en una noche como esta en Santiago. Pero atiéndeme, estoy pensando en sitios que frecuenten los fieles de La Santa Muerte. Sí, tal como lo oyes, La-San-ta-Muer-te.

—¿Y ahora qué hacemos, jefe? —preguntó Suzuki cuando hubo cortado.

—Vamos a comer un engañito por ahí mientras matamos el tiempo.

115

Acababan de pedir café en una estación de la COPEC, cuando recibieron la llamada del Vasa con la información solicitada. Minutos más tarde arribaron por la calle San Diego al barrio de los libros usados.

—El Altar de la Santa Muerte está en la próxima esquina, a la izquierda —alertó Brulé consultando el waze—. Estacionemos por aquí, mejor.

—¿Y el resto lo hacemos caminando, jefe?

—No, te voy a pedir un Uber, flojo contumaz. Estaciona junto a ese poste para que no nos roben el sedán.

—No se pase películas, jefe. Los flaites no se lo llevan ni regalado.

Bajaron. De lejos llegaban el ulular de sirenas y el repique de cacerolas.

Pasaron frente a bodegas cerradas y un mini market incendiado, y más allá divisaron el templo de La Santa Muerte.

—La virgen de narcos y sicarios —dijo Brulé ajustándose el nudo de la corbata—. La iglesia es una réplica de la del barrio de Tepito en Ciudad de México.

—¿Convendrá meternos ahí, jefe?

—¿Te tiemblan las canillas?

—Es por cuidarlo a usted, jefe. Yo corro rápido.

Cruzaron a la vereda de enfrente para observar las puertas pintadas de azul y los arcos de medio punto del templo emparedado entre construcciones bajas. A Brulé le vino a la memoria el viaje que, años atrás, lo llevó a Ciudad de México para investigar el asesinato de un académico estadounidense que sostenía que los mayas llegaron a Europa antes que Cristóbal Colón a América.

El caso resultó tan bullado que un escritor publicó una novela, *Bahía de los misterios*, narrando toda la indagación. Aunque fue un éxito de ventas, el autor no lo invitó ni siquiera a un café para

agradecerle. El guatón Santibáñez, abogado de la mesa que se reunía en el Antiguo Bar Inglés, le sugirió olvidar el asunto porque de los jueces chilenos no cabía esperar ni un peso de compensación.

—Eso solo pasa en las películas de Hollywood —le advirtió.

Pero ahora estaba frente al altar de la Santa Muerte, en Santiago de Chile, donde debía jugarse la última carta para derrotar a la Pentarquía.

—¿No prefiere que avise a su amigo, jefe? —preguntó Suzuki.

—Me las arreglo solo, y tú quédate afuera. Que no te piquen la tela de nuevo. Solo si tardo en volver, avísale al Escorpión.

—¿Está seguro que prefiere ir solo?

—Haz lo que te digo —insistió mientras cruzaba la calle.

Adentro olía a sudor y estaba lleno de fieles sentados en bancas separadas por un pasillo que conducía a un altar dominado por el esqueleto de la Santa Muerte envuelto en un manto dorado. De su cabellera negra caía un delicado velo que le cubría el rostro dejando traslucir una calavera de mueca macabra.

Brulé permaneció unos instantes detrás de la última corrida de bancas, bajo uno de los arcos que cruzan la construcción de paredes blancas recargadas de fotos de personas fallecidas.

—El Señor siempre está dispuesto a perdonar a sus hijos —aseveraba el sacerdote con una capa verde de bordes morados—, pero lo crucial es rogarle a través de la intercesión de nuestra señora para que nos conceda la gracia del perdón.

Al sentir los ojos del sacerdote clavados en él, Brulé decidió alejarse por un pasillo lateral y situarse detrás de una columna, de modo que el religioso no pudiera verlo, y él pudiera espiar a la feligresía.

Había allí gente de la buena y de la otra, de aquella con la cual nadie quiere cruzarse en una calle desierta. No, nadie allí tenía trazas de ser Demonio, concluyó Brulé, aunque ese era el sitio ideal para demostrar el dolor que le causaba supuestamente el asesinato de su lugarteniente.

Empujado por la curiosidad, franqueó sin hacer ruido una puerta a un costado del altar y encontró un pasillo en penumbras. Se internó por él aspirando el aire frío y húmedo.

Una puerta se abrió de pronto por el otro extremo dejando aparecer una silueta. ¿Y ahora, pensó, seguía o regresaba? La silueta avanzaba con un vaivén apenas perceptible e iba adquiriendo el contorno de un hombre corpulento.

Cayetano reanudó la marcha, y cuando estaban a pocos metros de distancia, extrajo la Beretta y apuntó al desconocido.

—Quieto, Demonio —ordenó.

—¿Brulé? ¿No me reconoces?

—¿Quién eres?

—Soy de la PDI, mira mi placa.

—Ni un paso más —le advirtió no sin miedo al notar que el hombre seguía acercándose.

—Mira la chapa que llevo al pecho, Brulé. Por favor.

Cuando se inclinó para chequearla, una patada furibunda le arrancó la pistola de la mano y la lanzó lejos. Pudo escuchar cómo resbalaba por la lisa superficie de hormigón del pasillo. Y fue cuando recibió la segunda patada, esta vez en la boca del estómago. Un golpe devastador que lo hizo trastabillar y buscar apoyo en las paredes desnudas, pero cayó de espaldas al suelo, lo que el hombre aprovechó para abalanzarse sobre él y agarrarlo por el cuello.

Adolorido y falto de aire, sacando fuerzas de flaqueza, Brulé le propinó al atacante un furibundo puñetazo contra el hígado, que obligó a este a soltarlo y que él aprovechó para ponerse de pie y lanzarle un puntapié en la quijada que le dolió hasta en el empeine.

Justo cuando se inclinaba para recoger la Beretta del suelo, una mano, más que una mano, una garra, lo cogió por un tobillo y lo hizo perder el equilibrio, con tan mala suerte que, al caer, azotó brutalmente su cabeza contra el piso.

116

Un hilillo de agua fría resbalando por su frente lo hizo volver en sí. Abrió los ojos de a poco, mareado y adolorido.

Seguía tendido en el pasillo en penumbras, Suzuki y el Escorpión arrodillados junto a él.

Al rato lo ayudaron a reincorporarse, lo llevaron afuera y lo instalaron en el asiento trasero de una Expedition institucional como si fuera un saco de papas. Luego se alejaron, más bien huyeron del barrio a toda velocidad con las balizas puestas.

—¿Y el tipo del pasillo? —preguntó Brulé.

—Yacías solo en la oscuridad, Cayetano, la Beretta a dos metros tuyo —afirmó el Escorpión—. ¿A qué tipo del pasillo te refieres?

La lengua, estropajosa y acalambrada, reaccionaba ahora con lentitud. Además, sus compañeros no lo escuchaban. Sin embargo, Brulé sabía que no había soñado, que la pelea con Demonio había sido real y que por alguna razón este se había largado sin rematarlo.

Mientras el vehículo corría veloz por la Ruta 68 de vuelta a Valparaíso, oyó decir a alguien que Suzuki, alarmado por su tardanza, había alertado al Escorpión, quien rodeó de inmediato el templo con sus efectivos.

Tras ingresar por el frontis despertando el pánico entre los feligreses, no tardaron en dar con Brulé en el pasillo.

117

—¿Aló? ¿Cayetano, me escuchas? ¿Volviste a la vida? ¡El hijo viajó a Tacna!

Brulé seguía acostado y bien arropado, sudando frío.

—¿Hijo de quién, Escorpión? —preguntó—. Aún me da vueltas la cabeza. Debería chequearme el corazón con el doctor Sobarzo.

—Ve cuanto antes. A tu edad uno no está para desaguisados. A dos excolegas míos se los llevó la parca de un día para otro este año.

—¿El hijo de quién se fue?

—El hijo del dueño de la camioneta. Flecha. Paso fronterizo. Arica. ¿Te ubicas?

—Ahora sí. Bien, lo presumíamos. Pero imagino que el viejo no puede irse y que le retuviste el pasaporte, ¿o no? ¿Siguieron al muchacho o los burló como Monterrey?

—No te hagas el chistoso.

—¿Lo siguieron o no?

—¿Crees que soy un pinche detective privado? No solo lo seguimos, sino que ya recibí reportes.

—Cuenta, entonces.

—Nada, el muchacho cruzó la frontera de vuelta por Chacalluta, y en Tacna fue directo al consultorio de un cirujano plástico de la avenida Buenos Aires. Entró y salió en busca de algo, y después fue a una picantería, donde pidió ceviche y cerveza, y regresó a Arica.

—Fue a informar, seguramente. ¿Está en Arica ahora?

—Con el padre.

—¿Y dónde tienen la camioneta?

—En el garaje de una casa que alquilaron por AirBnB. ¿Qué te parece, Cayetano?

—Que de las chacras parecían, pero son más linces que tú y yo juntos.

118

¿Qué significaba «la Porqueriza»? ¿Quién estaba a cargo de esa misión, según el esquema de Ruth? Ella no había vuelto a aparecer, y no respondía ni por celular ni por correo electrónico.

Suponía que al menos iba bien encaminado con respecto al tema Strela, y confiaba en poder llegar a Roma a través de los dueños de la camioneta. Y Roma debía ser Demonio, puesto que en la Pentarquía de Justiniano el patriarca de Roma era el papa y, como tal, líder máximo de toda la estructura.

Lo ponía inseguro no saber aún qué significaba «la Porqueriza», y por qué el hombre del pasillo, que suponía era Demonio, le había perdonado la vida.

Tal vez no lo había ejecutado porque la PDI rodeaba ya el templo, y de haber disparado, el Escorpión lo hubiera oído.

Dejó la cama y fue al baño, puso la cabeza bajo la llave del lavamanos para que el agua fría lo reanimara, y después bajó a colar café. Mientras encendía el gas, se dijo que en la víspera había nacido de nuevo, una razón más para dejar el oficio y disfrutar lo que le quedaba de vida. Ni los países ni las personas tenían reversa, eso era cierto, pero sí la posibilidad de enmendar.

Estaba en esos pensamientos cuando volvió a entrarle un llamado del Escorpión.

—En una hora arribarán dos venezolanos de la lista que te pasó Mike Iglesias —anunció el policía.

—¿Dónde los recibirás?

—En el aeropuerto de Santiago. Vienen de Lima en un LATAM. Los dejaremos pasar para seguirlos.

—Reténlos lo más que puedas. Estoy como tuna. Llego en un suspiro al aeropuerto.

119

Cuando Cayetano llegó al aeropuerto, aún tenían retenidas las maletas de la nave, lo que le permitió observar a los dos venezolanos a través de una cámara.

Su aspecto era el que Brulé había imaginado: corte de pelo militar de pelo y estado físico impecable. Tropas especiales, sentenció.

—Vienen con todos los papeles en regla —dijo el Escorpión—. Disponen de residencia permanente en Colombia y tarjetas de crédito vigentes, y vienen por turismo aventura. Sus maletas lucen en orden. Deportistas. Andan hasta con pelotas y guante de béisbol. ¿Sugerencias antes de dejarlos seguir?

Los siguieron. A la salida de la aduana los aguardaban dos hombres que los condujeron a una Chevrolet roja de doble cabina y vidrios polarizados. Dejaron rápido el aeropuerto, un automóvil de la PDI detrás de ellos. A mayor distancia iba Brulé en el Lada, que conducía Suzuki.

La camioneta tomó la Ruta 68 rumbo al Pacífico.

120

A la altura de Curacaví, Cayetano recibió un whatsapp del Escorpión.

Observación más reciente desde punto flotante en Arica:
Un camión Hino cargando varas de hierro y estructuras metálicas pasó por el alojamiento de padre e hijo. Carga añadida ahí: vigas y marquesas de cama, somieres, armaduras de bicicletas y lanzadera de flechas.
Vehículo ahora en desplazamiento por la Panamericana hacia el sur. Punto flotante informa de modo permanente.

La información lo ilusionaba porque el camión podría conducirlos a la Pentarquía y con ello al corazón de una guerrilla eficaz para destruir infraestructura y azuzar la violencia callejera. Llamó al Escorpión para agradecerle las nuevas.

—Hay algo que te alegrará aún más —anunció el policía.

—¿Encontraron la flecha?

—Ojalá.

—¿Dieron con otra lanzadera?

—Negativo, amigo.

—Suelta la pepa entonces, Escorpión, por lo que tú más quieras.

—Al chequear la patente del camión descubrimos que pertenece a la empresa EAT, la que visitaste hace poco en el sur. El círculo comienza a cerrarse, Cayetano.

121

Siguieron a la camioneta por la autopista a Valparaíso guiados por los coches de relevo que no la perdían de vista.

Cerca del Santuario de Lo Vásquez, el objetivo dejó la Ruta 68 y continuó por la sinuosa carretera de Lo Orozco buscando la autopista del Troncal Sur. En aquel enlace, la doble cabina tomó hacia Limache.

—Extraña vuelta está dando —comentó Brulé al Escorpión a través del celular.

—Efectivamente —dijo el policía—. Pero como usamos tres relevos, los viajeros no se percatarán de que los seguimos.

De pronto, la doble cabina tomó hacia Colliguay y se internó entre campings y colinas agrestes.

—Esta es una zona con historia —dijo Brulé—. Después de la Guerra de Independencia, muchos españoles salieron de Valparaíso huyendo de la represión chilena y se ocultaron en estos cerros, donde entonces abundaban vertientes de agua cristalina.

—¿Cómo lo sabe, jefazo?

—Cultura general, Suzukito, cultura general. Y si uno observa a los lugareños, ve bastante gente de rasgos europeos. Son los descendientes de los españoles que se refugiaron en los valles de Colliguay y nunca regresaron a España.

Al rato llegaron a una zona poblada de cabañas de arriendo y casas particulares con quincho y piscina.

—Será clave averiguar qué hacen los sujetos por estos lares —comentó Suzuki.

Tras una vuelta cerrada, se encontraron con una cola de vehículos detenidos ante un banderillero. Más allá, una pala mecánica cargaba un camión con gruesos pastelones del pavimento.

—Faenas en el camino. Nos jodimos —resopló Cayetano.

—La ley de Murphy —reclamó el Escorpión al celular—. El banderillero dejó pasar a la camioneta roja como último vehículo y

nos detuvo a nosotros.

—¿Y ahora? —Brulé bajó el vidrio mientras la manivela chirriaba.

Una ráfaga de aire de sauna se coló en el Lada por la ventanilla abierta.

—Recemos para no perderlos de vista —repuso el Escorpión.

La bulldozer maniobraba con enervante lentitud. Aquello iba para largo. Y eso no era todo, porque en el otro extremo del corte de la carretera seguro se estará formando otra cola de vehículos.

—Si los amigos se quedan en una cabaña y la camioneta regresa a Santiago, nos va a costar ubicarlos —gruñó Brulé al celular.

—Es lo que siempre enseñé en la academia —repuso el Escorpión—. Te preparas para todos los escenarios posibles, pero al final las cosas salen de otra manera. En el mundo de los detectives, Murphy es rey.

Media hora más tarde, el banderillero permitió la reanudación parcial del tránsito. No les quedó más que armarse de paciencia, pues autorizaron primero el paso a los vehículos que venían de Colliguay.

Cuando por fin les tocó a ellos, ocurrió lo que Brulé temía: la camioneta roja venía ya de vuelta.

122

Pidieron refuerzos y se acercaron a las cabañas y campings a consultar si había alojamiento disponible. Lo hacían con el propósito de detectar el paradero de los viajeros.

El Lada siguió por la carretera hasta donde ya no había casas y se devolvió lento, oteando con disimulo la inmensidad del terreno.

—Paremos en los campings con canchas de fútbol —dijo el detective —. Después del viaje, estos sujetos van a necesitar un poco de ejercicio.

Una hora más tarde arribaron a la zona tres vehículos, cada uno con una pareja que simulaba ser marido y mujer, desde luego todos agentes de la PDI.

—Es esencial saber dónde aloja esta gente —dijo el Escorpión por whatsapp.

Si habían pensado que con el correr de la tarde disminuiría el calor, se equivocaban medio a medio, y también se equivocaban al suponer que existían pocos albergues a lo largo de esa carretera solitaria. Por eso cundió el desánimo en el grupo.

—¿Y qué saben de la camioneta? —preguntó Cayetano al policía.

—Era alquilada y fue devuelta en la representación de Hertz del aeropuerto, donde uno de los amigos se hizo humo. Entró a un baño y lo perdimos —admitió amilanado.

—¿Y del otro qué saben?

—Viaja a esta hora en un Tur Bus a Valparaíso. No se nos perderá.

123

Se hizo de noche, pero no lograron ubicarlos. Si preguntaban por ellos —uno era de apellido Murcia, el otro Orejuela—, despertarían sospechas. En una zona poco poblada, donde probablemente todos se conocían, correría rápido la voz de que buscaban a unos extranjeros.

Alojaron en sitios diferentes, y Cayetano y Suzuki alquilaron una cabaña acorde con sus magros ingresos, y después salieron a caminar bajo un cielo que acunaba el canto de las cigarras y el crujir de los guijarros que pisaban.

—Ojalá los tipos estén durmiendo cerca —dijo Brulé—. Si no, estamos perdidos. Por lo menos a esta hora viene por la Panamericana un camión que nos interesa mucho.

—Mientras no internen varias Strelas —comentó Suzuki.

—Si son varias, estamos embromados. Tendrán aeropuertos para escoger.

Volvieron a la cabaña a medianoche, el Escorpión seguía sin novedades. Prepararon un té con unas galletitas de limón.

—Te noto preocupado —le dijo Brulé. Suzuki contemplaba la noche por la ventana del living comedor—. ¿Qué te pasa?

—Me temo que nadie valorará lo que hacemos, jefe —se volvió hacia Cayetano, compungido—. Mientras tratamos de abortar actos terroristas, sigue la destrucción en las ciudades y la Araucanía, y los políticos no paran de pelearse en su burbuja de privilegios.

—Lo nuestro es investigar para que la justicia opere, no andar buscando reconocimiento para sacar ventajas, Suzukito. No somos políticos. Si lo fuéramos, a esta hora no estaríamos cenando galletas reblandecidas con tecito de bolsa.

Comieron en silencio. Cayetano pensó que el país entraba en una nueva era justo en el momento en que él clausuraba su carrera profesional. Esa noche, mientras caminaban entre espinos, sintió que ya no le quedaban muchas noches para disfrutar.

—Lo peor es que nos van a traicionar —escuchó de pronto que decía Suzuki.

—¿A qué te refieres?

—A lo que le digo. Nos traicionarán a usted, al Escorpión y a los de la PDI, jefe. Al final los políticos se lavarán las manos y se arreglarán los bigotes entre ellos, y si por desgracia alguien muere en esto, nos juzgarán a nosotros y nos condenarán a prisión a nosotros, jefe. ¿Se ha dado cuenta? Acá mucha gente buena termina presa y mucho delincuente, libre. Somos la tierra de la impunidad. Usted debería hacerle caso a Margarita e irse de Chile.

—¿De Chile? ¿Por qué?

—Porque el pago de Chile no es un invento, jefe. Este país es una puerta descuadrada que le aprieta los dedos al que trate de cerrarla como corresponde.

—Podemos intentar hacerlo sin que nos pase eso.

—No se haga ilusiones. A los que luchamos contra los delincuentes, a los que marchan de modo pacífico y a los que intentan prosperar mediante el esfuerzo propio, se los pasarán por el aro. Acuérdese cómo terminó el padre de la patria, pobre y desterrado.

—Estás demasiado negativo —dijo Cayetano partiendo la última galleta que les quedaba—. Toma.

—Gracias, jefe. Pues se lo está diciendo Suzuki, un hombre modesto y decente, que sigue sonriendo pese a los golpes de la vida, un don nadie al que le quemaron su pinche fritanguería, y todo sigue como si nada. Acuérdese —añadió sacudiendo la cabeza con los ojos enrojecidos—, no lo olvide: no habrá justicia. Los políticos ya no tienen convicciones ni principios, solo ambiciones. En el Congreso seguirán fingiendo que se pelean, y después se irán a cenar juntos para maquinar nuevas componendas con los poderosos. Mírelos bien, son como los gatos: no importa cuándo ni dónde caen, siempre lo hacen sobre sus cuatro patas.

Cayetano guardó silencio. Es la hora de los gatos y camaleones, pensó.

Pasada la medianoche Suzuki se acostó en el sofá del living y Cayetano en el único dormitorio, donde reflexionó preocupado por el

pesimismo de su asistente, a quien nunca había visto así.

Al día siguiente salieron temprano a husmear por los alrededores. Algo más tarde, tras desayunar en un almacén cerca del estero de Puangue, a Cayetano le llamó la atención un grupo de niños que jugaba en una cancha de fútbol. Se acercó a ellos, seguido de Suzuki.

—¿Quién les enseñó este juego? —gritó tras recoger la pelota que rodaba cerca suyo y lanzarla de vuelta al cátcher.

—Unos turistas que arriendan una parcela —respondió el niño embolsicándola en el gran guante de cuero—. ¿Y dónde aprendió usted?

124

No tardó en sonsacarles a los niños dónde alojaban los generosos amigos que les habían regalado las pelotas y el guante de béisbol.

Cabañas Weliwen. Eran al parecer venezolanos, varios, y algunos llevaban más de dos semanas ahí. Solían jugar en esa cancha por la mañana o al atardecer, cuando ya refrescaba.

—Tremendo descuido lo del béisbol —comentó Cayetano al Escorpión por teléfono. Había subido con Suzuki a un cerro a observar los alrededores con binoculares mientras los agentes trataban de ubicar las cabañas donde alojaban los deportistas.

—Ese defecto lo condené siempre en la academia: el exceso de confianza —repuso el policía—. Esta gente creyó que andaba sin cola y se volvió displicente. Ignoran que en Chile nadie juega béisbol.

Comenzaron a bajar a la carretera alentados por las noticias. El camión que había salido de Arica iba cerca de La Serena, y realizaba paradas breves para abastecerse de combustible. Detectaron que lo escoltaba una camioneta Santa Fe con tres pasajeros.

El Escorpión le habló a Brulé de la cara conspirativa que ocultaba Colliguay. En los años noventa, al inicio de la vuelta a la democracia, unos prófugos de la justicia pertenecientes al Frente Manuel Rodríguez, adiestrados en Cuba, se habían refugiado en unas cabañas de la zona. A pesar de haber sido descubiertos, un soplo, proveniente tal vez de la misma Oficina de Seguridad Pública encargada de ubicar a esos frentistas, les alertó de que la PDI los tenía en su radar. Lograron hacerse humo en el último instante.

—Ahora trabajamos compartimentados, no nos pasará de nuevo —aseguró el Escorpión.

—¿Lo sabe Salazar? —preguntó Brulé.

—Es el único de los venerables que lo sabe, pero no te preocupes. Salazar es, ante todo, un detective leal a la institución.

125

Después del almuerzo, a la hora en que la siesta del verano despuebla a Colliguay, lograron deducir quiénes integraban el grupo.

Se trataba de ocho hombres y dos mujeres, venezolanos o tal vez colombianos, no lo sabían con exactitud, aunque de acento caribeño. Eran atléticos y fornidos, entre veinte y treinta años, salvo las mujeres, que andaban por los cuarenta.

—Se hospedan en tres propiedades esparcidas en un radio no superior al kilómetro de distancia —informó la inspectora Roxana Morán a Brulé y al Escorpión en la cabaña del primero. El policía se había informado en el terreno de los hechos—. Las mujeres viven en una casa rodeada de espinos, que no se ve desde la carretera. Tienen piscina. Consultamos al teléfono que aparece en el letrero de «Se arrienda» y nos dijeron que estará disponible a partir de la próxima semana.

—¿Y los demás? —preguntó el Escorpión.

—Se alojan en las Cabañas Weliwen, que ubicó el señor Brulé, y en una parcela con piscina y cabañas no registradas como hospedaje. La parcela pertenece a un chileno que estudió en Barcelona en los ochenta. Las Weliwen son propiedad de un matrimonio mayor de la localidad, dueños también de un boliche.

Practicaban deportes. Dicen ser paramédicos que regresarán a su país porque en Chile las perspectivas pintan mal.

—¿Y en qué se transportan? —preguntó Cayetano.

—Las mujeres en un Nissan, cuya patente no identificamos aún —dijo Roxana—, y los hombres en vehículos que han venido a visitarlos.

126

Cayetano y el Escorpión viajaron al atardecer a Santiago en un automóvil de la PDI mientras Suzuki y los agentes permanecían en Colliguay.

El camión procedente de Arica acababa de ingresar a una propiedad amurallada de la calle El Tranque, a la altura del 1300, a cuatro kilómetros del aeropuerto internacional de Santiago. El nerviosismo aumentaba entre los integrantes del punto fijo de observación. ¿Debían seguir espiando o irrumpir en el teatro de los acontecimientos?

—Mantengan la calma —ordenó el Escorpión desde el auto, tras informar a Salazar sobre los detalles—. Observar y observar, y seguir a quien salga de la madriguera. Pueden llegar más.

Cayetano temía que los terroristas —porque eso eran— dispusiesen de varios Strelas y planearan operaciones coordinadas en distintos frentes. Estacionaron en una calle aledaña, y al rato un agente les entregó una perrita Westie blanca, adiestrada y con correa, para que pudieran pasearse frente a la propiedad sin despertar sospechas, cosa que hicieron de inmediato.

Cuando volvieron al vehículo, devolvieron a Lucy, estudiaron las casas vecinas mediante Google Earth, y Brulé sugirió emplear drones en cuanto oscureciera.

El Escorpión llamó a la oficial experta en misiles y le preguntó si era posible que utilizaran el Strela desde la propiedad que vigilaban.

—Pero fracasarían, prefecto —aseveró ella tras consultar en Google Earth. El Escorpión activó el parlante del celular para que Brulé escuchara—. La casa está a cuatro mil trescientos metros de la línea de despegue, y desde esa distancia el arma no es efectiva. Su alcance es inferior a los tres mil metros. Estamos hablando de un modelo de los años setenta.

—Seguiremos entonces en el barrio —anunció el Escorpión a Brulé

tras cortar la comunicación.

—Veo que Salazar está facilitando gente, señal de que empieza a creer en mí —aseveró Brulé con indisimulada satisfacción.

127

Las noticias de la destrucción no amainaban. Durante las noches reinaba el terror y por el día bandas enmascaradas recorrían las calles de Valparaíso saqueando negocios a vista y paciencia de los escasos y atemorizados transeúntes. El Estado agonizaba acéfalo en las veredas.

¿Qué nos unía antes entre la cordillera y el Pacífico?, se preguntó Cayetano en su despacho, hasta donde subían gritos iracundos, pitos estridentes y el retumbar de bombos.

—Los amigos siguen en sus cabañas —le anunció Suzuki por el celular—. Las mujeres están haciendo ejercicios bajo un parrón antes de saltar a la piscina, y los amantes del béisbol terminaron la práctica. No creo que por el momento se muden de barrio.

—Paciencia de elefante y ojo de águila —aconsejó Brulé contemplando el puerto paralizado.

¿No era la época de la exportación de las frutas llamadas primores, que producían antes de temporada los cálidos valles del «norte chico», y que gozaban de gran aceptación en el mercado mundial? Recordó que algunos sindicatos de estibadores llamaban a sus colegas de otros países a paralizar el despacho de contenedores provenientes de Chile, alegando que el país violaba sistemáticamente los derechos humanos.

Arruinará a unos, lanzará al desempleo a otros, cundirán el pánico y la desesperación: el golpe perfecto, pensó Brulé, y se preguntó cómo saldrían de esa pesadilla y financiarían al mismo tiempo las demandas de la ciudadanía desencantada. ¿Cómo apartar de la protesta ciudadana al narco y a los extremistas?

—¿Entonces sigo anclado acá? —inquirió de pronto su asistente—. ¿O vamos a actuar antes de que dejen la tendalada?

—Esa es precisamente la disyuntiva, Suzukito. Avísame en todo caso cualquier novedad.

128

—Están saliendo de las cabañas en cuatro taxis —anunció Suzuki a Brulé desde Colliguay.

Eran las ocho y treinta de una mañana de espléndido cielo azul, y Cayetano caminaba por la avenida Alemania tras servirse un latte con huevos fritos en El Desayunador, de Almirante Montt. No había pegado pestaña en la noche anterior, agobiado por la delicada situación que planteaba el Strela.

—Lo mejor es que sigan a esa gente —masculló.

—Para ser franco, ya vamos en camino, jefe.

Llamó al Escorpión, quien ya estaba al tanto del desplazamiento.

Otra llamada de Suzuki le anunció que los vehículos se dirigían por distintas rutas a la costa. El taxi con las dos mujeres avanzaba por la autopista, y el resto por el congestionado camino Troncal, que atraviesa el centro de varias ciudades.

Media hora después un nuevo reporte del asistente.

—Ya entramos a Valparaíso, jefe. Las damas se hospedaron en una casa de la subida Baquedano con vista a la bahía. ¿Qué hago?

129

La situación empeoraba con el paso de los minutos.

Si bien conocían el alojamiento de las mujeres, los hombres habían quedado en dos departamentos cerca de la avenida Argentina. Era evidente que algo planeaban.

—Pueden estar tramando una quitada de droga de proporciones —dijo el Escorpión a Cayetano por teléfono mientras corría por la Ruta 68 a Valparaíso.

—Estoy en el Café Tavola, de la avenida Argentina —anunció Brulé —. No sé si seguir esperando tenga algún sentido.

—¿Atraca hoy algún barco interesante?

Brulé consultó a Ricardito González, jubilado de la Pacific Steam Navigation Company, y este le informó que estaban arribando naves procedentes de Callao, Guayaquil, Buenaventura y Shanghái.

—No nos queda más que esperar —dijo el Escorpión al enterarse del panorama en la bahía—. No descarto una quitada de droga. Pediré que redoblen la fiscalización en el puerto.

Al rato Suzuki pasó a buscar a Brulé y juntos salieron a recorrer el barrio. En los alrededores del Congreso Nacional las Fuerzas Especiales de Carabineros se preparaban para nuevos enfrentamientos y los negocios bajaban sus cortinas metálicas.

—Los desórdenes terminan después de medianoche —comentó Cayetano mientras pasaban frente al restaurante O'Higgins—. ¿No te llama la atención una cosa, Suzukito?

—Que vinieron a meterse en el ojo del huracán, jefe. Las mujeres, en cambio, se quedaron lejos, con vista panorámica sobre la bahía.

—Exactamente. Pero fíjate en lo siguiente: dentro de poco los hombres quedarán rodeados por las fuerzas de seguridad y las manifestaciones.

—¿Revisaron ya las cabañas en Colliguay, jefe?

—No pueden porque las dejaron ocupadas. Complejo acercarse sin

despertar sospechas. Tratarán esta noche.

—Si es que los amigotes no vuelven a Colliguay.

—¿Quién sabe? Hay algo que ahora veo con claridad —agregó Brulé cuando caminaban por Juana Ross.

—¿Y eso es..., jefazo?

—Que si los hombres se instalaron en este barrio es porque quieren estar donde las papas queman. Mike Iglesias tiene razón al dudar de que los exsoldados bolivarianos y los exmiembros de las FARC hayan roto con la dictadura de Maduro.

—¿Y entonces?

—¿No te das cuenta? —Se atusó las puntas del bigote mientras paraban en una esquina para dejar pasar un bus de Carabineros con sus ventanillas protegidas por mallas de acero—. ¿Qué más te llama la atención?

—Bueno, que es mejor estar en Colliguay jugando una pichanga de fútbol que andar metido aquí entre bombazos y gases lacrimógenos.

—Exacto. ¿Y qué significa eso?

—Por favor, no se me ponga denso que no puedo respirar, menos pensar.

—Significa que esos militares y guerrilleros no son desertores, Suzukito, y que por algo andan en el ojo del huracán.

130

Enloquecidas sonaban las sirenas y varias tiendas ardían cuando el Escorpión llegó a Valparaíso. Le pareció como que la ciudad hubiese sido bombardeada en medio de una guerra civil.

Seguido de un escolta, se dirigió presuroso hacia el Congreso Nacional para buscar a Cayetano Brulé en sus alrededores. No tardó en encontrarlo entre el humo, el estrépito de las bombas molotov y el aparatoso despliegue policial. También allí los violentistas seguían un libreto preciso: emergían entre los manifestantes pacíficos para arrojar piedras contra vitrinas, saquear el comercio y derribar semáforos.

En la vecina Viña del Mar, ciudad que también estaba a merced del pillaje, turbas atacaban hoteles, supermercados y restaurantes ante una policía que retrocedía impotente. Pero en Santiago la situación era peor: bandas enardecidas bloqueaban el tránsito, prendían fuego a edificios, levantaban barricadas e incitaban a marchar sobre el Palacio de La Moneda para proclamar desde allí el triunfo insurreccional.

Los detectives se alejaron del Congreso soportando apenas el escozor en los ojos y la asfixia causados por las bombas lacrimógenas, y cuando comenzó a caer sobre ellos un diluvio de piedras, no les quedó más que guarecerse bajo un portal.

—Me dicen que varios de los sujetos que seguimos andan cerca de los desórdenes, aunque sin intervenir en ellos —gritó el Escorpión entre toses.

—¿Y las mujeres? —preguntó Cayetano.

—También andan en la calle, pero tampoco se inmiscuyen en los desórdenes.

Siguieron por Errázuriz a lo largo del muro formado por los contenedores que impedían ver el mar.

—Y los acuartelados cerca del aeropuerto ni se mueven — agregó el Escorpión tras atender de nuevo el celular—. La propiedad en que se alojan pertenece a un chileno que vivió en los ochenta en Nicaragua.

Ocupación: desconocida. Residía en Buenos Aires hasta hace dos años.

La pasiva conducta del grupo de Colliguay llamó la atención de Cayetano. Horas antes habría jurado que estaban en Valparaíso con el fin de actuar, sin embargo se limitaban a observar los acontecimientos como si fuesen corresponsales de prensa.

Volvieron a la avenida Pedro Montt para seguir de cerca los enfrentamientos entre violentistas y carabineros.

—Esto de venir de tan lejos solo a mirar el show, no me convence —comentó Brulé —. ¿Tenemos la identidad de quienes acompañan a los venezolanos que ingresaron por el aeropuerto?

—Todavía no.

—Una cosa me queda clara. —Cayetano se sentó en las escalinatas del Teatro Velarde a guglear en el celular—. Esta no puede ser la verdadera fiesta de los amigos. Con la experiencia militar que tienen, deben andar buscando acciones de mayor envergadura.

—¿A qué te refieres?

—Para hacer lo que están haciendo, mejor se hubiesen quedado en la frontera colombo-venezolana.

—¿Piensas que andan detrás de una quitada grande de droga?

Cayetano guardó silencio un rato y luego preguntó:

—Dime, Escorpión, ¿qué es lo más valioso que ves en este barrio?

El policía miró a su alrededor, extrañado. Todo cuanto veía eran deterioradas construcciones de dos pisos, muros agrietados, bodegas cerradas, postigos echados, vitrinas tapiadas y veredas desdentadas, sin baldosas.

—¿Valioso, valioso en este cúmulo de escombros? Para serte franco, Cayetano, en este barrio solo veo la trágica decadencia final, la agonía de nuestra querida ciudad.

—Si fuera perro, te mordía —lo picaneó Brulé tecleando en el celular.

—Sigo sin entenderte. Esto más me huele a La Habana castrista que al Valparaíso que conocí, o peor, a Kabul o Bagdad después de la guerra.

—¡El Congreso Nacional, pues! —exclamó Brulé—. Eso es lo más valioso que hay en todo este barrio.

—¿Y desde cuándo le subiste tanto los bonos a los políticos?

—Escorpión, por favor. ¿Es que no te das cuenta? Por fin sabemos a qué se refieren con «La Porqueriza». ¡El Congreso Nacional es «la Porqueriza»!

—¿De qué hablas? ¿Estás seguro?

—Completamente. El concepto lo copiaron del famoso Comandante Cero del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

—¿Te refieres a Edén Pastora?

—A él mismo. Escucha lo que te voy a leer —agregó Brulé con la vista puesta en la pantallita—: *Operación Chanchera es el nombre con que se conoce la toma por un comando del Frente Sandinista del Palacio Nacional de Nicaragua mientras sesionaba el Congreso Nacional, el 22 de mayo de 1978. El secuestro de todos los parlamentarios marcó un hito en el derrocamiento de Anastasio Somoza*. ¿Te das cuenta? ¡«La Porqueriza» de la Pentarquía no es otra que «la Chanchera» de los sandinistas, Escorpión!

131

Acababa de leerle al Escorpión todo el texto de Wikipedia sobre la operación Chanchera sandinista, cuando le entró una llamada del Vasa. Le extrañó que fuese tan tarde.

—La cliente que busca primeras ediciones necesita hablarte a la brevedad —anunció el librero sin ni siquiera saludarlo.

—¿A la brevedad, brevedad? —preguntó Cayetano y se puso de pie.

—Brevedad cuanto antes.

—¿En Valparaíso?

—¿Estás acaso en Nueva York? Ahora mismo en Valparaíso.

—Dime dónde y parto para allá. Mientras no sea en el Congreso Nacional, puede ser en cualquier parte.

—A una cuadra del mirador Barón sube una calle al cerro. Se llama Borges, como el escritor que debieras leer. Espera en tu modelo Komsomol junto a un pequeño jardín.

—¿En el jardín de senderos que se bifurcan?

132

Suzuki lo dejó solo en el Lada, estacionado junto al jardín, y se alejó. Eran pasadas las dos de la mañana y Valparaíso se había tranquilizado. Los bomberos apagaban las últimas lenguas de fuego, las balizas parpadeaban en las calles, y por los aires llegaba el ritmo desgarrado de una trutruca.

Una Toyota Land Cruiser se detuvo junto al Lada, Marcia bajó de ella y se subió en la parte posterior del auto mientras la camioneta se estacionaba delante. Dos escoltas salieron de esta. Uno de ellos se situó cerca de Suzuki, el otro en la esquina de arriba.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó Marcia pasándole a Brulé un pedazo de tela.

El detective, sentado en el asiento del copiloto, la palpó.

—Gruesa pero dúctil —comentó—. Para toda estación, comandante.

—La robaron hace meses de una fábrica de uniformes para carabineros en La Cisterna. Doscientos mil dólares en tela. Todavía no aclaran el robo.

—¿Y qué hace usted con esto?

—A robos como estos y de armerías y bodegas mineras les ponemos atención. No volvimos a escuchar del asunto hasta ahora, que una fuente nuestra se enteró de que una maquiladora pirata recibió hace un tiempo tela de esta, de la buena, para confeccionar cincuenta uniformes de carabineros.

—Interesante —murmuró Brulé, pensativo—. Si no los encargó Carabineros, entonces suena raro.

—No puede haber sido un encargo institucional, porque esa empresa no les dio factura.

—¿Cuándo se hizo el encargo?

—Hace un mes o algo así. Un pedido exprés. Ya suministraron los uniformes. Eso indica que estamos ante algo muy gordo.

El encargo podía apuntar a una operación de envergadura —se dijo

el detective observando el grosor de la tela—. Deme, por favor, la dirección de la maquiladora.

—No te la daré —replicó Marcia—. ¿Qué harías si te la doy? En la maquiladora te comportarías como un elefante en una tienda de porcelana.

—Pero dígame al menos quiénes son.

—Cayetano, si esto sigue tan desastroso como va, el gobierno caerá.

—No sea pesimista, comandante. Mal que mal, aquí las instituciones funcionan, como diría un expresidente.

—Ese Chile se acabó, Cayetano. Los políticos son incapaces de navegar en esta tormenta. Pero ninguno va a cosechar nada porque el poder quedará en manos de los extremistas. Y atendiendo a estas circunstancias, necesito que dejen en libertad al Maromero.

—¿Quiere que yo solicite eso?

—Si cae el régimen, los jacobinos serán inmisericordes. Lo ejecutarían acusándolo de traidor. Eso es lo que es, y lo que soy yo y lo que eres tú, a los ojos de ellos. Tienes que ayudarme.

—¿Y qué ofrece a cambio?

—Pídanme lo que quieran a través del Vasa y ayudaré. Quédate con la tela.

133

El amanecer lo sorprendió sin haber conciliado el sueño. Dos temas lo habían desvelado por completo: el de los uniformes de carabineros y la suposición de que al día siguiente se presentaba la ocasión propicia para realizar el tipo de operación que ahora temía.

Esa mañana de verano, poco antes del receso de febrero, sesionaban varias comisiones tanto de la Cámara de Diputados como del Senado, y a mediodía se iniciaba una actividad entre congresistas de todas las bancadas y el gremio empresarial. Objetivo: abordar la crisis nacional.

Escorpión, que había instruido revitalizar la investigación sobre el robo de tela de uniformes, coincidía con él. Bien miradas las cosas, eran las últimas sesiones conjuntas del año legislativo. Ordenó, por tanto, elevar el nivel de vigilancia alrededor del Congreso Nacional y las viviendas en que se hospedaba el grupo de Colliguay.

Había que intensificar al máximo las precauciones, pero guardando la discreción. El policía y Brulé estaban convencidos de que la operación denominada «Porqueriza» se inspiraba en el audaz golpe dado en 1978 por los sandinistas al Congreso de Nicaragua. El fulgurante éxito de La Chanchera había sellado el destino del régimen de Somoza.

—¿No tienen novedades sobre la fecha? —preguntó Cayetano al celular.

—Nada nuevo bajo el sol —respondió el Escorpión—. Me dicen que es difícil conseguir varios juegos. Mucha oferta dando vueltas por el mundo, pero se trata de flechas defectuosas por las décadas de almacenamiento y la falta de mantención.

Las cosas comenzaron a pintar de otro color a las nueve de la mañana, cuando un bus Mercedes Benz de color verde llegó hasta la intersección de Juana Ross con Independencia y se estacionó en el espacio que dejaron libre tres vehículos que lo ocupaban desde temprano.

A través de un monitor instalado en una van sin ventanillas en su parte trasera, Cayetano y el Escorpión espiaban el frontis de las viviendas donde se hospedaban los integrantes del grupo de Colliguay. A las nueve y quince de la mañana notaron movimiento en esas viviendas desde los respectivos puntos de observación.

Primero fue en la casa que mira desde un cerro al Pacífico. Se trataba de dos sujetos con mochila y cajas de cartón que bajaron de un taxi y entraron raudos a la propiedad.

—¿Qué llevarán? —preguntó el Escorpión.

Algo semejante observaron frente a los departamentos próximos al Congreso Nacional: unos mochileros ingresaron a estos mientras vendedores ambulantes desplegaban sus mercancías en las veredas.

—Van y vienen entre el bus y las viviendas —comentó Cayetano engurruñando los ojos ante la pantalla—. ¿Trasiegan qué?

Al rato un mochilero rezagado bajó del bus y trotó abrazando una caja de cartón. Poco antes de llegar al edificio tropezó y cayó sobre la caja, que se abrió vomitando varias gorras verdes.

—¿Y eso qué es? —preguntó el Escorpión.

—¡Gorras de paco! —gritó Brulé—. ¡Gorras de paco, Escorpión! Y en las mochilas deben llevar botas y uniformes. ¿Te das cuenta? Pretenden tomar de rehenes a los parlamentarios en el Congreso, Escorpión, como lo hizo Edén Pastora en la Managua de 1978. ¡Vamos, vamos a impedirlo!

134

La suerte parecía estar con ellos.

Una hora más tarde, efectivos de la PDI ingresaron de manera abrupta y sincronizada en los albergues del grupo de Colliguay.

En su interior encontraron armas cortas y falsos uniformes de carabineros. Cayetano y el Escorpión se desplazaron de inmediato al cuartel de la PDI en avenida Brasil.

En materia de detenciones la cosecha lucía bastante bien. Habían capturado a cuatro sujetos. El resto, incluidas las dos mujeres de Colliguay, había burlado el cerco policial trepando por los muros y techos del sector.

—Una de ellas era Isabel Maza Delacroix, la Comandante Cero colombiana —explicó un agente de la PDI a los detectives.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Brulé.

—Nos lo contó una de las detenidas, una chilena con frecuentes viajes a Cuba y Ecuador.

—¿Qué hacía en Ecuador? —indagó Brulé.

—En la época de Rafael Correa, chilenos vinculados a las FARC ingresaban a Colombia por Ecuador —explicó una agente—. La guerrilla operaba en Colombia, pero se ocultaba en campamentos levantados en Ecuador.

—¿Y querían tomar de rehenes a los parlamentarios sin llevar ni siquiera metralletas? —consultó el Escorpión.

—Eso también es grave, señor. Imaginamos que contaban con asistencia interna.

No pudieron obtener más información de los detenidos, que tenían conocimiento de sus derechos y, en especial, del derecho a guardar silencio.

—De Santiago viene llegando un par de abogados a asumir su defensa —anunció el Escorpión—. Seguro no tardarán algunos políticos en salir a defenderlos.

—¿Los uniformes no constituyen una prueba contundente? —reclamó Brulé.

—No te sorprendas si quedan hoy mismo en libre plática —dijo el Escorpión—. No será fácil demostrar que planeaban secuestrar parlamentarios sin llevar armas y con el propósito de obtener algo que ignoramos qué es. Además, los fiscales son como caracoles y dudan más que Descartes.

Tenía razón el Escorpión, pensó Cayetano, desalentado. ¿Cómo probar la existencia de una acción no ejecutada precisamente porque ellos la habían abortado?

Su celular comenzó a vibrar con insistencia.

135

Era Suzuki. Le avisaba que no registraban movimiento en la casa cercana al aeropuerto de Santiago, lo que alarmó a Cayetano.

Si tenían la lanzadera cerca de ese aeropuerto era porque pensaban operar desde allí. Por lo mismo, no podían aflojar la vigilancia sobre ellos y debían confiar en que la Pentarquía contaba solo con una carta para cumplir la misión.

Ahora que habían fracasado cuatro de sus cinco misiones y solo quedaba la que supuestamente dirigía Demonio, este se había vuelto más peligroso, concluyó Cayetano en su despacho del Turri. Volvió a preguntarse por qué Demonio no lo había liquidado en la iglesia de la Santa Muerte, y por qué no habían seguido disparándole durante el atentado del parque Forestal. ¿Qué pretendían con tanta magnanimidad?

No lo entendía. Demonio era ahora un león herido. Sin embargo, un solo zarpazo suyo podría causar una tragedia. El Escorpión estaba en lo cierto al sostener que las sociedades no pueden paralizarse por temor a un grupo de fanáticos.

—El miedo no debe congelar a los países —había reiterado su amigo en la sede regional de la PDI—. ¿Te imaginas que cerraran metros, aeropuertos, supermercados o parlamentos por miedo a un eventual atentado?

—¿Entonces debemos resignarnos a vivir al borde del abismo?

—Al filo de la navaja, Cayetano. No existe la seguridad al cien por ciento. Ni personal ni social. Todo puede ocurrir; por eso Pearl Harbour, Chernobyl, el vuelo 103 de Pan Am, las Torres Gemelas, el atentado a la estación de Atocha. Todo cuanto podemos hacer es tratar de prevenir.

136

Se lo estaba devorando la incertidumbre en su despacho del Turri. En lo concerniente al frustrado intento de toma de rehenes en el Congreso, las cosas seguían un derrotero siniestro, parecido al de esos ríos subterráneos que fluyen anónimos y sinuosos bajo la tierra y que de pronto, en un momento inesperado, afloran a la superficie trastocando el paisaje para desaparecer más abajo, imponiendo otro tanto.

Nadie sabía a ciencia cierta qué había ocurrido, pero en los matinales algunos animadores de programas frívolos y uno que otro político especulaban sobre extraños movimientos registrados a primera hora del día alrededor del Congreso, mientras, las autoridades guardaban silencio o derechamente eludían referirse al asunto.

El timbre del celular lo sobresaltó. Era el Vasa.

Sin embargo, no hablaba él, sino la comandante Marcia.

—Hoy dan el gran golpe —anunció ella, tensa, grave—. No me preguntes cómo lo sé, pero es de muy buena fuente. Cien por ciento confiable.

—¿A qué se refiere?

—El personaje en cuestión se siente arrinconado y traicionado pues acaban de propinarle una derrota demoledora en Valparaíso.

Se rascó la calvita y se mordió los labios. ¿Había otro gran golpe más? ¿Es que el que recién habían frustrado no era acaso suficiente? Se estremeció de espanto.

—¿Qué más puede adelantarme? —preguntó.

Marcia se amparaba ahora en el silencio. Debía estar dudando entre responder o no. Cayetano consultó su Poljot. Las siete de la tarde. Se había pasado horas esperando noticias del Escorpión sobre la probable reacción del gobierno, que seguía en las catacumbas.

Lo agobiaba que su amigo temiera que la operación se volviese contra ellos puesto que no habían detectado armas de fuego. ¿Cómo

planeaban, entonces, controlar un secuestro masivo? ¿A punta de gritos? ¿O es que, lo que resultaba escalofriante, contaban con cómplices dentro del edificio, en las oficinas de algunos parlamentarios o asesores? ¿Se planeaba repartir desde allí las armas que se necesitasen?

—¿Aló, Marcia? ¿Puede adelantarme algo más? —insistió.

Ella no había cortado. Simplemente guardaba silencio. Un silencio elocuente.

¿Quién hubiese vaticinado la división y el desplome gradual del país, la acelerada erosión del estado de derecho, el fracaso de la clase política en su conjunto?, se preguntó Brulé. ¿Cómo podían cambiar las cosas tan rápido? Hace poco, en septiembre pasado, la población celebraba con euforia las festividades patrias, y Chile descollaba como un oasis excepcional en la siempre atribulada región. ¿Qué había pasado? Si lo inimaginable se desplegaba ahora ante sus propios ojos, ¿qué otras cosas peores podían ocurrir?

Creyó recordar que Karl Marx decía que las revoluciones ocurren cuando los de abajo ya no están dispuestos a obedecer y los de arriba ya no se atreven a dirigir. Y eso era precisamente lo que estaba ocurriendo. Vacilaba el gobierno, la oposición andaba desnortada y el poder rodaba por las calles como una lata vacía impulsada por el viento de septiembre en Valparaíso.

—¿Qué más puedo contarle? —oyó que Marcia repetía al otro lado.

—Sí. Con lo que me dice poco puedo hacer.

—Me filtran que el zarpazo será en un sitio denominado La Silla. ¿Ubicas La Silla?

—No se me ocurre nada —contestó.

—Así se llama el parque de observación astronómica del desierto de Atacama, donde hay una veintena de megatelescopios instalados a dos mil cuatrocientos metros de altura. Ese es uno de los mayores centros desde los cuales se contempla el universo.

A Brulé aquello le parecía improbable. Destruir esa infraestructura precisaría demasiados explosivos. Pero los últimos acontecimientos enseñaban que todo valía y que nada era imposible.

—¿Cree que tendrá lugar hoy? –preguntó.

—Es lo que me filtran.
—¿Y averiguó dónde anda Demonio?
—Dicen que debe estar en Santiago.
—¿Todavía?
—Hasta hace poco al menos estaba en la capital.
Agradeció y colgó. No había tiempo que perder.
Llamó de inmediato al Escorpión.

137

Un ataque terrorista contra el Observatorio Astronómico de La Silla era prácticamente imposible, le aseguró Escorpión al teléfono tras consultar a especialistas en protección de infraestructura crítica. Un Strela podría dañar, cuando más, parcialmente un telescopio.

—Además, para acercarse a ese paraje cordillerano necesitas un permiso nada sencillo de obtener —precisó el policía—. Y quien atente en esa zona aislada, queda atrapado. De todos modos, reforzaremos la vigilancia de La Silla.

—Eso suena bien —dijo Cayetano —. Suzuki cuenta que no se observa movimiento en la casa cercana al aeropuerto. Se nos acaba el tiempo, Escorpión.

—De eso quería hablarte. Adherimos un micrófono inalámbrico al recipiente de basura de la propiedad, y desde que lo entraron no recoge voces ni ruidos. Lo mismo ocurre con un micrófono parabólico. O los tipos son mudos o me temo que se escurrieron sin que lo notáramos.

—¿No seguirán dentro?

—De lo que estoy seguro es que no salieron por la puerta.

Esto pinta color de hormiga, pensó Brulé.

—Entonces alguien tiene que entrar para confirmar si están ahí —sugirió.

—Podemos hacerlo con una orden de allanamiento, y tú sabes lo que eso cuesta, Cayetano. El fiscal Roca se retuerce antes de tomar cualquier decisión, y esta habría que maquillarla bastante porque no podemos contar la verdad. Roca juega en contra nuestra.

—Lo que juega en contra nuestra es el tiempo —replicó Brulé pensando que si la información de Marcia era correcta y el Demonio atacaba, habría una tragedia.

—Déjame ver si podemos hacer algo non sancto —respondió el Escorpión y cortó.

Al rato llamó Suzukito para avisarle que, de acuerdo a la cámara de un dron, la casa estaba vacía.

—¿Cómo?

—Lo confirmó un agente que se descolgó por un muro hacia el interior y no vio a nadie.

—¿Pero cómo salieron sin que los vieran?

—Escaparon por un vivero de plantas adosado a un muro medianero con acceso a una bodega vecina.

—Los burlaron como a cabros chicos. De no creerlo —comentó Brulé, irritado.

—Lo peor, jefe, es otra cosa: en ninguna parte encontraron la lanzadera.

Cayetano tuvo en ese instante una corazonada, y por eso llamó al Escorpión.

138

A eso de las ocho de la tarde un vehículo de la PDI trasladó a Brulé desde el Turri al aeropuerto de Santiago.

Poco antes le había pedido al Escorpión que lo acompañara con un par de agentes a un procedimiento que tal vez demandara acción.

—Después me explicas. ¿Necesitamos gente tipo comando?

—Y en dos vehículos. De civil, bien armados.

—Cayetano, si fallamos en esto, me pasarán a retiro definitivo, y ojalá no se les ocurra degradarme, pero a ti te prohibirán seguir ejerciendo en Chile como detective.

—Me dedicaré entonces a cultivar bonsáis —respondió Brulé mientras bajaba de dos en dos las escaleras de mármol del Turri.

No estaba del todo seguro de que su corazonada funcionara, se dijo mientras la suburban corría a toda velocidad a Santiago.

Cincuenta minutos más tarde el vehículo dejó la Ruta 68 y tomó por la Costanera Norte en dirección al aeropuerto. Tras desembocar en la autopista 70, conocida como la Américo Vespucio Norte, la Expedition disminuyó la velocidad. Brulé ordenó que se detuviera en una curva, poco después del edificio de LATAM.

La autopista era un hervidero. Brulé bajó del vehículo seguido por dos agentes y, amparados en la oscuridad, brincaron la valla de protección, cruzaron un sendero de tierra y luego una línea de árboles. Más allá cortaron con tenazas una malla metálica y se introdujeron en un sembradío.

Llamó al Escorpión.

—Aguarda en la playa de estacionamiento cercana a LATAM. Cuando te avise, continúas hasta otro estacionamiento que hay un poco más adelante. Detente cerca de los tres tipos alrededor de una van azul. Los veo desde la distancia. Ojo con la moto junto al vehículo, y con el acróbata que está encaramado en lo más alto de la primera silla.

—¿Te refieres a la sentadera del monumento?

—Positivo.

Brulé echó una mirada al Poljot. Era la hora en que despegaban numerosos vuelos domésticos e internacionales.

—Que los orishas te acompañen —dijo Brulé—. ¡Deséame suerte, Escorpión!

Y dicho esto, Cayetano apresuró el paso hacia las gigantescas sillas junto a la autopista. Mientras caminaba podía ver al hombre que arriba manipulaba algo en cuclillas.

Le dio un llamado al Escorpión para que su gente redujera a los sujetos apostados en torno a la van. Lo hicieron en un par de segundos, de modo que Brulé y los agentes se acercaron corriendo a las patas del monumento.

139

Era el estremecedor memorial de las sillas vacías. Cada una de más de diez metros de altura. Sus estructuras de acero soltaban destellos contra los focos de los vehículos que zumbaban por la autopista. Las habían levantado en recuerdo de tres comunistas degollados en ese sitio, en 1985, por agentes de la dictadura.

Brulé se acercó a la escala de cuerdas que colgaba de la plataforma de la primera silla.

—No se arriesgue —le dijo un agente tomándolo del brazo—. Mejor subo yo, don Cayetano.

—En la hora de los mameyes no me rajo —respondió Brulé apartando su mano—. Yo subo primero, aunque me desnuque.

Y dicho esto se aferró a las cuerdas y empezó a trepar, lo que, no tardó en darse cuenta, no era fácil. La escala se retorcía y columpiaba como si estuviese viva y quisiera jugar con él.

Al oír un estruendo de turbinas que se aproximaba, intentó escalar más rápido, pero la soga ahora no solo se contoneaba, sino que también le quemaba las palmas de las manos. Se viró a ver sin poder controlar el balanceo. Era un avión que remontaba el vuelo, un LATAM de fuselaje ancho y con la cola iluminada por sus reflectores. No, por suerte no hubo explosión, por el contrario, la nave se fue alejando a salvo por el cielo capitalino.

Siguió trepando tenso y sudoroso por esa escalera que serpenteaba hosca, porfiada y esquiva, pero él estaba lejos de darse por vencido; así que aspiró otra profunda bocanada de aire, apretó los dientes, hizo de tripas corazón e intentó domeñar el exasperante meneo de las cuerdas. Le urgía alcanzar la plataforma donde el hombre, no le cabía ninguna duda, cargaba el Strela.

Fue entonces que oyó otro ruido. Aferrado a las cuerdas, se volteó de nuevo a mirar. Un American Airlines se deslizaba veloz por la pista estremeciendo hasta los cimientos de la noche. Temió lo peor, pero

siguió subiendo con mayores bríos, atormentado por la posibilidad de que en cualquier instante una estela de fuego alcanzara al avión derribándolo.

Pero la nave siguió alzando el vuelo con un alegre parpadeo de luces, y su rugido se fue apaciguando hasta enmudecer por completo en la distancia.

Si no derribaron este, será el próximo, pensó Cayetano exigiéndose aún más, consciente de que a esa hora despegaban las grandes naves con destino a México, Australia y Estados Unidos. ¿De verdad se proponían derribar una repleta de gente inocente? Debía continuar trepando, porque mientras más tardara en alcanzar la plataforma, más tiempo tendría el hombre para conseguir su propósito.

Al rato pudo posar por fin sus ojos sobre la vasta plataforma metálica.

140

Demonio, sí, Demonio, no podía ser otro. Estaba allí, al final de la plataforma, de espaldas a él, hincado junto a una mochila, ajustando las correas de la lanzadera, sin percatarse de su presencia debido al estrépito que subía de la autopista.

Se impulsó con el resto de fuerza que le quedaba hasta quedar tendido en la superficie de acero. Exhausto, tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento. Comenzó a reptar para alejarse del borde. Sufría de vértigo, y de solo ver el vacío sus músculos se paralizaban.

Logró ponerse de pie a duras penas, y avanzó encogido y titubeante, con las piernas agarrotadas, sintiendo los zapatos como de plomo. Intuyó que tendría que abalanzarse sobre el hombre y neutralizarlo de un solo golpe, pues su vieja Beretta no siempre funcionaba.

De lejos, vio que Demonio montaba un misil en la lanzadera. Ahora apuntaba al cielo estrellado. Esperaba un avión. Pensó en avisar para que el Escorpión diera la alarma al aeropuerto y paralizaran todos los despegues, pero intuyó que ya era demasiado tarde. Prefirió seguir acercándose al terrorista con sigilo.

Tenía que atacarlo por sorpresa para evitar la lucha cuerpo a cuerpo porque Demonio era más joven y fuerte que él, y el hecho de que se mantuviese al borde del precipicio revelaba que no sufría de vértigo.

—Demonio —gritó, pero el rumor que subía de la autopista apagaba su voz—. ¡Demonio! ¡Demonio! —insistió infructuosamente.

Otra nave, esta vez un Hércules gris, militar, de cuatro hélices, barría la pista con sus reflectores encendidos mientras aceleraba hacia el punto de despegue. Demonio se puso de pie y lo siguió a través de la mirilla del Strela.

Y cuando la nave estaba por alzar su prominente nariz al cielo, Demonio posó una rodilla en la plataforma metálica para disparar con plena estabilidad. Entonces Cayetano decidió correr hacia él, pero sus piernas, agarrotadas por el vértigo, simplemente le desobedecieron.

Ahora el Hércules comenzaba a escalar lento y rugiendo los peldaños de la noche. A Brulé no le quedó más que arrojarse al suelo y echar a rodar como un tronco en dirección a Demonio. Rodó hasta embestirlo y derribarlo.

Activado por el impacto, el Strela salió eyectado dejando atrás una estela flamígera que no tardó nada en extinguirse en la oscuridad. El Hércules, en tanto, bramaba como toro herido mientras buscaba las estrellas.

Demonio se incorporó con el rostro desfigurado por la frustración y la ira, y se abalanzó sobre Cayetano, que resistió no solo el encontronazo sino también el golpe de la lanzadera contra su pecho, que le cortó la respiración. En ese momento entendió que aquello era un duelo a muerte y sin contemplaciones. Si su adversario lo doblegaba en el combate cuerpo a cuerpo, podría derribar cómodamente al próximo avión que despegara.

Asió a Demonio por la correa de la lanzadera para impedir que se apartase de él y lo rematara con un puntapié o un arma, pero no pudo evitar que sus manos, más que manos, garras de acero más bien, se cerraran en torno a su cuello. Forcejeó para evitar el estrangulamiento, aunque poco podía oponer ante la fuerza del contrincante. Sin embargo, continuó resistiendo, asestando puñetazos a diestra y siniestra, tratando de apartar las manazas de su cuello y aspirar una bocanada de aire para sus pulmones. De pronto un velo cubrió su vista y comprendió que, por la falta de aire, empezaba a desvanecerse.

Y fue precisamente ese el instante en que oyó un disparo.

De inmediato, como activado por un resorte, Demonio se apartó de él y rengueó presuroso hacia su mochila, donde comenzó a hurgar con frenesí. Otro disparo resonó cerca, y Brulé descubrió de refilón al francotirador. Era una agente de la PDI que, aferrada a la escalera de soga, asomaba su cabeza por sobre la superficie metálica. Podía ver su rostro y su cola de caballo, su gorra institucional y el fulgor de la pistola que empuñaba.

En ese momento Demonio extrajo un arma de la mochila y avanzó disparando encorvado contra la mujer. Ella lo conminó a gritos a

rendirse, a lo que Demonio respondió con más disparos y retrocediendo de costado para poder ver mejor a la mujer que se aferraba con ahínco a la veleidosa escala de cuerdas.

Pero en su retroceso Demonio tropezó con la mochila, trastabilló, se tambaleó e intentó recuperar el balance agitando los brazos con aspavientos, pero terminó por perder el equilibrio.

Escucharon un alarido de espanto mientras caía de espaldas al vacío.

EPÍLOGO

Poco de lo vinculado con la Pentarquía —con excepción de uno que otro homicidio— trascendió a los medios y a la opinión pública, de modo que cuando hoy se escuchan rumores al respecto, se tiende a atribuirlos a especulaciones, campañas políticas o elucubraciones de novelistas policiales.

Poderosas razones de Estado obligaron a guardar silencio. Detrás de las bambalinas primó una sola convicción: divulgar la secreta y exitosa batalla que libraron un detective privado y un viejo policía contra una organización terrorista resultaría casi tan perjudicial para la imagen del país y la confianza de sus inversionistas como lo hubiese sido el cumplimiento pleno de los objetivos insurreccionales.

Por ello, un comité de carácter transversal y secreto resolvió tender un manto de silencio sobre los planes elaborados para sustraer documentos claves de la historia nacional, incendiar iglesias, envenenar el agua potable de oasis atacameños, secuestrar a parlamentarios en el Congreso Nacional o derribar un avión militar.

La extrema violencia y las manifestaciones de descontento ciudadano que sacudían al país desaconsejaban además denunciar esos detalles, puesto que podrían ser interpretados como una estrategia mediática oficialista para denigrar a todos los opositores, crisparían más los ánimos, agudizando la división nacional.

En una reunión celebrada tras la muerte de Demonio en una mansión de la capital, autoridades acordaron que las acciones de la Pentarquía jamás existieron, lo que determinó que se eliminase cualquier nota o mensaje electrónico existente al respecto, y que Cayetano y el Escorpión, así como Suzuki y los agentes que lucharon contra la estructura, fuesen convocados al centro formación de la PDI para recibir instrucciones.

Allí, una madrugada, el prefecto Salazar y el subsecretario del Interior felicitaron a todos por la tarea cumplida, que calificaron de

patriótica, y les hicieron firmar un documento que amenaza con las penas del infierno a quien revele los procedimientos cumplidos. Luego cada uno, como si se hubiese tratado de un día más de trabajo, volvió a su hogar o a su puesto de trabajo.

Pocas semanas después, Amaya Bengoa y su esposo se mudaron a Barcelona, temerosos de que los asesinos de Edmundo Galaz Expósito adoptaran represalias en su contra. Allá el empresario estudia nuevas inversiones y su mujer, historia del arte.

En su departamento de Vitacura, a la madre de Edmundo la sigue consumiendo el dolor por la pérdida de su hijo.

A Ruth, la mujer que envió a Brulé el decisivo esquema de la Pentarquía, este le perdió la pista, aunque escuchó que actualmente reside en Boca Ratón, Florida.

De Inge Lang no consiguió inicialmente rastros, aunque después se enteró de que representa en Moscú a una empresa petrolera integrada por capitales iraníes y venezolanos.

Florencia dejó un día su departamento de la Calle del Nazareno, en Sevilla, y se mudó a Tel Aviv, donde entró a trabajar en una firma de diseño digital.

Un atardecer en que Cayetano contemplaba la bahía desde la plaza Bismarck, bajó Mike Iglesias de un coche con vidrios polarizados anunciándole que lo trasladaban a Guyana, donde el descubrimiento de petróleo generaba cortes presupuestarios a su país. Antes de irse, le dijo que se alegraría de recibirlo en Georgetown.

La patriarca al mando de la Misión «Porqueriza», Isabel Maza Delacroix, colombiana formada en las FARC, logró huir finalmente de Chile por un paso cordillerano. Al otro lado de la frontera la recibió una fundación que la trasladó a Caracas vía Buenos Aires. Según fuentes colombianas, Mazo Delacroix reconoció ante camaradas que el objetivo de las misiones era asestar un golpe letal al régimen chileno aprovechando las protestas sociales.

Los sujetos que acompañaban a Demonio la noche del atentado fallido —entre ellos dos colombianos y dos venezolanos— fueron condenados a prisión por transportar cocaína y violar la ley de migración. Cuando cumplan la pena, serán deportados. Su objetivo,

según confesaron, era mostrar que en el país se enfrentaban dos potentes fuerzas beligerantes.

Demonio, hasta hoy no identificado, fue descrito en matinales de televisión como un vagabundo con las facultades mentales perturbadas que, tras alcanzar la plataforma de una de las sillas, se arrojó al vacío, muriendo en el acto.

Las demás personas contactadas por Cayetano Brulé en esa investigación, que comenzó como simple homicidio y devino en el mayor intento de ataque terrorista enla historia nacional, viven hoy en Chile, Paraguay, Andorra o España.

Margarita llamó en esos días al detective para contarle que estaba de duelo porque había fracasado en su intento de obtener visa de residencia en La Habana y matar así dos pájaros de un tiro: capear el naufragio que auguraba para Chile y presenciar el fin que añoraba para el castrismo. Una vez más le sugirió a Brulé que se dedicara a algo menos riesgoso en la región de Valparaíso.

—Huye del mar, eso sí —le advirtió—, porque los barcos te contagian el deseo de navegar por los océanos, y ya estás cañengo para andar en trotes de ese tipo.

Suzuki sigue a la espera de que le aprueben un crédito en el BancoEstado para reconstruir la fritanguería Kamikaze, que los vándalos dejaron reducida a cenizas. Cuando declara en el banco que trabaja desde hace decenios para un detective privado, la respuesta es lapidaria:

—Consiga un empleador que infunda más confianza.

Mientras, el país seguía rodando cuesta abajo, y la violencia se enseñoreaba en las ciudades y en el campo sin que nadie la enfrentara. En la Araucanía terroristas incendiaban casas, vehículos, maquinaria agrícola, cosechas y bosques, y como nadie resultaba detenido, algunos comenzaron a organizar grupos de autodefensa.

—Hacemos agua porque no le declaran la guerra al narco disfrazado de causa étnica —aseveró el Escorpión una tarde en el Antiguo Bar Inglés.

—Si nos carcomen el estado de derecho, estamos fritos —respondió Brulé.

—Los gigantescos volúmenes de droga que hoy se mueven en el país permiten al narco hacer ofertas imposibles de rechazar. Así comenzó en otros países, y ya nadie puede volver a encerrar a esos demonios.

Tras echarse unos mezcales, los policías caminaron a lo largo de la legendaria Pacific Steam Navigation Company, esquivaron los buses de la avenida Errázuriz y alcanzaron la Estación Puerto.

Una vez en el tren, se acomodaron junto a la ventanilla.

Como no quería volver temprano a la soledad de su departamento en el cerro Barón, el Escorpión acompañaba esa tarde a su amigo a ver a un corredor de propiedades que le mostraría una quinta con parrón y pozo a la venta en las sosegadas afueras de Olmué.

Minutos antes de la partida, el Escorpión le anunció a Cayetano que, pensándolo mejor, era preferible que viajase solo y él permaneciera en Valparaíso; y sin agregar nada más, se marchó.

Cuando el tren salió de la estación dejando atrás el edificio Turri, por un lado, y las gigantescas grúas chinas, por el otro, Cayetano Brulé entrecerró los ojos para gozar mejor el melancólico traqueteo del tren.

Fue en la estación Bellavista donde no pudo darle crédito a lo que vislumbraban sus ojos: por el pasillo del carro, radiante, vestida de verano y sonriendo, venía Margarita de las Flores.

MADRID
14 de marzo – 1 de julio 2020

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Ampuero, Roberto
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789562626163

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl